

TERCER
MUNDO

educación



Segundo Montes, S. I.

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA JOSE SIMEON CAÑAS

TERCER
MUNDO



educación

Segundo Montes, S. I.

I N T R O D U C C I O N

Esta obra no ha sido concebida como un libro. Durante muchos años he estado dedicado a la educación de la juventud, sobre todo de aquella que estaba en el último año de bachillerato. Su problemática me ha interesado siempre, y me ha obligado a participar en multitud de reuniones con los jóvenes de ambos sexos, con los universitarios que fueron alumnos míos, con los padres de esos jóvenes cuya educación se me había encomendado, e incluso en reuniones nacionales e internacionales, en las que se estudiaban los problemas de la educación y de la juventud.

Para lograr que el trato con los jóvenes fuera formador, he tenido que estudiar, leer, investigar. En muchas circunstancias les he tenido que dirigir la palabra, a ellos solos, o en reuniones más amplias. Muchas de esas ideas las he ido expresando también por escrito, y a veces han salido en forma de artículos en los periódicos, o en revistas u otras publicaciones.

Este libro, pues, viene a ser una recopilación de esos artículos, —no todos publicados—, por medio de los que trataba de completar y extender la labor educativa del aula. La aspiración de mi trabajo ha sido siempre formar al "hombre", a un hombre integral, que es la base de toda sociedad y de todo progreso. En un país como el mío, en que el 51% de la población es analfabeta, es una minoría insignificante —aunque en continuo aumento— la que termina sus estudios de bachillerato. Estos sujetos serán los que dirijan el día de mañana los destinos de la Patria. La responsabilidad, pues, de la educación es imponderable, como lo es también la de esos privilegiados, quienes más que un favor reciben una obligación trascendental de hacer progresar su Patria, y extender a todos los ciudadanos los beneficios que ellos han recibido. Solamente formándoles como verdaderos "hombres integrales" se puede esperar algo, y se puede dar sentido a los mejores años de mi vida, que he dedicado a la educación.

Debido a la configuración y origen de esta obra, algunas ideas se verán algo repetidas, a pesar de que he tratado de ordenarlas, recortar y configurar el conjunto de artículos, de modo que tengan un orden y una unidad.

Después de un prólogo, en que dedico la obra a los jóvenes bachilleres, y tras un análisis sociológico de la realidad educativa salvadoreña, propongo la meta: el hombre, y los valores morales. Presento al joven, como punto de partida; y planteo el problema: conflicto de generaciones. Paso luego a analizar qué es la educación. Desciendo después a aspectos particulares, como son: medios de comunicación social, educación sexual, educación cívica y política. Termino con la esperanza, como conclusión y apertura al futuro.

El Autor.

PROLOGO

*A los jóvenes, y en especial a aquellos con quienes he vivido
los años más llenos y felices de mi vida*

“Tenemos todos los medios físicos para destruir la civilización y la especie, pero carecemos de poderes morales para oponernos a la destrucción. Las naciones continúan blandiendo con aire amenazante sus rayos intercontinentales y nada prueba que de escalada en escalada no vayan a aniquilar al hombre antes de abandonar la delantera. Una de las tareas de su generación será (de ser capaces) poner fin a esos juegos pueriles y tontos. Que los héroes de Homero tuviesen entera libertad para injuriarse, se concibe; sus cuestiones de honor se resolvían en combate singular. Que los soberanos del siglo XVIII se hayan disputado territorios por las armas, es cosa que en rigor se puede admitir (aunque se los censure). Pero que los dirigentes de nuestro tiempo estén prontos a provocar una guerra nuclear, es intolerable. Ninguna querrela vale la muerte de centenares de millones de seres humanos y menos aún, una querrela por palabras. Y he aquí que son palabras sobre todo —y orgullos al vivo— lo que nos divide. “Los intereses transigen siempre, las pasiones nunca”. El Este y el Oeste hacen canjes provechosos para ambas partes.” . . .

(André Maurois, “Carta abierta a la juventud de hoy”).

MADUREZ HUMANA

Es una teoría muy difundida entre los biólogos el que la ontogénesis antropológica es una como síntesis de la biogénesis. Dicho con otras palabras: el estudio de la embriología humana ha hecho resaltar las analogías que hay entre las distintas etapas de la evolución del cuerpo humano, y las etapas de la evolución progresiva de la vida.

También en la noogénesis ha habido una evolución progresiva, por cuyas etapas, se puede decir, va pasando asimismo el hombre, hasta adquirir el desarrollo completo de su vida intelectual.

El conocimiento humano se distingue del conocimiento de los seres inferiores, no por ser más perfectos, sino por la capacidad de reflexión, de autocritica y de autocorrección. De ahí la estructuración de las ciencias, el progreso, y el hecho de la conciencia. Para llegar a su madurez intelectual, el hombre va pasando por varias etapas en su proceso noético, o cognoscitivo.

Las plantas tienen una especie de conocimiento vegetativo, reducido principalmente a la selección de sus alimentos. El niño, en su primera infancia, ve reducida también su actividad espiritual prácticamente al conocimiento vegetativo. Inmediatamente pasa al conocimiento sensitivo, de pura captación pasiva de lo que le rodea —conocimiento similar al de los animales—. Es cierto, sin embargo, que en ambas etapas de la evolución noética humana hay diferencias radicales con el conocimiento de los otros seres, y que, además, su conocimiento contiene y en germen, todo el desarrollo, por ser conocimiento de su alma espiritual. Pero sus manifestaciones externas guardan una gran analogía con los otros tipos de conocimiento.

Con la adolescencia viene una gran eclosión, no sólo biológica, sino sentimental y noética. El adolescente, no sólo acepta los datos del mundo externo e interno, sino que los critica, de ahí su expresión de rebelión, como primer paso para el afianzamiento de su personalidad. Pero le falta aún lo decisivo: la autocritica.

El joven, por fin, empieza a entrar en la madurez intelectual. Reflexiona. Es decir: revierte sus conocimientos, para someterlos a examen, criticarlos, y autocriticarse. Está pasando el umbral de la madurez; que sólo alcanzará cuando adquiera la humildad; es decir, cuando tenga el valor de reconocer sus errores, para corregirlos, y progresar.

Una vez establecidos estos principios, invito a todos los que se sientan capaces de ello, a los que sean ya hombres, sobre todo a los que están ya a punto de concluir esta primera etapa de su vida, que es la vida colegial, a ser hombres, es decir, a reflexionar.

El primer punto de su reflexión ha de ser él mismo, con valor y con humildad; para reconocerse tales como son: con sus defectos y sus cualidades. Solamente así podrán estructurar su porvenir, sobre una base firme, real. No sobre el ideal que deberían ser, o que han soñado, o que ven en otra persona, a quien admiran.

Ten el valor de enfrentarte contigo mismo, para ser tú mismo. Y ten el valor de ser tú mismo después, sin complejos, falsedades, idealismos vacíos, ni pesimismo malsanos. Ten el valor de ser tú mismo, y de aparecer como tal ante los demás.

El otro punto de tu reflexión ha de ser la etapa de tu vida que estás finalizando. Como en toda obra humana, ha habido cosas buenas, y cosas deficientes. Más aún. Ha habido cosas que tienen que pasar, criterios y enfoques en tu educación, que han estado condicionados por tus circunstancias, las del ambiente, y las del período por el que estabas atravesando. Antes de abandonar esta etapa, si es que no eres un niño aún, si eres hombre, es decir, si eres capaz de reflexión y autocrítica, tienes que someter a examen lo que has recibido, y lo que has vivido; esos valores, criterios y experiencias, para ver cuáles son los transitorios, y cuáles los perennes: los que han de orientar tu vida, para que tu formación sea personal; para que tú seas tú mismo. Sólo así podrás decir que sales formado. Sólo así serás capaz de enfrentarte con la vida, sin ser un número más en la masa amorfa, sino siendo auténticamente una persona. Sólo así serás hombre. Sólo así podrás influir en los demás, y dejar un rastro en tu paso por el mundo. Sólo así podrás cumplir la misión que Dios te ha confiado: perfeccionar el mundo, y hacerlo más agradable a los que vengan detrás.



CAPITULO PRIMERO: VISION SOCIOLOGICA DE LA REALIDAD EDUCATIVA SALVADOREÑA

(Ponencia sostenida por el autor en el IV CONGRESO NACIONAL DEL NIÑO, en San Salvador, del 22-28 de noviembre de 1970).

En el presente trabajo, como el mismo título lo indica, pretendo presentar una visión de la realidad del país, en lo que respecta a la educación. He dividido el trabajo en tres grandes partes: la primera trata de los datos estadísticos de la situación educativa a nivel nacional; en la segunda, peneetro un poco en el análisis de las causas que condicionan esta realidad. Estas dos primeras partes son las que constituyen la visión sociológica propiamente dicha. Pero he querido añadir una tercera parte, a modo de sugerencias de solución, pues no me gusta presentar y analizar problemas nada más, y dejar a otros el que busquen las soluciones, sino que me parece una obligación el ayudar en la búsqueda de esas soluciones.

PRIMERA PARTE: DATOS ESTADISTICOS

Es preciso hacer constar un hecho muy frecuente, y es el de que se encuentra cierta variabilidad en los datos estadísticos, según las diversas fuentes que se consulten, tanto nacionales como internacionales. Sin embargo, no suelen ser, de ordinario, muy marcadas las diferencias, aunque si son a veces considerables. Hay que tener en cuenta este hecho, para no incurrir en la superficialidad de rechazar unos datos, por conocer otros algo distintos. Por este motivo, he señalado en cada estadística la fuente que he tomado, que a su vez cita las fuentes que se han tenido en cuenta para publicar esos datos.

En esta primera parte, lo mismo que en la siguiente, considero tres aspectos distintos: ANALFABETISMO, que se refiere en general a adultos, aunque en las cifras que se presentan se incluyen a todos los que no saben leer ni escribir, estén en la edad en que estén; AUSENTISMO ESCOLAR, es decir, aquellos niños que no asisten a la escuela, aunque están en edad escolar; DESERCIÓN ESCOLAR, o sea, el abandono de la escuela antes de concluir el año lectivo, o el período escolar.

A —ANALFABETISMO EN EL SALVADOR

1. Considerado globalmente, nos encontramos con los siguientes datos:

Censo de 1950: 57.7% de la población es analfabeta
Censo de 1961: 52.0% de la población es analfabeta = 1,345.760 hab.
(BID) 1967: 51.0% de la población es analfabeta⁽¹⁾

Podemos ver cómo el analfabetismo va descendiendo, pero muy lentamente, pues en un período de 17 años sólo ha descendido 6.7, y se mantiene aún a nivel de mayoría de la población.

(1) Cfr. "JUSTICIA SOCIAL", por José Ignacio Scheifler S.I. y José Francisco Corta S.I. mayo 1970, pág. 21.

2. Si nos fijamos en la población analfabeta, de 10 años y más, por áreas urbanas y rural, y por sexos, según los dos últimos censos realizados en El Salvador, podemos observar que el analfabetismo es mucho más acentuado en el área rural (más del doble), y bastante más pronunciado en el sexo femenino, en cualquiera de las dos áreas (2):

	T o t a l			Area rural			Area urbana		
	Ambos	Masc.	Feme.	Ambos	Masc.	Feme.	Ambos	Masc.	Feme.
13/6/50	57.7%	54.7%	60.6%	73.2%	70.0%	76.6%	32.5%	28.4%	37.6%
2/ 5/61	49.2%	45.2%	53.0%	64.2%	60.1%	68.5%	26.8%	20.2%	32.3%
variación porcentual	8.5%	9.5%	7.6%	9.0%	9.9%	8.1%	5.7%	6.2%	5.3%

B —AUSENTISMO ESCOLAR

Para no incurrir en errores, debemos aclarar qué se entiende por este término. Propiamente se debería entender el número de niños que, estando en edad escolar, ni siquiera se matriculan en la escuela, es decir, están totalmente ausentes. Sin embargo, los datos de que disponemos nos indican el número de niños en edad escolar que se encuentran fuera de la escuela, aunque hayan asistido algún año anterior, o aun cuando después vayan a ir, en años posteriores. Por consiguiente, este concepto AUSENTISMO ESCOLAR, está estrechamente ligado con la DESERCIÓN ESCOLAR, y no podemos ofrecer datos puros referentes a él única y exclusivamente:

1. Según el último censo (1961), 58% de niños, entre 7 y 13 años, no iban a la escuela, es decir: 174.000 niños.

A pesar del esfuerzo realizado estos últimos años, el Ministerio de Educación estimaba que en 1968 quedaban aún 196.000 niños, entre 6 y 13 años, fuera de toda escuela oficial o privada.(3)

2. A continuación presento las estadísticas de la matrícula escolar, en sus diversos niveles (4)

a) MATRÍCULA DE PARVULARIA INICIAL, 1967-1970

Año	Total	4-5 años	5-6 años	6-7 años
1967	21.325	2.862	11.395	7.004
1968	21.004	3.705	10.709	6.590
1969	23.218	6.420	10.469	6.329
1970	24.211	7.177	10.150	6.884

Frente a una población de más de 300.000 niños que están comprendidos entre esas edades, la asistencia a educación parvularia es casi nula. Y, si bien la asistencia en la edad de 4-5 años se ha triplicado, en las otras edades ha disminuido.

(2) Cfr. "Datos para un diagnóstico de la realidad centroamericana", Vol. I, Survey S.J. de Centroamérica, pág. 25.

(3) Cfr. ECA, julio 1969, pág. 220; "JUSTICIA SOCIAL", o.c., pág. 20.

(4) Cfr. Departamento de Estadística del Ministerio de Educación.

b) MATRICULA DE PRIMARIA, INICIAL Y FINAL, 1967-1970

MATRICULA INICIAL

Año	Total	1º Gdo.	2º Gdo.	3º Gdo.	4º Gdo.	5º Gdo.	6º Gdo.
1967	475.365	160.726	103.355	73.357	58.243	43.797	35.887
1968	479.826	155.829	99.607	78.378	59.809	47.855	38.348
1969	516.875	173.854	104.748	81.015	64.533	50.911	41.814
1970	531.309	174.635	105.823	85.523	66.912	54.206	44.208

MATRICULA FINAL

1967	435.804	142.434	95.793	68.202	54.164	41.185	34.026
1968	428.376	134.567	90.233	70.370	54.129	43.689	35.386
1969	451.658	141.394	94.537	72.426	58.627	46.521	38.153

c) MATRICULA DE PRIMARIA, RURAL Y URBANA, 1969

	R U R A L			U R B A N A		
	Femen.	Masc.	Total	Femen.	Masc.	Total
1º Gdo.	35.420	39.649	75.069	38.890	40.375	79.265
2º Gdo.	19.673	21.192	40.865	36.270	27.168	53.338
3º Gdo.	12.575	13.643	26.218	23.913	24.949	48.862
4º Gdo.	7.572	8.909	16.481	20.936	20.402	41.348
5º Gdo.	4.451	6.178	10.639	26.574	18.463	45.037
6º Gdo.	3.093	4.418	7.511	13.300	14.938	28.238
			176.783			296.078
			TOTAL			472.861

De estos dos cuadros anteriores podemos concluir que el aumento de la matrícula de primaria corresponde al aumento vegetativo de la población.

Uno de los fenómenos que ya se apuntan —y que trataré luego— es el de la deserción, en cada uno de los grados.

Sin embargo, de las estadísticas anteriores no podemos deducir aún el ausentismo escolar. A primera vista parece que la matrícula cubre a casi todos los niños que están en edad escolar. Necesitamos considerar el cuadro siguiente, para analizar mejor la realidad:

d) POBLACION DE EL SALVADOR, 1964-1969 (en miles)

Año	7-12 años	Asiste		No asiste		Mayores de 12 años		% inasistencia hipotética (*)
		Absol.	%	Absol.	%	Asiste	No asiste	
1964	461.1	305.3	66.2	155.8	33.8	77.4	81.1	17.6
1965	475.1	319.3	67.2	155.8	32.8	80.1	75.7	15.9
1966	487.8	350.8	71.9	137.0	28.1	83.4	53.6	11.0
1967	503.0	379.7	75.5	123.3	24.5	97.3	28.0	5.2
1968	520.0	371.4	71.4	148.6	28.6	110.6	38.0	7.3
1969	539.8	398.7	73.9	141.1	26.1	120.7	20.4	3.8

(*) Este porcentaje hipotético representa la siguiente suposición del Servicio de Estadística del Ministerio de Educación: si en los años 1964 a 1969 toda la población escolarizada hubiera estado en la edad escolar (7 a 12 años) el déficit hubiera sido muy bajo. La realidad indica que la población que no recibió educación en el pasado viene en el presente a ocupar los sitios de quienes deberían estar y, por supuesto, a obtener los beneficios de la educación tardíamente.

En realidad, pues, la matrícula de primaria, que puede parecer a simple vista casi igual a la población en edad escolar, se reparte entre alumnos normales —llamémoslos así—, y alumnos tardíos —o en edad superior a la correspondiente—.

Para un estudio de la inasistencia escolar, tenemos que atenernos, por consiguiente, a los porcentajes de alumnos en edad escolar que no asisten a la escuela, que para el año de 1969 fue todavía de 26.1%, según las estadísticas del Ministerio de Educación.

Sobre este déficit originario va a incidir el problema de la deserción escolar, que presentamos a continuación:

C. — DESERCIÓN ESCOLAR

Por deserción escolar se entienden los alumnos que, después de haberse matriculado, o incluso después de haber asistido a clases durante algún tiempo, o bien se retiran antes de que termine el año escolar, o bien no aprueban el año, o bien no se matriculan al grado siguiente; es decir, dejan la escuela antes de haber concluido sus estudios.

El término contrario es el de RETENCIÓN ESCOLAR, o sea: aquellos que perseveran en sus estudios.

1.—Retención: 1960 - 1965

primaria:	22.3%
secundaria:	25.8% ⁽⁵⁾

2.—⁽⁶⁾

a) DESERCIÓN REAL ANUAL PÚBLICO, URBANA Y RURAL (1969)

	1º Gdo.	2º Gdo.	3º Gdo.	4º Gdo.	5º Gdo.	6º Gdo.
Público urb.	20.8%	9.2%	10.4%	9.9%	9.3%	9.6%
Público rural	17.2%	10.8%	11.7%	8.1%	8.4%	9.3%

b) RETENCIÓN EN LA ENSEÑANZA PRIMARIA, 1964-1969

Grado	1964 Matr. ini.	1965 Matr. ini.	1966 Matr. ini.	1967 Matr. ini.	1968 Matr. ini.	1969 Matr. ini.	Matr. ini.
1º	133.210						
2º	100%	78.786					
3º		59.1%	66.855				
4º			50.2%	58.243			
5º				43.7%	46.594		
6º					35.0%	41.814	

Promovidos del 6º grado

34.007
25.5%

c) RETENCIÓN EN LA ENSEÑANZA MEDIA GENERAL (Plan Básico y Bachillerato), 1965 - 1969

Curso	1965 Matr. ini.	1966 Matr. ini.	1967 Matr. ini.	1968 Matr. ini.	1969 Matr. ini.	1970 Matr. ini.
1º	13.641					
2º	100%	11.165				
3º		81.8%	10.951			
4º			80.2%	5.617		
5º				41.1%	4.561	
Graduados					33.4%	4.129
						30.2%

(5) Cfr. "Datos para...", o.c. págs. 42.

(6) Cfr. Departamento de Estadística del Ministerio de Educación.

**SEGUIMIENTO DE UNA GENERACION DE ESTUDIANTES, DESDE EL PRIMER GRADO DE LA ENSEÑANZA
PRIMARIA HASTA EL SEGUNDO CURSO DE BACHILLERATO 1960 - 1969**

AÑOS	ENSEÑANZA PRIMARIA						1er. CICLO ENSEÑANZA MEDIA						BACHILLERATO							
	G R A D O S						C U R S O S						C U R S O S							
	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO	CUARTO	QUINTO	SEXTO	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO	PRIMERO	SEGUNDO	ABS	%							
1960	123054:100%																			
1961	Continúan	74916																		
1962	60.9%	Continúan	42898																	
1963	Retención (deserción)	34.9%	Continúan	38610																
1964	39.1%	Retención	31.4%	Continúan	31962															
1965		65.1%	Retención	26. %	Continúan	26409														
1966			68.6%	Retención	21.5%	Continúan	13656													
1967			74.8%	Retención	11.1%	Continúan	11515													
1968				78.5%	Retención	9.4%	Continúan	10204												
1969					88.9%	Retención	3. %							6059						
1970						90.6%	Retención	97. %					9%	4%	4473					
															3% (3.6% del 1er. grado)					

Si nos fijamos en el número de los que inician la educación media comprobamos que viene a ser la tercera parte de los que se graduaron en primaria. Sin embargo, esta comparación no es correcta, pues no son los años correspondientes. Habría que tomar los que aprobaron el 6º grado de primaria el año 1964, para ver qué proporción de ellos se matriculó en secundaria al año siguiente. Pero es muy probable que entre los matriculados en 1º de educación media en el año 1965 hubiera algunos que habían concluido su primaria varios años antes, como es frecuente entre los de asistencia nocturna.

d) SEGUIMIENTO DE UNA GENERACION DE ESTUDIANTES, DESDE EL PRIMER GRADO DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA HASTA EL SEGUNDO CURSO DE BACHILLERATO, 1960 - 1969

NOTA: en el cuadro siguiente han usado el término RETENCION para indicar los que no avanzan al grado o curso inmediato superior, ya sea por deserción propiamente dicha, ya sea por haber sido reprobados.

Más bien se suele usar la palabra DESERCION, para indicar lo que quiere el cuadro, y por eso lo he indicado debajo de la primera vez que se usa:

Si nos fijamos en el cuadro anterior, encontramos que la gran deserción escolar se da en los dos primeros grados de educación primaria, pues el tercer grado sólo se matriculan el 31.4% de los que lo hicieron en el primero. Es decir, la gran mayoría no pasa de los dos primeros grados, dándose este fenómeno más extensamente en el campo, ya que muchas escuelas rurales no disponían de grados ulteriores.

Según esta estadística, la mitad de los egresados del sexto grado se matricula en educación media. Pero siempre permanece la duda de que no todos los matriculados en el primer curso provengan de los graduados de primaria en el año anterior. El Ministerio de Educación nos da la cifra del 3% como índice de los que se gradúan de bachilleres, de todos los matriculados en el primer grado. Según mis cálculos, sobre los números presentados, es el 3.6%. Según la ODECA (7), es el 3.4%. De todos modos, oscila entre el 3 y el 4% de alumnos de primer grado que coronan sus estudios de bachilleres.

SEGUNDA PARTE: CAUSAS

De ningún modo pretendo ser exhaustivo en el análisis de las causas. Únicamente presentaré algunas de las causas —quizás condiciones— que influyen en la situación educacional del país, en cada uno de sus aspectos.

A. — ANALFABETISMO (adultos)

A finales del año 1970 realicé una serie de entrevistas con analfabetos adultos, del campo y de la ciudad (unos 1.000 analfabetos), con la ayuda de los alumnos de sociología de la Facultad de Ciencias del Hombre y de la Naturaleza, de la Universidad José Simeón Cañas, y con los alumnos de 4º curso de bachillerato del Colegio Externado de San José. Muchos de los entrevistados exponían las razones por las que no habían asistido a la escuela cuando eran niños. Los puedo catalogar en cuatro grupos distintos:

(7) "ESTUDIO SOBRE LA SITUACION, TENDENCIAS Y NECESIDADES DE LA EDUCACION CENTROAMERICANA", Cap. III, Cuadro Nº 1.

1) **ECONOMICAS:** los del campo —y muchos de los que ahora viven en la ciudad, pero provienen del campo— presentan como una de las razones el no disponer de medios económicos para poder ir a la escuela: tener que pagar transporte, por vivir lejos, pagar vestido, útiles escolares... En general, todos alegan que tenían que trabajar por necesidad, y que, por lo tanto, no podían darse el lujo de ir a la escuela.

2) **HABITACIONALES:** es decir, por vivir en sitios apartados de la escuela más cercana —se entiende en el campo—. Recordemos que el auge de construcción de escuelas en el área rural, es bastante reciente, y que hasta hace unos años —cuando estos analfabetos eran niños— a muchos de ellos les quedaba la escuela bastante retirada de su rancho.

3) **MOTIVADORAS:** es muy frecuente, entre esas personas entrevistadas, el no haber tenido incentivos para la educación, ni de parte de sus padres, ni de ellos mismos. Respuestas como “¿para qué?”, “el ir a la escuela no ayuda a ganarse la vida”, y otras similares, fueron muy corrientes como explicación.

Sin embargo, ahora muchos de ellos reconocen que los estudios les habrían ayudado en la vida, y desean que sus hijos se eduquen y vayan a la escuela.

4) **POLITICAS:** “Los Gobiernos no se preocupan de nosotros, lo mismo que los políticos; vienen ofreciendo muchas cosas, pero lo único que buscan es nuestros votos, y luego no se acuerdan más”. Esta frase y otras similares, se escapaban, como una queja y un desengaño, de más de uno de los entrevistados.

Es decir, el analfabetismo, es un doble arma política: sirve de elemento propagandístico —y quizás demagógico—, prometiendo erradicarlo o disminuirlo sustancialmente; pero a la vez ha sido un auxilio fuerte en las clases dominantes, hasta hace poco, pues es más fácil dominar a analfabetos, que a personas formadas y concientizadas. Únicamente en los últimos años los Gobiernos, y la Sociedad en general, ha tomado en serio el problema de la educación, y parece tomar una actitud verdaderamente patriótica, política y sincera.

B. — AUSENTISMO ESCOLAR

También en este capítulo encuentro diversas causas, que hacen que los datos vistos en la primera parte sean tan acentuados:

1) **ECONOMICAS:** Por un lado nos encontramos con la insuficiencia de medios económicos, de parte de las instituciones que han de dar la educación, para atender a toda la demanda escolar posible. En efecto, si asistieran todos los que se encuentran en edad escolar, harían falta (según datos de 1965):

7.169 aulas nuevas de primaria	21,561.000 \$
5.721 aulas nuevas de educación media	23,228.000 \$
nuevos sueldos a profesores de primaria	6,773.000 \$
nuevos sueldos a profesores de educación media	14,673.000 \$
	<u>66,235.000 \$</u>
	aumento = 165,587.500 ₡

Añadamos el presupuesto para las correspondientes bibliotecas, gimnasios, talleres, laboratorios, campos de deportes, administración... y nos encontramos con una cifra de aumento sobre el presupuesto de educación, que no puede aportar el país.⁽⁸⁾

(8) Cfr. “Datos para...”, o.c., págs. 47-50.

Por otro lado, si el 30% de la población gasta para todas sus necesidades menos de 12 ¢ al mes por persona—menos de 0.40 ¢ al día, y el 58% de la población gasta para todas sus necesidades menos de 24 ¢ al mes por persona = menos de 0.80 ¢ al día ⁽⁹⁾, es un imperativo de supervivencia el poner a trabajar apenas se tengan fuerzas, para poder aportar unos centavos al hogar, con detrimento de la asistencia a la escuela, que aun cuando se vea como necesaria, es menos urgente.

2) **FAMILIARES:** Solamente el 22.8% de los mayores de 15 años contraen matrimonio. Cerca del 70% de los hijos son ilegítimos.

Si bien es cierto que estos datos no concuerdan con la estabilidad del hogar, no se puede negar que un porcentaje muy alto de niños no disfrutan de un hogar estable, de la presencia de un padre ejemplar, educador y exigente, que se preocupe porque el hijo asista a la escuela. La madre, que tiene que atender al sustento de la familia, no puede supervisar y urgir la asistencia de sus hijos a la escuela. Más aún, necesita de su ayuda frecuentemente, para lograr entre todos poder vivir.

3) **MOTIVADORES:** No encuentran incentivos en los estudios, pues no comprenden que les ayude a ganarse la vida, al menos de momento.

La REFORMA EDUCATIVA del actual Gobierno atiende a este aspecto, y trata de dar una orientación a la educación, introduciendo nuevos programas y materias, que atraigan al niño, y le preparen también para la vida de trabajo. Sin embargo, en mi opinión, no es aún lo suficiente, como para motivar a los padres de familia y a los niños, de modo que sacrifiquen parte de su tiempo, para que les rinda más después.

C. — DESERCIÓN ESCOLAR

Todas las causas apuntadas en el AUSENTISMO son válidas también para este capítulo. Muchos de los niños que se matriculan en la escuela, van a abandonarla poco después, por las razones indicadas. Añadiré todavía algunas que me parecen válidas:

- 1) Prácticamente hasta ahora en muchas escuelas rurales no había oportunidad de cursar más allá del 2º grado de primaria. El Ministerio de Educación está desarrollando una meritisima labor, extendiendo y ampliando las escuelas rurales.
- 2) Se afirma en las estadísticas que dos tercios de los niños del país están deficientemente alimentados. La desnutrición, la poca higiene, influyen no sólo en el desarrollo biológico del niño, sino también en el psicológico y mental. La carencia de proteínas y otros alimentos básicos impide un normal desarrollo de sus capacidades mentales. Estos niños, así crecidos, tendrán un menor rendimiento en sus estudios, lo cual les llevará a no asistir a la escuela, o a tener que retirarse de ella, por no poder rendir lo suficiente para seguir adelante.
- 3) Por último, el Ministerio de Educación se está esforzando en cambiar los métodos pedagógicos y de evaluación, por estimar deficientes los que estaban vigentes anteriormente.
- 4) A continuación presento las causas de deserción escolar consignadas en el Ministerio de Educación, en su Departamento de Estadísticas.

Fijándonos en ellas nos encontramos con que la causa más frecuente es la de CAMBIO DE DOMICILIO. Esto nos indica la movilidad de la población, que busca refugio en las ciudades; o que anda de un sitio para otro en busca de trabajo.

(9) Cfr. "Justicia Social", o.c. pág. 9.

EDUCACION PRIMARIA
DESERCION POR CAUSAS TODOS LOS GRADOS DE 1964 A 1969

No. de Orden	Causas de la Deserción.	1964		1965		1966		1967		1968		1969	
		Absolutas	%	Absolutas	%	Absolutas	%	Absolutas	%	Absolutas	%	Absolutas	%
	TOTAL	45 719	100	53 508	100	DND	100	DND	100	70 066	100	66 052	100
1	Cambio de Domicilio.	12 666	27.7	18 727	35.0					16 683	23.8	15783	23.9
2	Cambio de Escuela.	No se investigó		No se investigó						6 768	9.7	4 898	7.4
3	Enfermedad Prolongada.	4 197	9.2	4 371	8.2					4 699	6.7	5 514	8.3
4	Defunción	283	0.6	278	0.5					292	0.4	264	0.4
5	Trabajos Remunerados	4 382	9.6	4 810	9.0					4 604	6.6	4 826	7.3
6	Trabajos Caseros	3 840	8.4	4 070	7.6					6 544	9.3	7 122	10.8
7	Suma Pobreza.	4 377	9.6	4 598	8.6					6 018	8.6	5 892	8.9
8	Indiferencia del Hogar	5 052	11.1	5 146	9.6					7 359	10.5	8 581	13.0
9	Vagancia	2 164	4.7	2 183	3.9					2 639	3.8	1 862	2.8
10	Expulsión	190	0.4	251	0.5					509	0.7	61	0.1
11	Otras Causas	2 534	5.5	2 839	5.3					3 220	4.6	3 016	4.6
12	Desconocida.	6 034	13.2	6 235	11.7					10 731	15.3	8 233	12.5

Datos No Disponibles

Si unimos todos los porcentajes presentados como TRABAJOS REMUNERADOS, TRABAJOS CASEROS, SUMA POBREZA, INDIFERENCIA DEL HOGAR, veremos que constituyen la mayoría de las causas especificadas. Todos estos motivos están ligados a la situación económica indicada.

Por último, en el elevado porcentaje de DESCONOCIDAS, es obvio creer que se repiten muchas de las causas anteriores.

2. — ALUMNOS QUE ABANDONARON LA ENSEÑANZA ANTES DE FIN DEL AÑO

a) ZONA RURAL, 1969

Causas	Total	1º Gdo.	2º Gdo.	3º Gdo.	4º Gdo.	5º Gdo.	6º Gdo.
Totales	26.759	15.885	4.861	3.034	1.666	845	468
Cambio dom.	4.470	2.608	798	503	223	173	95
Cambio esc.	1.374	629	299	166	121	73	86
Enfermedad	2.525	1.809	388	179	93	42	14
Muerte	122	63	25	14	11	5	4
Empleos	2.268	894	544	385	267	112	66
Of. domest.	4.473	2.504	846	602	301	141	79
Pobreza	2.853	1.981	433	263	121	39	16
Indiferenc.	4.108	2.620	721	432	195	113	27
Vagancia	658	386	124	78	35	30	5
Expulsión	21	3	4	3	8	1	2
Otras causas	726	472	120	55	32	27	20
Desconocida	3.161	1.916	559	354	189	89	54

b) ZONA URBANA, 1969

Causas	Total	1º Gdo.	2º Gdo.	3º Gdo.	4º Gdo.	5º Gdo.	6º Gdo.
Totales	38.280	16.013	6.238	5.409	4.637	3.416	2.567
Cambio dom.	10.809	4.414	1.935	1.524	1.355	937	734
Cambio esc.	3.363	1.177	503	550	470	370	293
Enfermedad	2.925	1.598	517	301	237	186	86
Muerte	139	67	18	21	15	9	9
Empleos	2.523	505	327	411	456	446	378
Oficios dom.	2.605	1.043	440	402	344	232	144
Pobreza	3.018	1.689	451	689	234	163	92
Indiferenc.	1.401	2.257	653	665	426	268	132
Vagancia	1.195	495	181	164	155	112	88
Expulsión	32	10	5	2	4	7	4
Otras caus.	2.227	788	349	283	298	283	226
Desconocida	4.953	1.970	859	697	643	403	381

c) EDUCACION MEDIA AMBAS ZONAS, TODOS LOS CURSOS, 1968 - 69

Causas de deserción	1968		1969	
	Absoluta	%	Absoluta	%
Total	9.576	100	12.978	100
Cambio de domicilio	818	8.5	991	7.6
Cambio de escuela	766	8.0	839	6.5
Enfermedad prolongada	237	2.5	236	1.8
Defunción	26	0.3	13	0.1

Trabajos remunerados	568	5.9	540	4.2
Trabajos caseros	128	1.3	202	1.6
Suma pobreza	662	6.9	796	6.1
Indiferencia del hogar	179	1.9	336	2.6
Vagancia	143	1.5	175	1.3
Expulsión	93	1.0	59	0.4
Otras causas	941	9.8	684	5.3
Desconocidas	5.015	52.4	8.107	68.5 (10)

TERCERA PARTE: SUGERENCIAS

Tras el análisis presentado en las dos partes anteriores, podría terminar mi estudio. Sin embargo, no me parece honrado el presentar simplemente los problemas. Las soluciones, evidentemente, son sumamente difíciles, pues unos aspectos están mezclados con otros, las causas se interrelacionan. La obra por hacer es gigantesca, y es fácil desanimarse, y dejar correr las cosas, para que poco a poco, con la natural evolución del mundo y de la historia, se vayan arreglando por sí mismas.

No pretendo dar soluciones milagrosas. Únicamente me atrevo a sugerir caminos nuevos. Por supuesto que habrá que estudiarlos más a fondo, pero con verdadero desinterés y patriotismo, al mismo tiempo que con urgencia perentoria.

1.—DIVERSIFICACION DE LOS ESTUDIOS (y de los maestros destinados a impartirlos).

La Educación ha cobrado una importancia de primera línea en el presente Gobierno. Su presupuesto, aparte de haberse aumentado considerablemente, se ha puesto a la cabeza del presupuesto nacional, como era justo. Se ha trabajado intensamente. Uno de los frutos, quizás el principal, es la Reforma Educativa. Se ha trabajado tesoneramente, se ha consultado, se han pedido opiniones, se han colocado en una actitud de apertura. Basado en estos hechos, me atrevo a hacer alguna sugerencia, por bien del país, y de la misma Reforma Educativa.

Creo que debe ser aún más radical. Si nos basamos en un análisis sociológico, y en una filosofía de la educación, a mi modo de ver es incomprensible que se dé un mismo tipo de educación a todos los ciudadanos de la República.

Creo que debería haber un tipo diferente de educación para el campo y para la ciudad. Un diferente tipo de educación para aquellos que sólo van a hacer unos grados de primaria, y otro tipo de educación para los que van a seguir estudios ulteriores (medios y superiores). De lo contrario, o será deficiente para los que aspiren a estudios ulteriores, o será bastante inútil para los que buscan en la educación un medio de mejorar sus ínfimas condiciones de vida, lo cual arrastrará el problema del analfabetismo, el ausentismo, y la deserción escolares.

En cambio, con una educación diversificada lograríamos aumentar los incentivos, en los padres y en los niños, para que sacrifiquen unas horas de trabajo de bajo rendimiento, pues ven lo que aprenden en la escuela les sirve para mejorar eficazmente. Lograríamos también algo muy importante a nivel nacional: impedir el desarraigo de su medio ambiente en aquellos que siguen estudios en el campo, y la consiguiente migración

(10) Cfr. Departamento de Estadística del Ministerio de Educación.

a las ciudades. Hoy en día, el campesino que se educa ya no quiere quedarse en el campo, sino que aspira a vivir en la ciudad. Si bien es una aspiración justa, sin embargo no estamos logrando una elevación del nivel educativo del pueblo en el campo, ni tampoco ellos están preparados para la vida en la ciudad, y para ganarse la vida dignamente en ella.

Se me puede objetar que con ello negaríamos las mismas oportunidades a todos los ciudadanos, discriminándolos desde los primeros pasos educativos.

No quiero que se malinterprete mi pensamiento. De ningún modo propugno una educación que se limite al uso de la cuma o del arado, de los abonos e insecticidas, o de las herramientas manuales de trabajo. El tipo de educación que propugno sería una verdadera educación, pero balanceada y progresiva, de modo que despierte su interés, y encuentre aplicabilidad inmediata, pues la necesidad de subsistir y ganarse la tortilla les urge. Para montar este tipo de educación se requiere un análisis sociológico previo, científico y profundo, sobre su realidad, su ambiente, sus aspiraciones, sus ideales y exigencias.

Siempre queda la alternativa de ofrecer diversos tipos de educación, para que el niño escoja, por sí mismo o por sus padres, el que le parece más adecuado a sus exigencias e ideales.

Pero, tal vez, la respuesta más profunda a este problema reside en la filosofía que se tenga de la educación. Para mi modo de ver, la educación no debe pretender simplemente capacitar al individuo para un mejoramiento socio-económico en la vida, es decir, para convertirlo en un engranaje más de la producción del país. La educación tiene como finalidad la formación de la persona, en toda su complejidad, el desarrollo de sus potencialidades y cualidades, para que se realice como persona plenamente, y así contribuya a su progreso, y al del país; es decir, para que sea más libre, más responsable, más persona.

Imaginémonos una indígena de Guatemala, que teje una de esas bellas telas, invirtiendo una semana. O un alfarero nuestro. O cualquier artesano. Les podemos suministrar una máquina, para que, en vez de gastar un día, o una semana, en cada pieza, puedan hacer cien al día. Con esto, tendrán mayores ingresos, elevarán su nivel de vida, ¿serán más felices, más personas? Les habremos privado de algo que para ellos es vital: el plasmar en su obra personal su visión del mundo y de la belleza; les habremos privado de su creatividad personal en cada pieza. No creo que con ello sean más felices, ni se realicen más como personas. La solución será, sí, educarlos, pero para que se realicen más cabalmente, aumentando su creatividad, su realización, su sentido de la belleza, su libertad. Y a un mismo tiempo, proveerlos de medios para saber relacionarse con los demás, para hacer valer sus valores, y para exigir un justo precio por sus obras.

Es muy cuestionable hoy el que el mero desarrollo socio-económico haga más hombre al hombre, le ayude a realizarse como persona, y le constituya en un ser más libre.

2. — SOLUCIONES DE EMERGENCIA:

El país se encuentra en emergencia gravísima, por la magnitud y el número de problemas ingentes que hay que afrontar y resolver. Uno de ellos, y reflejo de los otros, a la vez que causa y efecto de los mismos, es el de la educación. Ante una situación así, de emergencia nacional, no

vale tomar un actitud de parches, o dejar hacer algo a organizaciones individuales, que tienen más bien un carácter de beneficencia. Es preciso aunar todos los esfuerzos de la sociedad, Gobierno y ciudadanos, para utilizar todos los recursos de que se dispone, y activar organizadas todas las fuerzas vivas, para construir una Patria mejor.

Frente a la imposibilidad, por falta de recursos materiales y humanos, y por falta de motivación —como hemos visto anteriormente—, para atender a todos, por medio de la educación sistemática, actual y futura, se impone el buscar y probar nuevos métodos de educación:

a) Sería conveniente ensayar y aplicar métodos como el de Paulo Freire, para la alfabetización de adultos ⁽¹¹⁾, que tan buenos resultados ha dado en otros países.

b) Es preciso emplear sistemática y metodológicamente los medios de comunicación social, como vehículos educativos:

En Radio tenemos el ejemplo de RADIO SUTATENZA, en Colombia. Algo similar se ha hecho aquí pero no con la organización y dimensiones de aquel país, ni con las exigencias de nuestra realidad.

La TV Educativa, que dispondrá de sus canales propios, estará en posibilidad —como creo que es el objetivo del Ministerio de Educación—, de extenderse a los primeros grados de educación primaria, y a la alfabetización de adultos, para abarcar la gran masa de población, que no llega al último período de la educación fundamental.

La Prensa ya hace algo, parcialmente, como instrumento educativo, con secciones especiales. Pero se requiere una mayor amplitud en ese campo.

Por último, el Cine tiene que convertirse en el instrumento principal de educación a nivel de masas, por los recursos extraordinarios de que dispone.

c) Finalmente, una legislación adecuada tiene que venir en auxilio del estado de emergencia en que nos encontramos:

Se impone la necesidad de implantar un servicio social obligatorio, al menos para todos aquellos que terminen cierta etapa de su formación. Creo que se podría poner como coronamiento de lo que ahora se llama EDUCACION FUNDAMENTAL, es decir, al concluir lo que antes era denominado PLAN BASICO. A esa edad, y con la preparación que han adquirido, están capacitados para aportar algo a la sociedad, que ha invertido gran cantidad de dinero en su formación, y espera algo de ellos. Si fuera ese tiempo muy prematuro, al menos se debería imponer al final de la Educación Media, de cualquier especialidad que sea. El cumplir el servicio social, sería un requisito indispensable para poderse graduar en los estudios correspondientes. Se podría cumplir en un año corrido, o en períodos sucesivos en tiempo de vacaciones. Con esa cantidad numerosa de personas, dotadas de una formación aceptable, habría que organizar sistemática y eficazmente, una serie de prestaciones sociales, como: alfabetización de adultos, construcción de viviendas, promoción de la comunidad, obras de saneamiento e higiene, . . . Es un sacrificio, y tal vez grande, el que se impondría a esos jóvenes. Pero la Patria lo necesita. Si por la Patria se justifica —y se ve como cosa normal y aceptable— el dedicar un año al servicio militar, ¿por qué no se va a justificar el sacrificar un

(11) Cfr. "EDUCACION PARA LA LIBERTAD", Ed. Icirá, Santiago de Chile, 1969).

año para dedicarlo al servicio social, por bien de la Patria, que la constituyen todos los ciudadanos, y también los necesitados, que son la mayoría?

Toda empresa, tanto del sector agropecuario, como del industrial, o de servicios, que pase de cierto número de empleados —muy bien podía ser de 100—, se vería obligada a poner una escuela primaria completa, más una escuela vocacional, o de oficios, para adiestrar a los hijos de sus trabajadores que quieran aprender el trabajo de la empresa.

Para poder ejercer cualquier trabajo, se exigiría, para todos sin excepción, un número determinado de años cursados y aprobados. Se les daría un plazo conveniente —de 5 años, por ejemplo— antes de aplicar la ley, para que tuvieran tiempo de hacer esos estudios, a la vez que se les proporcionan todas las facilidades necesarias para realizarlos.

Por último, dado que se da con cierta frecuencia el hecho de que hay maestros sin trabajo, escuelas sin maestros, y que a los maestros les resulta muy duro el trabajar en el campo, hay que proveerlos de un sueldo adecuado a sus necesidades, y a la preparación que han adquirido. Se podría aumentar sus ingresos, capacitándolos para que puedan desempeñar allí otros empleos adicionales, como promotores de la comunidad, enfermeros, . . . Y tras esto vendría una ley de escalafón de maestros, de modo que obligatoriamente tendrían que comenzar por el campo, y luego irían subiendo en el escalafón, de acuerdo con sus méritos, su capacidad, su dedicación y experiencia.

No dudo de que otros tendrán soluciones, por lo menos iguales o mejores que las mías. A muchos, quizás, les parezcan algo utópicas estas sugerencias. Sin embargo, he querido presentarlas, con la mejor voluntad, para que se estudien a fondo, y se puedan convertir en una realidad, para bien de nuestro país.

CAPITULO SEGUNDO: EL HOMBRE

La meta de la educación es formar al hombre, en toda la plenitud y complejidad de su significado. Es preciso conocer el ideal que deseamos alcanzar, para estructurar todos los medios disponibles, a fin de alcanzar esa meta.

¿ES POSIBLE CONOCER AL HOMBRE?

A veces creemos conocer a alguna persona, y de vez en cuando nos llevamos sorpresas respecto a ella. No esperábamos esa reacción, esa actitud. Creíamos conocerla suficientemente como para prever su actuación en las diversas circunstancias. Sin embargo, al menos en los momentos críticos —o en algunos de ellos—, no reaccionan según las normas esperadas.

Nadie cree conocer al hombre mejor que uno mismo. Yo sé cómo soy; yo me conozco; afirmamos. Pero no estamos muy seguros de ello, si somos sinceros y profundos. Pues muchas veces no nos reconocemos a nosotros mismos. Sentimos como si algo extraño actuara dentro de nosotros; algo ignoto, indescifrable, ajeno, quizás. Pero no es nada ajeno, sino tal vez lo más profundo de nosotros mismos, a donde no hemos podido llegar aún. El hombre es una incógnita, un enigma, incluso para sí mismo. El conocimiento humano es distinto de los conocimientos inferiores, por la reflexión, por la autoevaluación. No sólo conocemos, sino que sabemos que conocemos. Reflexionamos sobre nuestro conocimiento, lo analizamos, lo corregimos, y por ese proceso sacamos nuevos conocimientos.

El hombre, desde el despertar de su conciencia, ha venido reflexionando sobre sí mismo. El hombre siempre se ha preocupado del hombre. Porque el hombre siempre ha sido un enigma para el hombre. Desde sus comienzos hasta hoy —y seguirá en el futuro—, el hombre ha ido ampliando y profundizando el conocimiento del hombre. ¿Conocemos hoy al hombre mejor que en el pasado? En cierto sentido, sí, pero en cierto sentido, no.

Conocemos más y mejor del hombre, por los progresos de la ciencia y del pensamiento humano. Cada una de las ramas de la ciencia tiene como parte de su estudio, al hombre. La física ha descubierto las fuerzas, las energías, los mecanismos que actúan en el hombre; ha descubierto la computadora del cerebro humano. La química ha analizado hasta las últimas estructuras moleculares y atómicas del cuerpo humano. La biología conoce con bastante perfección las estructuras orgánicas y de los tejidos, la función de sus órganos, glándulas y secreciones. La historia examina las actuaciones del hombre en el tiempo y en el espacio. La matemática formula estadísticas de la actuación humana. La filosofía estudia a fondo el proceso del pensamiento humano, y sus creaciones intelectuales. La psicología ha descubierto las motivaciones, las reacciones, los condicionamientos, las actitudes, los complejos. Cuanto más nos adentramos en la personalidad humana, más descubrimos la riqueza de su núcleo y la inmensidad de lo que nos falta por conocer. **Y eso si consideramos nada más la naturaleza humana simplemente, de la que la parasicología descubre**

cada día una potencialidad mayor. Conocemos algo de la riqueza del hombre y su profundidad, pero no sabemos hasta dónde se extiende, hasta dónde alcanza, de lo que es capaz de lograr.

En el mundo sobrenatural, que es parte del hombre, sólo unos atisbos nos muestra la revelación y la teología, pero su riqueza se nos escapa, pues se pierde en la infinitud misma de Dios, que se da al hombre, lo dignifica, lo eleva y cuasi lo diviniza, convirtiéndolo en el verdadero superhombre, más rico y más real que el que soñara Nietzsche.

Las ciencias, para un mayor conocimiento, se han tenido que dividir en un sinnúmero de especializaciones, para poder profundizar en el análisis. Pero, en la misma medida, se hace cada día más difícil la síntesis: alguien que pueda abarcarlas todas simultáneamente, y dar una visión de conjunto, a la vez que profunda, es cada día más imposible. Este fenómeno se verifica también en el concepto y conocimiento del hombre. Cada día tenemos un conocimiento más analíticamente rico de él, pero cada día un conocimiento sintéticamente más pobre. Cada día sabemos más acerca del hombre, pero cada día conocemos quizás menos al hombre como un todo, en su integridad personal polifacética. Se nos escapa el hombre al analizarlo; en la disección lo matamos. Se nos aleja, a la vez que está cada día más cerca, como la propia sombra que queremos perseguir y atrapar, y no se deja.

¿QUE ES EL HOMBRE?

No creo que haya habido pensador alguno que no haya reflexionado sobre el hombre y su esencia, y no haya tratado de darnos una definición del mismo, en la que se haya esforzado por expresar de la manera más concisa posible, el concepto que él tiene del hombre. Con la nueva definición ha pretendido, o bien darnos un nuevo aspecto que no haya sido resaltado en otras definiciones, o un concepto más íntegro del hombre, al no parecerle completas las anteriores. Con su definición, cada pensador ha intentado hacer resaltar lo que para él es lo específico y distintivo del hombre, o ha intentado darnos una visión completa e integral del hombre, abarcando todos sus aspectos.

Son innumerables las definiciones que se han dado acerca del hombre. Lo cual nos indica que ninguna es perfecta, ninguna satisface plenamente. Por eso se intenta definirlo de nuevo, llegar más a su esencia, en profundidad o en extensión, en unidad o en polifacismo. Cada pensador ha buscado la suya, insatisfecho con las anteriores. Y pensadores ha habido innumerables, pues el pensar es función típica del hombre.

Si un pensador se ha puesto como meta de la definición del hombre el abarcarlo en toda su complejidad, y darnos una visión completa del hombre, tiene que haber fracasado hasta ahora, haberse quedado atrasado, incompleto, superado, pues cada día se va conociendo mejor, nuevos aspectos del hombre y sus potencialidades, datos que no se poseían en el pasado. Y cada día será menos posible el lograrlo en el presente y futuro, pues, como decía en mi artículo anterior, la especialización, necesaria para un enriquecimiento cognoscitivo en profundidad, nos incapacita para una visión de conjunto; el dominio de todas las ciencias simultáneamente se vuelve cada día más utópico.

Pero si el pensador es un especialista, es decir, si pretende darnos una definición de lo distintivo del hombre, no creo que su definición pueda tampoco satisfacernos demasiado. Nos dará un concepto subjetivo del hombre. Para otro especialista la nota específicamente humana puede

ser muy diversa. Aparte de que los nuevos conocimientos que se van adquiriendo pueden dejar como incompleto, e incluso como secundario, ese aspecto que parecía esencial. Pero hay un defecto mayor en la especialización, y es la disección del hombre. Para analizarlo lo matamos. Presentamos un aspecto del hombre, no al hombre. Lo definimos desde el punto de vista, por ejemplo, social, o psicológico, o biológico, o moral. Pero, el hombre no es eso; no es sólo un ser social, ni un ser psicológico, ni un organismo biológico, ni un ente moral, ni un . . . Sino todo ello a un tiempo.

Tal vez aquí es donde estamos precisamente llegando al hombre. Precisamente en su inabarcabilidad, en su pluridimensión, en su riqueza múltiple y una. ¿Será esa precisamente la esencia íntima del hombre? ¿Será cierto que el hombre es casi infinito, al menos en este aspecto? ¿Será que lo que nos dice la Biblia al comienzo de su relato en el Génesis (cap. I, vers. 26 y 27), que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, expresa la esencia del hombre: algo de Dios, pero creado, participado: en cierto modo infinito e inabarcable?

¿O será, más bien, como expresa uno de los mayores pensadores del momento, Karl Rahner, un existencial sobrenatural? Es decir, algo ajeno al hombre como tal, pero que ya es posesión suya, desde el momento en que comenzó a ser hombre, pues Dios lo llamó esencialmente, existencialmente, a un orden superior, a una participación en lo sobrenatural, a una comunión con Dios, a un enriquecimiento divino innato.

¿ES POSIBLE SER HOMBRE?

Hace algún tiempo escuché en radio El Mundo una definición acerca del hombre, dada por un filósofo: "hombre es el que sabe lo que tiene que hacer, y lo hace; el que sabe lo que tiene que decir, y lo dice". No pretendo examinar esa definición, o presentarla, ni como óptima, ni como única. Se puede corregir, se puede perfeccionar, se puede rechazar. Solamente la tomo como punto de partida para una reflexión acerca del hombre.

Esta definición contiene elementos fundamentales del hombre, como es el lenguaje. Sin embargo, no me detendré a examinarlo, sino que lo incluiré implícitamente en la acción, ya que es algo que el hombre hace. También contempla el conocimiento humano. Incluye una escala de valores, que motivan la actuación del hombre, al menos como imperativos categóricos. Por último, el hecho de hacer, o no, lo que sabe que debe hacer, está presuponiendo una libertad de algún tipo.

Si en el concepto de saber lo que tiene que hacer, nos referimos a todo el hombre, en todas sus circunstancias, sociales, estéticas, físicas, intelectuales, éticas, materiales, espirituales, síquicas, religiosas, etc., etc., abarcaremos al hombre íntegro.

El problema surge al tratar de aplicar esa definición, ese ideal. "Saber lo que se tiene que hacer". ¡Es tan difícil! El hombre está en una perpetua formación de su conocimiento. Nunca termina de aprender, de saber. Siempre está aprendiendo. De ahí su perplejidad frecuente ante circunstancias concretas. Muchas veces no sabe qué es lo que tiene que hacer. Y el conocimiento le viene, con frecuencia, después de la decisión, de la acción; muchas veces, por el fracaso. ¿Ha aprendido, al menos, a posteriori, para otras ocasiones? Pero ¿es que se repiten las ocasiones?

Es difícil ser hombre, porque no se sabe muchas veces qué es lo que se debe hacer. Pero, ¿por qué, sabiendo muchas veces lo que se tiene que hacer, no se hace? Aquí está expuesta la dialéctica y la distensión

humana. El hombre es atraído hacia la acción, hacia la apetencia, por el bien, por lo bueno, por lo agradable, en cualquier aspecto. Lo que debe hacer es bueno, lo mejor, en el orden de valores. Pero lo que no debe hacer también le atrae, por lo bueno que tiene. No hay nada que sea absolutamente malo. Si es, es bueno, tiene algo de bueno, y eso es apetecible. La problemática humana surge en la elección. Puede el hombre fijarse nada más en lo bueno, y no ver las deficiencias. Puede el hombre no comparar los valores. Puede el hombre engañarse. Puede el hombre tratar de engañarse, obnubilarse, por el bien menor, despreciar las deficiencias, el mal; o aun arriesgarse. Ya San Pablo reflexionó en una de sus Cartas sobre esta problemática del hombre que ve el bien, y lo quiere, pero escoge el mal, que no quiere, o que no debe querer. Pero no lo escoge porque sea malo, sino por el bien que hay en él, olvidando o despreciando el mal que lleva consigo.

Tras este planteamiento tenemos que preguntarnos: ¿es posible ser hombre? ¿hay alguien que sea hombre? Por falta de conocimiento, o por falta de voluntad, el hombre nunca es perfectamente hombre; el hombre siempre se está haciendo hombre. Es un continuo devenir, un perpetuo hacerse. El hombre se hace hombre. El quehacer fundamental del hombre es hacerse hombre. Y nunca lo consigue del todo. Es su meta en este mundo. Es su prueba, es su merecimiento, es su obligación. Ahí estriba la problemática, la complejidad, la incomprensión del mismo hombre. Ser hombre es un ideal al que todos estamos llamados, al que todos aspiramos, al que unos se acercan más, otros, menos. Hacia esa meta tiene que tender la humanidad, la educación, la cultura, la verdadera civilización. Siendo hombres lograremos construir un mundo mejor.

HOMO SAPIENS

La antropología evolucionista considera el último eslabón de la cadena actual de los homínidos al hombre, y lo define como el "homo sapiens", es decir, el hombre inteligente, que piensa. Hay filosofías que consideran al hombre como "el animal que piensa". No quiero entrar en discusiones filosóficas, para ver si esa definición está mal, o bien dada, pues al decir que el hombre es el animal que piensa, parece contradecirse, ya que si piensa no es animal, pues ningún animal piensa. El pensar es fruto del espíritu, no de la materia.

La función principal del hombre, y su característica distintiva, es pensar. El otro día oí una frase que me hizo pensar, y me parece una síntesis afortunada de la situación actual de la cultura humana. "No pensamos". El hombre actual, en efecto, piensa poco, cada día menos. ¿No estaremos atrofiando una de nuestras principales facultades? ¿No estaremos retrocediendo, en vez de avanzar? ¿No estaremos dejando de ser hombre, para volvernos puros animales, o robots?

La civilización actual está inhibiendo la capacidad del hombre de pensar, de reflexionar. El hombre actual está tomando una actitud cada vez más pasiva, de pura receptividad. Se le facilita al hombre la recepción de nuevos conocimientos. El cine, la televisión, la misma radio, proporcionan una serie de noticias y conocimientos, de un modo intuitivo, que libera al hombre del trabajo de una búsqueda, una investigación, penosas, pero fructíferas y formadoras. La misma educación e instrucción, enriquecidas cada día más con los medios audiovisuales, **incrementa el rendimiento asimilativo del alumno por unidad de tiempo.**

Estos medios audiovisuales no son en sí un estorbo, ni un retroceso. Todo lo contrario. Son una ayuda eficacísima, y un verdadero y positivo adelanto para el hombre. Pero sí son un riesgo para el hombre si se limita a una actitud meramente pasiva, receptiva, sin dar el paso siguiente: la reflexión, la comparación, la deducción, y la investigación propia. Ahí está el segundo y el más importante paso que hay que dar. No nos podemos quedar con el primero, de la pura captación, tenemos que asimilarlo, hacerlo nuestro, reflexionar, pensar. Sólo así seremos Hombres, "homo sapiens", hombre que piensa. De lo contrario sí estamos retrocediendo, perdiendo personalidad, atrofiando nuestra facultad principal.

La civilización actual, que ha dado pasos de gigante en el primer campo, en el progreso de los medios audiovisuales, se está quedando rezagada en el segundo, en su complemento. Hoy se capta mucho, se reflexiona poco. Hemos creado un desequilibrio y un desfase entre percepción y pensamiento. Se compran los productos guiados por la propaganda, sin detenerse a pensar si son útiles, o diferentes de otros. Se adoptan costumbres y actitudes vistas en la pantalla, sin reflexionar sobre si son adecuadas o convenientes. Nos volvemos animales de imitación o de hábitos. Se fomentan y cursan estudios técnicos, descuidando el pensamiento, el humanismo y la filosofía, en los que no se halla sentido ni utilidad. No caemos en la cuenta de que estamos renunciando a lo más humano del hombre, a su pensamiento.

Hay que fomentar más y más la técnica, el progreso, la captación, los medios audiovisuales. Pero no se puede descuidar el pensamiento, que es el índice de la verdadera cultura y del avance de un pueblo. Captemos, pero asimilando. Avancemos, pero pensando, reflexionando, siendo hombres. No atrofiemos la principal cualidad, la distintiva, del hombre. No retrocedamos, no nos detengamos, avancemos armónicamente sin desequilibrios. Seamos en realidad el "homo sapiens".

LA MIRADA DEL HOMBRE

El hombre es el único animal que camina erguido. Y esta característica fisiológica, que lo diferencia de los demás seres, tiene sus repercusiones fuera del campo puramente biológico. Mientras la mayor parte de los animales tienen la cabeza inclinada hacia abajo, el hombre la tiene derecha, hacia el frente. Mientras la mayor parte de los animales tienen los ojos a los lados de la cara, o hacia abajo, el hombre los tiene al frente. El hombre es el único animal que no necesita alzar la cabeza para mirar hacia delante, hacia abajo, o hacia arriba.

Ese porte erguido, esa mirada al frente, penetrante, deductiva, le confiere un aire de superioridad, que perciben los animales. Pero ¿será eso todo? ¿será simplemente un capricho, o un paso más en la perfección evolutiva de la naturaleza?

Se atribuye a Beethoven la siguiente frase: "Cuando elevo los ojos al cielo, entonces veo". En esa frase encuentro un profundo significado, que sintetiza al hombre.

El animal tiene su vista dirigida hacia la tierra. Es eso lo que necesita. El animal está fincado en la tierra, en lo material. Sólo tiene que mirar hacia abajo, para buscar su alimento, no tiene más horizonte, más perspectivas. El animal no mira hacia delante, sino para evitar el peligro, no tiene perspectiva hacia el futuro; está anidado en el presente concreto. **El animal no mira hacia arriba, sino para defenderse del ave de rapiña o de la lluvia; no conoce la abstracción ni el espíritu; es materia.**

El hombre tiene su vista al frente. El hombre vive más el futuro que el presente, que se le escapa de las manos. Por eso mira hacia delante. Pero, a la vez, ve hacia abajo y hacia arriba. No puede descuidar el presente, pues en él vive. No puede olvidar la materia; de ella se alimenta, y de ella forma parte. Pero también mira hacia arriba. El hombre no es sólo materia. También es espíritu, abstrae, medita, ama, ansía, necesita. No mira sólo hacia el cielo para conquistarlo, lo contempla para amarlo, para soñarlo, como un símbolo de algo superior a él, a lo que se siente llamado inconscientemente pero necesariamente.

Es ilusorio mirar sólo hacia arriba. Es irreal el mirar sólo hacia abajo. Es traicionarse a sí mismo. Es renunciar a ser hombre, y rebajarse a ser únicamente materia.

Para ser hombre hay que mirar hacia delante, pero proyectando su mirada también hacia abajo y hacia arriba. En la síntesis está la perfección. No somos sólo materia, ni sólo espíritu. No somos sólo ciudadanos, ni sólo peregrinos. Lo somos todo a un tiempo.

Hay que bajar de las nubes, y aterrizar en la realidad. Hay que elevarse de la tierra, soñar, y aspirar al infinito. El mirar a la tierra fecundiza el espíritu. El mirar al cielo fecundiza la materia, ilumina y transforma lo terreno. Es necesario el descanso, tener la cabeza despejada para resolver bien los problemas, para hallar las soluciones. Elevar los ojos al cielo, nutrir el espíritu, ayuda incluso para iluminar la materia, los problemas de la tierra, comprender al hombre y sus circunstancias plenamente. Por eso, cuando elevo los ojos al cielo, entonces veo. Veo con más claridad, con más plenitud, con más profundidad.

CAPITULO TERCERO: VALORES MORALES

“Con estos éxitos (los primeros vuelos espaciales tripulados), sin embargo, se termina también el endiosamiento del hombre. Pues en ningún otro aspecto se diferencia el “homo sapiens” de sus abuelos y antepasados. Y tanto más crece, con su poderío, la dignidad de la responsabilidad de los hombres. Un cochero puede tomar alcohol, pero un chauffeur, no. La diferencia entre “bien” y “mal” puede significar en los comienzos de la era atómica, el progreso o la destrucción de nuestra tierra. Es por eso ahora mucho más importante y trascendental que nunca antes, el que nos integremos con los fundamentales principios de la ética respecto a nuestra existencia, y les prestemos mayor atención y cuidado. También en los comienzos de la edad espacial necesitamos nosotros a la Filosofía y a la Religión, al Arte y a la Literatura. Sería tan nocivo como peligroso despreciar esas ciencias como trabajos ajenos y superfluos... El éxito de todos nuestros esfuerzos está pendiente hoy también del influjo de la Etica y de la Religión sobre la conducta humana. Sin la Etica y la Religión está amenazado el edificio de nuestra civilización por el peligro de la destrucción”. (Wernher von Braun, en la Revista “Briefe an Soldaten”, Nº 32).

Todo este capítulo tercero es una unidad en sí, y constituyó una ponencia que se me encomendó, o mejor dicho, una clase o conferencia que me pidieron sostener en el CURSO REGIONAL INTERAMERICANO PARA EL ESTUDIO INTEGRAL DE LA ADOLESCENCIA, que tuvo lugar en San Salvador los días 11-29 de noviembre de 1968. Este capítulo, pues, constituye el núcleo del presente libro, y como una especie de síntesis del mismo. Puede parecer, a primera vista, que rompe la unidad del libro, por adelantar temas que voy a tratar más extensa y expresamente después. Sin embargo, conviene tener presente, una vez más, que esta obra viene a ser una especie de recopilación ordenada y trabajada de una serie de artículos, intervenciones públicas, y comentarios a temas educativos, o a tópicos del momento, relacionados con la educación.

ACLARACION DE CONCEPTOS

Para una exposición clara y estructurada del tema que se me ha confiado, me ha parecido conveniente el analizar, en primer lugar, los conceptos contenidos en el título: “Valores Morales”; hacer a continuación una exposición estadística, principalmente, de la realidad salvadoreña en este aspecto, para someterla luego a crítica o análisis de las causas que la han motivado; terminaré exponiendo una serie de ideas y principios orientadores para una futura pedagogía.

El problema que se me ha pedido plantear es el de los “Valores Morales”. Sin pretender hacer una amplia disquisición sobre una axiología, o filosofía de valores, tendré que plantear el sentido que encierran cada una de estas dos palabras, y el sentido integral del concepto.

Por “valor” quiero entender, en primer lugar, lo que la misma palabra significa, es decir “algo que vale”. Pero ya en el contexto nuestro, nos referimos, más bien, no a un objeto más o menos precioso, sino a un

principio que afecta, en primer lugar, al entendimiento, que lo conoce y percibe en él algo verdadero, digno, hermoso, amable, bueno. El entendimiento se deja seducir por ese principio, y mueve a la voluntad a apeterlo y amarlo, como algo provechoso para el individuo. Una vez poseído por el entendimiento y por la voluntad, incorporado al propio yo, ese principio tiene una dinámica interna que inclina a la acción.

Por supuesto, los "valores" pueden ser concretos, individuales o particulares, por así decirlo. Pero no voy a tratar de ellos en este trabajo. Mas bien me refiero a los "valores" o principios más universales para el individuo, los que no sólo le mueven a una acción determinada, sino los que, en mayor o menor grado, serán motivadores de su acción y orientación generales en la vida.

Estos principios serán "valores" si influyen realmente en la vida de los individuos. Para influir hace falta que sean captados y apetecidos por el sujeto. Por consiguiente, puede haber valores subjetivos nada más, y otros valores que sean objetivos. Ambos grupos serán "valores", si verdaderamente mueven. Unos serán nada más subjetivos, es decir, creados por el mismo sujeto, sin adaptación o educación a la realidad externa. Así son los valores de todo idealismo puro, ya sea espiritualista o materialista. Otros "valores" serán objetivos, es decir, basados en la realidad interna y externa, y no fruto solamente de la creación síquica humana. Por último, hay "valores" que son a la vez objetivos y subjetivos. Más aún, todo valor objetivo, al ser captado por el hombre, es subjetivo en parte, al darle una personalización propia e individuante, idealizadora.

El hombre ha guiado siempre su conducta por "valores" o principios. Habrá algunos valores mudables, propios de ciertas culturas, de determinados tiempos, perecederos, relativos. Pero no podemos desconocer el hecho de que hay ciertos valores universales y eternos, que han sido comunes a todas las culturas y razas y épocas. El respeto a la vida propia y ajena, a la propiedad, a los derechos ajenos, a la libertad; la responsabilidad, y la aceptación de algo superior al individuo particular.

La finalidad y el objetivo de la educación, no menor que su desarrollo, es precisamente el inculcar en los educandos una serie de valores y principios, que los capaciten para vivir en un mundo ya hecho, e integrarlos a una sociedad, sin que ello conlleve la negación de todo cambio, que siempre será necesario, con tal que sea —creen los educadores— accidental. Todo educador, ya sean los padres o los maestros, la sociedad, la Iglesia o el Estado, el partido o la organización, tiene unos principios rectores, que estima como buenos —es decir, unos "valores"—, y que cree necesarios para los fines que pretende alcanzar, tanto en lo que se refiere a los individuos particulares, como a la sociedad entera. Cada educador tiene sus principios o "valores", que serán todo lo discutibles que se quiera, pero son los motivadores de la acción, y los que trata de infundir.

Mas, para que haya una verdadera educación, para que esos valores se integren en los educandos, es de todo punto necesario que los educadores los tengan, y bien claros, definidos y jerarquizados, y que sean consecuentes con los mismos. De lo contrario, si no son verdaderamente vitales, existenciales, encarnados en ellos mismos, esenciales, universales y eternos, el fracaso de la educación será catastrófico.

Me he extendido quizás demasiado en el concepto del "valor", pero lo creí necesario, para establecer una base sobre la que pudiéramos avanzar en este estudio.

La otra palabra del tema es "Morales". "Moral", como dice la misma palabra, es la que rige las costumbres de los hombres, las relaciones entre

ellos, la actuación del hombre en la vida. Es, pues, una actitud integral del hombre en el mundo, respecto a los semejantes, a los superiores, a los inferiores, a la materia, al cosmos, al espíritu. La palabra "moralidad" se emplea un poco confusamente en la vida ordinaria, refiriéndola o sólo a la acción personal del hombre en su vida privada, o sólo a su actuación pública y social, o sólo al ambiente —fruto, por otra parte, del hombre mismo—. Al tratar aquí de "moralidad" me quiero referir a toda la actuación del hombre, y su actitud en la vida, tanto personal como social, particular como pública, como individuo y como miembro de la colectividad.

Para terminar esta exposición de conceptos, quiero relacionar ambos: "valores" y "morales", ya que la unión de ambos es el tema de estudio. Si los "valores" son principios que mueven a la acción, y la "moral" es esa acción concreta, "valores morales" serán los principios que muevan a esa acción del hombre en la vida, y sus relaciones con ella. Por lo tanto, los "valores morales" no han de ser unos principios abstractos, simples ideas, sino motivos dinámicos, que rijan, ya en concreto, esa actuación del hombre en el mundo.

EXPOSICION DE LA SITUACION EN EL SALVADOR

A la luz de los principios expuestos anteriormente, podremos examinar la situación real de la moralidad, a base de estadísticas, en la sociedad salvadoreña, semejante a la de los demás países de América Latina, con pequeñas variantes de grado nada más. Teniendo claros los principios y la realidad concreta, podremos someter a una crítica constructiva el hecho social, para ver qué es lo que ha fallado, si es que ha fallado, en la educación.

En una publicación de la Dirección General de Centros Penales y de Readaptación, del Ministerio de Justicia de El Salvador, titulada "Estadísticas delincuenciales y penitenciarias", se nos dan las cifras de los promedios anuales de los últimos cinco años (1963 - 1967), en cuanto a los delitos sometidos a los diversos juzgados de la República. Han sido 13.338 delitos anuales, que para una población de 3.150.000 habitantes, resultan 423.43 delitos por cada 100.000 hab. De estos delitos el 45.45% se refieren a delitos contra la vida y la integridad personal; el 24.09% a delitos contra el patrimonio; el 13.72% contra la libertad y seguridad; el 10.35% contra la honestidad; y el 6.21% contra otros 10 títulos menores en número.

El delito más común en el país es el delito contra la vida, con un promedio absoluto de 860 anuales en los últimos 5 años, que representa un promedio anual de 28.96 delitos de esta índole por cada 100.000 hab. al año, de los cuales delitos la gran mayoría es de homicidios, que hacen el 28.28 por 100.000 hab. al año. Si bien es cierto que en los últimos años se ve una clara tendencia a la disminución de tales delitos, con todo, es muy débil aún el factor de disminución.

Si son alarmantes los datos anteriores, que representan un índice sumamente elevado de delincuencia y criminalidad, no es menos alarmante el que nos ha proporcionado, en otra rama de la moralidad, una serie de encuestas que pasé este año, junto con el sico-pedagogo Lic. Luis Fernando Valero Iglesias, en los diversos centros educacionales del país, entre los alumnos de ambos sexos de los dos últimos años de bachillerato, secretariado y comercio, acerca de la iniciación sexual.

La prostitución en el país se escapa a toda estadística científica, por el hecho de estar al margen de la ley, y por carecer de control sanitario obligatorio y específico. Pero de las encuestas anteriores se puede deducir

bastante sobre su extensión que, por otros caminos es patente que se encuentra sumamente extendida. Aunque no se puede clasificar dentro de la prostitución propiamente dicha, sin embargo sí entra dentro de la inmoralidad pública el amor libre practicado extensamente en el país, como lo dan a conocer las estadísticas de la Dirección General de Estadística y Censos de El Salvador, según la cual, el 65.99% de los hijos nacidos en el año 1966 son ilegítimos.

Volvamos a los resultados de las encuestas sobre iniciación sexual. El 68.04% de los alumnos de los dos últimos años de estudios medios de los colegios católicos de San Salvador ya han tenido relaciones sexuales, de ellos el 41.41% las tuvieron por primera vez con prostitutas. En los colegios católicos de los departamentos ya han tenido relaciones el 82.66%, de los cuales, el 49.97% con prostitutas por primera vez. Entre los alumnos de colegios oficiales de San Salvador han tenido ya relaciones sexuales el 92.27%, de los que el 44.62% las tuvieron por primera vez con prostitutas. Por fin, entre los alumnos de colegios oficiales de los departamentos, el 90.77% ya tuvieron relaciones sexuales, de los cuales el 48.33% las tuvieron con prostitutas su primera vez.

De las encuestas pasadas entre las alumnas de los colegios correspondientes, no podemos sacar semejantes datos, pues no se formulaba esta pregunta. Pero indirectamente podemos sacar conclusiones de las encuestas de los varones, ya que entre los alumnos de los colegios católicos de San Salvador el 23.33% tuvieron sus primeras relaciones sexuales con una amiga, novia, o una pariente; entre los alumnos de los colegios católicos de los departamentos, el 20.82%; entre los de los colegios oficiales de San Salvador, el 32.74%; y entre los colegios oficiales de los departamentos, el 33.12%. Como esas amigas, novias y parientes mencionadas en los datos anteriores son de su mismo ambiente y nivel social, como los datos aducidos con respecto a la primera relación sexual de los varones, como en otras relaciones sexuales subsiguientes, la parte femenina puede muy bien haber sido distinta de la de la primera experiencia, como finalmente algunas jóvenes habrán tenido relaciones sexuales probablemente con varones distintos de los encuestados, e incluso con jóvenes de estudios superiores, a quienes se sienten psicológicamente más atraídas, deducimos que el número de jóvenes del sexo femenino que han perdido su virginidad antes del matrimonio, es más elevado de lo que se puede sospechar.

La prostitución, el amor libre, las relaciones sexuales prematrimoniales, —que si bien no se pueden unificar simplemente dentro de una misma clasificación, pero que sí son una infracción a la moralidad—, constituyen, pues, un factor de inmoralidad tan alarmante, o más, que el delincuencial.

Antes de someter a un análisis a los educadores y sus “valores morales”, examinemos la educación en sí misma, que han recibido estos jóvenes actuales, como una primera orientación frente al fracaso actual en la moralidad.

En unas encuestas pasadas el año 1967 a los padres de familia del colegio Externado de San José, de San Salvador, por el sicopedagogo del colegio, Lic. Luis Fernando Valero Iglesias, entre otras muchas preguntas se formulaban las siguientes: ¿Opina usted que los tiempos actuales son más difíciles para educar a los hijos que los tiempos en que le educaron a usted?, responden afirmativamente el 67.2% de los padres, y el 73.5% de las madres. ¿Dedican los padres de hoy, en general, menos tiempo a sus hijos que los padres de tiempos anteriores?, responden afirmativamente el 66.9% de los padres, y el 68.5% de las madres. ¿Cree que es usted cul-

pable de alguno de los problemas que acosan a sus hijos?, responden afirmativamente el 38.6% de los padres, y el 37.2% de las madres. ¿Cuando usted se casó creía estar preparado para ser padre? responden afirmativamente el 35.2% de los padres, y el 57.2% de las madres. ¿Cree que debería haber escuelas donde los padres aprendieran nociones de psicología pedagógica, y un conocimiento mínimo de los problemas que tienen los jóvenes?, responden afirmativamente el 84.2% de los padres, y el 90.8% de las madres.

Creo que los datos aducidos son suficientemente elocuentes por sí mismos. La juventud actual no recibe la primera y fundamental educación, la del hogar, por falta de tiempo, de dedicación, o de preparación. Y los mismos padres de familia se vuelven conscientes de ello, al hacerles reflexionar. Y si este fenómeno se da entre familias de una mayor cultura y posición económico-social, ¿qué será entre las familias que no han tenido las posibilidades de formarse, ni disponen del tiempo vital necesario para dedicarlo a sus hijos, ni del espacio amplio e higiénico? Y son la mayoría de las familias de El Salvador y de las naciones latinoamericanas. Y si el fenómeno es tan agudo en hogares constituídos, ¿qué podemos esperar de la mayoría de la juventud, que no disfruta de un hogar, ni siquiera aparentemente constituido, hijos sólo de madre, a quienes falta la protección varonil, y el ejemplo aleccionador de trabajo y honradez de un padre? Recordemos que, según las estadísticas oficiales, el 65.99% de los hijos son ilegítimos, al menos de los nacidos en 1966, pero que es también el porcentaje promedio en los demás años. Con el agravante de que no son solamente ilegítimos, en el sentido de que sus padres no hayan tramitado oficialmente el papeleo correspondiente, ni hayan contraído matrimonio ante la autoridad, pero que sin embargo constituyan un hogar estable. Sabemos, aunque no tengamos estadísticas precisas, que la mayoría de esos hijos ilegítimos son fruto de uniones pasajeras, ocasionales; carentes, pues, de hogar.

Ha fallado, por consiguiente, la educación por su base. Es decir, no se ha dado la primera educación, al menos para la mayoría, la educación del hogar. El niño, por lo general, no ha recibido desde su período de inconsciencia, en el que más se graban las impresiones y los hábitos, el influjo educador del hogar, el ejemplo y las lecciones de honradez, responsabilidad, trabajo, abnegación, respeto. No se le han infundido los principios o "valores morales", o porque no se los tenía, o porque no se los profesaba; siendo este último caso más destructivo aún de la moralidad, al no cumplir lo que se predica, y creando así una rebelión en el niño respecto a todos los valores, criterios, e incluso mundo de los mayores, incompatibles con el sentido de rectitud y sinceridad propios de todo joven. Si los padres no profesan respecto a los bienes ajenos, a la persona del prójimo, a la dignidad propia y ajena, es de admirar, más bien, que la inmoralidad no tenga aún mayores proporciones.

Pero tampoco en el hogar se le ha dado al niño o joven la orientación debida, e información necesaria, frente a problemas de la vida. Por las encuestas anteriormente citadas, sobre iniciación sexual, hemos visto que solamente el 3% al 16% de los jóvenes de ambos sexos, según los diversos colegios y ambientes o niveles culturales y sociales, ha tenido conocimiento de los misterios de la vida por sus propios padres. El resto, la gran mayoría, ha tenido que ir a buscar la información fuera del hogar, en círculos de amigos, en conversaciones escuchadas, o en libros, revistas y diccionarios. Todo lo cual, como bien sabemos, hace que lo más noble y digno se vea mezclado de malicia, curiosidad, morbosidad y picardía, que inducen a una búsqueda ansiosa y nociva, y a un experimentar personal-

mente el misterio semioculto en el sexo, del que tanto se habla en esa edad, y con opiniones tan diversas. Ahí está, en gran parte, la fuente de esa inmoralidad sexual y prostitución tan difundida en nuestra sociedad.

Vivimos en países que se dicen cristianos. Prácticamente todos sus habitantes lo son, y la gran mayoría pertenece, al menos de nombre y por filiación, a la Iglesia Católica. Ella es, pues, responsable de la moralidad de estos pueblos, al menos en la parte que le toca. La Iglesia profesa como base fundamental, no sólo el respeto al prójimo y a sus pertenencias, sino el amor positivo al prójimo, como distintivo del cristiano. Tiene preceptos claros y terminantes, reguladores de las relaciones entre las personas. Propugna el derecho a la dignidad, a la libertad, a la integridad, al respeto mutuo. Exige el cumplimiento de sus mandamientos. Proscribe el crimen, el robo, la mentira, el atropello, la lujuria. Dispone de medios, tanto legales como medicinales y fortificantes, para ayudar al hombre a cumplirlos.

En una serie de encuestas que acabo de pasar en los diversos ambientes delincuenciales, y en los predispuestos sociológicamente a la delincuencia, por encargo de la Corte Suprema de Justicia y por el Ministerio de Justicia de El Salvador, como estudio previo para el Seminario sobre la Delincuencia, el 81% de los presos mujeres, el 87.5% de los presos varones, el 88% de los reclusos en la correccional de menores, el 54% de las prostitutas, afirman que han recibido alguna instrucción religiosa. En los ambientes predelincuenciales —12 grupos distintos— más del 85% han recibido, dicen, instrucción religiosa. Y, sin embargo, ya son delincuentes, profesan inmoralidad, o están predispuestos a ambas, con una inclinación notable hacia la delincuencia, transgresión de leyes de tránsito y accidentes consecuentes, a la vez que practican frecuentemente la prostitución o el amor libre.

Si se dicen cristianos. Si la Iglesia se opone enérgicamente a estas infracciones. Si reconocen haber recibido alguna instrucción religiosa, ¿qué es lo que está fallando, al no ser los resultados conformes con los principios? No voy a disculpar o disimular la culpa que la misma Iglesia haya tenido en el fracaso pedagógico-moral de los fieles. En la siguiente parte someteré a un serio análisis su pedagogía. De momento, concretémonos a constatar la exageración de esos datos. Una cosa es conocimiento de la Iglesia, sus principios y preceptos, otra cosa es haber recibido alguna instrucción, y otra, y muy distinta, es haber recibido una formación religiosa. Solamente ésta puede crear unas motivaciones, unos "valores morales" capaces de hacerlos llevar a la práctica. Y el número de educados verdaderamente por la Iglesia es muy reducido. ¿Hasta dónde se extiende el influjo educativo real y eficaz de la Iglesia? Por otro lado, si la Iglesia inculca unos principios, o "valores morales", y éstos se ven contrarrestados continuamente en el hogar —o en la falta de hogar—, en la sociedad, en el ambiente, en los diversos medios de comunicación social; es muy difícil, por no decir imposible, que sus principios prevalezcan en la vida práctica. Repito: no quiero con esto excusar a la Iglesia de los defectos que haya podido tener, tanto en su extensión, profundidad y alcance, como en la metodología de su educación moralizadora.

La misma sociedad es también un factor educador y moralizante. Pero ¿tiene principios e ideales esta sociedad en la que vivimos? ¿Es consecuente esta sociedad con los principios que sostiene? ¿No es, más bien, un factor desmoralizante, en concreto, dada la inmoralidad reinante, y la falta de principios, en pugna con los valores que se ha pretendido inculcar en el joven? El ejemplo constante de criminalidad, robo, atropello, deshonestidad, tan extendidos, por desgracia, en nuestros países, de insubor-

dinación y violencia, ¿no son destructores de todo valor auténtico en la juventud, y forjadores de un espíritu de rebeldía, de insatisfacción e inconformismo, de repudio, o quizá peor, de connivencia y fariseísmo?

El Estado es otro educador nato y obligado. Su función subsidiaria le impone el dar leyes y el exigir su cumplimiento, en primer lugar. A él le toca sancionar la inmoralidad en todas sus manifestaciones, prevenir, juzgar y castigar, no menos que rehabilitar. No soy quién, ni es éste el momento, para juzgar al Estado en su misión moralizadora desde el punto de vista legislativo, judicial y penal.

La Constitución Política de El Salvador, en el título XX, tiene un capítulo dedicado a la familia, que comprende dos artículos: 179 y 180. Dicen así:

“La familia, como base fundamental de la sociedad, debe ser protegida especialmente por el Estado, el cual dictará las leyes y disposiciones necesarias para su mejoramiento, para fomentar el matrimonio, y para la protección y asistencia de la maternidad y de la infancia. El matrimonio es el fundamento legal de la familia, y descansa en la igualdad jurídica de los cónyuges. El Estado protegerá la salud física, mental y moral de los menores, y garantizará el derecho de éstos a la educación y a la asistencia. La delincuencia de los menores estará sujeta a un régimen jurídico especial”. “Los hijos nacidos dentro o fuera de matrimonio, y los adoptivos, tienen iguales derechos en cuanto a la educación, a la asistencia y a la protección del padre. No se consignará en las actas del registro civil ninguna calificación sobre la naturaleza de la filiación, ni se expresará en las partidas de nacimiento el estado civil de los padres. La ley determinará la forma de investigar la paternidad”.

Podemos constatar la dignidad de los artículos citados. ¿Han sido hechos realidad? ¿Se han cumplido? ¿Han servido para disminuir la inmoralidad y la delincuencia, al menos considerablemente? No soy quién para juzgar. No hay duda de que la tarea es ardua, y los frutos no se pueden percibir de inmediato.

También es incumbencia del Estado el regular la educación, prescribiendo programas, asignaturas, controlando su cumplimiento, e incluso, si es necesario, dar su misión subsidiaria, estableciendo centros de educación, para suplir lo que los particulares, o las sociedades inferiores, por sí mismos no pueden proporcionar. En la educación del país, a pesar de que ha sido durante largos años laica, el Estado ha tratado de dar una formación moral, o civismo, que eduque a los futuros ciudadanos, y los capacite para integrarse dignamente en la sociedad, sabiendo respetar los derechos ajenos.

En las encuestas sobre criminalidad, antes citadas, vemos que de los delinquentes actuales, tanto presos —y de ambos sexos—, como reclusos en el reformatorio de menores, como entre las prostitutas, alrededor del 75% —sin extenderme en especificaciones— han recibido alguna educación en la escuela, unos la elemental o primaria, otros incluso algunos años de secundaria, y alguno, aunque pocos, tienen el bachillerato. No son, pues, únicamente los analfabetos —que constituyen el 51% de la población— los delinquentes. Quiere decir que la educación que han recibido no ha sido suficiente para capacitarlos a una integración positiva, respetuosa y creadora, en la sociedad.

¿Hasta dónde puede alcanzar el influjo del Estado, tanto en su misión legislativa y punitiva, como educativa, si falta una base necesaria

e insustituible, la del hogar; si hay otros elementos disociadores de la moralidad y del civismo? El mal, pues, hay que atacarlo en la raíz.

Por último, el otro factor educador, y quizás el más importante en nuestros días, a la vez que el más constante y tenaz, lo constituyen los medios de comunicación social: prensa, revistas, libros, radio, televisión, propaganda.

En nuestros países, en los periódicos, ocupa un lugar extenso y principal el crimen, el atropello, los escándalos. Las revistas que lee nuestra juventud, o son eróticas y pornográficas, o son de modas, de deportes, de sucesos, o cómicas. Nada serio, científico, formativo, moralizador. Los libros que lee la juventud, aparte de los de texto, son novelas, románticas o sexuales, o policíacas. Nada de historia seria, de filosofía, de cultura, de religión; si no son casos aislados, y tenidos por raros. Las emisiones de radio que escuchan, según las encuestas antes mencionadas, son principalmente de música. Pero ¿cuántas emisoras dedican espacios y programas a música seria, clásica, reposante, moralizadora? Entre la música preferida por los encuestados, figura en primer lugar la música ranchera, y la de nueva ola, según los ambientes; es decir, de pasatiempo, romántica, o violenta. Nada de música culturizadora —o muy poca—, pero ni siquiera música moderna valiosa, de protesta, sino simplemente rítmica o erótica. En cuanto a la televisión, fuera de los films de muñequitos animados, y de los anuncios —la mayoría y los mejores, de bebidas alcohólicas— casi no pasan otros programas que los de películas de violencia: oeste, guerra, policíaca. ¿Qué programas verdaderamente culturizadores, moralizantes, podemos disfrutar? Y esos programas de violencia son los que se llevan las preferencias entre los televidentes encuestados; quizás porque no tienen otra posibilidad de elegir, ni se les presenta la cultura y la moralidad de manera artística, atractiva. En el cine, a su vez, casi tiene la exclusiva la misma temática que la televisión: erotismo y violencia. Esas películas tienen público asegurado, mientras que las grandes películas, las de problemática profunda, las de humanismo y arte, las obras de los grandes directores europeos, o no vienen acá, o pasan casi desapercibidas. No tienen taquilla. El público no se siente atraído. Pero ¿es sólo un negocio el cine y los otros medios de comunicación social? ¿pueden impunemente repudiar o traicionar su alta misión educativa, y el influjo moralizador que poseen? Por último, la propaganda, tanto de los medios de comunicación social, como del comercio e industria, explota siempre y estimula, con un afán de producción y de lucro, todo lo que favorezca su fin pecuniario, sin considerar seriamente, al menos con frecuencia, la repercusión educativa —o deseducativa— trascendental que tiene, y el poder de despertar instintos desmoralizadores, sin caer en la cuenta del poder educativo que posee en la sociedad.

ANALISIS DE LOS HECHOS Y SUS CAUSAS:

El panorama sociológico-moral expuesto es descorazonador. Se podrá aducir que el factor principal es la carencia de educación, ya que falta educación escolar para la mitad de ellos, que no tienen acceso a los ambientes culturales o culturizantes. Es cierto, pero sólo en parte.

Alrededor del 50% de los actuales delincuentes encuestados afirma que sus padres estaban casados, lo cual asegura algún apoyo y educación elemental en el hogar. Como el 75% han asistido a la escuela, y han recibido algo de educación. Como, con leves excepciones, todos han recibido influjo educativo —o deseducativo— de parte de los diversos medios de comunicación social, pues frecuentemente leen —los que saben leer— pe-

riódicos, revistas, libros; oyen emisiones radiofónicas; ven televisión; y van al cine. Nos encontramos con que la mayoría sí ha recibido algún tipo de educación. Si nos ceñimos a estas personas, que sí han recibido influjo de los medios llamados a educar y moralizar, a infundir “valores morales”, tenemos que reconocer que esa educación ha fallado, pues, al menos de hecho, no ha sido capaz de crear en ellos una motivación suficiente para influir en sus vidas, de modo que puedan llevar una vida integrada, responsable y respetuosa. Esos “valores morales”, si los hubo, no han sido suficientes, o suficientemente vitales, como para contrarrestar otros influjos desmoralizadores del ambiente. ¿Por qué?

¿Será que para los mismos educadores no hay verdaderos “valores”? Pudiera ser que en muchos casos así sea. Que los mismos educadores no tengan ideas claras, que no sepan lo que quieren y lo que pretenden conseguir, que no tengan ellos mismos verdaderos “valores morales”, o no los tengan claros e integrados profundamente en sus vidas. En tales casos, mal podrán infundirlos en sus educandos. Pero no siempre será ese el caso. La familia tiene ciertos “valores morales”, y más en países donde el hecho de constituir un hogar es patrimonio de minorías. Ellos tienen estimas y valores superiores —o distintos— del resto de la población, y tratarán de hacerlos apreciar a sus hijos, respetarlos y cumplirlos. La Iglesia no se puede negar que tenga esos “valores morales”, y bien definidos. La sociedad también los tiene, aunque no los cumpla, pues hay ciertas cosas que no tolera, contra las que se rebela, y posee “valoraciones” que estima y desea alcanzar. El Estado, por su parte, tiene también metas y “valores” que trata de alcanzar, para lo que dispone de legislaciones y medios coercitivos y judiciales, cuerpos de vigilancia y protección, escuelas y programas educativos. Los medios de comunicación social, por último, también tienen sus “valores”, como son el desarrollo y el lucro, la producción y el consumo. Si existen, pues, “valores”, hay que buscar la causa del fracaso por otro lado.

¿Será que esos “valores morales” no sirven? ¿No serán verdaderos “valores morales”? ¿Serán inadaptados para los tiempos en que vivimos? ¿Se habrán cifrado en elementos secundarios, accidentales, transitorios? ¿Serán válidos, quizá, para otros tiempos, pero no para los actuales? En algunos casos no se puede dudar de que así es. ¡Cuántas veces se pretende educar en la misma forma en que nos educaron a nosotros, pero no en los principios básicos, fundamentales, inmutables, sino haciendo hincapié en cosas secundarias: corte de pelo o barba, vestidos, música, horario de llegada a casa, . . . sólo porque en nuestro tiempo era distinto! Si toda motivación o valoración se centra en esos detalles, sin tratar de profundizar y fundamentar vital, íntegra y unitariamente en bases sólidas, de las que fluyan espontáneamente y por sí mismas, estas aplicaciones prácticas, como fruto de un convencimiento y moralidad personal, no estaremos dando “valores”, ni nosotros mismos estamos convencidos del valor de de estos “valores”. Si, por otro lado, se cifra como valor absoluto, lo económico, no puede tener una motivación y una dinámica suficientes para un joven.

Mas, aun cuando haya “valores morales”, y éstos sirvan para hoy, como para ayer y mañana, se puede fracasar con ellos en la realidad práctica cotidiana, como condicionantes de la moralidad, por el hecho de no ser expuestos o presentados con suficiente motivación, dinamismo, atractivo, valentía o fuerza de arrastre. Si se presentan los “valores morales” como principios abstractos, ideales etéreos, desencarnados de la realidad y de la vida, disociados de la práctica cotidiana, como teoría, no como síntesis, difícilmente podrán ser encarnados en su vida por el joven, ya de por sí idealista. Si se centra el tesón educativo en detalles concretos,

sin tratar de infundir verdaderos principios fundamentales, jerarquizados, y jerarquizadores de la vida, con dinámica suficiente para informar luego los detalles y las situaciones concretas, nos limitaremos a dar una superestructura moralizante, pero móvil y sin cimientos, que estará a merced de cualquier tormenta u oleaje adverso, que se la llevará sin dejar huella. Y en este punto creo que ha fallado en general la educación. Se ha centrado el empeño más en los detalles que en los principios, como en un proceso de fuera hacia adentro, en vez de tratar que salga por sí mismo de dentro, del núcleo, hacia afuera. Ha fallado en esta forma la educación del hogar, del Estado, y de la Iglesia. Muchas veces se ha centrado la religión, o la religiosidad, en detalles, en manifestaciones externas, en preceptos o prohibiciones, sin llegar al centro del hombre, sin haber puesto más empeño en formar su jerarquía de valores, de la que fluyan las concreciones consecuentes. Y también se ha fallado en la manera de fundamentar los "valores morales", en un punto que es más trascendental para la juventud, por el poder desmoralizante que encierra. La educación, en la mayoría de los casos, ha sido inauténtica. Una ha sido la educación de principios o "valores morales" que se les ha tratado de infundir, y otra ha sido la realización de testimonio o consecuencia de los educadores. Para decirlo más claramente, no han estado de acuerdo los principios con la vida. Una cosa ha sido lo que se ha predicado, y otra, lo que se ha practicado. Si los padres hablan de unos principios de moralidad, y ellos no los cumplen. Si la sociedad habla de ciertos "valores morales", y vive al margen de ellos. Si el Estado proclama el bien común, y lo común es el mal. Si la Iglesia habla del amor y el desprendimiento, y no lo ejerce. Si los medios de comunicación presentan una vida paradisíaca, y nos encontramos en un valle de lágrimas... Esto será un elemento disociador, desmoralizador, antieducativo, para el joven, y lo convertirá, o en un iconoclasta, o en un fariseo y puritano, que aprende, como los mayores, a aparentar moralidad externa y públicamente, pero a ser un verdadero inmoral en su vida personal.

Por último, y para terminar esta parte de análisis de las causas del fracaso de la educación, quiero notar una falla que, a mi modo de ver, ha sido trascendental. En la educación que se ha dado se ha insistido en un sólo aspecto: la moralidad personal del individuo, una moralidad individualista, personalista, egoísta, en último término. No se le ha dado una proyección social. Ha faltado la dimensión horizontal. Es bueno el que es correcto en su conducta personal, en su profesión, en su actuación pública, aunque sea una isla, un monolito. Se le considera moral si procede rectamente consigo mismo, con Dios, con los de arriba y con los de abajo. Es decir, sólo si tiene en cuenta la dimensión vertical. Pero esa persona no es buena, ni moral, si no toma la parte que le corresponde en la sociedad, si no se interesa positivamente en lo demás, no sólo para respetar sus derechos, sino para ayudarles a lograr sus derechos. Sin una mentalidad —y la consiguiente o antecedente educación social— tal que los hombres se consideren verdaderamente hermanos, miembros de una misma familia, con los mismos derechos y las mismas opciones, más aún, hijos de un mismo padre Dios, que quiere que todos los hombres alcancen la misma dignidad humana y divina; pero una mentalidad dinámica, actuante; hasta que ésto sea una realidad, y no un ideal o una teoría, no se puede considerar moral a nadie, aunque no infrinja leyes o normas, pues estará infringiendo la ley fundamnetal de solidaridad humana.

HACIA UNA SANA PEDAGOGIA

Una vez señaladas las fallas de la educación, que han traído como consecuencia, al menos en parte, la crisis de moralidad que sufre nuestra

sociedad, y para que el trabajo sea constructivo, quiero indicar una serie de orientaciones para lo que pienso que sería una solución desde el punto de vista pedagógico. Ya se han indicado la mayoría de ellas, pero no sistemática y positivamente.

Para que mi exposición tenga más base científica y autoridad, voy a tomar muchas de las ideas que expondré, prácticamente todas, del libro del conocido pedagogo alemán Friedrich Wilhelm Foerster, "Die Hauptaufgaben der Erziehung", —en español: "Temas capitales de la educación", (Ed. Herder). E incluso citaré párrafos enteros del autor, por considerarlos bien formulados.

El autor expone así la importancia y finalidad de la educación:

"Es menester que el educador esté plenamente convencido de que la pedagogía no es sólo, digámoslo así, la ciencia de enseñar a manejar a los jóvenes, sino una ciencia auxiliar para todas las profesiones humanas. Dondequiera que ejerzamos una actividad profesional habremos de enfrentarnos con hombres y manejarlos con delicada circunspección. Y así cada día resulta más patente que la pura política, la técnica, la industria y la economía mundial van siendo cada vez más impotentes para resolver con medios puramente materiales, sin excluir la bomba atómica, los grandes problemas de la humana colaboración, y que se va haciendo sumamente necesaria la alta ciencia de influir rectamente en el sentimiento humano de la personalidad; tan cierto es esto, que no tendría nada de extraño que, mucho antes de lo que nos figuramos, sucediera a la grande era de la técnica una nueva edad del humanismo. Por eso interesa tanto más a la pedagogía —que es en cierto modo la ciencia especial del manejo correcto de los hombres— hacer todo lo que esté en su mano para profundizar éste que es su propio problema, y para ampliarlo mediante el estudio de las experiencias que suministra el manejo de los animales y la práctica de tratar debidamente a los anormales. Sólo así se elevará al rango de consejera verdaderamente competente para todos los conflictos humanos. Tal ampliación psicológica de los problemas de la educación tendría su repercusión incluso en el terreno propio y más restringido de la pedagogía". "Vistas todas estas responsabilidades, resulta de la mayor importancia el que la educación, verdadero arte de influir en la voluntad, proceda con su propio ejemplo de una elevada cultura social, en lugar de ejercer sin más el derecho del más fuerte. Ahora bien, cultura social significa cooperación en vez de opresión, inteligencia mutua en vez de sujeción, salvaguardia de los propios derechos mediante un respeto mayor de los derechos ajenos. El educador, ya que no ha de sofocar una vida ajena, sino de ayudarle a desenvolverse, debe ante todo dar personalmente ejemplo de tal cultura social, y debe mostrar cómo puede uno imponer su propio derecho sin exasperar ni rebajar a los prójimos. Tal arte, que es un verdadero arte social de guiar, es el que asegura al educador un éxito profesional profundo; de lo contrario, podrá, sí, apuntarse ciertos éxitos de disciplina exterior, pero en lo más hondo sólo originará rebelión, y con su ejemplo transmitirá a la joven generación su propia incultura. El error fundamental de los viejos métodos de educación, y la causa de muchos de sus fracasos precisamente frente a la juventud moderna, consistía en que se trataba de influir en la voluntad desde fuera, violentamente y con procedimientos demasiado mecánicos, sin apoyarse bastante en las mejores energías del carácter del educando, ni mostrar suficiente respeto a la individualidad y a la característica peculiar de la acción personal. La pedagogía misma

obedecía todavía demasiado a un estado poco desarrollado de cultura social; ella misma no desarrolló con bastante autonomía su propio principio de estimular y guiar a las almas, imitando más de lo debido los métodos policíacos del antiguo orden social, que incluso en su propio terreno no estaban ya a la altura de las nuevas exigencias. La nueva pedagogía tiene que irse transformando en una ciencia y un arte del manejo de los hombres, no sólo para la guía de la juventud, sino para todas las profesiones; sólo así se verán realizar las esperanzas que pone en la futura labor de la educación una humanidad desgarrada por los odios y las violencias”.

1.—Realidad actual:

“Antes, dicen, se juzgaba en la familia con tremenda severidad el primer paso dado tras lo prohibido, que se consideraba como un comienzo funesto. Con esta perspectiva podían los padres conceder cierta libertad a los hijos y a las hijas; hoy, en cambio, abundan cada vez más los padres incapaces de inspirar a sus hijos el horror al mal hecho, puesto que ellos mismos no sienten tal horror. Es que al bien, lo mismo que al mal, se aplican medidas sumamente elásticas. En tales ambientes ¿qué firmeza se puede esperar de los jóvenes que en grandes oficinas y talleres están expuestos a toda clase de influjos disolventes?”

“Sin duda alguna, una parte de la delincuencia juvenil es sencillamente la expresión natural de una época en que la manera de pensar de los adultos —en gran número— sobre la vida y el deber aparece como verdaderamente infantil. ¿Qué se puede esperar de los inferiores cuando los normales y cultos quieren hacer de su vida licenciosa nada menos que una “reforma sexual”, y de su carencia de sentido de la moral, en una filosofía de la vida? En realidad, la asistencia más urgente a perturbados, tarados y abúlicos no se proporciona con meras legislaciones y asilos, sino ante todo con la presencia de ideales inquebrantables que, como enérgicos remedios “ortopédicos”, actúan sobre una vida interior desbaratada, y hasta pueden llegar a proteger a más de un temperamento anormal contra la tiranía de sus inferioridades. Pero precisamente estos profundos fundamentos de la “asistencia juvenil” se hallan hoy en parte dislocados. ¿De qué podrá servir entonces toda técnica de vigilancia?”

“Otro síntoma de la desaparición de la fuerza de resistencia personal es la crisis sexual de nuestra época. En ella se manifiesta la total inseguridad con que el hombre de hoy se enfrenta con las exigencias de su naturaleza orgánica. La esencia de esta crisis estriba no ya en la pujanza de la vida sexual, sino en la circunstancia de que el hombre moderno desconoce en absoluto las razones que puede haber para resistir. Un escepticismo disolvente acerca de lo bien fundado de las exigencias del espíritu enerva las cuerdas de la voluntad; se ha perdido completamente de vista los ideales que hasta ahora habrían estimulado a la resistencia, con lo cual es evidente que los instintos tienen ya de antemano ganada la partida”.

“No tenemos el menor reparo en afirmar que dondequiera cae por tierra un santuario de la religión, un centro de recogimiento y reflexión espiritual y moral, hay que abrir un sanatorio para nerviosos”.

“Esta incapacidad de resistencia de que vamos hablando se manifiesta también en lo que en sentido propio se califica como falta de carácter, en esa inconsistencia del individuo ante los influjos de la sociedad. La protesta de Nietzsche contra la prepotencia de la sociedad, su conocido aforismo: “la comunidad hace común”, es decir, vulgar, podemos entenderlo en sentido recto si nos representamos todos los peligros que presupone el influjo de las masas para una conciencia inerme. Sin un ideal que robustezca el carácter personal, nos convertiremos muy pronto en juguetes de nuestra ambición, de nuestra coquetería social y de todos los demás sentimientos gregarios. La vida de masas, el trato con los hombres, la organización colectiva, la fuerza de la opinión pública y su poder de expresión, van cada día en aumento, mientras la organización de la vida interior se va relajando cada vez más; así necesariamente debe esfumarse el individuo, pese a todo su individualismo, que se convierte en un derecho del individuo a cambiar continuamente a fin de acomodarse a los más variados métodos y exigencias colectivas”.

“Pero lo más peligroso de todo es, sin duda, la moderna condescendencia frente a lo patológico. Nunca, como en nuestros tiempos, se había podido gloriarse la ciencia de tal conocimiento de lo patológico, ni nunca, como en la actualidad, se había declarado la voluntad tan impotente ante sus exigencias. De esta manera se descarta el resorte más importante del carácter contra la fuerza demoníaca de lo inferior en la vida, la conciencia de la culpa y de la responsabilidad. Lo anormal y lo patológico se eleva a la categoría de oráculo, contra el que no hay obligación ni posibilidad de resistir. Y así estamos asistiendo a una bancarrota de las energías más hondas y personales del alma humana, no obstante la enorme actividad del hombre moderno. De ahí que por todas partes empiece a dejarse sentir la rebelión contra la desespiritualización del hombre y contra la opresión del mundo interior por el mundo de fuera. Índice muy significativo de esta situación es el deseo de una formación sistemática del carácter, que se va expresando cada día con más fuerza. Una genuina educación debe liberar al hombre de su tiempo, es decir, de la adaptación pasiva a las exigencias del mundo, a fin de constituirle señor de sí mismo y de las cosas exteriores. De ahí se origina una función organizadora y normativa del alma, no sólo frente a las exigencias del cuerpo y a los alicientes de la civilización moderna, sino también frente a lo que reclama la vida profesional con todas sus múltiples tentaciones. Lo importante es también aquí no someter el carácter sin resistencia a las prácticas vigentes; más bien se debe poner la vida al servicio de la más alta misión espiritual”.

Ruego se me disculpe por lo extenso de la cita, pero creí conveniente hacerlo, por la claridad y comprensión de los problemas del mundo de hoy.

2.—Objetivos claros:

Para poder educar, es decir, para poder preparar a los jóvenes en su misión humana, no se puede improvisar. Primero tiene que estructurar su propia misión el educador, ver qué es lo que pretende, jerarquizar los medios y los ideales, para tener un objetivo al que aspirar.

“En primer lugar, el educador ha de ser realista, es decir, ha de ponerse ante los ojos, sin ningún género de ilusión, el material de toda educación, a saber, la naturaleza humana, a fin de poder adaptar constantemente los medios educativos a la condición real del educando. En segundo lugar, debe tener el educador un objetivo universal, inequívoco e inamovible, es decir, debe saber perfectamente a dónde quiere ir, y a qué nivel quiere elevar con su educación y formación, pues sólo educadores consecuentes y conscientes de su propósito pueden formar caracteres consecuentes. Por fin, el educador debe colocarse a sí mismo, en cuanto sea posible, en el estado de alma que corresponde a su tarea”.

“Todo el punto flaco de la moderna sabiduría pedagógica está precisamente ahí, en que ni se cumplen las condiciones que acabamos de señalar, ni se garantiza su juego mutuo. ¿Qué decir, por ejemplo, del realismo? El hombre moderno cree que éste es precisamente su fuerte. Pero, si bien se mira, es sólo realista respecto a la naturaleza material, pero en cuanto al hombre interior es sencillamente ilusionista o utópico. A fuerza de concentrar toda su atención en el mundo exterior, ha ido perdiendo la facultad de percibir el mundo interior”.

“El educador debe tener conocimiento del ideal, y ello es tan necesario como el conocimiento del material. ¿Hasta qué punto están hoy los educadores seguros del fin que persiguen? Vivimos hoy una época en que las verdades más sólidas se desmoronan, Las tristes consecuencias que de ahí se siguen para la vida volitiva del hombre, nadie las ha expresado con más vigor que Nietzsche, que prorrumpe en esta exclamación: “Nada nos habla ya de deber. Nada se parece más al caos. ¡Esto es insoportable!”.

Para poder tener ideas respecto a la educación y sus objetivos, y los medios a escoger, es preciso tener una idea principal y directriz, que jerarquice los demás elementos. Es preciso, pues, tener una filosofía de la educación.

“Recapitulando: Para una auténtica formación del carácter son de capital importancia las grandes decisiones y orientaciones fundamentales de la vida, porque en ellas es donde triunfa la energía, la consecuencia y la unidad de la voluntad personal contra las arbitrarias inspiraciones de fuera. Sólo si llego a decidirme sobre la orientación general de mi vida lograré ser el organizador de mi existencia, sin caer presa de cualquier influjo y capricho. No tiene nada de extraño que precisamente en nuestra época se atribuya al subconsciente la verdadera inspiración de nuestro obrar. En realidad, cuanto menos se deja al hombre guiarse por grandes y bien asimilados principios, tanto más dispuesto está a ceder a procesos e impulsos subconscientes”.

“Con razón achaca Eucken a las modernas ideas una absoluta falta de capacidad “electiva”, y añade que por eso mismo todo nuestro sistema de formación corre peligro de degenerar en una multiplicidad confusa y caótica. El hombre se convierte en mero catálogo de materias científicas sin orden ni concierto; se ve asediado por un sinfín de intereses que pretenden todos tener influjo en el cuadro de la formación. Hoy no se sabe qué respuesta dar a la pregunta ¿qué es lo formativo?, pues para ello habría que comenzar por responder a la cuestión mucho más profunda ¿cuál es el fin supremo de toda formación? Precisamente por este

ejemplo se puede estudiar la desorientación en que se encuentra actualmente nuestra educación, o mejor dicho, en él echamos de ver hasta qué punto se halla el hombre, por falta de una filosofía de la educación de gran envergadura, encadenado a finalidades puramente temporales, sacrificando sin resistencia el desarrollo autónomo del alma humana a determinadas exigencias aparentes de la evolución económica”.

“Si en vista de estas desviaciones, o de esta estrechez de miras, tratamos de definir la sustancia de la educación, habremos de decir: La educación no consiste en comunicar al hombre tales o cuales hábitos, sino ante todo en enseñarle a dar la debida jerarquía a las finalidades de la vida, de modo que aprenda a dar la preferencia a lo trascendental, y a resistir a tiempo a la presión importuna de los fines particulares y accidentales”.

3.—Elementos esenciales de la educación:

Ya desde la más tierna infancia, pues los primeros son los años más decisivos en la educación, es preciso infundir en el niño unas pocas, pero claras, ideas fundamentales: su voluntad no es la ley suprema, hay valores superiores a su capricho. El ambiente tiene que ser de gran libertad, para fomentar la iniciativa creadora, y despertar la bondad del corazón, como hombre llamado a una sublime misión, humana y divina. No se puede permitir el egoísmo en ninguna de sus formas; más bien, es preciso despertar desde el comienzo un profundo sentido social de convivencia, acompañándolo de una auténtica y profunda caballerosidad, diferencia y delicadeza.

4.—El verdadero concepto de “Hombre”:

Todos somos conscientes del concepto de “hombre” que predomina en nuestro ambiente. El “machismo”, en su aspecto sexual y violento, es el ideal que se proponen muchos de nuestro jóvenes. Dejando de lado el aspecto sexual, por el que no se diferenciaría el hombre del animal, si se dejara llevar por el instinto, pasará a analizar el aspecto de violencia.

Según el filósofo alemán Marx Scheler, el hombre es el ser capaz de decir “no” a las reclamaciones de sus instintos. El siquiátra español Juan José López Ibor comenta esta idea en su libro “Rebeldes” (Edic. Rialp):

“Tiene que decir “no” a sí mismo, a aquellos impulsos primarios del ser, que necesitan ser analizados para que pueda florecer la libertad personal. En las aguas cenagosas de los instintos, la libertad no florece. No hay que huir de la libertad, sino enfrentarse con ella. Y la forma primaria de libertad es la que se tiene frente a sí mismo”.

Dice Foerster en su citado libro:

“No cabe la menor duda: El hombre será tanto más hombre cuantas más responsabilidades reconozca; y al mismo tiempo, esta conciencia de la responsabilidad dimana —desde el punto de vista puramente mundano, no del sobrenatural o religioso— de una delicada sensibilidad para los derechos de los demás”.

“En este sentido no podremos acentuar lo bastante cuán lejos de la verdadera fortaleza varonil están todos estos tipos de hom-

bres extendidos tanto hoy día, que a cada palabra dejan traslucir la falta de respeto de los derechos de los demás, junto con una falta de comprensión de sus apuros y humillaciones, y que saborean, como la más alta manifestación y realización de su bizzarria masculina, la afirmación bronca y sonora de sus propios derechos y pretensiones. Toda esta manera de ser y de comportarse proviene a la postre de puro miedo y preocupación por su propia existencia, por su influencia y por su honor; no son, en su fondo más íntimo, más que pobres cobardes repletos de miedo, que precisamente por eso se ven siempre de pie junto a su equipaje, con fachas duras y voces de amenaza, pero que no derrochan jamás fuerzas ni inteligencia para darse siquiera cuenta de lo que corresponde a los demás, no digamos para apoyarlo o defenderlo", "Lo característico del hombre, en oposición a este estado infantil, consiste precisamente en pasar del estadio receptivo al estadio productivo, en dar, más bien que en recibir, en sacrificarse, en lugar de exigir únicamente sacrificios ajenos. Para mejor comprender estas dos actitudes vamos a contraponer dos series de preguntas. El niño dice: "¿qué me van a dar?", el hombre, en cambio: "¿qué doy yo?". El niño pregunta: "¿cómo cumplen los otros sus deberes para conmigo?"; el hombre: "¿cómo cumplo yo mis deberes?". El niño pregunta: "¿se me comprende?"; en cambio, el hombre: "¿comprendo yo a los demás?". El niño pregunta: "¿cómo me quieren?"; el hombre: "¿cómo quiero yo?".

Según Adler, "la gente que sufre algún defecto corporal síquico tiene tendencia a compensar esa deficiencia con alardes exteriores de fuerza y toda clase de bravatas. Esta afirmación puede servir para bajar los humos y poner freno a las pretensiones y aspavientos de ciertos adolescentes".

"Ciertas manifestaciones de rebeldía y desobediencia, en efecto, son muchas veces expresión de una inestabilidad e inseguridad externas. Obediencia, humildad, modestia, a la vez que una fuerte personalidad, son los verdaderos indicios de una fortaleza segura e inviolable. El que tiene valor para ser modesto, demuestra que no necesita hacer aspavientos para hacerse valer y tener una acción eficaz". En una revista de estudiantes de Suiza se leía una vez esta frase: "Un hombre es lo contrario de lo que hoy se tiene por hombre". No cabe duda de que uno de los principales cometidos de la futura revisión de nuestras ideas de fuerza y poder, y afirmación de la personalidad, ha de ser el revalorizar muchos conceptos corrientes sobre el hombre. ¡Qué superficiales y qué contradictorios son todavía nuestros conceptos sobre el honor masculino! ¡Qué esclavo de la opinión ajena es el hombre que hace depender de esos conceptos su afirmación personal, y qué poca dignidad varonil, consciente de sí misma, se manifiesta en tales casos! En cambio, nada es tan fundamental para la verdadera serenidad varonil, sin la que en esta enmarañada existencia precisamente el hombre más sensible se convierte en veleta que gira a todos los vientos, como un concepto de honor verdaderamente magnánimo e interior. La irritabilidad viene siempre de alguna forma de temor; basta examinarse a fondo para descubrirlo. En cambio, el que está cimentado en algo inalienable e imperecedero, no se afana y se alborota por lo que se ha de perder. Y así sucede que, apenas tiene uno el valor

de adoptar esta actitud, inmediatamente se observa que incluso en sentido humano se desenvuelve mucho mejor que en un estado de inquieta afirmación personal”.

5.—Pedagogía juvenil:

La pedagogía europea se ha caracterizado, por lo general, por una educación de fuera hacia adentro, es decir, en una imposición de normas, de actitudes, de conocimientos. Por su parte, la pedagogía norteamericana se ha fijado más bien en despertar y desarrollar cualidades y potencialidades internas del joven, en estimular su riqueza interior. De la síntesis de ambas corrientes tiene que surgir una pedagogía completa. Hay que despertar aptitudes y cualidades, pero a la vez es preciso imponerle normas y criterios, conocimientos y preceptos. Es preciso secundar la iniciativa y dinámica internas, a la vez que se impone una **sana ascesis**, no como destructora y vana, sino para mejor aprovechar lo positivo de la fuerza interior, en beneficio del hombre completo. “El hombre (decía Scheler), es el ser capaz de decir “no” a la fuerza de sus instintos”. Y tiene que aprender a decir “no”, para poder decir “sí” plena y libremente a los valores más completos y universales del hombre. Esto requiere práctica, entrenamiento, fuerza de voluntad, sacrificio, hombría.

El pacifismo es una virtud fundamental que hay que formar en el niño, como consecuencia de lo anterior. Pero no un pacifismo de debilidad, de conformismo. Tiene que ser rebelde contra el mal, pero pacifista. Saber perdonar, que es más difícil que dejarse llevar por el espíritu de venganza.

“Sólo le es lícito perdonar y olvidar a aquél que no lo hace por miserable indiferencia y falta de carácter, sino por una tan vehemente pasión por la lucha contra el mal, que no puede soportar el mal en su propia alma, cuánto menos ponerlo en práctica”. “Admiramos ciertamente al esquiador que con el “telemark” sabe pararse en seco ante un abismo, pero no recapacitamos cuánta mayor importancia tiene haber aprendido a poner freno a los arrebatos de la pasión antes de que nos precipiten en el abismo. “Pero ¡qué grande es la diferencia entre “yo” mismo y yo mismo?” dice San Agustín. La práctica de la ascética es un recurso para lograr que la parte más dura del “yo” instintivo domine las manifestaciones exteriores de nuestra vida. Todo lo que se entiende como cultura del alma sólo se puede desarrollar si entre el estímulo y la reacción interviene un factor moderador que facilite el recogimiento interior, a cuyo abrigo, en la soledad y silencio del alma, podamos dar forma y armonía a los estímulos de la vida”.

6.—Realismo:

Es de todos conocida la tendencia del joven al idealismo, a representarse un mundo concebido por él mismo. Esto da la impresión a veces, al menos a los mayores, de que los jóvenes no son sinceros, de que mienten. Para una recta educación es preciso estimular al joven, o al niño, al conocimiento de la realidad: su propia realidad interna, la del mundo que le rodea, y la realidad humana exterior. Solamente con un conocimiento objetivo se podrá ser real y sincero. A esa realidad se le podrá añadir todo el idealismo del joven, pero ya sobre una base firme. Luego habrá que formarle en una veracidad

y sinceridad plenas. Se le tendrá que ir despojando de su tendencia a la exageración, para ser sincero consigo mismo, en primer lugar, y también con los demás.

Nietzsche imagina el siguiente diálogo: "Tú has hecho esto", me dice la memoria. "Tú no has podido hacerlo", me dice mi orgullo. Al fin, quien cede es la memoria.

"Muchos muchachos débiles, de poco talento o poco acomodados, tienden en esta edad a aparentar, al despertarse en ellos los instintos sociales de igualdad y adaptación. Precisamente en estos años conviene fomentar la fidelidad para consigo mismo, la dignidad personal, y el amor de la sencillez, así como la aversión a todo género de disfraces. El que está acostumbrado a mentir a los otros, se miente también a sí mismo".

7.—Autoridad y libertad:

Este es uno de los puntos más importantes, a la vez que más difíciles, en la pedagogía. Autoridad y libertad, autonomía y obediencia, ¿son conceptos contradictorios, irreconciliables? El fin de la pedagogía es formar hombres, seres libres y responsables, no autómatas que al fallar la autoridad no sabrán actuar por sí mismos. Pero, a la vez, tenemos que formar hombres sociables, que dentro de una sociedad sepan convivir y conspirar al bien común, para lo cual tendrán que someterse muchas veces a una autoridad reguladora, necesaria en toda sociedad bien constituida. La dificultad está en saber armonizar esos dos valores necesarios: la independencia y autonomía creadoras y responsables, junto con la sujeción y obediencia personales y socializadoras.

El educador tiene que dirigir ambas tendencias, educarlas y desarrollarlas, de modo que resulte un verdadero hombre, a la par que un ser social. Tiene que infundir un profundo sentido de subordinación y obediencia, pero razonadas, fundamentadas.

"Es quizá el error mayor y más propagado en la última generación de nuestros educadores el ilusionarse con haber educado a la juventud para la obediencia, mientras lo que han conseguido en realidad con su sistema de autoritarismo exclusivista ha sido educar rebeldes, enemigos declarados de la autoridad y del orden, gente que durante años seguidos han dirigido todas las fuerzas de su alma al sólo objeto de poner zancadillas a la ley. Los frutos están hoy a la vista".

El joven ya no acepta hoy la autoridad por el hecho de ser la autoridad. Sin embargo, el joven, hoy también acepta y reconoce, y se somete, a una autoridad, pero ganada, en la que confía, a quien admira y respeta, a quien es consecuente con sus principios, a quien se dedica a él, a quien sabe darle responsabilidades, y hacerle sentirse hombre. Un maestro educador que se meta en todo, que anule toda iniciativa, que lo fiscalice todo, que no sepa dar libertad, responsabilidad y autonomía, será visto como un simple policía, no como un educador, ni se ganará la confianza y la entrega de sus educandos. No tiene autoridad. El secreto, pues, está en saber delegar responsabilidades, bajo control, claro está, pero saber delegar en verdad, de modo que el joven vea que sirve para algo, y que se le respeta.

"Toda guía debe saber asociar lo particular o lo universal, y subordinar lo accesorio a lo principal. Y esto sólo lo puede realizar

si no se pierde en lo particular y accesorio, mas concentra sus energías en lo principal. Si es incapaz de esto, sino sabe respetar la autonomía de los mandos subalternos, dejando un margen a su gusto de responsabilidad, es señal de que él mismo es un subalterno nato, un hombre de puros detalles, que no merece realmente ocupar un puesto de mando. En realidad, ser guía significa saber educar guías, saber crearse sustitutos, saber hacerse innecesario”.

Hay que saber, pues, a la vez que se sienta un verdadero sentido de la autoridad y de la obediencia, saber delegar, saber despertar iniciativas, saber educar la libertad; con una verdadera educación, es decir, con un control de esa autonomía y libertad, de modo que no degeneren en una libertad vaga e imprecisa, próxima al libertinaje, peligro del mundo occidental; pero con un control y una educación que no maten la libertad, la responsabilidad, la autonomía y la iniciativa.

8.—Alegria como factor educativo:

Todo lo anteriormente expuesto es irrealizable en un ambiente forzado, desagradable, odiado, o triste. El educando tiene que asimilar estos principios, simpatizar con ellos, encarnarlos, para que verdaderamente sean vitales, y puedan actuar en su vida. Para ellos es preciso crear un ambiente de simpatía, de atractivo, de bienestar. Por otro lado, el niño es alegre, inquieto, juguetón, cariñoso. Es imposible que pueda aceptar un ambiente contrario a sus más íntimos sentimientos.

Pero eso no quiere decir un condescender totalmente con sus caprichos. Habrá que obligarle muchas veces a hacer lo que no le gusta, como formación de carácter, de su mentalidad y de su personalidad. Incluso habrá que reprenderle y castigarle, motivándolo, para crear en él hábitos de rectitud y responsabilidad. Pero no puede ser siempre un ambiente de represión y castigo, sino más bien de bienestar y alegría, estimulando sus cualidades y sus “hobby”, para que se sienta a gusto.

9.—El educador y el espíritu de la época:

“Sin duda alguna la mayor dificultad que encuentra el educador es la siguiente: el educador está afincado en el pasado, y ha de educar para un porvenir que está más lejos de él que de la generación sobre la que debe actuar. De ahí nace una perplejidad que debe considerarse como algo providencial: de hecho, significa la responsabilidad de quien debe preparar a la nueva generación para la realidad de la vida en que ha de desenvolverse, lo cual no exige en modo alguno que el educador se adapte a lo presente o a lo futuro, sino más bien que inicie a la juventud en los valores eternos e intemporales, que son los que deben orientar en toda adaptación a lo temporal. No pocos educadores incurren en la falta grave de confundir lo temporal que ellos han respirado con lo eterno, cayendo en el error de pretender que todo lo que a ellos les es caro debe dominar también la vida de la nueva generación. Ahora bien, cuanto más se desprende el educador de una adhesión ciega y engañosa a lo pasajero y circunstancial, tanto más autoridad ejerce sobre la juventud a él confiada, al

poner ante sus ojos lo supratemporal, y tanto menos peligro corre de descuidar, por pura manía conservadora, la necesaria adaptación a lo nuevo, y con ello la estimulante interpretación de esto nuevo en conexión con los valores supremos”.

“Todo esto vuelve a convencernos de que la adaptación práctica de la joven generación a las profundas exigencias de la gran era de la técnica, no puede prescindir de la iniciación —aparentemente tan poco práctica— en el eterno patrimonio espiritual del hombre. Desde esta perspectiva se puede hacer asequible el joven pedagogo de nuestra época la inseparabilidad de los valores prácticos y espirituales de la formación”.

CONCLUSION

Antes de transcribir la conclusión de este trabajo o conferencia, voy a presentar aquí un artículo que publiqué en esos días en los periódicos, pues considero que es muy oportuno, como patentización de las fallas habidas en nuestro tipo actual de educación, ya expresadas en este trabajo, aun cuando no con tanto patetismo. El título del artículo era: “¡Así no se puede!”, su contenido es el siguiente.

En el CURSO REGIONAL INTERAMERICANO PARA EL ESTUDIO INTEGRAL DE LA ADOLESCENCIA, que se está teniendo en esta ciudad, se ha destacado como el factor educativo de mayor importancia, sostenido unánimemente por todos los conferencistas y participantes, la sinceridad o autenticidad de los educadores, es decir: que la conducta de los educadores —y educadores no son únicamente los padres y profesores, sino la misma sociedad entera—, esté en consonancia con lo que se predica. Principios y vida tienen que ir de acuerdo. El testimonio del ejemplo es el mejor educador. Se ha señalado como falla principal —y causa importante y primordial— el divorcio entre los valores o principios que se trata de inculcar a la juventud y niñez, y la práctica de los mismos en la vida diaria.

Frente a una sociedad adulta, inconsecuente con sus principios, la juventud está sometida a un factor disociador y antieducativo. El joven, que no ha alcanzado la madurez suficiente para independizarse del influjo externo, y proceder por convencimiento personal, juzga que los principios que se le quiere infundir son falsos, ya que no se los cumple, ni siquiera sus mismos educadores natos; o piensa que no son válidos sino para los jóvenes, y que los mayores están dispensados de ellos, es decir: que son relativos, no absolutos o universales, y por lo tanto se los puede despreciar. O, lo que es peor, imita a los mayores, convirtiéndose en un individuo de conducta dualista, según las circunstancias y conveniencias. Pero, de ordinario, reacciona violentamente, sublevándose contra los mayores, y lo establecido por ellos.

La verdadera solución del problema —aunque evidentemente la más difícil, pero la única eficaz—, es que nos eduquemos los mayores primero. Que seamos honestos, consecuentes. Que sirvamos de ejemplo. De lo contrario, seguiremos fracasando en la educación.

Uno de estos días se ha tenido un funeral: Misa de cuerpo presente, en un colegio de monjas de esta ciudad. Dentro de la Iglesia, o Capilla, estaban las personas que llegaron a tiempo, principalmente jóvenes, alumnas de ese colegio, ya que era la superiora la que había fallecido. La afluencia de gente fue tan grande que no se cabía en el recinto. Fuera había muchas personas mayores, principalmente señoras. Dentro había reco-

gimiento, llanto, oración, seriedad. Desde la misma puerta, hacia fuera, había animadas conversaciones, murmullos en voz alta, que perturbaban notablemente la atención y el recogimiento de las personas que dentro trataban, pretendían, unirse a los sentimientos que animaban a la mayoría. Las personas jóvenes que se encontraban en el interior salieron repetidas veces a suplicar silencio a las personas mayores que estaban fuera. Fue en vano.

Espectáculos semejantes, por no decir semejantes escándalos, los vemos a diario en los momentos de mayor seriedad: velorios, funerales, bodas, primeras comuniones, conferencias. Se convierten con frecuencia, para muchos mayores, en actos sociales, sin contenido personal.

¡Así no se puede educar! Ante este ejemplo de los mayores, no nos extrañemos de la actitud rebelde, desorientada, de la juventud. Si nosotros no tomamos la vida en serio, ni siquiera en las ocasiones de tragedia o de solemnidad, ¿cómo queremos que los jóvenes tomen la vida en serio? Si nosotros no nos responsabilizamos, ¿cómo queremos que los jóvenes tomen responsabilidades en la vida? Si no tenemos principios, o no somos consecuentes con ellos, ¿cómo queremos inculcárselos a los jóvenes, para que orienten su vida conforme a unos principios que demostramos con nuestro ejemplo que no son motivadores de nuestra conducta? Pedimos a los jóvenes que respeten, y no respetamos ni lo más sagrado. Pedimos a los jóvenes que se responsabilicen, y no nos responsabilizamos nosotros ni siquiera frente a los momentos decisivos de nuestra existencia. Pedimos a los jóvenes que sean serios, y nosotros no somos serios ni siquiera en los momentos trágicos. ¡Así no se puede...!

Para educar a la juventud tenemos que comenzar por educarnos a nosotros mismos.

Paso ahora a transcribir la conclusión del presente trabajo.

Puede haber habido errores, fallas y deficiencias en la educación. El mal hecho ya no se puede evitar el haberlo hecho. La historia es irreversible. Bastante haremos si reconocemos los yerros, y tratamos de corregirlos para el futuro. La Iglesia Católica así lo ha hecho, dando una orientación nueva, aunque era la que siempre debería haber tenido como consecuencia de sus principios, en su pedagogía moral. En el Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Actual, dice en el párrafo 30:

“La profunda y rápida transformación de la vida exige con suma urgencia que no haya nadie que, por despreocupación frente a la realidad o por una inercia, se conforme con una ética meramente individualista. El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo cada uno al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena, promoviendo y ayudando a las instituciones, así públicas como privadas, que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre. Hay quienes profesan amplias y generosas opiniones, pero en realidad viven siempre como si nunca tuvieran cuidado alguno de las necesidades sociales. No pocos, con diversos subterfugios y fraudes, no tienen reparo en soslayar los impuestos justos u otros deberes para con la sociedad. Algunos subestiman ciertas normas de la vida social, por ejemplo, las referentes a higiene o las leyes de la circulación, sin preocuparse de que su descuido pone en peligro la vida propia y la vida del prójimo”.

“La aceptación de las relaciones sociales y su observancia, deben ser consideradas por todos como uno de los principales deberes del hombre contemporáneo. Porque cuanto más se unifica el mundo, tan-

to más los deberes del hombre rebasan los límites de los grupos particulares, y se extienden poco a poco al universo entero. Ello es imposible si los individuos y los grupos sociales no cultivan en sí mismos, y difunden en la sociedad, las virtudes morales y sociales, de forma que se conviertan verdaderamente en hombres nuevos y en creadores de una nueva humanidad, con el auxilio necesario de la divina gracia”.

Para terminar esta larga exposición —y este extenso capítulo—, creo que ningún párrafo mejor que el “Epílogo” de Alois Gruber, en su libro: “Jugend im Ringen und Reifen” —en español—: “La Pubertad: desarrollo y crisis”. (Ed. Herder).

“El estudio precedente es válido para la juventud actual. Se ha basado en los niños y adolescentes de nuestros días, distintos de los niños y adolescentes de épocas anteriores. Distintos, pero no peores. Tal vez, mejores. Actualmente son más abiertos, más verdaderos; también son más tumultuosos, más sensibles y más aislados. Les oímos lamentarse: “La vida carece de sentido; tampoco lo tienen el suicidio, el amor y la amistad. . . El hombre está solo, irremediablemente solo; ni consigo mismo puede contar, puesto que es inaccesible a sí mismo. . .” (M. Mourre, “Dieu est mort?”).

Solo está el adolescente en el problema de su desarrollo. Solo entre los defectos, maldades y deformaciones de la crisis de nuestra cultura; solo en la agitación de su alma y en la inseguridad de los valores espirituales. Pero la nostalgia y la esperanza que hay en él no le permiten permanecer en la inmovilidad. A falta de otra cosa, pretende el adolescente llenar su vida con accidentes excursiones o alocadas compañías; con la satisfacción de la sensualidad o con diversiones. Busca nuevos caminos. ¿Dónde se encontrarán educadores que comprendan a nuestra juventud y la ayuden en su camino?”.

CAPITULO CUARTO: LA GENERACION JOVEN

“La juventud no está hecha para el placer.
La juventud está hecha para el heroísmo”.

(Paul Claudel)

Una vez que se ha reflexionado sobre el hombre, y se ha estudiado algo que es fundamental para el hombre, como son los valores morales, quiero presentar algunos aspectos característicos del joven de hoy, para ver cómo lo podemos dirigir hacia su madurez.

ES UN ELEMENTO NUEVO

Casi todos los grandes inventos, que han revolucionado las ciencias y la técnica, y posteriormente —y a consecuencia— la vida del hombre, han visto la luz explosivamente, para la guerra. Antes de servir para la utilidad del hombre, lo han hecho para su destrucción. Desde los inventos de Arquímedes, hasta los descubrimientos de la fisión nuclear, el radar, la aviación y la dinamita.

Esa sicosis de destrucción, nos hace sospechar o temer todo lo nuevo descubierto, toda novedad. Apenas quedamos algo más tranquilos cuando los sabios logran darle además una finalidad pacífica, útil al hombre. Tememos en cierto sentido todo lo nuevo.

La juventud es una novedad siempre. Es algo nuevo. Algo que cada día, cada generación, se está descubriendo. Además, la juventud surge siempre explosiva, destructiva, hija de Marte. Es iconoclasta. Como los otros descubrimientos, parece que antes de ser útil a la humanidad y al progreso, se empeña primero en destruir, en arrasar.

Por eso tememos a la juventud. Por eso no nos fiamos de ella. Por eso la miramos con recelo. No sabemos mirar hacia más adelante. No vislumbramos las grandes aportaciones que traerá para el mañana, para el progreso y bienestar de la humanidad y de la cultura. Nos asustamos ante la rebelión, sin comprender que trae renovación, que es necesaria para el progreso, pues la humanidad, como todo organismo, se va gastando. En vez de enderezar esas riquezas, a veces aislamos su energía, la proscribimos. No podemos negar ni renunciar a la energía nuclear. Tenemos que aprovecharla para la paz, para el servicio del hombre. No podemos renunciar a la energía de la juventud. Tenemos que enderezarla hacia la evolución y renovación, hacia el servicio de la humanidad.

Pero hay quizá también un motivo oculto, inconfesado o inconsciente, que nos hace rechazar la juventud. Somos viejos, anticuados, gastados. La juventud trae vida, novedad, dinamismo. Nos cuesta reconocer que ya no servimos. Nos cuesta retirarnos honrosamente. No podemos reconocer nuestra inferioridad. Y la juventud nos es superior en muchas cosas.

“La generación joven —leemos en una de las Declaraciones de la Semana Social Francesa de 1961—, por ser la última, es la más madura: porque es la más heredera, la más alejada de los orígenes. Pero a la vez

es la más original, porque es la más cercana a los últimos días, a los últimos tiempos". Y prosigue Luis Maldonado, en su obra "Aproximación cristiana al trabajo universitario" (Ed. Taurus): "Nadie como la juventud para poseer ciertas intuiciones de lo que debe ser la marcha de la comunidad. Esta es la misión profética. Misión fascinante y tremenda, llena de ambigüedades. Ella constituye una de las responsabilidades más pesadas de toda juventud, especialmente de la estudiante".

Lo queramos o no, la generación joven es más rica que la anterior. Ha heredado más. Los esfuerzos de las generaciones anteriores no han sido estériles; han enriquecido el patrimonio de la humanidad, la herencia de sus nuevos miembros. El capital intelectual, cultural, técnico y humano, ha ido creciendo. Los progresos en la técnica de la enseñanza, en los medios de comunicación, hacen que el niño y el joven actuales, a la misma edad de las generaciones pasadas, tenga un bagaje mayor de conocimientos y adelantos. Viene más enriquecido que nosotros. El rendimiento en el trabajo y la enseñanza, al igual que en las empresas, se ha perfeccionado y superado. Se preparan mejor que nosotros. Pero lo mismo les pasará a ellos el día de mañana con las nuevas generaciones. Es la ley de la vida y del progreso. ¿Nos cuesta admitirlo? ¿Tememos reconocer nuestra inferioridad? No cerremos los ojos a la realidad.

ES RENOVADORA

En el artículo anterior enfocaba una parte del problema: la rebelión y la riqueza de las nuevas generaciones. Pero no está abordado integralmente. Son dos factores que impiden que la generación joven sea aceptada por las generaciones adultas. Veamos el otro aspecto: ¿qué conciencia tiene de sí misma la generación joven?

No es humano ni noble el enorgullecerse del patrimonio pecuniario recibido, como si fuera mérito propio, para convertirse en un parásito inoperante, y exigir privilegios que no ha ganado. No es humano ni noble —mucho menos aún, cristiano— enorgullecerse fatuamente del patrimonio cultural y humano recibido, como si el mérito fuera propio, cuando es fruto del esfuerzo de las generaciones pasadas. No es humano, noble, ni cristiano, el convertirse en un parásito cultural. Mucho menos, el despreciar a las generaciones anteriores, por ser menos capaces, pues lo que tenemos ahora se lo debemos a ellas.

El hombre no es hombre por lo que recibe, sino por lo que es y por lo que hace. El haber recibido más, lo único que crea son mayores compromisos, mayores obligaciones, mayores deberes. La generación joven está más obligada que las anteriores, no sólo a rendir al máximo los medios mayores y mejores que ha recibido, sino a hacer progresar a su vez, a ayudar al enriquecimiento de las generaciones futuras, a aceptarlas y enderezarlas, y a saber retirarse a tiempo.

La generación joven —comentábamos en el artículo anterior—, por ser la última, es la más madura; porque es la más heredera, la más alejada de los orígenes. Tiene que reconocer eso, para ser consciente de su valor y de sus potencialidades. Pero no para un goce narcisista, y menos para un desprecio, sino para un mayor compromiso, para un mayor rendimiento.

Pero, a la vez, es la más original, porque es la más cercana a los últimos días, a los últimos tiempos. Nadie como la juventud para poseer ciertas intuiciones de lo que debe ser la marcha de la comunidad. Esta es la misión profética. Misión fascinante y tremenda, llena de ambigüedades. Ella constituye una de las responsabilidades más pesadas de la juventud, especialmente de la estudiante.

Ahí está el lema y el programa de la generación joven. Ese mirar hacia atrás le obliga a mirar hacia adelante. La generación adulta está ya gastada, al menos en parte, está ya muy comprometida con ciertos imponderables. Ella no puede ya aportar la renovación que es necesaria siempre y constantemente, y que ya aportó en sus días. Es la generación joven la que tiene que prepararse, y sobre todo la estudiante, para tomar las riendas, para buscar nuevos enfoques, nuevas soluciones.

La generación nueva y joven, consciente de su valer y de su obligación, consciente de que el futuro depende de ella, consciente de las fallas y los desgastes que han quedado como herencia, junto con las riquezas heredadas, tiene que ser profética. Tiene que mirar con clarividencia el futuro, y hacer cambios que tal vez parezcan duros y difíciles, que exigen esfuerzo y sacrificio. Esa es una de las responsabilidades más pesadas de toda juventud. Hay que buscar nuevas rutas, nuevos caminos. Aunque a veces sean equivocados. También la generación joven tiene derecho a equivocarse, como lo hicieron las generaciones pasadas. Sólo buscando y arriesgando, avanzando y retrocediendo, es posible el progreso y el descubrimiento verdadero. Siempre que sea una búsqueda sincera, responsable; no una aventura o un snobismo.

Y el día de mañana, cuando la generación joven ya sea madura, y esté fatigada, tiene que saber reconocer los nuevos valores, ceder el paso, retirarse con generosidad.

ES IDEALISTA

¿Es la generación joven de hoy peor que las anteriores? La juventud actual —se dice a diario— no piensa más que en divertirse, en gozar; el placer, la inacción, son sus metas; ya no tiene ideales, espíritu de sacrificio. ¿Es cierto?

Si la juventud de hoy es juventud, tiene que vivir de ideales, de heroísmo. de lo contrario, ha desaparecido la juventud, y de la niñez se pasa directamente a la edad adulta, o a la ancianidad. La juventud biológica no se habrá podido suprimir, pero sí la psicológica.

Las generaciones pasadas cifraban el idealismo, el heroísmo, en la lucha, en la guerra, en las grandes hazañas y conquistas. La juventud de hoy también se arriesga, si no en la guerra —lo cual, por otra parte, ya es una ventaja—, sí en la lucha y en la competencia, a su modo. La juventud de hoy, como la de cualquier época, necesita del riesgo, del vértigo, del peligro, de la agitación y de la lucha. El baile de hoy es casi una danza guerrera. El deporte es un sustitutivo —más humano y pacífico— de la lucha. El vértigo de la velocidad, el riesgo de las carreras —de motos, carros, aviones— embriaga a la juventud, al igual que ayer el fragor del combate. El joven de hoy necesita también acción, competencia, riesgo, aventura.

De una fiesta de hoy se sale agotado, sudoroso, jadeante; como de combate de antaño. El deporte le exige un entrenamiento duro, un sacrificio constante, una renuncia a sí mismo, un acoplamiento con su batallón, quizás mayores que la preparación para la guerra. El joven actual busca en la competencia, en las carreras, en el arte, una apoteosis y un reconocimiento multitudinario semejante al "Triunfo" de los generales romanos. Se aventura hasta el paroxismo, se arriesga hasta el accidente o la muerte, para conseguir un trofeo, para ser admirado, al igual que en otros tiempos para conseguir una condecoración o una medalla en el combate, o la admiración y el amor de una dama de la corte.

Hoy, como ayer, los jóvenes mueren, o quedan malheridos. Ayer en los campos; hoy en las carreteras y en las calles de las ciudades. ¿Por qué? ¿por una locura? ¿Y no era mayor locura la guerra? El joven de hoy, como el de siempre, necesita vivir de un ideal, necesita arriesgarse, hasta despreciar la vida, por algo que vale para él más que la propia vida: la admiración, el hacerse sentir, el llamar la atención, el no sentirse uno del montón, el afirmar su personalidad...

El día en que desaparezca de la juventud esa hambre de riesgo y aventura, ese desprecio a la vida, esa locura sin sentido; ese día podemos temer que haya muerto la juventud. Hoy vive, y tiene sus valores y sus ideales. A nosotros no nos gustan, pero los tienen. Nos parecen sin sentido para el mundo de los adultos, mas para ellos sí tienen sentido. La juventud de hoy sí vive —como la de ayer— de ideal y sacrificio. Si a nosotros no nos parece, si ellos no encuentran sentido tampoco en nuestra vida y nuestros ideales, es porque tal vez nuestro mundo también está loco, desfasado de la realidad y del humanismo, sin sentido. A nosotros nos toca el buscar ideales para la juventud, el presentarles un mundo que sea capaz de entusiasmarla. De lo contrario se buscarán los ideales fuera de nuestro mundo, en el suyo, pero los buscarán.

También la juventud de hoy busca sus ideales, a base de sacrificio. Como los "hippies", que cambian su vida cómoda y burguesa, por otra, sucia y hambrienta, porque no les gusta el mundo y los ideales de los mayores. Como tantos jóvenes de hoy, que dejan su mundo culto y tranquilo de la ciudad, para internarse en las montañas, e incorporarse a guerrillas, para sufrir, pasar hambre, pelear y morir.

¿Que son ideales equivocados? De acuerdo, tal vez, pero son ideales, y la juventud de hoy, como la de ayer, los tiene, y vibra con ellos. Si no los tiene mejores, ¿por qué no se los damos? ¿por qué no les presentamos un mundo que valga la pena, por el que puedan arriesgarse?

ESTA ENFERMA

Ya hace algún tiempo escuché en radio El Mundo la siguiente frase: "La esperanza es lo último que muere, pero es lo primero que se enferma". Creo que de aquí podemos sacar algo de luz, para enfocar el problema de la juventud actual.

Si esta frase la aplicamos a la generación adulta, con respecto a la generación joven, creo que en ella está reflejado perfectamente su sentir. Si bien es cierto que la generación adulta no tiene muchas esperanzas de la generación joven, como nunca la ha tenido ninguna generación respecto a las otras. El hombre es desconfiado, no sé si por naturaleza, o por los engaños que se va llevando a lo largo de la vida. El hombre es desconfiado por ser egoísta. Y las generaciones participan del sentir de sus miembros. Una generación, al igual que el individuo, sólo se fía de sí misma, y en ella pone sus esperanzas e ilusiones. Desconfía, o espera muy poco, de las demás generaciones, anteriores o posteriores. Pero siempre espera algo de ellas; y más, de la generación venidera. La esperanza de la generación adulta, pues, respecto a la generación joven, aunque sea raquítica, larvaria, no ha muerto. Pero sí está enferma. Es muy poco lo que espera de ella, desconfía de la juventud, le teme, cree que con ella viene la ruina del pasado.

Y ¿cuál es la situación de la juventud? Ya hemos visto en los artículos anteriores la riqueza hereditaria de la juventud, mayor que la de las generaciones que le han precedido. Pero esa herencia puede estar fosi-

lizada. Vimos que la conclusión de esa riqueza era un mayor compromiso, una mayor obligación, un mayor rendimiento. Pero podían ser utópicos si esa juventud estuviera muerta. Mas, a la luz de esos dos exámenes juzgábamos a la generación joven, y vimos que vive, no está muerta, pues tiene ideales, por los que se sacrifica hasta el heroísmo, metas que trata de alcanzar. Aunque a nosotros nos parezcan absurdas. La juventud actual, pues, no está muerta, vive, tiene esperanza, confianza en sí misma —quizás hoy más que nunca—. La juventud actual espera, vive; su esperanza está viva. Pero la juventud de hoy está enferma. Su esperanza ha enfermado, y tal vez de gravedad.

El síntoma más evidente es que su esperanza es corta, achatada; casi no se la puede llamar esperanza; es más bien una caricatura de la esperanza. Espera, sí, pero del presente. Por eso se entrega a él totalmente, con una intensidad apasionada, para que no se le escape nada; con una velocidad vertiginosa, para sintetizar en un momento toda una continuidad. Quiere vivir a ritmo acelerado, aprisionar en el ahora el presente y el futuro. El mañana no le interesa, pues ya lo está viviendo. Y viviendo así está matando la vida, que es sucesión, continuidad, pasado, presente y futuro. Se está matando a sí misma, y con ella la esperanza. Está enferma. Puede dar la impresión de un enfermo con estado de delirio.

Con todo, no es síntoma éste exclusivo de la juventud. También las generaciones adultas viven con esa intensidad y delirio. Más aún, de ellas lo ha heredado o aprendido la generación joven.

La generación joven, estamos de acuerdo, está enferma. Sería un crimen el dejarla morir, el no hacer nada por salvarla. Con ella moriríamos nosotros mismos, queramos o no reconocerlo. Ningún enfermo puede diagnosticarse a sí mismo, aunque sea un médico extraordinario. Ninguno puede someterse a sí mismo a tratamiento. Somos los adultos los que tendremos que buscar su curación. Tenemos que interesarnos por ella de verdad, dedicarnos a ella. Tenemos que educarla, ese es el único remedio. Salvando a la juventud nos salvamos a nosotros mismos. Aunque sea sólo por egoísmo, si es que no tenemos mayores ideales, si es que nosotros también estamos enfermos.

CAPITULO QUINTO: PROBLEMA DE GENERACIONES

“Nos educamos en un momento en que la autoridad de los padres no tenía límites, y ahora tratamos de educar a unos hijos cuya rebeldía tampoco los tiene”.

(Juan José López Ibor: “Rebeldes”).

Pocos temas se habrán abordado más extensamente, como el del problema generacional. Es muy frecuente el ser extremista, y ponerse de parte de uno de los dos bandos, por simpatías o por intereses. Ponerse en el centro, para observar con imparcialidad, y atraerse la enemistad de los dos, es muy desagradable. Indudablemente, ambas partes tienen su razón y su culpa.

¿JUVENTUD REBELDE..., O CONFLICTO ENTRE GENERACIONES?

“Nuestros padres no nos comprenden”. “A nuestros padres no los entendemos”. “Los mayores tienen una mentalidad y una manera de ser incompatible con nosotros, y con los tiempos que vivimos; son conservadores, retrógrados, conformistas”. Gritan los jóvenes de hoy. Y no dejan de tener razón.

“No comprendemos a nuestros hijos”. “Nuestros hijos no viven en la realidad; viven en un mundo ficticio”. “Los jóvenes de hoy están desorientados; son unos rebeldes”. Se quejan los mayores. Y no dejan de tener razón.

Es un problema de hoy. Y es un problema de ayer. Y será un problema de mañana. Es un problema vital. Es un problema de la misma vida, que se renueva y se repite. Es el eterno problema del conflicto entre las generaciones. Poco importa que hoy sea más agudo, que hoy sea más patente. En realidad no es un problema nuevo. Hoy se estudia este problema con mayor interés. No es un problema nuevo. Basta con hundir nuestro recuerdo en el pasado, en los años de nuestra juventud, para encontrarnos con el mismo problema: el eterno conflicto entre las generaciones. Preguntemos a nuestros padres, a nuestros abuelos. Pidámosles que recuerden, que traten de ser objetivos y sinceros. También ellos fueron actores del mismo conflicto. También ellos fueron rebeldes, incomprendidos.

Es la vida que progresa, que se renueva. Una nueva ola de vida que irrumpe bruscamente en el perpetuo progresar vital. En los países de cuatro estaciones la primavera irrumpe llena de vida, de cambio, en un mundo tranquilo, conservador, viejo. No es un cambio gradual, lento, de renovación. Es una verdadera eclosión de formas nuevas, que reemplazan a las anteriores. Aquí, con las primeras lluvias, se transforma radicalmente la naturaleza, bruscamente, súbitamente.

En la vida humana están irrumpiendo continuamente nuevas oleadas de vida nueva, que la vienen a enriquecer, a sacarla de su conformismo letárgico, a renovarla. Cada generación joven aporta nueva vida, nueva energía, nuevas soluciones, nuevos problemas.

La función social de los mayores no es conformarse con lo adquirido en su día, con lo aportado por ellos al acontecer humano. Su misión es colaborar en ese perpetuo renovarse, en ese perpetuo progresar de la vida. Su misión es incorporar esas nuevas fuerzas, esas nuevas energías, esas nuevas oleadas, al patrimonio siempre creciente de la humanidad.

La misión de los jóvenes es aportar su riqueza, sus cualidades, su juventud, su fuerza renovadora, a esa vida en continuo avance, en continua transformación y perfeccionamiento. No quedarse a gozar hedonísticamente de lo que traen, pues lo han recibido. No conformarse con lo adquirido. Transformar, renovar, aportar lo suyo a beneficio de los demás.

Hay conflicto entre las generaciones, porque no hay diálogo. Las generaciones no conviven. Viven paralelamente, casi sin mutua intercomunicación. El diálogo no son dos monólogos paralelos. El diálogo no es sólo decir, sino también escuchar. No es sólo dar, sino también recibir, enriquecerse, comunicarse. Es indispensable una actitud de receptibilidad. Es indispensable una actitud de adaptación. Es indispensable colocarse en la situación del otro. Es indispensable la comprensión, la simpatía, el interés por el otro.

Es imposible el diálogo entre las generaciones, si los mayores no se ponen en la actitud de comprender, si parten de prejuicios, si no admiten lo positivo que aportan las nuevas generaciones, si no sienten simpatía por ellos, si no tienen interés por ayudarlos. Si no recuerdan su pasado. Es imposible el diálogo, si los jóvenes no saben reconocer lo positivo de las generaciones viejas. Si se contentan con una crítica destructiva de todo lo viejo, sin construir, sin aportar. Si no sienten simpatía y agradecimiento hacia sus mayores. Si no saben comprender su actitud. Si no reflexionan en que el problema no terminará con ellos, sino que se renovará en sus hijos y nietos.

DIALOGO ENTRE GENERACIONES

En el artículo anterior examinaba el problema de la juventud actual, incomprensiva e incomprensida. El problema, afirmaba, no es de hoy; es el eterno problema del conflicto de las generaciones. Problema de ayer, de hoy y de mañana. No nos hagamos ilusiones. Si hoy la pedagogía y la psicología logran solucionar el problema, el problema seguiría sin resolverse, pues surgiría mañana renovado. Ni es más agudo hoy este problema por conocerse más, o por hablar más de él. Ni es tampoco más universal que ayer. Es tan viejo y tan universal como la misma vida.

Decía que la única solución está en el diálogo. Pero el diálogo no son dos monólogos. Para hacer posible el diálogo es preciso crear un clima de mutua confianza, respeto, interés.

Pero ¿cómo iniciar el diálogo? Hay barreras profundas y macizas, que separan radicalmente, al menos en apariencia, las generaciones jóvenes y las viejas. No hay confianza. Hay suspicacias, prejuicios, predisposiciones en contra. Hay que derribar valientemente esas barreras, y establecer ese clima de mutua confianza.

¿Quién ha de dar el primer paso? Nadie quiere darlo. Es rebajarse. Es renunciar a sus principios. Es ceder posiciones que se cree es necesario defender. Es pedir un sacrificio muy costoso al amor propio. Así no hay solución posible. Por eso hay jóvenes rebeldes; como los ha habido siempre, como los habrá también mañana.

A la generación vieja le toca dar el primer paso, y el segundo, y el tercero. No se puede pedir a los jóvenes mucha reflexión, mucha madurez, mucha sensatez. No se les puede pedir fácilmente que cedan en sus posiciones recién adquiridas, que han conquistado con tanto esfuerzo, en lo más álgido de su lucha por asentar su personalidad, por salir de la infancia, y por sentirse persona.

La generación vieja está más preparada para dar ese paso. Ha llegado a un mayor equilibrio. Ve las ventajas y los peligros. Tiene mayor capacidad de adaptación a las circunstancias. Está más entrenada. Tiene mayor formación, más seguridad en sí misma. Tiene, por último, asentada ya su personalidad. Pero también está más anquilosada. Es menos flexible. Teme perder también sus posiciones. Teme que su autoridad esté en peligro o, al menos, en crisis.

Las generaciones adultas, pero especialmente los padres, son educadores natos de la juventud, de sus hijos. Ellos tienen la responsabilidad de la educación de las generaciones jóvenes, de formarlos en su verdadera personalidad, de crear ese diálogo entre las generaciones, en un ambiente de respeto, cariño y confianza. Ningún padre se debe embarcar en la misión de paternidad o maternidad, sin adquirir antes los conocimientos más elementales de pedagogía y psicología, que le son indispensables para la educación de sus hijos. Si se hace imposible el clima de mutua confianza entre padres e hijos, necesaria para el diálogo, es casi siempre por un desconocimiento esencial de la psicología de los adolescentes.

No hay desprecio más ofensivo para un adolescente que el ser tratado de niña o de niño. Está en un período de transición. Se siente hombre, o mujer, pero a la vez se siente niño. Le duele no ser ya adulto, y se avergüenza de ello. Lucha por abandonarlo, y por hacerse hombre, o mujer. Sufre. Le hierde que vean en él sólo el niño que no quiere ya ser, y que no reconozcan su esfuerzo por llegar a ser el hombre que aspira a ser. Se siente menospreciado. Es imposible la confianza, el diálogo. No se fían de él, no le estiman. Pero es preciso también que el joven comprenda la psicología de los padres, que ven en él aún el niño que trajeron al mundo, cuyo progreso lento es casi imperceptible. Es preciso que comprenda que sus padres quieren para él lo mejor, aunque a su modo, tal vez equivocado.

¿HACIA DONDE CAMINA LA JUVENTUD?

Es una pregunta que se formulan a diario los individuos y las colectividades del mundo de los mayores, que tienen algo que ver con los jóvenes: los padres, los educadores, los psicólogos, los sociólogos, los gobernantes. Va generalizándose cada vez más el mundo desadaptado de los jóvenes, que se escapan al influjo normativo de la sociedad, y se constituyen en un serio peligro y en una amenaza para la seguridad social. El libro de Antonio Sabater: "Gamberros, Homosexuales, Vagos y Maleantes" (Ed. Hispano-Europea), es un estudio jurídico-sociológico que nos patentiza ese mundo tan extendido hoy en día, con el que, como Magistrado-Juez Especial de vagos y maleantes, ha tenido que estar en contacto.

Pero no es tanto ese fondo antisocial de toda ciudad moderna lo que nos asusta de ordinario, pues confiamos en la organización del Estado, para reprimir y prevenir los males que surjan de él; sino la otra juventud, toda ella, que vemos dirigirse por derroteros que no nos parecen convenientes, y tomar actitudes que creemos no haberles inculcado. ¿Hacia dónde camina la juventud? ¿Hacia donde nosotros queramos!

La mujer se guía por sentimientos; el hombre, por ideas, o por pasiones; el joven, por ideales. Pero no por ideales abstractos. Por ideales concretos, encarnados, vividos existencialmente. El joven se encuentra en el despertar efervescente de sus sentimientos en medio de una sensibilidad extraordinaria, y en la afirmación de su naciente personalidad. Consciente de su inferioridad, adopta rasgos y actitudes que cree le harán sobresalir y destacar, llamar la atención, darle personalidad. Imita los ideales reales o ficticios que se le presentan como sobresalientes, como dotados de una gran "personalidad". Pero ¿quién presenta esos ideales? ¿quién explota ahora esa tendencia de siempre de la juventud?

En un orden social anterior, en que los héroes eran los caballeros, los guerreros y los artistas, la juventud vibraba con esos ideales. Hoy el ambiente que influye en el joven es la novela, el cine y la televisión, y los ideales vivos que se le presentan al joven en ellos, los héroes, son el "superhombre", el sexo, la astucia, el hampa, el crimen, el atropello a todos los derechos. Y eso se explota económicamente, psicológicamente. La propaganda ya no es una afición, es una técnica, una ciencia, basada principalmente en la psicología. Reflexionemos sobre las series de televisión, por ejemplo. ¿Es que no hay manjar más delicado que ofrecer al público que el crimen, el eros? ¿Es que no hay otros valores humanos que presentar? ¿Es que es esa toda la realidad de la vida? ¿Es que es esa la vida real, no falseada? Se podrá decir, muy simplemente, que eso es lo que el público busca, lo único que pide, lo que da dinero. Aparte de que es mentira, es subvalorar al hombre, y olvidar o menospreciar lo mejor que hay en él. Pero hay más. Esos medios de información tienen una misión muy importante en la sociedad: tienen que educar. Y poseen los medios más aptos, más eficaces y más profundos para educar actualmente. Si la juventud sigue esos falsos héroes, esos ideales encarnados que se le presentan, la culpa no es de la juventud. No se le da otra cosa. No se la educa.

La juventud vive en un mundo irreal, eso no es la vida, decimos. Y es verdad. La juventud es idealista, es poco realista, por naturaleza. Pero, además, los ideales que le proponemos son irreales. En el cine, la novela, la televisión, se les presenta un mundo irreal, unos héroes imaginarios. Estamos envenenando a la juventud, emborrachándola con quimeras. Se le presenta unos personajes que no son reales, y si lo son, no se le presenta como reales. Sólo presentamos una faceta, la más atractiva, no toda la complejidad de la persona y de la vida, que es muy complicada, y no tan fácil y agradable como lo que se presenta en la pantalla o en el papel. ¿Y queremos que los jóvenes sepan situarse, analizar, centrar esos personajes en la realidad? Por otro lado, faltan, y cada vez más, ideales, héroes encarnados en el mundo real, en el hogar, en la sociedad, en la vida. Ejemplos que arrastren, personas que vivan felices en la complejidad del mundo actual, y en las dificultades de la vida. Seamos esos héroes, esos ideales, si queremos cambiar la juventud.

COMO JUZGAR A LA JUVENTUD

Si queremos conocer a la juventud objetivamente, en su realidad total, para juzgarla, y ayudarla, no podemos contentarnos con mirarla desde fuera; es preciso conocerla también desde dentro, convivir con ella. Si nos concretamos a ciertas manifestaciones esporádicas, todo lo frecuentes que se quiera, y a base de ellas nos formamos nuestro juicio, sin conocerlos en su ambiente, en la realidad existencial de su vida, en sus grupos,

nos estamos equivocando en el planteamiento del problema, al no contar con todos sus elementos; enfocamos parcialmente el problema, el juicio será erróneo, y sus soluciones, ineficaces. Ni el padre, por ser padre, conoce al hijo, al ver sus manifestaciones externas; ni el adulto, por tener juicio más equilibrado, enriquecido por la experiencia. Ambos tienen que bajar de su Olimpo, para convivir con el joven, y conocerlo en su realidad.

Hay dos tipos de reacciones externas en el joven: una individual, y otra colectiva. El joven, individualmente, toma una actitud de rebelión, de indisciplina, casi de antipatía. En grupo, toma actitudes antisociales, provocativas, a veces violentas. Ambos tipos de reacciones son manifestaciones espontáneas y naturales de timidez. Toda persona tímida es reservada, callada, pero cuando habla, cuando toma parte en la conversación, cuando actúa, es hiriente, insultante, brusca, cortada. Da impresión de resentido, de amargado, antisocial, ineducado. Solamente en su ambiente, en confianza, cuando encuentra comprensión y camaradería, sus manifestaciones cambian, son naturales, diferentes de las que tiene en esas otras actuaciones.

Esa timidez le viene al joven de su sentimiento, si ya no complejo, de inferioridad frente a los mayores, frente al mundo constituido, frente a la sociedad ordenada. El no se siente a la altura, no puede competir en plano de igualdad. Por otro lado, necesita hacerse sentir, necesita afirmar su personalidad, llamar la atención. No puede hacerlo por su ciencia, por su experiencia, por su juicio. Los mayores no lo tienen en cuenta, se sonríen ante sus intervenciones, no lo toman en serio. Su timidez le lleva a reacciones hirientes, ineducadas, bruscas. Pero se siente inseguro, inadaptado, fracasado. Recurre al grupo, en donde se siente seguro, aceptado, de igual a igual, en su ambiente. En él, es distinto, es natural, es él. Huye de estar con los mayores, le repugnan sus cortesías, las visitas de cumplido. Busca la camaradería, los suyos. En el grupo se siente a gusto.

En el grupo actúa la psicología de las masas, o de las colectividades, y la influencia del líder. Pero también el grupo tiene su propia psicología, la del joven. También el grupo, frente a la sociedad, a los adultos, experimenta timidez, fruto de su sentimiento de inferioridad. También el grupo se rebela contra esa opresión que quiere imponerse. También el grupo quiere hacerse sentir, llamar la atención. De ahí sus reacciones, bruscas, violentas, ineducadas; aumentadas por la psicología de grupo, por la emulación dentro del mismo, para sobresalir, por la despersonalización e inhibición del yo propio.

No podemos juzgar a la juventud únicamente por esas manifestaciones externas de autodefensa, por esas actuaciones individuales o colectivas, fruto de su timidez y sentimiento de inferioridad. Para juzgar a la juventud, ver lo positivo también, y orientarla según soluciones eficaces, hay que conocerla en su realidad integral, convivir con ella, meterse en su ambiente.

Hace dos meses se convocó a los alumnos de los tres últimos cursos de bachillerato del colegio Externado de San José, y a sus padres, para una conferencia del psicólogo del colegio, acerca de los problemas de los jóvenes y sus padres. A continuación hubo un diálogo abierto, presidido por el psicólogo, que resultó muy interesante, y se prolongó por dos horas. Uno de los padres de familia, basándose en la mínima intervención de los jóvenes en el debate, objetó que la juventud actual, en ese nivel social, no tiene grandes intereses y preocupaciones por formarse, por ser líderes, por luchar; en contra de lo que se observa en otros medios sociales. Tuve

que salir en defensa de los jóvenes, para interpretar la realidad. Era la primera vez que se tenía un diálogo semejante. Presidía un sicólogo, hablaron doctores y profesionales. Los jóvenes estaban en presencia de sus padres, de personas mayores y extrañas. Era, para muchos, la primera oportunidad que se les daba de tratar en serio sus problemas con gente mayor. Era natural su timidez, su abstencionismo, y algunas de sus quejas bruscas e hirientes. En su ambiente no son así; se interesan por formarse; hay líderes entre ellos; no son tan aburguesados. ¿Conocemos a la juventud?

CRISIS DE AUTORIDAD

Toda sociedad bien constituida necesita una autoridad que dirija, oriente y obligue a sus miembros a que conspiren al bien común. Dios ha hecho al hombre sociable. Por lo tanto, Dios ha puesto las raíces de las sociedades, y los fundamentos de la autoridad, que es necesaria a toda sociedad. Por eso, en la sociedad familiar, así como en la sociedad particular, o nacional, es necesaria una autoridad. Son éstos, principios que, por ser fundamentales, son insoslayables. ¿Está la autoridad en crisis, hoy en día? ¿Son los hombres de hoy, y en especial los jóvenes, unos anarquistas?

Está en crisis, ciertamente, no LA AUTORIDAD, sino cierta autoridad. Y bienvenida sea esa crisis. Era necesaria.

Muchas veces se oye: "nosotros no nos educamos así; nuestros padres nos mandaban, y no se discutía, ni se pedían, o daban, explicaciones ni razones". Esos tiempos han pasado ciertamente, como también pasaron los tiempos de Luis XIV de Francia, para quien el Estado y la Ley eran su real persona. Si nuestros padres mandaban, y no se discutía, ni se pedían, o daban, explicaciones, era, en parte al menos, porque ellos tenían "autoridad" para mandar así. Hoy en día la mayoría de los padres no la tienen. Además, el influjo del ambiente, y de las filosofías reinantes, ha racionalizado más la obediencia, y ha democratizado la misma sociedad, incluso la familiar.

El joven de hoy no es, en su generalidad, un anarquista. El joven de hoy reconoce y acepta el principio de la necesidad de una autoridad. El joven de hoy acepta, respeta, a obedecer a sus "autoridades". Pero el joven de hoy no acepta que se le imponga una autoridad, sin motivo ni fundamento; una autoridad que no le arrastre. El joven de hoy no acepta una autoridad, sólo por el hecho de ser una autoridad hierática, que no tiene otro título para ser autoridad que el haberla heredado, o haberla recibido como fruto de la determinación de un grupo, por numeroso que sea.

El joven no se guía por raciocinios, sino por intuiciones. Sabe distinguir perfectamente entre la persona que es la "autoridad", y la persona que tiene "autoridad". A esta última la obedece, aprecia y sigue, con la generosidad que sólo el joven posee.

No le basta al joven considerar a una persona que es la autoridad, sea familiar o de cualquier otra clase, para seguir sus dictados. El solamente sigue a la persona que, para él, tiene "autoridad". Y no van necesariamente unidas esas dos autoridades en una misma persona. Más aún, en muchas ocasiones están muy disociadas.

La "autoridad", para el joven, se basa en el prestigio, el aprecio, el desinterés personal, y la dedicación a él. Y esa autoridad no se hereda,

ni se adquiere por un acto de paternidad, ni se recibe junto con una investidura, aunque sea democrática y popular.

No tienen autoridad para el joven automáticamente los padres, por el mero hecho de haberlo procreado, tal vez contra su voluntad. El joven exige más a sus padres. Les exige, y con razón, dedicación a él, desinterés. Y en muchos casos no lo encuentran en sus padres, para quienes el hijo es una carga insoportable, de la que se quieren desentender, para dedicarse a sus negocios, o a su vida social. No pueden tener "autoridad" para con sus hijos, si no viven conforme a lo que a éstos les exigen, si no practican los principios que quieren inculcarles, si ellos mismos no se someten a las AUTORIDADES que están sobre ellos.

Tampoco tienen "autoridad" para los jóvenes las otras autoridades, sociales o políticas, si no ven en ellas ese desinterés personal, esa dedicación total e íntegra a sus funciones sociales, esa entrega al servicio de la sociedad —de toda la sociedad—, aun con detrimento y sacrificio de su lucro personal.

Seamos sinceros, y tengamos el valor de aceptar la realidad como es, sin la cobardía de echar la culpa a los demás, dejando de ver nuestros defectos. Ante estas consideraciones, podemos decir que la "autoridad" no está en crisis. ¿Estará en crisis la AUTORIDAD? ¿O será la sociedad la que está en crisis? Y si es la AUTORIDAD la que está en crisis, ¿de quién será la culpa? ¿De los jóvenes?

LA RESPONSABILIDAD DE SER PADRES

El ser padre, o madre, en el hombre, es totalmente distinto de los demás seres vivos. Es un hecho de una trascendencia tal, que compromete existencialmente la historia de una serie de individuos, cuya vida estará condicionada a ese hecho.

El hombre es un ser vivo. Pero entre los seres vivos, es el hombre el más incapaz de todos en valerse por sí mismo; el más débil en su nacimiento y en su infancia. El hombre, además, es un ser social, y como tal, hay que prepararlo para integrarse en la sociedad. El hombre es un ser espiritual, y hay que engendrarlo también al espíritu, y entroncarlo a esa sociedad espiritual a que ha de pertenecer, como miembro vivo. El ser padre, o madre, no se reduce a engendrar un hijo. Ese acto es, quizás, el menos importante. Ni se concluye con la gestación o el nacimiento. Ni con darle un nombre y alimentarlo. El ser padre es traerlo al mundo, darle un nombre, y hacerlo crecer en su cuerpo, en su sociabilidad y en su espíritu, hasta que esté preparado para integrarse debidamente en la sociedad, como elemento activo, aportador positivo, capaz de valerse por sí mismo en todos los aspectos de la actividad humana.

La paternidad y maternidad humanas tienen que ser eso: "humanas". Y como todo acto humano, ha de ser consciente, responsable, y libre. El acto de engendrar a un nuevo ser, entre los hombres, tiene que ser esencialmente distinto que entre los demás seres vivos. No se puede reducir a la expresión del atractivo instintivo entre los sexos, ni siquiera a la expresión de un verdadero amor, y nada más. El acto de engendrar a un ser humano tiene que ser un acto consciente de las consecuencias que encierra, y responsable de las obligaciones que trae consigo. Sólo así se puede realizar un acto verdaderamente humano. Sólo así se puede engendrar a un hombre.

¿Están preparados nuestros jóvenes, al dirigirse al matrimonio, para una paternidad y maternidad humanas? ¿Han alcanzado la madurez suficiente para tomar sobre sí la responsabilidad de ser padres y madres?

En estos días el Movimiento Familiar Cristiano ha tenido en la ciudad de San Miguel un encuentro bajo el sugestivo tema: "Hijos sin padres". ¿Quiénes son los hijos sin padres? Hijos sin padres son, sí, los hijos no reconocidos, los hijos ilegítimos, los hijos abandonados. Hijos sin padres son los hijos a quienes sus padres no les proporcionan el alimento para crecer y desarrollar su cuerpo. Pero también son hijos sin padres aquellos a quienes sus padres no los alimentan y forman como miembros de un cuerpo social, capaces de integrarse en la complicada sociedad en que vivimos. Hijos sin padres son aquellos a quienes sus padres les confían a otros para que los críen, o se los eduquen, porque ellos no tienen tiempo, porque ellos están muy ocupados, porque a ellos les molestan, porque interfieren en sus actividades, en sus trabajos, en sus compromisos, aunque sean muy altruistas y aun aparentemente muy espirituales. Hijos sin padres son aquellos a quienes sus padres no los generan en el espíritu, despreocupándose de su formación como seres espirituales, hijos de Dios, o entregándolos a otros para que se los formen, creyendo desgravada así su responsabilidad ante Dios. Hijos sin padres son, en fin, aquellos a quienes sus padres, dándoles todo, les privan de lo esencial: el cariño.

En un país muy desarrollado de Europa, había una Casa Cuna con todos los adelantos modernos de higiene y medicina. A los niños se les daba lo mejor, y se prevenía asépticamente todo peligro. Pero ningún niño sobrevivía los dos años. No se encontraba la causa. Uno de los niños sobrevivió, y se investigó exhaustivamente el caso. Una enfermera le sonreía de vez en cuando. A los demás nadie les sonreía. El cariño es más necesario al niño que el alimento y la higiene.

PADRES

Así titula el Dr. Antonio Sabater Tomás un párrafo del epílogo a la primera parte de su libro "Gamberros, Homosexuales, Vagos y Maleantes", anteriormente citado. Después de hacer un estudio exhaustivo de esos inadaptados sociales, de sus orígenes, causas, actuaciones y consecuencias, en el epílogo de la primera parte expone algunos remedios para solucionar el problema creciente de tales individuos en la sociedad actual:

"Para prevenir los trastornos en la conducta de los hijos, los padres deben observar la conducta educativa que seguidamente vamos a examinar.

Para educar bien a un niño es preciso comprenderle y conocerlo bien, y en el caso de observarle trastornos psicológicos hay que recurrir al médico para hacerlos desaparecer o al menos atenuarlos de manera sensible.

"Padres que disputáis, que os mostráis en desacuerdo en relación con vuestro hijo o hija en su presencia, padres demasiado duros o demasiados débiles: ¡Temed por su porvenir!"

(Henri Joubrel: "Jeunesse en danger").

Es preciso apartarlos tanto de toda actitud tiesa y rebelde, como de aquella otra de absoluta tolerancia y libertad. Un justo equilibrio se puede encontrar. Lo que necesitan los niños es una dirección firme, porque desprecian la debilidad, porque aspiran a la fortaleza, templada con mucho afecto, una "severa dulzura", como decía Montaigne. El niño admite los reproches, tolera las sanciones, no rechaza la autoridad de los padres, pero reclama como un derecho el amor de los mismos.

Desea que se ocupen de él aun llegado el momento de independizarse. La indiferencia la interpreta como abandono, un desinterés; por ello, la mayor parte de los actos censurables tiene su raíz en una privación de amor; es para compensar este amor que cometen aquellos actos.

Hay que procurar ganar su amistad y ser sus confidentes, procurando para ello no sentir la impresión de que un mundo nos separa. Así, de forma amical será posible corregir los defectos de una mala película o lectura, un mal espectáculo o una peligrosa compañía.

No obstante, no hay que confundir esta postura con la "camaradería entre padres e hijos", principio de la llamada moderna escuela educativa, que tan funestos resultados ha producido, especialmente en los Estados Unidos. Porque, como escribe el especialista Paul Gobin,

"el equilibrio de la sociedad humana exige que los padres no dimitan de su función tutelar. Pero deberán ejercer su papel dignamente. Este papel no puede ser el de tiranos, pero tampoco el de camaradas".

Evitar ridiculizar o burlarse de las autoridades, de los profesores, de los políticos, porque todos ellos simbolizan una jerarquía y autoridad.

No les demos demasiado dinero, hagámosles aprender su valor y lo que cuesta ganarlo. Apliquémonos para simpatizar con ellos viendo sus cualidades, tanto como sus defectos. Sepamos reconocerles su realismo, sana franqueza, su interés por los problemas sociales y su honradez, que resulta extraordinariamente sorprendente en este mundo de pequeñas y grandes mentiras de los adultos. (Wolf Middendorf: "Sociología del delito". Este autor explica, además, que se dice que la generación actual muestra una inclinación al ascetismo y que están dispuestos a desempeñar las tareas auténticas que se les confían. Con esta opinión concuerda el informe del Ejército Federal Alemán sobre los soldados jóvenes, que han resultado ser dóciles más allá de lo que se esperaba de ellos, y no sólo no se quejan del servicio demasiado duro, sino que desean incluso una plena oposición física o siquica. En la zona oriental la disposición para la acción de la juventud se encauza en las organizaciones políticas).

Orientemos sus tendencias infantiles insatisfechas, en visiones concretas y tendencias activas. Formemos su carácter, para hacerles adquirir la madurez afectiva necesaria, y suavicemos sus conflictos, procurándoles un medio seguro de inserción social válida y duradera". Por último, se impone la necesidad de procurar que recobren la confianza con ellos mismos y en la vida, dándoles conciencia de su propio valor y de su responsabilidad".

Hasta aquí el Dr. Sabater.

¡HOGAR! ¡DULCE HOGAR!

¡Qué frase más bella! Frase poética, pues traduce un sentido humano de felicidad, de recuerdos, de remembranzas, de experiencias imborrables, insustituibles. En el hombre significa el sentido de su vida, de su trabajo y sudores. Vuelve al hogar, por el que suspira, en busca del descanso, de

la unión, de la comprensión, del amor, de la vida. En la mujer significa la ilusión de tener la realización de su ser: allí ella crea el ambiente, inspira, reina; y recibe apoyo, fortaleza, cariño. En boca del joven, del niño, encierra un vivo contenido, ya que en el hogar es donde verdaderamente encuentra calor, amor, dulzura, desarrolla su personalidad sin hostilidades, sin complejos; vence su timidez innata; recibe una orientación definitiva para su vida.

Pero es una frase que parece de otros tiempos. Nos suena ya a antigua, a imposible. Nos parece una frase poética, y nada más.

¿Cuántos hombres, cuántas mujeres, cuántos jóvenes y niños pueden pronunciar hoy con sinceridad esta frase? ¿Cuántos verdaderamente suspiran por volver al hogar? ¿Cuántos encuentran en él un sentido a su vida, una realización de su persona, un complemento de su trabajo, una satisfacción de sus aspiraciones, una plenitud de felicidad?

¡Son tantos los factores que la sociedad actual ha acumulado contra la felicidad del hogar! La miseria en que viven muchas familias impide el que tengan un verdadero hogar, una casa en donde puedan estar a gusto. En un rancho la mujer no puede sentirse reina. En un rancho los muchachos no pueden encontrar alegría, bienestar, calor; y saldrán a la calle, a la luz, a buscar amistad, diversión, satisfacciones. Por un rancho no puede sentir ilusión un hombre a la vuelta de su trabajo duro, para encontrar a su mujer enojada, a sus hijos pidiendo lo que no les puede dar; para encontrar suciedad y problemas. Y saldrá a sitios de diversión o de vicio, para consumir lo poco que tiene.

Sin embargo, no es sólo la miseria lo que destruye el hogar. No por tener una casa cómoda, e incluso lujosa, limpia y arreglada, hay calor en ella, comprensión, ilusión; un hogar. Puede estar todo en orden, limpio, elegante, pero frío. Es que falta comprensión, unión, amor. Y ni el hombre suspira por el hogar, ni la mujer se siente reina, ni los hijos en su casa. Para todos es un hotel. Tal vez peor. Todos huyen del hogar, pues el ambiente es irrespirable. Hay odios, resentimientos, discusiones, incompreensión. Se ha destruido el hogar. Todos huyen. Todos buscan en otros sitios lo que no encuentran en su casa. ¿Cuál ha sido la causa? El egoísmo, que mata el amor, y sólo se busca a sí. O la inmadurez: tomaron muy a la ligera el matrimonio, no estaban preparados para él, no se conocían. Y cuando surgieron los problemas, no estaban preparados para superarlos en el sacrificio y en el amor. Y surgió un abismo, que en vez de irse zanjando, se va abriendo más a medida que pasan los años y se anquilosan las personalidades.

Las estadísticas en todos los países nos dan como resultado que el mayor suministrador de delincuentes y de enfermos mentales es el hogar miserable, o el destruido. En los dos se desarrolla desequilibradamente la personalidad del niño. En los dos se destruye su sicología en el momento de formarse. Y la consecuencia es el aumento de vigilancia policial, de reformatorios y cárceles, de siquiátras y hospitales mentales.

Si queremos verdaderamente remediar la sociedad, construir un mundo mejor. El remedio tiene que ser profundo. Hay que robustecer la familia. Volver a hacer actual la frase: ¡Hogar! ¡Dulce hogar! Todas las fuerzas tienen que unirse: Estado, escuela, familia, Iglesia, para salvar a la familia.

CAPITULO SEXTO: LA EDUCACION

“La concepción problematizadora de la educación, por el contrario, al plantear el hombre-mundo como problema, exige una postura permanente reflexiva del educando. Este ya no es una vasija que va siendo llenada, sino que es un cuerpo consciente, que desafiado responde al desafío. En cada situación problemática que se le plantea, su conciencia intencionada va captando las parcialidades de la problemática total, que van siendo percibidas como unidades en interacción por el acto reflexivo de su conciencia, que se va criticizando”.

(Paulo Freire: “Ensayos escogidos”)

A mi parecer, es ésta la parte práctica más interesante del presente libro. Una vez puestas las bases generales de la educación, y analizada la juventud y su problemática actual. Con los objetivos claros de todo proceso educativo, voy a presentar una serie de puntos claves para toda pedagogía, que trate de formar hombres.

¿ES MAS DIFICIL EDUCAR HOY?

Es una frase que se oye a diario, y a todo el mundo. Los tiempos actuales son más difíciles para educar, que los tiempos pasados. A los padres de hoy les cuesta más educar, que a nuestros padres. Y la dificultad no está en la preparación inferior de los padres, sino en los tiempos que vivimos, en la juventud actual.

¿Será un tópico usado? ¿Será la versión del sentimiento de que todo tiempo pasado fue mejor? ¿O es una realidad?

En el colegio Externado de San José, de San Salvador, hace unos meses que se pasaron unas encuestas anónimas a los padres de familia de los alumnos. La primera pregunta del cuestionario era: “¿Opina usted que los tiempos de ahora son más difíciles para educar a los hijos, que los tiempos en que le educaron a usted?” El resultado de la encuesta fue que el 67% de los papás opinaban que sí, y el 73% de las mamás igualmente creían que, en efecto, los tiempos actuales son más difíciles que los anteriores, para educar a los hijos. La respuesta afirmativa en ambos miembros educadores en el hogar, y en una gran mayoría, nos hace pensar que no sólo es esa la opinión general, sino que está de acuerdo con la realidad que vivimos.

Sin embargo, mi opinión es la contraria. No creo que los tiempos actuales sean más difíciles para educar. Simplemente creo que la situación es distinta. Y al serlo, la comparación es muy problemática de hacer. ¿Nos educaban verdaderamente nuestros padres? Sí, ciertamente, pero en otras circunstancias, para otras situaciones, en otro ambiente; sin crítica, quizás, de nuestra parte; con una aceptación sumisa de sus principios, y de lo que nos decían. Hoy la situación es muy otra. Para nuestros padres no existía el problema, al menos de un modo tan consciente. Hoy se conoce el problema en toda su agudeza. Se habla de él, se escribe, se discute. Pero el hecho de conocer el problema más a fondo, de vivirlo con más intensidad y complejidad, de ser más conscientes de él, no implica

necesariamente el hecho de que sea mayor, más agudo. Todo lo contrario. A mi modo de ver, por el hecho de conocerlo mejor, estamos más preparados para afrontarlo en su complejidad. En cierto modo ya está resuelto en parte.

Hay que partir del hecho de que toda educación es difícil. Y lo ha sido en tiempos de nuestros padres, de nuestros abuelos, y de los suyos. Lo es hoy, y lo seguirá siendo siempre. Es difícil, y la obra más difícil, porque se trata de preparar hombres para la vida. Es difícil porque se trata con personas humanas, que tienen entendimiento, capacidad de reflexión y de crítica —que hay que estimular y dirigir—, voluntad y libertad. Es difícil porque el educador, a pesar de que está más capacitado por su formación y su experiencia, siempre será un inadaptado, por más que se esfuerce en no serlo. El ha sido educado en otros tiempos, con otros principios. Necesariamente tiene que estar desfasado respecto a sus educandos, por más que pretenda ponerse al día. Sus intereses son distintos, sus apreciaciones, otras, otros son también sus valores. Educar es difícil, y seguirá siéndolo. El que no lo crea, que lo intente. La película "Luz de esperanzas" nos da mucha luz sobre ello. Es la tarea más difícil, la más ingrata. Pero también la más noble y la más consoladora.

Fue difícil, pues, a nuestros padres y educadores su misión; y lo es hoy. Pero nuestros padres no eran tan conscientes de la dificultad. Educaban a su aire, sin mayor problemática. Hoy parece que el problema es mayor, que la dificultad se ha agigantado, por el hecho de conocerlo más a fondo. Pero nuestros padres no disponían de la eficaz colaboración de que disponemos hoy. En sus tiempos no se hablaba tanto del problema, no tenían la ayuda de tantos libros sobre educación, de tantos trabajos y especializaciones de pedagogía y psicología, de institutos pedagógicos, de la ayuda de los psicólogos. Hoy disponemos de todo ello. Los educadores están hoy mejor preparados que en otros tiempos. La ayuda es mucho mayor. A pesar de todo, ¿es más difícil educar hoy? Yo no lo creo.

¿CUANTO TIEMPO DEDICAN LOS PADRES A SUS HIJOS?

La segunda pregunta de la misma encuesta entre los padres de familia decía: "¿Dedican los padres de hoy, en general, menos tiempo a sus hijos que los padres de tiempos anteriores?". Respondieron afirmativamente el 66.9% de los papás, y el 68.5% de las mamás. Si estudiamos los porcentajes de las respuestas, vemos que un mayor tanto por ciento de mamás responden afirmativamente en ambas preguntas. Es decir, las mamás son más conscientes de que es mayor la dificultad de educar ahora, y de que se dedica menos tiempo a los hijos. Y lo son en mayor grado que sus maridos.

Si estos datos se ajustan a la realidad, el fenómeno es alarmante. Los padres opinan en gran mayoría que los tiempos actuales son más difíciles para educar. Y reconocen que les dedican menos tiempo a sus hijos. Los educadores natos son los padres. A ellos les compete el deber y el derecho de la educación de los hijos. Y educar no es sólo instruir, sino principalmente convivir, influir en el educando, formarlo, desarrollar su personalidad y sus cualidades, aconsejar, sí, pero, sobre todo, preceder con el ejemplo. Y para esto hace falta tiempo, convivencia, dedicarse, darse. Si los padres de familia juzgan que los tiempos actuales son más difíciles para educar, la consecuencia lógica es que habrá que dedicar más tiempo a los hijos, a formarlos, a influir en ellos. No, la contraria. Implícitamente están reconociendo los padres de familia que están fallando en su misión fundamental: la de educar a sus hijos. Y esa falla se re-

fleja inevitablemente en la juventud actual, y en la niñez. Si la juventud actual está desorientada, si la juventud actual no sabe lo que quiere, si a la juventud actual no se la entiende, si se dan fenómenos como los de los "hippies", ya vemos cuál es la causa. Los padres de hoy no educan a sus hijos como conviene. Es más difícil educar hoy, pero se les dedica menos tiempo. Y de seguir así el proceso, el problema se volverá más agudo cada día. ¿Habrá que culpar a la juventud? Los padres de familia se han confesado públicamente culpables, aunque quizás les falte arrepentimiento y propósito de enmienda. Pero ya es positivo el caer en la cuenta del problema y de su origen. El dar el segundo paso, el poner el remedio, es relativamente fácil, una vez que se conoce la verdadera raíz, y se tiene buena voluntad.

Con todo, vuelvo a no estar de acuerdo completamente con esos datos. ¿Realmente dedican los padres de hoy menos tiempo a sus hijos que los padres de ayer? Reflexionemos un poco más profundamente sobre la pregunta. Es cierto que los padres de ayer "estaban" más tiempo con sus hijos. Pero ¿significaba eso el dedicarles más tiempo? Antiguamente las costumbres eran muy distintas, las diversiones menores, las salidas de casa más raras. La familia estaba más unida. El ejemplo de los padres era más patente y actuante. Pero ¿se dedicaban más a educar a sus hijos? Hoy se habla más de esos temas, se tiene mayor preocupación, se discute más, se lee más, se instruye más. Y todo esto es dedicar tiempo a los hijos, aunque sea indirectamente. Y al estar más preparados, el tiempo que se les dedique, aunque sea menor, se aprovecha más para educarlos, con más rendimiento, con más preparación. Sin embargo ¿es suficiente todavía el tiempo y la preparación que se tiene para educar a los hijos? Cada padre debe examinarse, pues esa es su misión principal.

¿DONDE ESTA REALMENTE LA DIFICULTAD DE EDUCAR?

Es cuestión debatible si los tiempos actuales son más o menos difíciles para educar, y si los padres de ahora dedican más o menos tiempo a los hijos. Estos factores lo único que hacen es agravar o aliviar el problema. Pero ¿dónde reside el problema, en realidad?

Podemos actualmente tener mayores conocimientos de la dificultad que encierra la educación. Podemos actualmente prepararnos e interesarnos más, podemos estar más capacitados. Pero la dificultad está en pie. A pesar de todos nuestros esfuerzos por prepararnos, por conocer y comprender a los jóvenes y sus problemas, nunca los viviremos personal y existencialmente, seremos exteriores a ellos, estaremos alejados de ellos, vivimos otro mundo. Podemos acercarnos a ellos, pero nunca seremos ellos. Los viviremos de otro modo, más extrínseco, artificial. La vida no regresa, sino que avanza, y el pasado es parte de nuestro presente, pero superado. Ahí, creo yo, está el problema. Vivimos dos mundos distintos.

Este hecho tiene sus ventajas y sus desventajas. Es necesario estar en otro mundo, estar más adelante, para poder educar, para poder ayudar, para poder indicar el camino. La experiencia es necesaria de todo punto. Si todos viviéramos los mismos problemas, el mismo mundo, no nos podríamos ayudar, no podríamos dirigir y orientar. El camino recorrido previamente, las dificultades, más o menos las mismas, ya superadas, son la mejor escuela para educar. Los jóvenes buscan esa guía, esa experiencia, esa orientación, que necesitan, y que ellos no tienen. Pero ahí mismo radica la dificultad, pues estamos desfasados, no sintonizamos perfectamente, por más que lo intentemos.

El problema lo expone muy bien el eminente siquiatra español Juan José López Ibor en su libro "Rebeldes", anteriormente citado. "La juventud actual, —dice— no cree en el futuro. Su radical desconfianza la lleva a anhelarlo todo. No existe para ella "cada cosa a su tiempo". Su desconfianza en el futuro es un trasunto de su desconfianza en las generaciones que le han precedido, porque no han sabido organizar un mundo satisfactorio. Los jóvenes no se paran, ni un momento, a pensar si tal organización es posible. Claro es, que las generaciones que les preceden, apenas si lo hacen tampoco. Embaladas en la tesis de que el correr histórico es un avance hacia la felicidad, apenas da lugar a pensar, aun cuando lo sientan en sus entrañas, que la vida del hombre tiene sus limitaciones".

"Todo y ahora", con carácter exigitivo: he aquí el lema de la juventud actual. No se trata de formulaciones teóricas, sino de realidades cotidianas. Las relaciones entre los padres y los hijos están envenenadas por esa diferencia de planos. Un amigo mío me señalaba la preocupación —la tragedia de su generación— en estos términos: nos educamos en un momento en que la autoridad de los padres no tenía límites, y ahora tratamos de educar a unos hijos cuya rebeldía tampoco los tiene".

"Una juventud que desconfía del futuro, que todo lo quiere en el tiempo presente ¿es una juventud sana? Apenas me atrevería a contestar esta pregunta. Vivir la vida con demasiada prisa es una compensación, o una reacción, frente a tantas generaciones que la han vivido demasiado vegetalmente. Pero también es un modo deformado de vivirla".

He aquí el problema, expuesto magistralmente. Estos dos planos entre las generaciones. Ahí está la dificultad. Es necesario que haya esos dos planos, como vimos antes, pero es el mayor escollo. La solución estará en acercarse lo más posible a los jóvenes, para comprenderlos y vivir su vida, y darles el testimonio de una clara autenticidad, de una correspondencia sincera e íntegra entre los principios y la conducta.

OBJETIVOS DE LA EDUCACION: I LIBERTAD

No se me puede olvidar una vivencia que tuve hace tres años en un pueblo del Tirolo. Dos niños de una familia campesina estaban jugando. El más pequeño era como de unos dos años. Me acerqué a ellos y comencé a hacerle al tierno algunas preguntas, de esas que siempre se hacen en tales circunstancias. Me sorprendió que siempre me contestaba "sí". Le hice algunas preguntas contradictorias, u opuestas, y él, indefectiblemente, me respondía "sí". Ante mi extrañeza, su hermanita mayor, como de unos 6 años, me dice: es que todavía no ha aprendido a decir "no". En alemán es mucho más fácil aprender la palabra "sí" (ja), que la palabra "no" (nein).

Para el filósofo alemán Marx Scheler, "el hombre es el ser capaz de decir "no" a las reclamaciones de sus instintos". Y comenta López Ibor ("Rebeldes"): "El decir "no" supone una distancia del mundo y, por tanto, ser capaz de tener una relación objetiva con él. En una palabra: toda frustración es constructiva".

En el hombre, lo primero que despiertan son los instintos. Igual que el animal o la planta, es guiado por sus instintos, que son necesarios en los primeros pasos de su existencia, para consolidarla. Aún no tiene uso de razón. Aún no ejerce su libertad. Es esclavo de los instintos. No puede decirles "no". Esta etapa está muy bien reflejada en la escena descrita arriba. El niño no ha aprendido aún a decir "no". Y sólo no ha

aprendido a decirlo de palabra, porque la expresión sea más difícil que la afirmativa, como en el caso de la lengua alemana. No ha aprendido a decir "no" existencialmente, a decir "no" a las reclamaciones de sus instintos. El niño se guía exclusivamente por ellos, y no les niega nada. No es capaz de renuncia, de sacrificio, de elección libre. Aún no posee el uso de la razón. Está, podríamos decir, en una etapa animal. Y si algunas veces no los sigue, no será por propio convencimiento, por propio ejercicio de su libertad, por un ideal, sino que será fruto de un hábito creado en él instintivamente —como en los demás animales—, en virtud de un estímulo, un premio, un castigo, o una amenaza.

Con el despertar de la conciencia, al alborear el uso de la razón, el niño va tomando posición consciente en el mundo, comienza a reflexionar, a dejar de ser un autómatas, para comenzar a ser libre. Entonces es cuando empieza a crear su mundo interior, a formar sus ideas, a jerarquizar los valores, a tomar posiciones respecto al bien y al mal, a lo conveniente y a lo perjudicial. Y al estructurar su vida, al tomar conciencia de sí y del mundo, es cuando surge la posibilidad de elección, la libertad, la posibilidad de decir "no". Aquí es cuando la libertad se inicia, no culmina, ni se desarrolla de una vez por completo.

En este momento empieza propiamente la educación, la educación de la libertad. No se puede dejar al niño solo. Hay que ayudarlo a desarrollarse internamente. Hay que ayudarlo a realizarse, a ser hombre. Y esa educación dura toda una vida. El hombre siempre se está educando. Siempre se está desarrollando. Siempre está en camino, en "devenir". Y más en su realidad más íntima: su libertad. El hombre siempre se está haciendo hombre, y no llega a serlo perfectamente ni en su muerte.

Hay que ayudarlo a educar su libertad. Hay que ayudarlo a ver el valor de sus instintos, pero también ayudarlo a ver otros valores, iguales, y aun mayores, a veces. Hay que enseñarle el valor de la renuncia, por motivos más altos, por sí mismo. Hay que enseñarle, en una palabra, a decir "no" a las reclamaciones de sus instintos. Para que así sea verdaderamente hombre, verdaderamente libre. Para que al elegir, incluso a favor de sus instintos, no sea guiado ciegamente, sino consciente y voluntariamente, con libertad, como hombre.

Esa libertad será hacia el mundo, hacia el exterior, hacia las diversas posibilidades. Pero la raíz está en su interior, en su libertad interior. López Ibor, comentando el drama de Ionesco "El sacrificio del rinoceronte", escribe:

"La libertad interior, la que necesita para mantener indemne frente a la inferior, por el virus que amenaza en convertirlo en rinoceronte, se inicia en el sacrificio. Tiene que decir, el hombre, que "no" a sí mismo, a aquellos impulsos primarios del ser que necesitan ser canalizados para que pueda florecer la libertad personal. En las aguas cenagosas de los instintos, la libertad no florece. No hay que huir de la libertad, sino enfrentarse con ella. Y la forma primaria de la libertad es la que se tiene frente a sí mismo". ("Rebeldes").

II SER SOCIAL

El hombre es un ser libre, y hay que educarlo para la libertad. Pero el hombre es también un ser social, y hay que educarlo en esa dimensión, para que sea cabal en todo su ser. No podemos educar sólo la libertad, ni sólo la sociabilidad. Haríamos un monstruo, no un hombre.

El hombre es un ser social. Nace en una sociedad: la familia, la sociedad, la Patria. Se desarrolla en esas mismas sociedades, como miembro vivo de ellas. Se tiene que preparar para integrarse totalmente a ellas como miembro activo, aportador de nuevos valores, y poder formar nuevas sociedades.

El hombre es un ser social, pues su actividad es social. Podemos recordar a este propósito lo que decía el profesor R. Dillemans, de Lovaina, en un congreso mundial en Maguncia el año 1961:

“La dimensión social es esencial al trabajo. El trabajo consiste esencialmente en un poner a disposición de, en una puesta a la disposición de la comunidad. No pretendo idealizar. Trato simplemente de comprender lo que hace el profesor, el obrero manual o agricultor, el artista. Se trata siempre de una existencia para los otros, de una relación muy determinada con los otros. El trabajo de una ama de casa consiste sencillamente en poner a disposición de la familia todos sus servicios, es decir, todo el confort que necesitan. Se puede trabajar a gusto o a disgusto. Todos los días no son los mismos. Propiamente esto no altera para nada lo que realiza en la comunidad el resultado de nuestro trabajo. Se puede trabajar por diferentes fines; bien por sacrificarse conscientemente y voluntariamente por el bien de los demás; bien por sólo deseo de acumular riquezas, . . . Siempre el resultado propio de un trabajo es un servicio, un producto que servirá para satisfacer necesidades de la comunidad”. (“Aproximación cristiana al trabajo universitario”, por Luis Maldonado, Ed. Taurus).

El hombre es un ser social, en su ser, y en su hacer. No se puede prescindir de este aspecto, ni en la vida, ni en la educación. Más aún, hay que educar para ello.

Si hacemos tanto hincapié en la libertad, según el lema liberal “laisser faire, laisser passer”, que descuidamos la dimensión social del hombre, estamos atrofiando algo que es esencial al hombre: su aspecto social. Estamos matando al hombre. No estamos formando, educando, desarrollando al hombre en su cabalidad. Estamos creando un monstruo.

Si hacemos tanto hincapié en la dimensión social, según la tesis marxista “el hombre es para la sociedad”, estamos atrofiando una parte esencial del hombre: su libertad, su autonomía, su primacía sobre la sociedad subsidiaria. Estamos formando un monstruo.

En el mundo en que vivimos, en la filosofía, política y economía occidentales, se valoriza la libertad humana. Se educa esa libertad. Si no queremos crear monstruos, tenemos que educar también la dimensión social del hombre. De lo contrario, automáticamente, por esa inevitable dialéctica, la tesis de una libertad como supremo valor, crea necesariamente una antítesis: lo social como valor supremo. La afirmación de sí mismo, exagerada, crea por su propio impulso la negación de sí mismo. Echemos una mirada, si no, a la historia y su dialéctica. Del mismo modo que el Capitalismo Liberal engendra el anticapitalismo: el Socialismo, como antítesis. Pero la dialéctica no es completa. Pues tesis y antítesis no se funden, para fecundarse y procrear una nueva tesis, más rica, nacida de las dos, pero distinta. La sociedad sin clases es una utopía irrealizable. El único resultado es la lucha de clases, el antagonismo entre tesis y antítesis, para triunfar en unos sitios la tesis, y en otros la antítesis; en unos sitios la dictadura del capital, y en otros la dictadura del proletariado, o del Estado. Pero siempre dictadura. Siempre sale perdiendo el hombre, el individuo y, en último término, su libertad.

Si queremos educar hombres, no monstruos, tenemos que hallar el equilibrio entre esas dos dimensiones del hombre: su libertad y su realidad social. Tenemos que despertar en él su libertad, pero también su conciencia de ser social, y sus obligaciones como tal, respecto a los demás hombres, iguales en dignidad y derechos que él, y respecto a la sociedad a la que pertenece.

III REFLEXION

Otra cualidad que hay que despertar en el educando es la capacidad de reflexión. El conocimiento del hombre no se diferencia del del animal en que conoce. El animal también conoce. Se diferencia en que el hombre, a diferencia del animal, conoce reflejamente. El hombre reflexiona sobre su conocimiento, y sobre su vida. El animal, no. El animal conoce, pero sin saber que conoce. No reflexiona, por eso no puede producir juicios, ni de inducción, ni deductivos. Por eso no avanza. Por eso el animal no ha progresado, y vive su vida igual que hace millones de años. Por eso no ha podido inventar ni el lenguaje, ni la escritura. Y si adquiere algunos conocimientos superiores, al ser amaestrado, esos conocimientos no le capacitan para un progreso en el conocer, ni los puede transmitir a sus congéneres, ni a sus descendientes.

El niño, lo hemos visto, en su despertar a la vida, se asemeja al animal. Se guía por conocimientos directos, sin reflexión. Pero inmediatamente se ve la diferencia con el animal. Ya desde el principio tiene la capacidad de reflexión, aunque sea embrionaria. Ya desde el principio induce y deduce, progresa en el conocimiento. Tiene reflexión, aunque sea larvaria.

Al educar al niño, al tratar de hacerlo hombre, hay que despertar y educar en él su capacidad de reflexión, su maduración en el conocimiento, como hombre. Hay que enseñarle a reflexionar, a sacar conclusiones. A reflexionar sobre el mundo externo, y a reflexionar sobre sí mismo, sobre su mundo interno.

Pero la reflexión no se logra en el tráfago, movimiento y ruido, en la velocidad del mundo actual, en el estímulo de los instintos. La reflexión sólo es posible en el sosiego y la paz, en el silencio y la meditación, en el aislamiento del movimiento y del ruido, en el enfrentarse al mundo y a sí mismo. . . Desde fuera, para el mundo. Hacia dentro, para consigo. Hay que detenerse. Si queremos despertar en el hombre la capacidad de reflexión, tendremos que despertar en él el interés por la meditación, por el retiro, por el valor de enfrentarse a sí mismo consigo mismo.

Como muy bien dice López Ibor ("Rebeldes"):

"El hombre no puede vivir sin sombra ni silencio. De la misma manera que la salud física consiste en el silencio del cuerpo, la salud psicológica exige el silencio de lo que no puede decirse. Las zonas opacas son vitales en el hombre. El núcleo de la persona humana es puro, indescifrable, misterioso. Por eso dijo Nietzsche, a quien tan mal se ha entendido a veces: "Todo lo que es profundo ama la máscara". Es la única manera de acercarse a las profundidades del ser. El misterio de la persona exige, como todo misterio, el rito".

"No es aquella cotidianeidad, sino otra muy distinta, a la que aspira: aspira a una vida cotidiana que permita el recogimiento. Entonces el hombre puede descubrir de nuevo la vida interior que había dejado abandonada en el desván de su personalidad. La escuchará de nuevo, y su alma volverá a hablarle de su mundo. Si la sabe

escuchar, oír cerca los pasos de Dios. Porque así como toda crisis que se exterioriza trae aparejada la posibilidad de una catástrofe, toda crisis que se interioriza nos acerca a Dios. Sentirá entonces el canto del alma fascinada por el nuevo paisaje descubierto tras tanto dolor. El dolor de la lucha no habrá sido inútil, al contrario, fue una etapa necesaria”.

Es preciso que esto lo dijera un siquiatra, y de la altura de López Ibor. El hombre necesita recogerse para meditar, para reflexionar, para ser hombre, para ver con nuevos ojos, para avanzar, para descubrir los misterios del hombre y del mundo. Para eso tiene que luchar, tiene que sacrificarse. Pero el resultado justifica el esfuerzo. Enseñemos al hombre a reflexionar, a meditar, a enfrentarse consigo mismo, a ser verdaderamente hombre.

IV CONFIANZA

Si queremos definir una de las características más acuciantes del hombre actual, no lo podremos hacer mejor que López Ibor (“Rebeldes”):

“De nuevo el hombre se siente invadido por su angustia primaria y esencial, por el “terror antiquus”, como el que sintió Adán tras haber comido del árbol del bien y del mal. La vida humana ha aumentado su coeficiente de inseguridad, aunque el hombre luce, estadísticamente, por demostrar lo contrario. La medicina ha hecho grandes progresos, la vida humana se ha alargado en muchos años, pero jamás el hombre ha tenido tanto miedo a la enfermedad y a la muerte; porque el temor a la muerte es peor que la muerte misma”.

Es una realidad que hay que aceptar, la inseguridad del hombre actual, y su angustia, como la forma más real de su existencia, según lo sostienen los existencialistas. Esta inseguridad y esta angustia son fruto de nuestro tiempo, del estado actual de la humanidad, de sus mismos descubrimientos y avances, que a veces lo que logran es una mayor amenaza para la existencia humana. Y a pesar de los grandes avances y conquistas de las ciencias, de la medicina, la higiene y la técnica, el hombre se siente más amenazado que nunca en lo más vital de sí mismo. Por otro lado, la burocracia y estratificación de la sociedad moderna, nunca como ahora ha inhibido la personalidad y libertad humanas. La situación social, política y económica del mundo, y en especial la de algunos países no ayudan lo más mínimo a disipar esa inseguridad y angustia del hombre. Como si fuera poco, las filosofías modernas hacen hincapié, y como que se deleitan, en esa angustia y miseria existenciales humanas.

Pero esa angustia e inseguridad humanas, más que en lo externo, están anidadas en lo más profundo del ser humano. El hombre actual es consciente de su poder y de sus conquistas. El hombre actual es consciente de que domina a la naturaleza. Pero la tragedia del hombre actual, lo que le produce esa inseguridad y esa angustia vitales, es que el hombre no se domina a sí mismo, no es señor de sí, no es verdaderamente libre. Y este hecho es el que le hace tener nostalgia del paraíso. Este hecho es el que le hace sentir en sí, con toda su crudeza, esa inseguridad, y esa angustia existencial. Tiene vértigo ante el abismo que se le abre entre su “no-ser” y el “Ser”, su limitación y el Infinito, su nada y el Absoluto, su culpa y la Inocencia, su desdicha y la Felicidad. Y, una de dos: o se queda en su miseria, ahondando en la angustia que lo embota; o se lanza a dar el salto, hacia el Ignoto y el Absoluto.

No podemos dejar al hombre abandonado a su angustia mortal. El hombre tiene recursos casi infinitos, y puede superar toda crisis, por agu-

da que sea. Si queremos educar al hombre del mañana, al hombre que ha de salvar la crisis de la humanidad, y hacerle dar el paso hacia adelante, no nos podemos quedar anegados en la angustia, hay que salir de ella, para respirar, para superarla, para cambiar el mundo que produce esa angustia.

Hay que despertar en el hombre una sana confianza en sí mismo y en sus potencialidades. Pero una confianza objetiva, no utópica o idealista. Hay que hacer caer en la cuenta al hombre de su poder, de sus cualidades y recursos, pero también de sus limitaciones. Hay que hacerle comprender que es un ser, todo lo grande que es, pero creatura, limitado, finito. Y hay que hacerle comprender que no sólo es hombre, creatura, rey de la creación, sino también hijo de Dios, llamado a un destino superior. Pero si matamos esta aspiración del hombre, si le negamos a su Padre Dios, se encontrará consigo mismo nada más, con su miseria, frustrada en sus más altas aspiraciones, anegado en la angustia e inseguridad. (Recomiendo leer el libro de Hans Urs von Balthasar: "El cristianismo y la angustia", Ed. Guadarrama).

Si queremos superar la angustia e inseguridad del hombre, tenemos que despertar en él la confianza en sí mismo, pero haciéndole caer en la cuenta de sus limitaciones, y llenando ese vacío con la confianza en su Padre Dios.

V PASTOR DEL SER

El niño va descubriendo el mundo por medio de la contemplación y admiración del mismo, que lo lleva primero a la idea de utilidad, y luego a la verdadera ciencia, al conocimiento reflexivo.

"El conocimiento de las limitaciones y de la problematicidad de una idea del mundo, que es lo que en realidad confiere su verdadero impulso a toda tarea científica, es posible gracias a la afirmación implícita de un ser infinito que nosotros llamamos Dios. Toda imagen y explicación de la realidad, todo conocimiento que trata de ordenar y comprender la pluralidad de las cosas, se realiza gracias a que está pre-aprehendiendo lo que es por sí y en sí inaprehensible. La existencia y la presencia de Dios es algo previo a todo encuentro con la realidad. Ya lo estamos afirmando —nos demos cuenta o no— cuando partiendo de la admiración, comenzamos a plantearnos cuestiones y tratamos de hacer una ciencia para articular y dominar este mundo en que nos encontramos". (Karl Rahner: "¿Es la ciencia una confesión?").

Dice Luis Maldonado en su libro "Aproximación cristiana al trabajo universitario":

"El estudio es el conocimiento de la esencia de las cosas, de sus leyes invariables, de todo lo que hay de inmutable en la realidad. Es el momento en que el hombre se descubre no como señor absoluto de ella, sino como su guardián; no como dueño, sino como administrador y servidor, como "pastor del ser", según la expresión de Heidegger".

Al despertar la conciencia del niño, se le descubren dos realidades: él, y el mundo. El niño, guiado por su instinto de conservación y de dominio, tiende a dominar las cosas, el mundo, y a sí mismo. Hay que educarle en esos momentos. Hay que enseñarle a dominar el mundo, sí ("dominad la tierra"; Génesis, 1, 28), y también a dominarse a sí mismo. Pero

como señor, mejor dicho, como administrador, no como dueño absoluto, como dios. Hay que educarle para que sea verdaderamente "pastor del ser".

El poder embriaga, y es fácil que decline hacia la dictadura o la tiranía. El hombre, al tener poder sobre las creaturas, es fácil que decline hacia la egolatría, hacia la soberbia, a querer "ser como dioses". Es fácil dominar, es difícil ser "pastor".

Hemos de educar al hombre para que sea "pastor del ser". Karl Rahner sostiene que en el hombre hay una dualidad: persona y naturaleza. La persona es lo más íntimo del hombre, su "ego" más profundo, su "yo"; su libertad, a mi modo de ver. Además de su persona, al hombre se le dan una serie de cualidades, potencialidades, posibilidades, realidades y deficiencias. Todo este conjunto es lo que constituye su naturaleza. Toda la misión del hombre en su vida, respecto a sí mismo, es integrar estos dos elementos: persona-naturaleza: unificarlos. Es decir, la persona tiene que tomar la naturaleza que le ha sido dada, para, dominándola, sometiéndola, realizar su unificación existencial, y lograr la unión indisoluble del hombre, que decida totalmente de sí mismo, en todo, y de verdad libremente, hacia su destino. Esta unificación es obra de toda una vida, y que en la mayor parte de los hombres no se consigue en esta vida; y de ahí la necesidad de una etapa posterior de purificación, el purgatorio.

Pero aunque no se consiga total y perfectamente en este mundo, para la mayoría de los humanos, es sin embargo su destino, su razón de ser y su meta, a la que hay que aspirar, y por la que hay que luchar. Cuando se consiga, el hombre será verdaderamente "pastor del ser".

Hacia esa meta hay que tender. En ese sentido hay que educar. Tenemos que educar, que ayudar al hombre, para que llegue, por sí mismo, a ser "pastor de los seres", "pastor de su ser". En una palabra: "pastor del ser".

VI RESPONSABILIDAD

Si se me preguntara cuál es la meta última de la educación, su último objetivo, respondería, sin dudar, que la formación de la personalidad. Y si se me siguiera preguntando en qué hay que cifrar la personalidad, diría simplemente que en la responsabilidad. La conclusión es, para mí, clara. La responsabilidad es la cumbre, y presupone todo lo anterior, lo incluye necesariamente.

No puede haber responsabilidad si no hay libertad. Quien no es libre no es responsable de nada, ni del bien, ni del mal que hace, o que deje de hacer. No es acreedor de premio ni de castigo. Obra necesariamente, fatalísticamente. No es dueño ni responsable de sus actos. Estos, ni son buenos, ni son malos, aunque para otros puedan ser perjudiciales. Pero, de hecho, existe el mal, la malicia; y somos responsables de ella. Por tanto, existe la libertad.

Para que haya libertad verdadera tiene que haber, sí, posibilidad de elegir, variedad de opciones. Pero además es necesario que esas opciones, esas diversas posibilidades, sean buenas para uno, sean apetecibles. Hace falta que las amemos. Si solamente una de las opciones es buena, apetecible, no hay en realidad libertad, pues ésta, llevada por la voluntad, no puede apetecer lo que no ama. No tiene verdadera opción. Está condicionada, determinada, a una sola opción. No es libre. No es responsable.

Por su parte, la voluntad, para poder actuar, necesita ser iluminada por el entendimiento. No se ama lo que no se conoce. Y aunque la otra posibilidad sea también buena, apetecible, al no conocerla, no actúa sobre la voluntad, que, de hecho, no puede apetecerla. La voluntad está determinada, pues, a una sola apetencia, a un solo valor. Y entonces el hombre no es verdaderamente libre, ni responsable.

El acto humano, por consiguiente, para que sea verdaderamente humano, ha de ser responsable. Para que sea responsable, tiene que ser en verdad libre. Para que sea libre, tiene que darse una pluralidad de opciones buenas o apetecibles. Para que haya esa pluralidad de opciones, hay que conocerlas.

El proceso de la educación ha de ser el inverso. Para llegar a la meta hemos de ir ganando etapas, asentando bases. Lo primero es ilustrar el entendimiento, enriquecerlo con los más vastos conocimientos respecto a uno mismo, al mundo y a Dios, que son las tres realidades con las que se encuentra el hombre. Hay que darle a conocer esos tres elementos, hasta sus más ocultas profundidades, sus relaciones y sus consecuencias.

A la vez hay que llenar la segunda etapa: la de la voluntad. Hay que darle al hombre una verdadera escala de valores. Hay que hacerle apetecer y comprender otros valores, distintos, y superiores, a los de los instintos, para que amando otros valores, pueda realmente elegir entre ellos.

La tercera etapa, simultánea a las anteriores, es la de formar su libertad. Tenemos que ayudarlo a ser "pastor del ser", para que en función de su realidad como persona, de su realidad como hijos de Dios, y de su realidad como "pastor" y no señor absoluto de las otras creaturas, elija libremente, en visión a su realización como hombre.

Pero no basta con educar así el entendimiento, la voluntad y la libertad. Puede el hombre elegir entre diversas opciones apetecibles conocidas, y quedarse ahí, sin dar el siguiente paso. Sí será responsable por hecho de su elección y de sus consecuencias. Por lo tanto, tenemos que educarlo para que su elección sea completa, humana, responsable.

Por el hecho de elegir, el hombre es responsable, no sólo de ese acto, sino también de sus consecuencias, que le son imputables. Debe conocerlas y, o apetecerlas en sí mismas, o en función del acto apetecible a que van ligadas. Pero tiene que tener el valor y la hombría de aceptarlas conscientemente, y de responder por ellas.

ALGO QUE NO ENTIENDO

El hombre será tanto más hombre cuanto más se personalice, es decir, cuanto más avance en el conocimiento de sí mismo y de la realidad que le rodea por fuera y por dentro de sí mismo, cuanto mayor conciencia tome de sí y de sus obligaciones, cuanto más se autodetermine y se responsabilice. La sociedad será tanto más humana cuanto más humanos sean sus individuos, pues de ellos está compuesta. Por eso, todo progreso en la civilización, en la cultura, todo esfuerzo educativo, tanto del individuo como de la sociedad, tiene que dirigirse a una mayor personalización, a un mayor enriquecimiento de la persona en cuanto persona. Todo retroceso, todo paso dado hacia atrás, en la personalización, tiene que ser mirado como un fracaso, una falsa tentativa, algo que hay que evitar, remediar, curar. Y será obligación de los individuos y de la sociedad el hacerlo.

Hoy se está iniciando en nuestra sociedad uno de esos pasos hacia atrás en el proceso de personalización. Se está generalizando el uso de un medio desintegrante de la personalidad, inhibidor de la persona, de su conocimiento, de su voluntad, de su libertad. El consumo de drogas, en especial de la marihuana, se está extendiendo en forma increíble, más de lo que la gente sabe, y tal vez más de lo que sospecha. Ante este fenómeno, las personas conscientes y responsables, los organismos, la sociedad, se han organizado, para dar la voz de alarma, tomar precauciones, organizar campañas, tratar de impedir, o al menos, detener el mal. Y con toda razón, en cumplimiento de su misión personal y social.

Se habla, se escribe, se dictan conferencias, cursos, se sostienen debates, acerca de lo nocivo, pernicioso, fatal, desintegrador, despersonalizador, de las drogas. Perfecto. Y simultáneamente se está haciendo la mayor propaganda, y la mejor, de otro producto, que no es menos droga que las que se están poniendo de moda: del alcohol. Cada día va en aumento la cantidad y la calidad de la propaganda de las bebidas alcohólicas. Se exaltan sus poderes para enriquecer la personalidad, las relaciones sociales, el éxito, la influencia. Se la presenta como algo necesario para todo acontecimiento, para toda circunstancia. Los mejores anuncios, los más atractivos, los más artísticos y técnicos, son los de las bebidas alcohólicas. En los mismos sitios en que se ataca a las drogas, se anuncia el alcohol. En las mismas reuniones donde se está proscribiendo el uso de las drogas, muchas veces, la conversación, la polémica, se sostiene entre copas y vasos, en un nimbo de alcohol. ¡No lo entiendo! ¡Ni lo entienden los jóvenes!

El alcohol es una droga, despersonaliza, deshumaniza, inhibe el control de la inteligencia, de la voluntad, tergiversa los valores, priva de la libertad. ¡Es una droga! Si somos sinceros ¿por qué no la incluimos entre las otras drogas, y la combatimos juntamente? ¡No lo entiendo! ¡Ni lo entienden los jóvenes! Se ha dicho que ya es un mal inveterado, sin remedio. ¿Y nos vamos a quedar cruzados de brazos, por eso, sin intentar siquiera disminuirlo; y aceptar fatalísticamente nuestro triste destino? Se me ha dicho que el alcohol no es tan nocivo ni tan peligroso, pues en pequeñas cantidades no produce los efectos de cualquier otra droga, que aun en pequeñas dosis es alucinante. No creo que sea fundamental la cantidad, para diferenciar la naturaleza deshumanizadora de ambas. Pero ni tratemos de engañarnos, o de excusarnos, o de defendernos. En nuestra sociedad la realidad es que el alcohol se consume en la mayor parte de los casos en dosis elevadas, y en muchísimos —la mayoría, teniendo en cuenta la totalidad de la población— con la finalidad de alcanzar los mismos efectos enervantes de las otras drogas: hasta ponerse “en órbita”, hasta “hacer el viaje”. Con las mismas funestas consecuencias, o mayores, despersonalizadoras, disgregadoras de la sociedad, de la familia. Sólo que el alcohol desata tendencias más vehementes del subconsciente, incita a la violencia, a la pelea, al crimen, al atropello, al abandono del hogar, al maltrato de la esposa y de los hijos. Sociológicamente, una de las causas más importantes, si no la mayor, de la alta criminalidad, abandono del hogar, promiscuidad, irresponsabilidad paterna y en el trabajo, e incluso degeneración de la raza, o al menos estancamiento en su desarrollo y analfabetismo, está en el alcoholismo ya endémico.

¡Seamos sinceros! ¡Renunciemos a cualquier otro interés inconfesable que podamos tener, si queremos que la juventud nos crea, nos oiga, nos entienda!

LA LIBERTAD: ¿ELECCION O RENUNCIA?

La historia del hombre se puede calificar como la de la lucha por la libertad. Libertad del individuo, y libertad de los pueblos. Todo el

mundo, y desde siempre, lucha por su libertad. Esa lucha histórica se vio más acentuada por la Revolución Francesa, que señala un hito importante. Libertad de acción, libertad de expresión, libertad de prensa, libertad de conciencia, ...son otros tantos lemas vitales.

Y es que lo específico del hombre es la libertad, y no puede renunciar a ella, porque renunciaría a sí mismo, a su esencia de hombre. Es para él más esencial que la misma vida. Por eso estará dispuesto a sacrificar incluso la vida, por salvaguardar la libertad.

También el joven, en el amanecer de su conciencia, cae en la cuenta de su libertad, como el mayor bien que posee, trata de afirmarla, y lucha por conseguirla. Sin libertad no hay dignidad, ni como individuo, ni como pueblo. Prescindiendo de que la libertad está coartada por el hecho de que el hombre vive en sociedad, y de que todos los individuos tienen libertad, de modo que las libertades mutuamente se limitan en su ejercicio, para respetar la libertad de los demás; analicemos brevemente la esencia misma de la libertad.

La libertad es posibilidad de elección, sí, entre dos o más opciones que se nos ofrecen y nos atraen. Pero lo más importante de la libertad no es tener esa posibilidad remota de elegir, sino el ejercitarla, el elegir. Elegir no es sólo inclinarse por una de las dos opciones, sino lanzarse a ella. Y al elegir una, simultáneamente renunciamos a la otra, con todas sus posibilidades y consecuencias. La libertad consiste en elegir, y también, necesariamente, en renunciar; abrir un camino, pero cerrar otros; orientar y hacer nuestra vida en un sentido, pero dejando otras posibilidades, otras posibles vidas y orientaciones.

Formar a un hombre es formar su libertad. Educar a un hombre es educar su libertad: su capacidad de elegir, y su capacidad de renunciar. No podemos insistir sólo en un aspecto. Si insistimos en que el hombre debe esclarecer bien las diversas posibilidades y valores, para escoger la mejor, y con responsabilidad, es decir, aceptando todas sus consecuencias; no es menos importante el insistir en que al hacer la elección hay que renunciar a las otras posibilidades, con sus consecuencias y valores; y esto irremisiblemente. Creo que este aspecto se ha descuidado bastante en la exaltación de la libertad, e incluso en la educación de la misma.

Pueden ser consecuencia de ese descuido, u olvido, dos actitudes del hombre actual. Una es la del hombre que escoge la opción mejor, pero no quiere renunciar a las otras, sino que se esfuerza inútilmente por gozar a la vez de ellas también, y le lleva a una vivencia febril y agotadora del momento, privándose de la paz y felicidad que busca. La frustración inaceptada de la renuncia irreversible, le impide gozar plenamente de los valores de la elección que ha hecho. Otra actitud es la del hombre más consciente de la problemática de la libertad, y de la dualidad elección-renuncia. Mas como no se siente capaz de afrontar la realidad, o teme perder el goce de las otras opciones, prefiere no elegir. Y tampoco así halla paz ni felicidad, pues está matando o atrofiando su libertad, y con ella al hombre. No se encuentra a sí mismo, sino que se destruye. Pero además es una falacia, pues el no optar, el no elegir, es en sí mismo una opción, una elección.

No tiene el hombre otra salida que el elegir responsablemente, renunciando a un tiempo generosamente a las otras posibilidades y a los otros valores.

LA LIBERTAD. ¿UNA QUIMERA?

El clamor por la libertad no es cosa nueva, ni patrimonio de nadie. Probablemente el primer grito del hombre sobre la tierra fue un reclamo

de libertad e independencia, a veces desmedido e imposible. Ese fue radicalmente el problema de Adán. Desde aquel día el hombre hambrea libertad, en Egipto o en Roma, en Francia o en América, en Hungría o en Checoeslovaquia, en el Congo o en Rhodesia, en Biafra o en Vietnam, en París o en México, en Madrid o en Río de Janeiro.

¿Pro qué ese clamor instintivo y permanente? ¿Es que la libertad constituye un ideal utópico, inalcanzable? ¿Es que el hombre sueña con una quimera? ¿Es que el hombre anhela ser un dios? ¿Es que el hombre se siente frustrado parcialmente en su aspiración integral de libertad? ¿O es que se ve coartada la realización y posesión de sí mismo por la libertad, debido a presiones y limitaciones externas?

“El hombre —decía el filósofo alemán Max Scheler— es el ser capaz de decir “no” a las reclamaciones de sus instintos”.

Es decir: el hombre es capaz de crear su vida, su futuro, libremente, con responsabilidad. Pero ¿es ésta una idea a priori, un concepto mental, teórico, o una realidad existencial? ¿Es una meta irrealizable, a no ser para algunos seres humanos excepcionales, o un ideal asequible para todos?

Hace poco más de un mes me visitó un antiguo compañero y amigo, profesor universitario y profesional de psicología profunda clínica en una universidad extranjera. En el curso de la conversación me insistió en que el hombre, al menos de hecho, no es libre ni en sus decisiones ni en sus actos, sino que se ve movido por una serie de condicionantes que matan cualquier libertad, si la hubiera. A pesar de mis fuertes objeciones, se mantuvo firme en su afirmación.

Dejemos aparte este criterio, pues también puede estar seriamente condicionado, a su vez, por la profesión. Los casos que trata este siquiátra son, sin excepción, patológicos. Ellos al menos, es posible que no sean dueños de su libertad. Los demás, los que sí podrían tenerla, y ejercitarla, no van al siquiátra. Y no será el siquiátra precisamente el más indicado para diagnosticar si la libertad existe de hecho en el hombre.

Es muy cierto que muchos hombres no tienen libertad, ni la han conocido. Unos, por enfermedades innatas, o taras contraídas antes de la consciencia. Otros, por una educación coercitiva, que ha matado en su germen toda personalidad y, consiguientemente, toda raíz de libertad; aunque serán casos extremos, también patológicos. A otros, en fin, les impedirá el uso de su libertad, si la tienen, una serie de condicionamientos, externos en su mayoría, que hacen abortar toda decisión personal. La extrema miseria que padecen muchos, por ejemplo, desarrolla en el hombre una preponderancia absoluta del instinto de conservación, imposible de reprimir. Un hábito o vicio contraídos destruyen de ordinario toda tendencia firme contra ese instinto. Una abundancia exagerada e incontrolada de riqueza, confort, negocios, vida social, atrofia el sentimiento espiritualista contrario o complementario.

No podemos confundir las manifestaciones externas, o exigencias del ejercicio externo de la libertad, con la “libertad”. “La verdadera libertad, la esencial —dice López Ibor— es la que el hombre tiene frente a sí mismo”. Esa es la libertad que estaría en discusión, no su ejercicio. Pero esas exigencias del hombre manifiestan una conciencia absoluta e íntima de su libertad. A esa nunca puede renunciar. Esa es la que defienden prácticamente todos los filósofos, por unanimidad. Ella es un don del hombre, que ha recibido de Dios como especificativa e inalienable. No se la podemos dar ni quitar. Pero tenemos obligación de educársela, para que la posea plenamente, la ejerza y la respete.

CAPITULO SEPTIMO: LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

“El mundo que nos presentan los medios de comunicación es primeramente un mundo en el que las distancias no cuenta ya. Todo lo que sucede, incluso en los lugares más opuestos, lo sabemos al instante. Y nos hacemos inmediatamente solidarios de ello. El saber lo que pasa aumenta nuestra responsabilidad de hombres”. “Un mundo tan grande y tan desconcertante en el que todos corremos el riesgo de sentirnos aplastados, impotentes y ahogados en medio de una enorme maquinaria ciega. ¿Cómo seguir siendo persona y no un individuo anónimo, un número de matrícula más, siendo real y eficazmente solidario de todos?”. (Revista “Fêtes et Saisons” en español, N° 44).

La importancia que han tomado los medios de comunicación social, y la que están llamados a tomar en el futuro, como medio de expresión, de concientización, de socialización, y de masificación, nos obliga a reflexionar sobre ellos, en relación a la educación del hombre.

Este capítulo tendrá dos partes distintas. En la primera expondré el problema, y trataré de dar orientaciones pedagógicas. La segunda parte será de tipo más bien práctico, al comentar algunas películas que han tenido cierta repercusión en nuestro medio, y que están vinculadas de forma especial con la educación.

LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL Y SU REPERCUSION EN LA PEDAGOGIA

El mundo en que vivimos hoy es muy distinto, en estructura, en su cultura, en su expresión, del mundo de hace apenas unos decenios.

Este cambio tan radical, revolucionario, se ha verificado, en gran parte, por medio de los vehículos de información, de comunicación de ideas y pensamientos: por los que se llama hoy en día “medios de comunicación social”.

Vivimos de ellos, los juzgamos como algo necesario, natural, vital —a pesar de lo recientes que son en su difusión—. Pero no sé si conocemos su extensión, o si nos hemos detenido a reflexionar sobre la trascendencia y dimensiones de este gigante.

1.—Los medios de comunicación social a nivel mundial.

Voy a dar unos datos del año 1962, que ya están anticuados, sobrepasados con mucho, pero que, quizá por lo mismo, son más impresionantes. En este campo los datos de un año son anticuados para el siguiente. Su ritmo creciente es de una curvatura ascendente inimaginable.

En 1962 se presentaron estos datos como base para la necesidad de que el Concilio Vaticano II se pusiera al día en esta realidad del mundo de hoy. (cfr. *Lexikon für Theologie und Kirche*, I, pp. 112 y ss.; Martín Descalzo, “Un periodista en el Concilio”, 1ª etapa, pp. 253 y ss.).

En el mundo se publicaban, en ese año, diariamente, 8.000 periódicos con una tirada total de 300 millones de ejemplares. Si se añaden las 22.000 revistas publicadas —aparte de las estrictamente científicas y técnicas—, con unos 200 millones de ejemplares de tirada, caeremos en la cuenta del influjo humano de la palabra escrita. Cada periódico tiene cerca de 150.000 palabras, lo cual da unas cifras impresionantes, casi incalculables.

En el campo cinematográfico los datos son también sobrecogedores. Se filmaban anualmente unos 2.500 largometrajes, y unos 10.000 cortometrajes. En el mundo existían ya entonces 170.000 salas de cine, de exhibición pública y comercial, con una asistencia global de 17.000 millones de espectadores al año, que pasan en el cine 35.000 millones de horas. Si añadimos las sesiones privadas, las culturales, científicas, técnicas, educativas, las tenidas en salas privadas no comerciales, en salones improvisados eventual o permanentemente, pero que escapan a la categoría de salas públicas, y otras, nos daremos cuenta del influjo del cine, y de las horas que se consumen frente a la pantalla.

Ya en el año 1962 había 6.000 emisoras de radio repartidas por todo el globo terrestre, como emisoras comerciales. Los aparatos receptores ascendían a 400 millones, que, según estadísticas mundiales, están prendidos por término medio 4 horas diarias, por alguno de los miembros de la familia. Esto hace que estén recibiendo ondas radiadas durante 600.000 millones de horas al año.

Los datos referentes a la televisión son los que resultan para hoy más anticuados, pues en muchos países han aumentado considerablemente desde el año 1962 hasta estas fechas, o han comenzado a existir desde entonces. Sólo dispongo de los datos de aquel año. Ya había 1.000 emisoras de T.V. comercial, 120 millones de aparatos receptores, que constituían un total de 200.000 millones de horas anuales percibidas.

Es realmente el nuevo ídolo de nuestro tiempo, y el aparato de T.V. está entronizado en el mejor sitio de la casa, donde en otro tiempo se colocaban los dioses hogareños, o la imagen de Cristo. El "slogan" comercial publicitario en los EE.UU. era antes: "un televisor en cada hogar", hoy es: "un televisor en cada habitación", pues ya están completos todos los hogares, y hay que seguir vendiendo.

Hay otro medio de gran influjo en nuestros días, sobre todo para la juventud. Son los discos de música. Por medio de ellos se han introducido ideas, costumbres, modos de pensar y actuar, modas, . . . Es difícil calcular su venta y audición. Sólo por un dato podemos darnos cuenta de su magnitud: Bing Crosby vendió 60 millones de discos con sus canciones. ¿Cuántos habrán vendido los Beatles? ¿Cuántos habrán vendido los otros conjuntos de moda?

Añadamos el acervo ingente de anuncios, luminosos y escritos, las hojas sueltas, la propaganda impresa, los periódicos y revistas, extras, etc., impresas fortuitamente.

¿A qué conclusiones llegamos? ¿Qué representa esto en nuestras vidas, en nuestra cultura, en nuestras costumbres, en nuestra juventud?

2.—Los medios de comunicación social en El Salvador.

Cierto, podrá decir alguien, que los datos mundiales son impresionantes, pero nuestro país ¿qué valor, qué incidencia tiene? Somos un país muy por debajo de los países adelantados, también en la cantidad e influjo de los medios de comunicación social. ¿Cómo está la situación en El Salvador, respecto a ese fenómeno del mundo de hoy?

El Anuario Estadístico de 1967, publicado a fines de 1968 por la Dirección General de Estadística y Censos de El Salvador, nos da los siguientes datos respecto al cine: 69.393 espectáculos públicos de cine, con un total de 14,820.273 espectadores, que pagaron 7.912.617 colones en ese año. Pero son muchísimas las sesiones de cine privadas, técnicas, educativas, parroquiales, municipales, etc., etc., que elevarían las cifras de espectadores considerablemente.

Si observamos otro de los medios importantes de comunicación social, los periódicos, veremos que solamente los 4 diarios capitalinos principales tienen una tirada global de 200.000 ejemplares cada día. Añadamos los periódicos que se editan en otras ciudades, más los semanarios, y tendremos una cifra muy elevada para la población nacional, a pesar de su elevado índice de analfabetismo.

¿Cuántas revistas se venden en el país? ¿Cuántas hojas volantes se distribuyen? ¿Cuántos impresos se publican? Hace poco tiempo salía en los periódicos un gran anuncio, en el que se aseguraba que la propaganda escrita era la más efectiva.

Serán muy pocos los que no hayan oído por el radio el conflicto surgido con motivo de la encuesta nacional, realizada con el fin de averiguar el número de aparatos de radio, y el uso que se hace de los mismos. Sin mediar en la disputa, aprovechamos el dato que la encuesta nos proporciona: un millón de aparatos receptores de radio en El Salvador. Por dondequiera que se vaya, aun en el cantón más remoto, se ve al obrero y al campesino con el transistor prendido.

No poseo datos exactos sobre el número de televisores en uso en el país, pero ciertamente pasan de los 100.000. ¿Cuántas horas están encendidos al día, al año? ¿Cuántos, por término medio, observan la T.V.? Hay que tener en cuenta que muchos de esos aparatos son públicos, es decir, no se usan sólo para la familia, sino que se instalan en sitios de acceso a otras personas, como negocio, como servicio, o como favor. Añadanse los mirones, que se detienen en la calle para ver la T.V. a través de la puerta o la ventana abiertas.

¿Sabemos cuántos discos se venden anualmente aquí? Y por los discos se influye en las personas, en sus costumbres, en sus criterios, en las modas, en los gustos. Se inculca, se reclutan partidarios. Se hace política, se protesta... Si a esto añadimos los anuncios de todo tipo, no incluidos en los diversos medios anteriormente citados: letreros luminosos o no, productos varios; si sumamos los libros que se leen, aunque sean pocos; nos encontramos con el hecho de que nuestra vida está invadida, hasta lo más íntimo, por esa omnipresente comunicación de pensamiento.

En las encuestas sobre criminalidad, que hice el año pasado, a nivel nacional, y por encargo de la Corte Suprema de Justicia y por el Ministerio de Justicia de El Salvador, en 17 grupos distintos, en ambientes delincuenciales y proclives a la delincuencia, constaté que el 100% reciben el influjo de alguno, al menos, de los diversos medios de comunicación social, variando según los diversos niveles y capacidades. Allí se señalan las preferencias, las oportunidades, el uso que se hace de los mismos; y se puede deducir el influjo que ejercen, o han ejercido, en sus conductas.

Ante un fenómeno tal, y de tal trascendencia ¿qué actitud hemos de tomar? ¿cómo vamos a canalizar este hecho ineludible? ¿cómo preparar a nuestra juventud, que ya es mayoría, para este nuevo mundo en el que le ha tocado nacer?

3.—¿Reforma, o revolución, en pedagogía?

El análisis de la realidad actual, realizado hasta aquí, tiene un fin: llegar a unas conclusiones pedagógicas, a una actitud nueva, que es lo que voy a exponer ahora.

No hablo de cambios en los programas de enseñanza, que es algo más bien accidental. Me refiero a un cambio más profundo, a una nueva orientación general de la pedagogía, que incluye enseñanza, educación, hogar, ambiente, medios de comunicación...

El año tiene 8.760 horas. ¿Cómo las distribuye el niño o el adolescente? A lo sumo, 8 horas diarias pasa en la escuela o en el colegio, incluyendo la ida y el regreso. Multiplicando por cinco días semanales, en 35 semanas escolares, nos dan un total de 1.400 horas anuales que pasa en los centros educativos.

Unas 10 horas diarias, por término medio, ocupará en las comidas y en el sueño. Es decir, 3.650 horas permanecerá normalmente en la casa. La mayoría de esas horas las pasa inconscientemente, durmiendo. Solamente unas 1.000 horas al año convive en el hogar, habla, escucha, disfruta, se pelea...

Aún cuenta con 1.710 horas anuales, de las que dispone más o menos a su gusto, que le pertenecen, en las que es libre. Las empleará en lo que prefiera: estudiar, leer, oír música, jugar, ver televisión, oír el radio, ver revistas, ir al cine, hablar por teléfono, ir de paseo...

Es decir, estará durante ese tiempo sometido al influjo de los diversos medios de comunicación social.

Y este es el tiempo más largo en su vida consciente. Pero si se le añaden las horas en que está bajo el influjo de los diversos medios de comunicación social, tanto en su casa —durante las comidas y aun el sueño—, como en el centro de enseñanza —donde se van metiendo los medios audiovisuales progresivamente—, como en el camino de ida y vuelta al mismo, constatamos que la mayor parte de su tiempo, no ya relativa, sino aun incluso absolutamente, está sometido al influjo de los diversos medios de comunicación social.

Esta preponderancia influyente no es sólo cuantitativa, sino también cualitativa. Si prescindimos del tiempo de sueño —en el que también trabaja el subconsciente bajo las ideas y emociones percibidas durante el estado de vigilia—, nos encontramos con su vida distribuida en dos fases: hogar —escuela, por un lado: tiempo libre, por otro.

Por supuesto que para el número ingente de menores que no disfrutan de hogar ni de escuela —de unos 4 millones de niños en edad escolar que hay en el Istmo Centroamericano, solamente 2 millones acuden a la escuela—, se desfaza el influjo totalmente hacia el tiempo libre, pues el trabajo —si lo tienen— no ejerce en estos niños o jóvenes mucho poder o influjo educativo.

Pero examinemos estas dos fases, o áreas de influjo. En el hogar, en la escuela, las ideas, los afectos, se les imponen, a gusto o a disgusto, se le dan, no los buscan ellos, no los escogen.

En cambio, en el tiempo libre, ellos seleccionan el entretenimiento: la película o el deporte, la música o la revista, la conversación o la lectura, la televisión o el paseo, el baile o el descanso, el estudio o el teléfono. Ellos escogen el sitio, el canal, la película, la pieza de música, la estación

de radio, la lectura, el anuncio, incluso la ropa. Con esas ideas, con esas emociones, sintonizan. Estas son las que les influyen, las que les dejan huella, las que moldean su personalidad, su porvenir.

Todo lo impuesto, aun cuando sea bueno, incluso cuando les agrade, muchas veces lo rechazan por el hecho de ser impuesto, al rebelárseles internamente su independencia. Es muy poco el influjo formativo que ejerce sobre ellos. Lo que les forma —o deforma— es todo aquello con lo que sintonizan emocionalmente, lo que ellos escogen libremente.

Si tratamos de formar hombres, hay que prepararlos para esa vida real que van a enfrentar, en la que ya están, en la que han nacido. No podemos negar la realidad, cerrar los ojos a los hechos irreversibles, aislarlos del mundo, porque es imposible. Ni tampoco podemos tratar de retroceder a tiempos pasados. El mundo no se detiene en su marcha hacia adelante. El mundo actual —y el futuro mucho más— es un mundo de medios de comunicación social.

Para este mundo tenemos que preparar a los jóvenes: hacerles reflexionar sobre cada uno de los vehículos de pensamiento, formales un gusto y una actitud críticas, enseñarles a ver lo bueno y rechazar lo malo, lo engañoso, lo propagandístico; a pensar, a escoger, a ser libres, a ser hombres, y no parte de una masa impersonal dirigida por quienes piensan por ellos.

No se trata simplemente de un cambio en los programas, de añadir algo sobre esta realidad de hoy. Se trata de una verdadera revolución, de un enfoque distinto de la educación y de la pedagogía. Se trata de preparar al joven para que él sepa actuar y juzgar. Hay que hablar con él de cine, ver películas con él, discutir las y analizarlas. Hay que enseñarle a descubrir la noticia en los periódicos, a confrontar el título llamativo y el contenido del artículo o del comentario o de la noticia. Hay que enseñarle a buscar el libro que le gusta o necesita, a examinar el índice, a hojear el libro, a pensar previamente sobre el autor y su pensamiento; a detenerse en la lectura, a resumir su contenido, a reflexionar sobre su mensaje. Hay que enseñarle el sentido del ritmo y de la melodía, oír música con él y comentarla.

Hay que enseñarle a distinguir si una revista es simplemente ilustrativa, o de contenido; si es científica, o se vale de esa apariencia para otros fines; si es de fachada nada más, o tiene algo aprovechable; a detenerse en el artículo que instruye, o hace pensar.

Hay que enseñarle a oír el radio, a escoger las estaciones, a valorar los programas, a descubrir la propaganda y las ideas. Hay que dialogar, ver con él, y discutir, sobre la televisión; ser exigente con los programas, pedir algo más que diversión, reflexionar sobre el mundo ficticio de la imagen idealizada y del mundo presentado artificialmente; analizar los "slogans", para descubrir la exageración llamativa y el contenido real, para formarse una concepción personal del mundo y de los productos que se anuncian; para bajar a la realidad, que no es tan idealista ni tan de color de rosa como se la presenta de ordinario en la pantalla.

Esa actitud crítica, analizadora, la llevará también al hogar y a la escuela, examinará los métodos y los mensajes. Estudiará la historia no como una narración fría y muerta del pasado, sino que intentará penetrar en los hechos y sacar conclusiones de los mismos. La literatura le servirá para acercarse al eterno sentir de los pueblos y de las personas. Las ciencias ya no serán un almacenamiento de conocimientos más o menos ininteligibles, sino un descubrimiento de los fundamentos del mundo, de la ciencia, de la técnica, que están metidos por todas partes en su vida.

Esta actitud frente a la realidad de la vida le llevará a ser verdaderamente hombre, persona, que piensa, que razona, que analiza, que procede por convencimiento personal y libre, y no como un autómatas de la propaganda.

Si se le añade la formación moral y cívica, adaptadas también al mundo real en que se desenvuelve, y al que tiene que respetar. Si se le da el complemento espiritual de creatura e hijo de Dios, hermano de los demás hombres, constructor del mundo, tendremos un verdadero hombre, que sabe por dónde va y qué es lo que tiene que hacer, qué actitud tomar; que sabe respetar a los demás, a sí mismo, y a Dios, sin tratar de imponerse, de pasar por encima de los otros, consciente o inconscientemente, sino de ayudarles a encontrarse a sí mismos y descubrir el mundo en avance incontenible hacia el punto Omega.

Ese tiene que ser el hombre del futuro. De lo contrario, la humanidad se convertirá en un rebaño de robots, manejados sutilmente por la técnica o la propaganda.

COMENTARIO A VARIAS PELICULAS

El cine es, por hoy, uno de los medios que más influyen en la juventud, y en su formación o deformación. Combinando imágenes y colores, se presentan retazos de vidas, reales o ficticias, pero que a los jóvenes, en un período de formación de la personalidad, de indecisión y de búsqueda de valores y modelos de vida, les producen un impacto decisivo en su emotividad y en su criterio y axiología.

De vez en cuando se plantean problemas fundamentales y profundos de la vida, en el cine, o se cuestionan valores y criterios tenidos por válidos hasta el presente. Otros films presentan la problemática siempre rica y siempre actual de la formación. Algunas de estas películas han sido exhibidas aquí en los últimos años, y han dado ocasión a amplias discusiones, ya sea en cine-forums, ya sea en reuniones o debates, ya sea en la prensa. Voy a comentar varias de ellas, dentro de este capítulo de los medios de comunicación social, ya que en ellos, como vehículo de educación, es donde mejor se las puede analizar.

"EL NIÑO Y EL MURO"

En la película "EL NIÑO Y EL MURO", para los espectadores, gana el niño, y pierde el papá, —o los papás—. El niño, con su proceder y sus actitudes, se conquista todas las simpatías del público, mientras que el papá queda mal. ¿Es que el público es injusto? ¿Es que la película es tendenciosa? Nada de eso. Es que el público, los demás, ven claro lo que muchas veces los papás no ven, o no quieren ver.

Nos cautiva la simpatía del niño, lo bien educado que está, lo bien que sabe comportarse. Este niño así es un niño corriente entre los alemanes. Desde sus primeros años le enseñan a comportarse correctamente, a ser ordenados, educados, a valerse por sí mismos, a ayudar en la casa, a tener sus responsabilidades.

Sin embargo, ese niño nos da pena. Nos da pena el verle lavar los pies a su papá cuando regresa del trabajo. No es una tiranía. El niño colabora en la casa. Pero nos da pena porque vemos que el niño no es feliz, que no lo hace porque le salga espontáneamente, por cariño, sino como obligado. Y ese niño no es feliz en su casa, por que no encuentra en ella un hogar, un apoyo, un cariño verdadero y desinteresado. Como tam-

poco es feliz en su casa la otra jovencita de 17 años, hija del dueño de la tienda de juguetes. Esta, por faltar en casa la mamá, separada de la casa por la infame muralla de Berlín.

Ninguno de los dos es feliz en su casa, y por eso buscan fuera la felicidad, cada uno a su modo, y según las exigencias de su edad. El niño buscará la felicidad en la calle, en los juegos inocentes, con la bola, corriendo libre por la calle, buscando pequeñas aventuras y cariños. La jovencita buscará su felicidad en los amigos, en el baile, en el club. Los dos se alejan del hogar, que se vuelve insoportable para ellos, y se lanzan a la aventura, al peligro. Les falla la base: el hogar, el cariño, la comprensión de los padres. El peligro, que para el niño sólo es peligro físico, para la jovencita es un peligro mayor, que llega hasta su degradación; y a ambos les conducirá más adelante, de seguir así, a una vida desorientada, vacía, sin sentido, inestable, como la vida en que se sumergen los jóvenes de la película "El Grupo", o la vida inquieta e insatisfecha de la protagonista de la película recientemente exhibida "Darling".

El niño, en esta película, no huye de los mayores. Los busca, como al vendedor de juguetes, siempre que en ellos encuentre amistad, simpatía, cariño, generosidad. Pero huye de su casa, y en especial de su padre, porque no encuentra en él nada de eso. Entre el padre y el hijo hay un muro que los separa irremediamente. Ese muro, que separa más que el muro ruso, es un muro levantado por su padre: su egoísmo. El padre cumple con su deber en lo indispensable, pero también por educación y por un sentido inculcado desde pequeño respecto al deber; pero nada más; sin cariño. A su hijo, y a su mujer, les da lo obligatorio, lo indispensable, lo planeado. No le compra el balón porque no hay motivo, ni es Navidad, ni es su cumpleaños. No le da otro hijo a su mujer, porque sale muy caro. No compra la casa, por no poderla pagar al contado. No se arriesga, porque no ama. Y si no ama, no puede ser feliz, ni dar la felicidad a nadie.

No se convence de que su hijo no le quiere, sino que solamente le teme. Cree que le tiene que amar, pues él cumple con su obligación de padre. Una vez intenta el acercarse al hijo. Juega con él. Pero, en vez de llegarse a él, de bajarse hasta su hijo, quiere subir a su hijito a su nivel. En vez de jugar con su hijo a la pelota, correr con él por las calles, hacerse niño con él, quiere que su hijo se haga el hombre, quiere que su hijo juegue con él al ajedrez. Y, naturalmente, fracasa. Su hijo no puede entender las reglas del juego, y se va.

Al final, el niño se queda solo. Los soldados cierran su ventana en el muro, y lo separan de su amiguita. El señor de los juguetes le traiciona, denunciándole a su padre. Entonces el padre cae en la cuenta de que su hijo sólo le teme. Pero ya es tarde. Se acaba la película. ¿Intentaría luego acercarse a su hijo? En la realidad, nunca es tarde, si el padre se lo propone, si renuncia a su egoísmo, se acerca al niño con amor, lo intenta una y mil veces. El niño es generoso, y perdona, siempre que encuentre cariño y desinterés.

"MUY JOVEN PARA PECAR"

Es el título en español de la película que están proyectando en estos días en el cine De Luxe. La acción se desarrolla en Singapur. Paisajes y personajes exóticos. Vida y costumbres como las de cualquier ciudad asiática, que sea puerto importante, a donde llegan barcos de todo el mundo; pero con poca diferencia de cualquier otro puerto de movimiento, si no es en los caracteres y vestidos de los habitantes del lugar.

¿Es una película turística, o costumbrista? ¿Una película más? ¿Sale el espectador indiferente, habiendo pasado un rato más o menos agradable? No sé cuál sea la intención del director de la película, y si pretenda enseñarnos algo más que el paisaje y las costumbres, o la vida superficial de los personajes.

A mi modo de ver, es una película muy aleccionadora, para todos los empeñados, o comprometidos, en la educación, y en primer lugar para los padres de familia. ¿Cómo se entiende el cambio radical en el proceder de la protagonista? En Londres era una niña buenecita, tímida, bien portada, responsable, fea. Llega a Singapur, acompañada de su tía, que es una vieja ridícula y exigente, egoísta y absorbente, y la niña se lanza a una orgía de erotismo, placer y diversión. Se entrega en los brazos del primero que le pone interés, y llega a extremos inconcebibles e inconciliables con la educación que ha recibido, hasta el punto de desconcertar a su tía, avezada a la buena vida. ¿Dónde ha quedado la educación que ha recibido, los principios que le han inculcado, su antigua conducta puritana?

Esto nos obliga a pensar y examinar la educación que se está dando. Educar es capacitar para la vida, es formar y crear hábitos y principios, es desarrollar potencialidades, de modo que después, dejados a sí mismos, puedan actuar convenientemente. Y, en este caso, la educación que se le dio a la joven fue un fracaso total, pues en la primera ocasión en que tiene que actuar por sí misma, lo hace en forma contraria a todo lo que se podía esperar de ella.

Su mamá podía estar orgullosa de la educación que le había dado. Era una joven responsable, ejemplar. Pero ¿se la ha educado en verdad? ¿Es la educación un simple puritanismo, un saber guardar las formas, las apariencias? Si es eso no más, la mamá y demás educadores podían estar satisfechos.

Pero eso no es educar. No han conseguido lo que se proponían, sino todo lo contrario. No la han preparado para la vida, para que sepa actuar de acuerdo con lo enseñado. No han formado su libertad en la responsabilidad, y, apenas ha estrenado su libertad, no sabe qué hacer con ella. La han criado en un invernadero, muy bien protegida, y al salir al aire se ha marchitado. No podemos educar para un invernadero, pues la vida es al aire libre, y hay que prepararlos y capacitarlos para la intemperie. No es educar el coartar la libertad, sino el desarrollarla y educarla progresivamente. Si queremos educar verdaderamente, tenemos que inculcar principios, no actitudes o formalismos. Tenemos que dar libertad, orientándola previamente, y corrigiendo después las desviaciones, pero dando verdadera libertad, para enseñar a usarla.

Todavía hay otra lección que sacar de esta película. ¿Conocen los padres a sus hijos? ¿Sí? ¿No se engañan muchas veces? ¿No creen que son unos angelitos, cuando no hay tal? La mamá estaba encantada con su hija, y la creía preparada para ir a ese viaje sola, porque ir con su tía era lo mismo, o peor, que ir sola. No sabía que si su hija actuaba tan correctamente era no por convicción, sino por represión. Aun en Londres no era la santita que su mamá creía. Como ella dice en Singapur a su tío, en Londres iba a tener que ver con el amigo de su novio, pero él no tenía valor, y para obtenerlo se emborrachó, y entonces ya no pudo hacer nada con ella.

No es que haya que desconfiar de los hijos, y sospechar de ellos. De ninguna manera. Pero sí habrá que tratar de conocerlos mejor y, sobre todo, educarlos mejor, para que sepan actuar por sí mismos, conforme a los principios inculcados.

"EL INCIDENTE"

¿Ya ha visto usted El Incidente? ¿Qué opina usted de El Incidente? ¿Cómo explica, qué entiende usted en El Incidente? ¿Qué ve usted de positivo en esa película? ¿Qué ha pretendido mostrarnos el director? ¿Para qué necesitamos problemas en el cine, si los tenemos en la vida diaria? Esa película es una brutalidad. Esa película es extraordinaria...

Parece que era el tema obligado de conversación, antes del asesinato de Robert Kennedy. Todo el mundo hablaba de ella. Parecía ser el tema principal, o el mayor impacto en nuestras vidas. Ese fenómeno ha hecho de la película, una de las de mayor éxito; y si no, que lo digan los empresarios que la distribuyen en San Salvador.

Y esto a pesar de que las predicciones podían ser muy contrarias a lo sucedido. Es una película en blanco y negro. Es una película fuerte, casi macabra. No parecía que podría tener éxito entre nuestro público, que no gusta de muchos problemas en el cine, sino más bien de una diversión o pasatiempo. ¿A qué se ha debido, pues, su éxito? ¿Es que nuestro público ha cambiado, y que empieza ya a educarse en el cine? ¿Ha sido una propaganda bien llevada? ¿Se debe a que todo el que ve la película habla de ella, y toma una actitud frente a ella, lo cual es la propaganda más eficaz que se le puede hacer? ¿Habrán sido los cines-forums que se han organizado en torno a ella? Sin duda que se ha debido a todo ello, y a cada uno de estos factores.

Frente a esta película no se puede permanecer indiferente, se toma necesariamente una actitud, una posición. Los adultos son los que la han comprendido más cabalmente. Se han indignado ante la pasividad de los individuos, ante el individualismo de nuestras vidas "civilizadas", que nos llevan a permanecer impasibles ante los mayores abusos, mientras no afecten a nuestros intereses particulares, e incluso nos convierten en unos cobardes para defendernos a nosotros mismos; ante una sociedad individualista, que ha roto los nexos de unión entre los individuos, destruyendo toda organización social en la solución de los problemas comunes. Y esa indignación fue llevada al paroxismo, hasta el punto de oírse en la sala gritos de indignación y de protesta, e incluso insultos contra esos protagonistas que no se atrevían a dar la cara, a enfrentarse, a ayudar a los demás. Pero esa indignación es a la vez un verdadero remordimiento de conciencia, pues uno ve que nuestro proceder en la vida está reflejado crudamente en la pantalla, ve que esa es nuestra actitud frente a la desgracia, el dolor, el atropello ajenos. Uno grita, se enardece contra los protagonistas, pero en la realidad está gritando contra sí mismo. Es una película de auténtica "katharsis", de purificación.

Frente al problema de los jóvenes de la película, el adulto también toma su posición de protesta, al ver la vaciedad de sus vidas, que los lleva a buscar una diversión sin sentido, a costa de los demás, degenerada. A eso lleva una educación desfasada, una negación de los ideales, una vida sin horizontes.

La juventud, en cambio, sólo ha tomado posición frente a la actitud de los adultos de la película, considerándola como una ratificación de la idea que ya tiene, de que las generaciones adultas son cobardes, egoístas, absurdas. Pero no se ha visto reflejada a sí misma en los jóvenes, ya que no se identifica con ellos, ni se cree capaz de llegar a esos extremos. Es muy difícil fijarse en los ajenos, y ponerlos a la vista.

De todos modos, esa película ha triunfado, a mi modo de ver, por haber puesto el dedo en la llaga, por haber tratado un problema de vital importancia. Todo el mundo sale del salón con una inquietud: se ha visto a sí mismo reflejado, parcialmente al menos, en la película. ¿Será sólo una inquietud, y nada más? ¿No pasaremos a las realizaciones y a los cambios en nosotros mismos?

“UN FAUSTO MODERNO”

Se va a exhibir en el cine De Luxe la película “Un Fausto Moderno”. La censura oficial la ha permitido a partir de los 14 años, de modo que irán muchos jóvenes a verla. ¿Qué idea pueden sacar los jóvenes de esta película? Creo que pueden desorientarse mucho. Si no la entienden, se les puede minar profundamente el espíritu, a no ser que sean tan superficiales que no se fijan más que en el colorido, y en un par de escenas eróticas.

Es una película de alta técnica cinematográfica, de una belleza extraordinaria en colorido, decoraciones, paisajes. Han gastado en exceso, sin escatimar nada. Con una tal exuberancia ha revestido el director una versión moderna de la obra de Goethe: “Fausto”.

Pero ¿qué ha pretendido el director con esa película? ¿Una comedia? Realmente lo habría logrado, y con éxito, aunque Goethe se hubiera indignado al ver así tratada su obra. Tiene detalles de fina comicidad, y todo el conjunto es una buena realización.

¿Ha pretendido hacer una crítica de las ideas y creencias religiosas? Si ese ha sido su objetivo, también lo ha conseguido al máximo, y ha casi destruido todo lo que se ha planteado.

Examinándola desde este punto de vista, puede parecer, por la primera impresión, una blasfemia continuada, de principio a fin; una destrucción sistemática de todos los principios y creencias de la religión. Y el espectador que no vea más que eso, ha sido traicionado con la película. El Mefistófeles de Fausto está encarnado en la película por el mismo demonio, que realiza su papel a las mil maravillas. Si él es blasfemo, mentiroso, tentador, ese es no sólo su papel, sino su esencia. ¿Cómo creemos que puede pensar y actuar el diablo, sino de la manera que lo hace en la película? Exagera, murmura de Dios, le echa la culpa de su desgracia, se disculpa de su caída, tienta, engaña. Ese es su oficio, ese, su pecado. Por eso ha caído. Por eso no está en el cielo, irremediadamente, aunque crea que puede volver a él; pero no lo logrará, porque es incapaz de amar a Dios, porque es incapaz de hacer nada bueno de verdad, porque es soberbio, y no reconoce su pecado, y se busca a sí mismo. Esa es la enseñanza final de la película, en la secuencia del cielo. Y esto ya no es tan negativo, ni tan blasfemo. ¿Podrá sacar esas conclusiones el público, sobre todo el joven?

El mefistófeles moderno engaña a un joven desesperado, y le compra su alma a cambio de la realización de seis deseos. Digo engaña, porque esa es la realidad en la vida, expresada claramente en la película. Es un engaño. Por algo se le ha llamado el príncipe de la mentira. Esos seis deseos son otros seis engaños. Le van concediendo lo que le pide, pero incompleto, insatisfecho. Nunca le deja gozar de lo que se le ha concedido. Siempre se ve defraudado, desengañado, inquieto, intranquilo. No puede gozar ni disfrutar de su deseo. Y eso le lleva a desear otra cosa; tratando de atar todos los cabos, para venirse a encontrar de nuevo engañado, de-

fraudado. No halla la felicidad que busca en ninguna de las situaciones nuevas, que el demonio le va concediendo. Nada de lo creado le da la felicidad, la tranquilidad, la seguridad, la realización de sus sueños.

Esto es algo positivo de la película, que al que la vive intensamente, le hace reaccionar, como al protagonista, para desistir de esa felicidad engañosa, arrepentirse, y conformarse con la vida cotidiana, pobre y austera, pero segura y tranquila.

¿Será esto lo que ha pretendido el director? ¿Será capaz el público de verlo, sin distraerse por la imagen y la sátira? No cualquier público puede ver esa película, a no ser que se le instruya, y se le ayude a ver lo positivo de la película.

"EL EXTRANJERO". O LA EXISTENCIA COMO NEGACION

¿Puede un hombre vivir sin ilusiones, sin algún ideal, por pequeño que sea, sin ninguna esperanza? Yo creía que no. Creía que eso era imposible, que un hombre así no podía existir. Visconti, en su película "El Extranjero", que presentará el cine De Luxe, parece decirnos que sí, que un hombre así no sólo puede existir, sino que existe; pero es un extranjero en este mundo, no pertenece a él. Es extranjero en su misma patria, donde quiera que esté, y a donde quiera que vaya.

Marcelo Mastroianni encarna extraordinariamente, y vive, ese personaje, se identifica con él. ¿Es un personaje de este mundo, o es venido de fuera? No se trata de un habitante de otros planetas. Es un habitante de esta tierra, pero es distinto de los demás. Es un extranjero.

¿Puede un hombre no amar? Este hombre no ama a nadie. Dejó a su madre en un asilo de ancianos. Pero eso se podría excusar, por falta de recursos para sostenerla. El dice que no tenían nada que darse el uno al otro. Pero en el velorio y en el entierro demuestra que no tiene amor alguno por su madre, ni siente su muerte. Más aún, se siente extraño, indiferente, frío, alejado; como que no fuera su madre; como que no fuera con él la cosa; como un extranjero.

La joven con quien anda, le pregunta si le ama; contesta que no. Sus relaciones con ella no son de amor en ningún momento, como él mismo confiesa. Le atrae a veces, pero no la ama.

Es un hombre solitario. No conoce la amistad. Si ayuda al vecino, no es por buen corazón, ni por amistad. Ni él mismo sabe por qué. Más bien se ve obligado por las circunstancias. Al viejo no le tiene cariño, ni lástima, ni compasión. Es indiferente, y lo cree absurdo.

¿Puede un hombre vivir sin aspiraciones? El no las tiene. Le propone su jefe un ascenso, un traslado, una responsabilidad. No le interesa. No tiene ilusiones.

¿Puede un hombre vivir sin pensar? El no piensa. Va transcurriendo su vida sin reflexionar, sin mirar ni a los lados, ni al frente, ni hacia atrás. Lucha por no pensar. Se conforma con existir.

Nos demuestra que un hombre puede vivir sin fe, sin esperanza. El sacerdote que lo asiste en sus últimos momentos ha fracasado varias veces. En su último esfuerzo trata de sacarlo de esa negación, de forzarlo a pensar, de suscitar en él una esperanza, de encender una luz en su alma. Todo es inútil. Su vida no tiene ningún sentido trascendente.

Pero ¿será posible que un hombre no tenga ilusión por vivir? Este hombre no la tiene. Le es indiferente el vivir o el morir. No se defiende en el juicio, aunque podía dar explicaciones satisfactorias a su crimen;

aunque tenía excusas válidas. Ni siquiera agradece a los que salen por él. Muere igual que ha vivido, como un acto más de su existencia, sin ideal, sin resentimiento, sin ilusión, sin amargura.

¿Puede un hombre así ser aceptado por la sociedad, por la humanidad? La sociedad lo rechaza, lo condena. ¿Es injusta? Este hombre no es de la sociedad, no es hombre, es un extranjero en el mundo. Pero es más: atenta contra la vida, sí, de los miembros de la sociedad, aunque tal vez sin odiosidad o sin malicia; pero atenta, sobre todo, contra los valores de la humanidad, contra sus aspiraciones, contra sus ideales; atenta contra todo lo más sagrado y lo más valioso que la humanidad ha producido.

Antes de que la sociedad lo excluya, él mismo se ha ausentado, se ha excluido. En el juicio actúa como un extraño, como un ser de otro mundo. Su mirada, su actitud, no es de este mundo. Es un extraño, un extranjero. ¿Es posible que sea un hombre? ¿Es una exageración, o es realidad: un ser posible y existente? El director lo llama "EL EXTRANJERO".

"UN DULCE PASEO"

Somos inclinados, quizás inconscientemente, a fijarnos en los defectos y deficiencias ajenas. Nos ofenden. Llegamos incluso a ser crueles, inmisericordes, con ellos. Pero rara vez nos detenemos a reflexionar, a buscar las causas verdaderas, con un deseo sincero, no de disculparlas, sino de remediarlas, o de prevenir el que se repitan.

La película "Un dulce paseo", que el cine Vieytez proyectará para el público próximamente, creo que nos invita a reflexionar seriamente, una vez más, sobre el problema de mayor actualidad social, como es el fenómeno ya tan generalizado de una juventud desorientada, inadaptada —pensamos nosotros— para la vida. También el cine americano se ha atrevido a plantear en su profundidad ese problema.

Es fácil tomar una actitud de crítica, de repulsa total —al igual que el vecino militar de la película, que ve en todo mala voluntad, mentalidad comunista en los jóvenes—. Pero no es ese el problema, se queda en la superficie, y por eso resulta ridículo, y no consigue sino el desprecio benévolo.

Hay que ir al fondo del problema, para buscar las causas que producen el fenómeno. La joven de la solución, tal vez inconscientemente, al decir que a sus padres no los ve nunca, o casi nunca. Le ha faltado un verdadero hogar. No ha tenido el cariño que le era vital, para su desarrollo síquico armónico. No tiene ningún vínculo que de verdad la una a su familia. Puede tener todo lo que quiera, pero le falta lo principal. Su casa es para ella un hotel, no un hogar; y por eso ha huido de ella, en busca de eso que necesita: el amor. Ha tanteado primero por varios modos y caminos, pero no lo ha encontrado. Ese "amor" que ha encontrado, no la ha dejado satisfecha, y busca un verdadero amor, auténtico. Cree haberlo encontrado en el joven de la película, pero aun con él se lleva un desengaño, al ver que es un hombre como los otros, a pesar de que él sí es sincero, y la quiere amar de un modo distinto, auténtico, como descubre al final de la película.

El joven afronta su problema de forma distinta. Lleva una vida aparentemente feliz, sin dificultades, tranquila, inconsciente, desligado de todo vínculo social, libre, independiente, sin preocupaciones. Pero una vida sin horizontes, sin ideales; vive el presente, y nada más. Y eso no le llena, no le deja satisfecho. Está bien para una temporada, cree él, pero no se resigna a que sea algo definitivo. "Estoy cansado de verme en ti a los cua-

renta años", le dice a su amigo mayor, que lo quiere retener, como una explicación a su retirada. Ha conocido el amor, ha sentido el poder de un ideal, y se ha decidido a luchar por alcanzarlo, aunque ello signifique el tener que renunciar a la vida fácil.

¿Qué pasa con la juventud? ¿En qué estamos fallando al formarla? ¿Basta con darle todo, con una visión paternalista, o para evitarnos problemas? Eso no les llena, y la prueba está en el fenómeno "hippie", y en otros semejantes, que surgen precisamente donde menos se podía esperar, en medios de posición acomodada, en hijos que lo tienen todo, y que, sin embargo, no se sienten satisfechos, que protestan contra ello, y renuncian a esas comodidades.

Creo que hay que dar una orientación más humana a la educación, más de acuerdo con el ser más íntimo del hombre, que ahora más que nunca es consciente de la dignidad de la persona humana, de sus posibilidades y de su sentido social. Es preciso que el joven sea consciente del valor de las cosas, y que se sienta responsable de su esfuerzo por obtenerlas, en vez de que las reciba gratuitamente. Pero el joven quiere también hallar un sentido a su vida; quiere sentir que es útil a alguien, que puede hacer algo por los demás. Solamente cuando sienta estas dos cosas como propias, verá que su vida vale la pena, y que no debe desperdiciarla, pues se traiciona a sí mismo, y traiciona a todos los que de él esperan algo.

"EL PODER DE LA JUVENTUD"

La ciencia, la técnica, el progreso, pueden producir, y han producido, radicales cambios sociales en la estructura de la humanidad. La rama de la medicina, sanidad e higiene, es una de las que han revolucionado la estructura de la humanidad. Han alargado la vida de los hombres, pero al salvar muchas vidas infantiles, han producido el fenómeno de más trascendencia social en la historia: la humanidad es joven. En Latinoamérica el 40% de la población es menor de 15 años. Lo mismo ocurre, con pequeñas variantes, en otros continentes, y sobre todo en los de mayor atraso económico y social. La humanidad es joven.

Este hecho implica el que los menores de 30 años sean una mayoría aplastante. El mundo, desde el punto de vista político, se divide en dos facciones: occidente y comunismo; por más que se quiera hacer creer que existe un tercer mundo, como poder o como equilibrio; pues ni tiene poder, ni equilibra, por no ser independiente, sino simple satélite en la órbita de uno de los dos campos, de los dos poderes. Desde el punto de vista sociológico, el mundo se divide en dos partes: los jóvenes, que son mayoría; y los viejos, o generaciones adultas, que son minoría en retirada. Sin embargo, el mundo de hoy, está dirigido por la minoría, por la gerontocracia.

La juventud constituye la mayor fuerza desde el punto de vista sociológico. La juventud el mayor consumidor, y de ella depende la economía, ella es el mayor comprador, aunque no es consciente de ello, pero sí lo es el comercio y la industria, que han dado una orientación juvenil a sus productos, a la música, a los vestidos, a los transportes, a todo, guiados por la ley de la demanda. La juventud constituye la mayor fuerza política, y por eso los partidos tratan de renovarse, de atraerlos. El arte, la pintura, el pensamiento nuevo, están en manos jóvenes.

La juventud tiene un gran poder, constituye el mayor poder. Muchos adultos son conscientes de ello, y tratan de explotar ese poder para sus intereses o sus fines. Un ejemplo claro de esta tesis está expresado en la película "La cumbre y el abismo". En ella tratan los mayores de servirse

de la juventud a través de su ídolo, para fines comerciales, religiosos, sociales, políticos. Pero como instrumentos, como esclavos, y cuando se les rebelan, los destruyen.

La juventud constituye el mayor poder, la mayor fuerza, pero ella misma no es consciente de ello. ¿Qué pasará cuando tome conciencia de su poder y de su fuerza, cuando se una, y se proponga obtener algo? Ese es el problema que plantea con todo su realismo la película "La rebelión de los Hippies", que próximamente verá todo el público, y sobre todo el joven. Ahí van a caer en la cuenta de su fuerza, de su poder, de lo que pueden obtener si se unen, si se lo proponen, si tienen un dirigente. Podrán cambiar las leyes, las constituciones, asumir democráticamente el poder, hacer el mundo a su modo, disponer de los adultos a su antojo. Vivimos en países democráticos, al menos aparentemente, y recordemos que la juventud es mayoría aplastante, muy superior a la mayoría de ningún partido político, con mayor unidad de ideales, de criterios, metas; y con más valentía y heroísmo.

Se puede hacer uno sordo y ciego a esta realidad, se la puede negar; pero no por eso deja de existir. Podremos hacernos ilusiones, engañarnos, pero ¿quién garantiza que los sucesos se desarrollarán conforme a nuestros deseos?

Si actualmente rige una tiranía de los adultos, no esperemos que los jóvenes, en el mundo que construyan, vayan a ser muy democráticos. Como en la película, recluirán a los adultos en paraísos de concentración, y no tomarán en serio la opinión de los niños, que ya serán mayoría en ese nuevo mundo.

No se puede desconocer ni despreciar el poder de la juventud, como tampoco explotarlo para nuestro servicio. Es preciso orientarlo, para que aporte lo positivo que trae, para que cambie lo que hay que cambiar, para que construya un mundo más humano, más unido, sin guerras ni odios, ni razas ni divisiones: un mundo como el que la juventud sueña, y para el que somos escépticos.

¿Por qué "LA REBELION DE LOS HIPPIES"?

Estoy seguro de que la discusión que se inició el jueves pasado en el Cine Caribe, después del estreno de esa película, en el forum que se tuvo, se ha de haber continuado en más de un hogar, en más de una reunión.

En muchos casos se ha de haber convertido en aguda polémica. Habrá quien siga sosteniendo que la película es sumamente audaz, cruda, revolucionaria, incendiaria. Otros sostendrán que es cobarde, al menos en la parte final, y que no se ha atrevido a presentar el problema en todo su realismo, sino que con las dos últimas secuencias pretende decir que había exagerado. Para unos el ambiente de la película es americano o europeo, e irrealizable en nuestro medio. Para otros, en cambio, ese ambiente juvenil es universal, y en Latinoamérica puede ser más explosivo por su vitalidad, y por el mayor porcentaje juvenil.

Pero ¿qué factores son los que hacen posible ese movimiento juvenil, y desencadenan ese cambio radical de estructuras políticas y sociales? Ciertamente que el diálogo, mejor dicho: la falta de diálogo entre las generaciones lleva al mutuo aislamiento e incomprensión, para desatar la lucha, aunque sea pacífica en la película. Y ¿qué es lo que ha matado, o abortado, el diálogo? El egoísmo y el desinterés por los demás. Más aún, el aprovecharse o explotar a los demás por el propio interés. Se puede decir que la explicación de la situación en esta película, viene dada, o representada, por otra película que acaban de exhibir: "Yo, yo, y siempre yo".

Es fundamental, para la explicación de la película, la secuencia de la presentación: La infancia de Max. No es simplemente su caso. Son muchos casos semejantes en la juventud de hoy. La madre de Max no quería tenerlo, nunca lo deseó, nunca lo amó. Es una mujer autoritaria, absorbente, impositiva, destructora de la personalidad. No lo quiere. Pero cuando descubre que su hijo es famoso, es ídolo de la juventud, se quiere hacer joven, se lanza a la calle para proclamar que es su madre, para sobresalir ella. Cuando la van a entrevistar, responde que espera representar a su hijo en la corte de la Reina de Inglaterra, donde se lucirá ella. Al detenerla para llevarla al campo de concentración —“paraíso”—, grita que es joven, que es la madre del presidente; y trata de fugarse del paraíso de concentración, para irse a lucir a la corte de la Reina, a costa de su hijo, a quien no ama, pero que le sirve de algo.

Al mundo de la producción y de la economía no le importa la juventud, lo que le importa son los consumidores. Pero como los jóvenes son la mayoría, y tienen poder adquisitivo en mayoría, trata de llegarse a la juventud, de atraérsela, de rejuvenecerse, para explotarla, para sacarle la sangre.

El partido político desprecia a la juventud, pero ve que la necesita para triunfar, y por eso la halaga. La dirección del partido no quiere al candidato joven: Fergus, le trae problemas, tiene que ceder ante él en muchos aspectos, pero lo necesita para triunfar, para arrastrar a la juventud, que ve en él a alguien más cercano a los jóvenes. El candidato Johnny Fergus no está de acuerdo con la juventud —ni siquiera con los de su casa: sus hijos, con los que tiene escenas violentas, que provocan la huida del mayor—. “No es de los nuestros”, dirá éste al refugiarse en el grupo de Max. Pero es político. Sabe de la fuerza de la juventud, del poder de arrastre de Max. El quiere triunfar. El y nadie más. Necesita a la juventud, y la usará mientras le ayuden a subir. Luego, como le molestan, tratará de deshacerse de ellos, intentando asesinar al joven presidente, y ahorcándose como Judas.

¿Es posible que los jóvenes confíen en los mayores, que así se aprovechan de ellos? ¿Es posible el diálogo?

Y, los jóvenes, y sus líderes, ¿están inmunes de egoísmo? En su origen, el movimiento no es egoísta, es juvenil y nada más. Es suyo. Tiene buenos ideales: justicia, paz, igualdad, amor. Pero como que el poder y la responsabilidad tienen influjo nefasto, que los vuelve más egoístas y tiránicos. Los mayores no los querían a ellos, pero les dejaban en libertad; ejercían una suave tiranía. Ellos aíslan a los mayores. Implantan una tiranía total respecto a los demás, aunque parezca dulce, paradisiaca, endrogada. Ni tampoco soportan la rebelión de la infancia que ya entonces se hace mayoritaria.

“ROMEO Y JULIETA”

Parece ser que la naturaleza humana no ha cambiado a lo largo del tiempo. La vida que se presenta en esta película, con los obvios cambios en vestuario, decoraciones, costumbres, podrían muy bien ser la vida de hoy. No sé si es que la historia se repite, o es que la historia es el reflejo del hombre, y el hombre siempre es el mismo. El mérito de los grandes autores, de los clásicos, es el haber sabido captar la esencia del hombre. Por eso se hacen universales y perennes. No nos fijemos mucho en la fidelidad literal a la obra de Shakespeare, que es secundario. La problemática que nos presenta, y que reproduce a su modo el cine, podía ser, y es, la problemática de hoy mismo. En esta obra podemos encontrarnos con el hombre de siempre, y con las fuerzas que le mueven.

No es un episodio de una vida. No es un personaje excéntrico cada uno de ellos. No es un aspecto nada más, ni un rasgo normal o anormal, como nos presentan otras películas. Es la vida misma. La vida en su complejidad, con su apasionamiento y su poesía, con su crueldad y su romanticismo, con su bajeza y sublimidad, con su idealismo y su materialismo. Es el hombre mismo, retratado en la vida real y ordinaria. Y todo esto rodeado de un paisaje, una fotografía, una banda musical maravillosas.

Hay violencia en la película, pero no es una película de violencia, y tiene una catarsis final. Era absurdo, estúpido, que dos bandos rivales, por celos y trivialidades, estuvieran ensartados en una lucha a muerte, a un desprecio sistemático e hiriente, a una provocación continua. Lo mismo que hoy, es absurdo y estúpido el antagonismo a muerte entre familias, razas, ideologías, sistemas. Todos han sido —hemos sido— castigados por ese antagonismo sin sentido, dice el Príncipe de Verona después de la tragedia, y son unos jóvenes inocentes los que han pagado con sus vidas. También hoy hay muchos jóvenes inocentes que pagan con sus vidas los antagonismos absurdos de otros. En Verona el sacrificio de esas dos vidas sirvió para la reconciliación de los dos bandos, y para la paz. ¿Se repetirá también hoy la historia, y el sacrificio de tantas vidas inocentes nos hará reflexionar sobre el absurdo de las luchas fratricidas entre los hombres? ¿O será una vez más un sacrificio estéril?

En ese mundo hostil, despiadado, materializado, envilecido, puede surgir un idealismo, y nace un amor romántico, limpio, humano, arriesgado. Dos jóvenes descubren el amor. No les importa el clima artificial creado por los mayores; están sobre el mismo. No les importa el antagonismo tradicional y a muerte de las familias a las que pertenecen; están en un plano distinto, de humanismo, de vida, de ilusión, de amor. No les importa la oposición e incomprensión de sus padres; el amor que sienten supera las dificultades. No les importan la separación y el exilio; se aman. Hoy también se repite la misma vida: en la película “¿Sabes quién viene a cenar?” se plantea un problema semejante, pero de nuestros días, en el que el amor cruza fronteras de razas, divisiones y antagonismos.

El final es trágico y noble; no laudable, pero sí comprensible. La desilusión, la desesperación, en definitiva, el amor, por una persona, por un ideal, por una creencia, por una esperanza; el ver fallidos sus ideales y ansiedades, el objeto que da sentido a sus vidas, lleva a esos jóvenes, sedientos de amor y de vida, a su inmólación. Puede ser por un veneno, o por un puñal, como lo es por una bala enemiga en el frente de batalla, o en un conflicto urbano, como lo es por un fósforo prendido en sus ropas impregnadas de gasolina. Y son precisamente los jóvenes idealistas, los que dan un sentido humano a la vida, los destinados a humanizar al hombre.

¿Seguirán siendo estériles estos sacrificios? ¿Seguiremos sin aprender la eterna lección de la historia, maestra de la vida? ¿Esperaremos a ser castigados aún más cruelmente, para hacer despertar nuestra conciencia?

“AL MAESTRO CON CARIÑO”

Dos buenas películas han planteado últimamente los problemas de la educación y de los maestros. A pesar de que el tema es similar, las películas y sus planteamientos son muy diversos. Voy a comentar aquí la película “Al maestro con cariño”, y luego me detendré a analizar la temática de “Primavera de una solterona”.

Sidney Poitier encarna perfectamente el papel que se le ha confiado. El hecho de que sea de color negro, agudiza aún más el problema con

los alumnos. Si bien es cierto que resulta algo ficticio, pues sabemos que es un ídolo de la juventud de ambos colores.

La escuela a la que ha sido asignado el nuevo profesor, es una escuela fuera de lo normal. Los muchachos y muchachas que asisten a ella constituyen un grupo sumamente difícil, que ha hecho fracasar sucesivamente a los profesores que se les han puesto. "Un grupo de jóvenes, rebeldes, indisciplinados, heterogéneo, llenos de problemas familiares y sociales, sin interés alguno en los estudios, en su formación, en el enriquecimiento de su personalidad.

Asisten a la escuela, unos obligados, la mayoría como podía asistir a cualquier otro sitio donde pasar el tiempo. Allí se reúnen, traban amistad, se divierten, se alejan de su casa, se entretienen, aunque sea a costa de otros.

Ningún interés en las materias que se les explican. Ningún ideal elevado para el futuro. Viven, y no aspiran más que a seguir viviendo en la mejor manera que les sea posible.

Cada uno tiene sus problemas, sus ansiedades. Pero el grupo les ayuda a desprenderse de ellos momentáneamente, a olvidarlos, o a huir de los mismos.

En ese ambiente se deja caer el nuevo profesor, encargado de esa clase. La hostilidad natural a todo profesor, como a todo representante de cierta autoridad, y de una clase dominadora, se ve acentuada por el hecho de que éste es negro.

El maestro no es insensible a ese clima adverso. Pero tiene fe en la educación, en sus recursos, en la bondad natural del joven, aunque esté cubierta por una costra hostil tan gruesa que opaque todo brote espontáneo de benevolencia.

La tenacidad, la dedicación, el aguante, la constancia, pero sobre todo la entrega incondicional y desinteresada, van fundiendo el hielo, transformando los sentimientos, hasta que logra triunfar la comprensión y el amor. Se realiza el milagro de la educación: la transformación de esos jóvenes, la reflexión y maduración, la personalización y humanización, para desembocar en los sentimientos humanos más nobles: la comprensión, la retractación, el agradecimiento. Hay cánticos y regalos en la despedida, pero sobre todo hay lágrimas, que son lo que mejor expresan los verdaderos sentimientos.

"Al Maestro con Cariño" no es sólo el título de la canción compuesta y cantada en la fiesta de despedida. Es el tema de toda la película. Es el contenido de la película. Ningún regalo mejor para el maestro. Ningún reconocimiento más sincero de su labor. Ningún premio más consolador para su ardua, sacrificada, callada entrega, y larga espera en la tiniebla del porvenir.

Esta película es un obsequio y un reconocimiento al maestro, a tantos como en todo el mundo se dedican a la tarea más noble, la de formar hombres. Pero, sobre todo, es un canto a la esperanza, un canto al optimismo. Aun con los elementos más difíciles, se puede obtener el formar hombres, se puede ayudar a transformar al mundo, de la única manera en que es cambiante: cambiando al hombre; haciéndole hombre.

"PRIMAVERA DE UNA SOLTERONA"

Aparentemente el tema de esta película es muy similar al de "Al Maestro con Cariño"; la vida de una maestra, dedicada enteramente a la educación de las alumnas que se le han confiado, y que también se le en-

tregan plenamente. Sin embargo, la problemática es casi antagónica, no sólo porque ha sido considerada desde otro ángulo.

Antes de ser exhibida al público, se tuvo una sesión privada, para un numeroso grupo heterogéneo de maestros y educadores. Me tocó dirigir el forum que tuvimos después de la proyección. La pregunta principal era: "¿les parece que esa maestra es una buena educadora, o todo lo contrario?". No voy a transcribir las diversas opiniones que se dieron, pues no viene al caso. Trataré de reflexionar sobre la actuación de la protagonista de la película, para tratar de encuadrarla dentro de las ideas que me parecen fundamentales en pedagogía.

La protagonista es una educadora, o una maestra, nata. Además, por vocación es maestra. Toda su ilusión, toda su finalidad, toda su vida, es eso: educar. Incluso ha renunciado al matrimonio para dedicarse a la formación de sus alumnas. Cuando la quieren retirar de su puesto, lucha con todo su ser por defender su vida y su vocación, pues ella "es ante todo maestra".

Su pedagogía es distinta a la de la escuela, y a la de los demás profesores. No le interesa tanto el enseñar las materias, cuanto el formar a las personas, el darles una orientación en la vida, el analizar la vida misma, para tomar una actitud frente a ella.

Goza de un ascendiente increíble en sus alumnas. Influye en ellas en tal forma que les hace incluso pensar a su modo. Su dedicación a ellas no se limita al tiempo de clases, sino que les acompaña por la ciudad, las lleva consigo a excursiones, a visitas culturales, y las introduce en su círculo de amistades.

Esa mujer está dotada de grandes cualidades para ser una maestra extraordinaria, para ser formadora de personalidades.

Sin embargo, tiene fallos fundamentales en su pedagogía. No es educadora y formadora de personas. Trata de formar personas iguales a ella, que piensen como ella, que sientan como ella, en las que se ven reflejada como en espejos. Hasta tal punto, que llega incluso a introducir a sus alumnas como amantes de su amante antiguo. No permite que disientan de ella. No permite disonancias, individualidades. Está matando toda iniciativa, toda personalidad. No está formando personas, está modelando muñecas, marionetas, robots. Su pedagogía está en contra de toda verdadera pedagogía. No despierta cualidades, iniciativas, personalidades, sino que las apaga. Su mayor tristeza, su mayor fracaso, su mayor tragedia, es ver que alguna puede disentir, pensar por sí misma, oponerse. Se siente traicionada al ver que su mejor alumna de otros tiempos, en la que más confiaba, la que más se le parecía, incluso físicamente, reacciona contra ella, trata de liberarse, de ser ella misma, de ser libre, de ser persona.

Se siente fracasada, y eso le llevará a renunciar a su vocación, no por el hecho de que varias de sus alumnas sean como ella, y carezcan de personalidad —hasta el punto de que una de ellas se enfrenta con la muerte por seguir sus orientaciones en una gran guerra extranjera—, sino porque ve que la alumna que era su esperanza, se rebela contra su dependencia, y la denuncia y trata de ser ella. Ahí está el fracaso, siendo así que ese debería haber sido su triunfo: el haber formado una persona.

Esta mujer estaba dotada de grandes cualidades para ser maestra. Pero carece de algo fundamental. Por otro lado, tiene fallos radicales en una sana pedagogía. Su inmoralidad es notoria, y no puede infundir un

concepto de moralidad. Su falta de respeto a la autoridad, su crítica constante a la misma, su desprecio manifiesto a ella, es destructora de toda jerarquización, de toda estructuración, de todo fundamento de sociedad.

Después de ver esta película, todo educador tiene que reflexionar y examinar a fondo cuál es su actitud en pedagogía. ¿Pretende formar hombres, despertar personalidades independientes, o trata de formar seres en todo semejantes a él mismo, imitadores y reflejos suyos? ¿Busca dar, o recibir? ¿Pretende formar, o se busca sí mismo? ¿Es un educador, o es un narcisista?

Y los padres de familia, además de mirarse a sí mismos, y su labor educativa, para ver si incurren en los mismos defectos, deben tener más contacto con aquellos educadores a quienes han confiado a sus hijos, para comprobar si son verdaderos educadores, o técnicos de máquinas humanas en serie.



CAPITULO OCTAVO: LA EDUCACION SEXUAL

“Hay que ayudar, pues, a los niños y a los adolescentes, teniendo en cuenta el progreso de la psicología, de la pedagogía y de la didáctica, a desarrollar armónicamente sus condiciones físicas, morales e intelectuales, a fin de que adquieran gradualmente un sentido más perfecto de la responsabilidad en el recto y laborioso desarrollo de la vida y en la consecución de la verdadera libertad, superando los obstáculos con grandeza y constancia de alma. Hay que iniciarlos, conforme avanza su edad, en una positiva y prudente educación sexual”.

(Concilio Vaticano II, Declaración sobre la educación cristiana de la juventud).

Hasta hace relativamente poco tiempo, el tema sexual era algo totalmente prohibido, quedaba excluido de toda educación, e incluso de cualquier publicación. Un aspecto tan importante para la integración de la persona, era dejado de lado, y cada quien tenía que informarse por sus medios propios. El educador —padres y maestros— dejaba a su pupilo abandonado en el conocimiento y formación de una parte integrante de su educación.

Hoy se hace incapié —a veces excesivo— en la educación sexual, y aun las personas más reacias van comprendiendo la necesidad y obligatoriedad de educar también en esta área. Se corre el peligro de desligar la sexualidad del conjunto de la educación y de la persona, y de darle un valor absoluto, con lo cual se incide en un error semejante al que se daba cuando se prescindía de la sexualidad. La educación debe formar a toda la persona, y tratar de integrar los diversos elementos, para así formar al hombre.

En el presente capítulo trataré primero el tema de la educación sexual, a base de investigaciones verificadas por mí entre la juventud salvadoreña, por medio de encuestas. En una segunda parte abordaré el problema de la densidad demográfica, que es aguda en El Salvador, y sus posibles soluciones, pues este tema está íntimamente relacionado con la educación sexual, más aún, es parte del mismo, por las consecuencias que la sexualidad tiene en la demografía.

EDUCACION SEXUAL: I ¡LA EDAD DE LA CURIOSIDAD!

A qué edad comienzan a interesarse los niños sobre los temas de la iniciación de la vida? A primera vista, y en una concepción meramente teórica, se podría pensar que el despertar de la pubertad crea la conciencia de la existencia de estos fenómenos e inicia la curiosidad de todo lo que les rodea. Por otro lado, si hacemos caso a la opinión de muchos padres de familia, y de educadores, que afirman que los niños no hacen preguntas sobre estos temas, y que, por lo tanto, no les interesan, o no saben nada de ellos, podríamos sacar la conclusión de que los niños, o al menos una gran parte de ellos, y sobre todo en ambientes culturales y sociales elevados, en su infancia, y hasta muy entrados en edad, son ignorantes e indiferentes a todo lo que se refiere a los procesos de la vida.

Los resultados de las encuestas pasadas en todos los centros de educación media del país, a los alumnos de los dos últimos años, y de todos los niveles sociales, difieren notablemente de esa opinión sentimental. A los 5 años, y aun antes, empiezan ya a enterarse del origen biológico del hombre. Pero es sobre todo a partir de los 7 años cuando comienza a subir notablemente la curva del conocimiento porcentual. Entre los 12 y los 14 años ya prácticamente todos se han enterado de la manera cómo vienen los niños al mundo.

Es importante notar que las encuestas fueron pasadas en el año 1968, y entre jóvenes que en aquel año oscilaban entre los 15 y los 20 años. Investigaciones y encuestas posteriores, tanto entre jóvenes de edades menores, como entre otros de la misma edad, pero con varios años de diferencia, nos han demostrado que la edad de la iniciación en estos conocimientos está descendiendo entre uno y dos años.

Hay una diferencia notable entre la opinión popular y las respuestas de los jóvenes encuestados. Desde el punto de vista educativo, se está dando en muchos casos un fallo fundamental, por el desconocimiento de la realidad. Muchos educadores —padres y maestros— juzgan —o al menos así lo expresan— que los niños ni conocen ni se interesan por estos interrogantes. Sin embargo, los niños —ya jóvenes— nos confiesan que se enteraron a edades muy tempranas.

La respuesta a esta dualidad de criterios nos la dan los mismos jóvenes. La información que buscaban la encontraron en primer lugar entre los amigos, y un porcentaje también muy alto en conversaciones escuchadas a personas mayores, o en su propia reflexión sobre cosas vistas u oídas, y en libros. Mientras que los padres y educadores ocupan un lugar muy secundario como fuentes de información, es el confidente, el grupo de amigos que se retira a una esquina, el libro o la revista del papá, o el diccionario, los que proporcionan al niño los pocos y deficientes o distorsionados conocimientos que puede obtener.

Pero, ¿cómo se origina esa dualidad de conducta: ignorancia e indiferencia para hablar de ello con los padres y educadores, y ansiedad a veces morbosa de conocer en otras fuentes? Según los propios jóvenes, en la falta de confianza hacia los mayores, que ha tenido su inicio en la prohibición de tratar estos temas con ellos, o en el disimulo de los mayores cuando se hacen tales preguntas, o incluso en el engaño, al dar respuestas que no se ajustan a la verdad, o no dejan satisfechos. El niño, por consiguiente, busca en adelante una persona que no se ruborice al hablarle, y que le ofrezca garantías de sinceridad.

EDUCACION SEXUAL: II "LA DESMITIFICACION DEL PADRE"

En la iniciación de los niños en el proceso de la vida se dan dos pasos, separados de ordinario. Primero se enteran de que la mamá es quien les trae al mundo, conocimiento que, como veíamos antes, les llega con anticipación a lo que creíamos. Ese descubrimiento, que para muchos es sorpresivo e insospechado, les suele producir un mayor cariño y agradecimiento a su madre, a la vez de mayor respeto por ella.

Poco después descubren que su papá no es sólo el que se preocupa por lo económico de la familia, el que les reprende, castiga y exige, sino que tiene una importancia trascendental en sus vidas. Descubren que su padre es verdaderamente su padre, es decir, que ha intervenido para que esté en este mundo.

Por las encuestas realizadas entre los adolescentes, vemos que entre los 6 años y los 14 ya se han enterado del papel del padre en la generación entre el 85% y el 95%, con pequeñas oscilaciones según los ambientes. Y, lo que podía parecer más extraño, no hay diferencia entre varones y señoritas, sino que se enteran por igual a las mismas edades.

Con este descubrimiento se origina un cambio radical en las relaciones afectivas de padres e hijos, mejor dicho, de los hijos para con sus padres. A veces se exteriorizan, otras veces queda en lo íntimo de la conciencia de los jóvenes. Pero es casi imposible que no se refleje en el comportamiento para con sus progenitores. Decía que el saber que sus madres les han traído al mundo les acerca sentimentalmente a ellas. ¿Sucede lo mismo con sus padres, al saber que ellos han intervenido en su venida al mundo?

He titulado este artículo "La desmitificación del padre". Para el niño ignorante de que su padre es su padre, éste representa un ideal de trabajo, de abnegación, de rectitud, de sacrificio —siempre que la familia esté bien constituida, y haya calor de hogar, una cultura básica, y medios de subsistencia mínimos—. Si el niño adquiere los conocimientos sobre el origen de la vida, en un ambiente de delicadeza y respeto, el enterarse y reconocer a su padre le produce una gran alegría, un enorme respeto y agradecimiento; le acerca afectivamente a su progenitor; se siente vinculado a él más íntimamente.

La mayoría de los jóvenes nos confiesan que se han enterado de este hecho en la calle, en grupos, en revistas inadecuadas. Este conocimiento se ha visto envuelto de un halo de misterio, de clandestinidad, de morbosidad, de malicia y picardía. De esas cosas no se puede hablar en público, ni decentemente, sino a escondidas; por lo tanto, son malas. El que las hace es una persona inmoral, indecente. Tal vez ellos mismos lo han intentado hacer, y han sido sorprendidos, o corregidos tal vez de una manera inadecuada. Recordemos el comienzo de la película "La rebelión de los hippies", y la trascendencia de esas represiones en la vida de aquel joven, y en su relación con sus padres: desprecio a la madre y odio al padre.

El mito que se había formado de su padre, se derrumba de repente. De ser admirado e imitado, de sentirse orgulloso de él, de considerarlo como un ideal, pasa a ser una persona que hace cosas indecentes, que abusa, oprime, rebaja a su esposa —la madre del joven—. El padre queda degradado en el concepto del hijo; la madre, o es considerada como víctima compasible, o es despreciada juntamente, como cómplice del padre. Si a éste añadimos otros problemas de incomprensión entre padres e hijos, tendremos esa rivalidad entre ellos, tan frecuente en los hogares. Es cierto que el joven va madurando poco a poco, y llega a una comprensión de la sexualidad y de la función paterna, pero el camino es largo y doloroso, sembrado de espinas, regado por lágrimas y sangre. Bastaría leer algunos relatos y confesiones que añaden los jóvenes en sus encuestas—. ¡Qué distinto, qué hermoso, el hogar en que los hijos van descubriendo a sus padres con respeto, amor y santidad!

EDUCACION SEXUAL: III "EL PAPEL DEL AMIGO"

Entre los jóvenes encuestados, solamente del 1.5% al 6% han tenido de sus padres los primeros conocimientos del origen de la vida humana, tanto en lo que respecta al nacimiento por obra de la madre, como en lo que se refiere a la parte del padre en la generación. Entre las señoritas la situación es algo menos mala, pero está aún muy lejos de lo que debe-

ría ser, pues oscila entre un 3.6% en los medios departamentales y rurales, y un 16.4% en la capital, las que lo han recibido de boca de sus progenitores.

Tampoco los diversos educadores han llenado de hecho la laguna de ignorancia y curiosidad que se le presenta al niño, ya que únicamente un 10% a un 21% de los jóvenes han sido instruidos por sus educadores, y un 4% a un 16.2% de las señoritas.

De estas cosas no se habla —de ordinario— oficialmente, ni en la casa ni en la escuela o colegio. Es un tema prohibido. Se puede ofender la delicadeza, la sensibilidad, la conciencia, de los niños y niñas. Es un tema inabordable. Pero los niños tienen la natural curiosidad, como en cualquier otra ignorancia. Más aún, el ser algo prohibido y misterioso, acucia la curiosidad. Pero no se puede hablar en público, ni se tiene el valor, o la oportunidad, de consultar a las personas mayores. Y ahí es donde surge el confidente, el “amigo”, el que sabe un poco más, pero con el que se puede hablar sin pena, sin temor a sonrojarse, sin miedo a ser rechazado, porque se le tiene confianza, es de la misma edad más o menos, se le tiene simpatía, y se le admira porque sabe un poco más y lo comunica.

Del 33% al 49.8% de los jóvenes han recibido esos conocimientos en confidencias con amigos. del 36.8% al 49.3% de las señoritas, lo han sabido de boca de una amiga. Si se añaden otros que pueden ser considerados como amigos también, como son hermanos, primos, criados y criadas, más del 60%, en la mayoría de los niveles, se han instruido por medio de personas de confianza de su misma edad.

Otro medio importante de información lo forman los libros, revistas, diccionarios, buscados o adquiridos más o menos fraudulentamente, o a escondidas, prestados o sugeridos clandestinamente. De un 5% a un 10% lo han sabido de esta forma.

Decía que los mayores no hablan —por lo general— de estas cosas, oficialmente. Es decir, no afrontan el problema, o lo rehuyen. Pero, repito, “oficialmente”. Pues de estas cosas se habla, en la casa, en las reuniones de amigos o de la familia, en el teléfono, en los medios de comunicación. “Los niños —se dice— no oyen, o no le prestan importancia, pues no tienen aún esas preocupaciones; están entretenidos con sus cosas, con sus juguetes, con sus peleas”. Tal vez aparentemente estén entretenidos, o distraídos, y no prestan atención a las conversaciones exteriores. Ya han aprendido muy bien a disimular. Cuando se habla de estas cosas, siguen con lo que están haciendo, pero prestan gran atención a lo que se dice. Rehusan marcharse, alegando mil excusas. Del 8% al 23.5% lo han sabido por conversaciones escuchadas a personas mayores. Y si añadimos un 5% a un 10% que lo ha obtenido por propia reflexión, sobre datos adquiridos muchas veces en esas conversaciones, veremos que los niños sí oyen, y los mayores sí hablan de estas cosas, aunque no “oficialmente”.

No pretendo culpar a nadie, ni de irresponsabilidad ni de negligencia. Muy bien sé que ellos mismos no han sido instruidos en estos temas por sus padres y educadores, que ellos mismos no estaban preparados para dar esta educación, que no eran conscientes de su responsabilidad ni del daño que se podía hacer. Pero el daño se ha hecho, quizás con la mejor voluntad. Lo que importa hoy es tomar conciencia de nuestra responsabilidad, y poner remedio urgente, para que este mal no siga adelante. Hay que sanear la juventud, y de raíz, quitar la malicia y defender la inocencia.

EDUCACION SEXUAL: IV "COMPAREMOS"

Continúo con la parte informativa y de comentario a las respuestas recibidas en la encuesta sobre iniciación sexual, entre los alumnos de los dos últimos años de educación media en toda la República.

A continuación de las preguntas sobre el origen de sus conocimientos sobre la venida al mundo, tanto de la procedencia del seno materno, como de la colaboración del padre en la generación, formulábamos la siguiente pregunta: "Esa manera de enterarse le produjo un efecto —o impacto—: muy beneficioso, beneficioso, perjudicial, o muy perjudicial?"

Resulta muy interesante comparar las respuestas. Si bien hay variedad, sin embargo hay ciertos rasgos típicos y característicos de diversificación. Como son muy diversos los caminos de información, y no podemos analizarlos todos, nos reduciremos a comparar los más significativos: los padres, y los amigos.

Cuando esas informaciones han venido de los padres, prácticamente nunca han producido un efecto muy perjudicial en los niños, y en un escaso porcentaje, que no excede el 25%, han sido simplemente perjudiciales. En los demás casos, o han sido indiferentes, o positivamente beneficiosos, en mayor o menor grado. En los rarísimos casos en que ha sido muy perjudicial, e incluso perjudicial, el conocimiento recibido de los padres, se ha debido, según el testimonio de los jóvenes, a una falta de preparación de los padres para esa tarea educativa, o a un imprevisto, que les abrió los ojos inesperadamente.

Si la información ha venido de los amigos, el panorama es muy diferente. El porcentaje de los casos en que la información ha sido perjudicial o muy perjudicial se eleva hasta llegar a veces a un 50%. Es muy elevado el número de casos en que ha sido indiferente, y se reduce considerablemente el porcentaje de beneficioso o muy beneficioso, que oscila entre un 15% y un 50%, según los casos y ambientes.

Si la información ha venido de profesores, casi no podemos hallar un índice regulador, ya que existe una gran diversidad. En unos casos ha sido beneficioso predominantemente, en otros ha basculado más el porcentaje hacia lo perjudicial. En general se puede decir que si el profesor —o profesora—, seglar de ordinario —ya que cuando han sido religiosos la información ha sido beneficiosa casi siempre—, es del mismo sexo que los educandos, ha sido beneficiosa la información, predominantemente. Pero si es —o ha sido— de distinto sexo, el porcentaje de casos perjudiciales, en mayor o menor grado, es bastante elevado.

En cuanto al otro factor importante de información, como son las conversaciones escuchadas a personas mayores, también existe una gran diversidad de efectos beneficiosos o nocivos, según el ambiente familiar o de sociedad en que vivan, y la delicadeza en tratar, o no, de estos temas, ante personas menores.

Considero que es necesario hacer una aclaración, en base a las mismas declaraciones de los adolescentes. Esta pregunta se presta a graves errores de interpretación, por no haber sido formulada, tal vez, con una claridad que elimine ambigüedades. Muchos jóvenes interpretan como un beneficio el hecho de enterarse del origen del niño, y los señalan como un efecto beneficioso, aun cuando esa manera de enterarse les haya traído problemas emocionales graves, y conflictos en sus relaciones con los padres. ¿Podemos, pues, catalogar esos casos como beneficiosos, o debemos incluirlos entre los perjudiciales? Según la interpretación que demos, variarán ambos porcentajes.

EDUCACION SEXUAL: V "EL REPUDIO DEL AMIGO"

A la pregunta de si creen que debería haber una persona encargada de revelar con claridad a los niños y niñas el origen verdadero de los seres humanos, la respuesta es afirmativa, se puede decir que por unanimidad, pues del 97% al 100% de los adolescentes dicen que sí. Estos adolescentes han recibido sus primeros conocimientos —y para muchos de ellos los únicos— de boca de sus amigos y amigas en su gran mayoría.

Un buen tanto por ciento de ellos dicen que esa información ha sido beneficiosa o indiferente, pues los que dicen que ha sido perjudicial son alrededor del 50%, según los diferentes casos. Al preguntarles, pues, quien debe ser la persona indicada para dar esa información, sería de esperar que los amigos se llevaran un porcentaje relativamente alto, y que estuvieran satisfechos de esos conocimientos recibidos de los amigos, y que les estuvieran agradecidos. Veamos qué es lo que responden los adolescentes.

Solamente del 0% al 1.92% afirman que deberían ser un amigo —o amiga, según los casos—, la persona indicada para dar esa instrucción. El resto se lo llevan aquellas personas que son las encargadas de la educación de los niños, principalmente los padres, que se llevan más del 50% de las respuestas, los educadores tanto de la inteligencia como de la moralidad de los niños.

La respuesta de los adolescentes es lógica y consecuente, ya que las cualidades que exigen en tales personas son: instrucción, sinceridad, moralidad, confianza, comprensión, claridad, discreción, seriedad, naturalidad, experiencia, veracidad, madurez, respeto, ...—y este mismo orden, más o menos, según los diversos medios—.

Decía que esta respuesta es lógica y consecuente, pues si examinamos las cualidades que los jóvenes exigen en las personas llamadas a informar en este punto tan delicado, nos encontramos que no cualquier persona las posee, y que son precisamente los padres y los educadores los que llenan las condiciones requeridas. Al reflexionar sobre las cualidades necesarias, llegan obviamente a la conclusión de que los amigos, a esa edad, no pueden llenar los requisitos, y son repudiados casi unánimemente.

Examinemos más a fondo las respuestas. Eran bastantes los jóvenes que afirmaban que la información recibida de sus amigos había sido muy beneficiosa, o beneficiosa, o indiferente, al menos. ¿Por qué, pues, no pasa del 1.92% el número de los que afirman, en el mayor de los casos, que debe ser el amigo el llamado a informar? Será que al tener que contestar esta pregunta, posterior a aquella, reflexionaron mejor? Mi opinión es que muchos de ellos consideran como beneficioso el hecho de haberse enterado, sea del modo que sea, pero ven que no es el modo mejor de enterarse, el del amigo, y desearían que hubiera sido diferente. Son conscientes del mal que el amigo hace, muchas veces sin mala intención, al descubrirles un mundo de misterio, de sugestión, de curiosidad, del que no se puede hablar, del que los mayores les apartan, poniéndole malicia, obsesión, picardía, cuando debería ser lo más noble, decente y respetuoso.

El mal se está haciendo. Los jóvenes son conscientes de ello. Mi temor es que ese mal se siga haciendo, y precisamente por culpa de los que hoy son jóvenes, y tienen conciencia del problema, si es que no se deciden a actuar el día de mañana, cuando les toque su turno, como verdaderos padres y educadores. Ellos no tendrán la excusa de no haber sabido, de no haber sido conscientes del problema, de no haber sido preparados para ello. ¿Sabrá la juventud de hoy, en su madurez de mañana, tomar su

responsabilidad en este campo? No se puede improvisar. Hay que prepararse, si no se quiere ir postergando hasta cuando ya se llegue demasiado tarde.

EDUCACION SEXUAL: VI UNA AYUDA Y COMPLEMENTO

Hemos visto que, según las encuestas ya comentadas, un porcentaje ínfimo de jóvenes de ambos sexos habían obtenido los primeros y más elementales conocimientos sobre el origen de los niños por boca de sus propios padres. Varía algo entre la ciudad de San Salvador, los Departamentos y el campo, lo mismo que entre los colegios privados y los oficiales, pero siempre dentro de esos márgenes estrechos. De todos modos, aun en el mejor de los casos, como es en el de las señoritas de los colegios particulares de la capital, no más del 16.4% ha recibido alguna orientación, —o simplemente alguna información sucinta— de parte de sus padres.

Podíamos pensar que en otros países, de más tradición, de mayor cultura, de mejor nivel económico, podía —más aún, debía— ser diferente. La película alemana "HELGA", nos indica que en ese país, más avanzado, más frío emocionalmente, más metódico, sucede lo mismo que en los ardientes y precoces países latinos. Lo mismo que por aquí, los niños y los jóvenes obtienen sus conocimientos sobre la vida en los grupos de amigos, en los patios de los colegios, en las esquinas de las calles; de boca de otros amigos un poco más iniciados, en la lectura de revistas, en la búsqueda de los diccionarios o libros de medicina, en la caza de conversaciones de las personas mayores.

La película "HELGA", que va a ser exhibida próximamente, será una ayuda extraordinaria, un complemento necesario, en la educación sexual, en la prevención de errores, morbosidades y malicia, en lo que respecta al tema más hermoso, poético y sagrado, como es el del origen de un ser humano. De modo estrictamente científico, delicado y respetuoso, explica todos los procesos y misterios de la biología genética humana. Los mismos desnudos que aparecen, en el ambiente científico y educador, están privados de toda morbosidad excitante, de toda curiosidad malsana.

El problema del control de la natalidad lo trata con visión científica, respetando los principios morales y la conciencia de los interesados. Con todo, da la impresión de favorecerla, tanto por un par de frases claves, como por la tonalidad general de la película. Si bien puede ser discutible esta conclusión. De todos modos, la película es positiva y sumamente útil.

Todos los padres de familia deberían ir a ver este film, junto con sus hijos que ya estén con la problemática de la pubertad. En esta película pueden completar la instrucción que les hayan dado, o suplir la que no les hayan impartido. Además, podrán aprender mucho ellos mismos, para poder educar bien a los hijos menores, y a los futuros hijos. Muchas veces los padres de familia, los educadores, quieren instruir y educar, pero, o no es atreven, o no están preparados, o no hallan palabras ni ayudas adecuadas.

Los jóvenes tienen mucho que aprender en esta película. Muchas veces creen que ya lo saben todo. Verán cómo no es así. O no lo saben científicamente, ni de modo digno. Otras veces saben nada más lo esencial, y no encuentran cómo ampliar o profundizar los conocimientos. Algunos varones pueden encontrar falta de interés personal en breves partes de la película. Si llegan a comprender lo dura y hermosa que es la

maternidad, y les ayuda a admirar, estimar y respetar más a la mujer en su misión, lograrán ser unos esposos y padres más responsables, más cariñosos, más comprensivos, más felices.

El cine, con esta película, cumple una de sus principales misiones: la educación de las masas.

DESNUDEZ DE CUERPO — DESNUDEZ DE ESPIRITU

El semanario austríaco "Die Furche", en su número 18 del año 1966, publicaba un artículo titulado "Die Sexualität als Zeitproblem" ("La sexualidad como problema de nuestro tiempo"), por el doctor Franz Ritschl. En dicho artículo estudia el Dr. Ritschl la realidad actual de dicho fenómeno, sus causas, consecuencias, y posibles soluciones. Se ha pasado repentinamente de un extremo al otro: del máximo pudor en este campo, de la mayor reserva, a la mayor libertad y naturalismo. Para llegar, quizás más adelante, por el diálogo y esfuerzo de todas las tendencias ideológicas —o espirituales—, a un punto medio, a un enfoque humanístico de la sexualidad.

Ante este problema, que tiene preocupados no solamente a los dirigentes espirituales, sino aun a los sociales, psicológicos, y políticos, el Dr. Ritschl examina las causas del fenómeno, para llegar a la conclusión de que hay dos causas principales: la falta de orientación metafísica en la vida actual, y la prosperidad económica.

La prosperidad económica trae consigo mayor abundancia de dinero, con el que todo está al alcance de la mano, y los placeres se hacen más refinados; y hay también una mayor disponibilidad de tiempo libre. Mientras no se sepa emplear convenientemente el tiempo libre —dice—, sigue en vigor el dicho: "el ocio es el origen de todos los males".

Por otro lado, le falta al mundo actual una orientación filosófica, metafísica. El hombre actual, en su generalidad, está vacío de pensamiento, de espíritu. Más aún, la prosperidad material, el sentido del bienestar, conducen naturalmente —y más en esa vaciedad filosófica— a un ambiente de materialismo, impregnado de pansexualismo. En el mismo campo filosófico se ha pasado a un total subjetivismo y relativismo, como criterio normativo e incluso moral. Esta tendencia ha invadido incluso el campo religioso y cultural, liberalizando el Eros hasta tal punto que la clave exclusiva del éxito, aun para las creaciones más elevadas del espíritu, como son el arte y la literatura, es el reclamo y la propaganda de la sexualidad. Como medio fácil de llenar el vacío interno, se ofrece la sexualidad, —dice el Dr. Ritschl—.

Es importante constatar un hecho: el erotismo exacerbado, manifestado en la desnudez y el exhibicionismo, es un producto de exportación de países de gran desarrollo económico, a la vez que de gran vacío filosófico. Esos pueblos, que antes nos exportaban cultura, ahora nos exportan erotismo. Cuando hay desorientación filosófica, vacío espiritual, surge la carne como sustitutivo; se acorta el vestido por arriba y por abajo; se muestra lo que se tiene; no hay más. No se puede influir por la idea, no se puede dominar por el pensamiento, se intenta dominar por el instinto. Este fenómeno se manifiesta particularmente en la propaganda que, en un elevado porcentaje, es una explotación degradante del instinto sexual.

Es un sentir común, porque se funda en la misma dignidad humana, el sentido del pudor, de la decencia. Cuando una persona es exhibicionista, ligera de ropa, ostensiva, se la tiene por persona ligera, vacía. Una persona profunda, seria, llena de espíritu, no anda exhibiendo su cuerpo;

quiere influir por sus ideas, por su espíritu. Cuando faltan los argumentos, se recurre a la violencia. Cuando falta el espíritu, se recurre a la carne. Toda persona lleva dentro de sí un instinto de dominación. A toda persona le gusta influir en los demás, dominar, impresionar. Si no se puede influir por las ideas, por el espíritu, se busca el impresionar por la carne.

En nuestros países, por dicha, no se ha llegado aún a ese exhibicionismo morboso. Tal vez sea por influjo de convenciones sociales o criterios religiosos; tal vez por no haber alcanzado esa prosperidad económica; tal vez, Dios lo quiera, porque no hay ese vacío de espíritu, porque aún hay una orientación y una vivencia filosófica y religiosa. Pero no podemos vivir de rentas indefinidamente. El bienestar va a llegar, tarde o temprano y, con él, esa corriente materialista y pansexualista. Tenemos que dar a las nuevas generaciones una profundidad de espíritu, tenemos que darles una filosofía que los oriente, los llene, y les ayude a enfrentar esa crisis.

LA EXPLOSION DEMOGRAFICA

Intimamente relacionado con la educación sexual está el problema demográfico actual, que se dice que es explosivo. Sin duda, la educación sexual íntegra debe contemplar este aspecto, pues la sexualidad humana tiene repercusiones de índole nacional y universal.

Por esta razón, voy a transcribir algunos de los artículos que he publicado en torno al problema demográfico.

"Un dato olvidado"

El tema de la explosión demográfica, y de la limitación de los nacimientos, es el problema y el tema de moda. Rara será la revista, el periódico, o la publicación, que no afronte el tema repetidas veces, y según diversos puntos de vista. Es el tema de conversación obligado en cualquier reunión seria. Se habla de ello más que de la guerra del Vietnam o del Cercano Oriente. Y con razón, al menos aparente. La guerra interesa principalmente a los beligerantes, y a las naciones comprometidas en alguna forma. Para los demás es un objeto de curiosidad, o de compasión hacia algo ajeno o extraño. Pero el problema de la explosión demográfica preocupa a todos, por encontrarse todos afectados por ella, en una u otra forma.

Conversando acerca de este problema con un buen amigo, me hizo caer en la cuenta de que en su planteamiento se omite un dato, que, naturalmente, falsea el resultado. Si no se lo tiene en cuenta, la solución que se pretenda darle probablemente no será la más acertada. Y este dato, sustancial en el planteamiento del problema, se omite siempre. Supongo que será por olvido, por falta de reflexión. De lo contrario, sería mala voluntad, e interés creado en engañar, o en presentar falseado el hecho.

Mi crítica no es ni filosófica ni moral. Es cuestión únicamente de honradez científica. Por ello hay que exigir un planteamiento íntegro del problema, antes de dar soluciones, o de proponerlas. En este artículo no estoy ni en favor ni en contra de la explosión demográfica, ni en favor ni en contra de una restricción de los nacimientos. Eso es otro problema. Ahora sólo quiero aportar una ayuda en el enfoque del problema, para verlo con realismo.

Se habla de tasas de crecimiento de la población en los diversos países, en las diversas regiones, y en el mundo. Se hacen estudios comparativos del tiempo que tardó en el pasado en duplicarse la población, el tiempo que tarda ahora en duplicarse, y el tiempo que tardará en el futuro. Y en base a esos estudios estadísticos comparativos se predice la población en plazos de tiempo determinado, si continúa el ritmo actual de crecimiento de la población. Pero ¿es que en realidad va a seguir ese ritmo?

Nos encontramos actualmente en un estado, o situación, anormal, respecto al crecimiento de la población. La población actualmente aumenta más que en períodos anteriores. Es un hecho. Analicemos la causa. ¿Es que ha aumentado proporcionalmente el número de nacimientos? No. Se mantiene igual, o un poco menor. ¿Entonces? Lo que pasa es que, debido al progreso de la higiene y de la medicina, ha disminuido la mortalidad infantil, y se ha prolongado la vida. Así, pues, el aumento de población actual se debe, no a que nazcan más, sino a que mueren menos. Estamos en ese período de cambio de una a otra situación.

Por eso, este tiempo no es un índice rector para estadísticas ni para conclusiones. Es un período anormal. Ahora están muriendo menos personas, proporcionalmente. Pero esa situación se va a normalizar, pues los hombres de ahora no son inmortales.

No tardará en llegar el período en que esos hombres, que hubieran muerto antes en condiciones peores, y que aún viven —lo cual explica el actual crecimiento rápido de la población—, también llegarán a la tumba, con lo que se estabilizará definitivamente la población y su crecimiento relativo.

En vistas a ese período de tiempo futuro, y a esa situación estabilizadora de la población, en la que no estén retrasadas momentáneamente las defunciones, se han de hacer los estudios, las estadísticas, y las conclusiones, si no queremos dar una solución falseada de un problema que no se ha planteado realísticamente. No se pueden tomar como base los datos sacados de una situación transitoria y anormal, como es la presente.

"En torno a la Encíclica"

Parece ser que ya se han callado las voces y los comentarios acerca de la última encíclica del Papa, sobre el control de la natalidad. Pocos documentos han suscitado una discusión tan amplia, lo cual prueba que el problema es vital. Se han agotado todos los argumentos en pro y en contra. Hoy escribo, no para tomar ningún partido en la polémica, sino para comentar el enfoque que se le ha dado.

¿Qué es lo que realmente ha pasado con la Encíclica? Nada. Ni se ha avanzado, ni se ha retrocedido. El Papa ha sostenido la posición de siempre. Se habla de desengaño, de retroceso. Y no es cierto. Es verdad que no se ha liberalizado la solución del problema, pero tampoco está hoy más estrictamente prohibido que antes. Si muchas personas esperaban otra orientación más amplia, y eso les había dado pie para adelantarse en lo que esperaban, no por eso se puede hablar de que se les haya defraudado, sino, a lo más, subjetivamente. Las cosas han quedado como antes de la Encíclica, los problemas hay que enfocarlos del mismo modo, y hallarles la misma solución que antes de ella.

Se habla de que con la Encíclica se agrava seriamente el problema de la demografía mundial. Creo que no es exacto. Realmente los católicos somos minoría, no llegamos siquiera a la sexta parte de la población

mundial. Los pueblos que no son católicos, que son la mayoría, y los que de verdad están más agobiados por el problema demográfico, no creo que se inquieten mucho por la decisión pontificia. Aun cuando todos los católicos siguieran las directrices del Papa, el problema no sería de trascendencia mundial, a no ser que se quieran mezclar pretensiones políticas.

Sigue estando en pie, con todo, el problema, en lo que respecta a una parte grande y extensa de la humanidad, como es Latinoamérica entera, que se confiesa católica, y que está en vías de desarrollo. Pero el caso es que en estos países, con escasas excepciones, el problema demográfico se ha exagerado, ya que son países despoblados, en los que lo que más hace falta es mano de obra cualificada para explotar las riquezas fabulosas que poseen, y que permanecen inertes. El problema del desarrollo, decía el Dr. Carlos Rodríguez, Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional de El Salvador, en su intervención en el forum que se tuvo con ocasión de la inauguración de la película "NACER O NO NACER", no está en el control de la natalidad —pues este fenómeno, a lo más, agrava o alivia ligeramente el problema—, sino en la inversión y justa distribución, en la creación de riquezas, en la ayuda verdadera y desinteresada al desarrollo de estos pueblos.

Entre los países que se pueden ver más afectados con la nueva Encíclica, se encuentra El Salvador, debido a su fuerte densidad de población. Pero no nos dejemos influir fácilmente por la primera impresión. Según las estadísticas oficiales, las dos terceras partes de los niños que nacen en el país, nacen en un hogar no constituido, no estable. Sus padres no forman una familia, no están casados ni siquiera civilmente. La mayoría son fruto de uniones pasajeras.

La Encíclica habla de paternidad responsable. Hay organismos empeñados en el mismo fin, y en una solución de trascendencia nacional. Es preciso limitar o disminuir el número de nacimientos de criaturas no protegidas por una familia. El artículo 179 de la Constitución Política de El Salvador define que la familia es la base fundamental de la sociedad, que debe ser protegida especialmente por el Estado, el cual dictará leyes y disposiciones necesarias para su mejoramiento, para fomentar el matrimonio, y para la protección y asistencia de la maternidad y de la infancia, etc. Y en el artículo 180 define que todos los hijos nacidos dentro o fuera del matrimonio, tienen iguales derechos en cuanto a la educación, asistencia y protección del padre. Si se hace cumplir la Constitución, si se fomenta la familia, si se exige la paternidad responsable, y que el padre se responsabilice verdaderamente de los hijos que procrea, esa campaña obtendrá el esperado fruto de una alta disminución de la natalidad, a la vez que es más humana y más digna.

"¿Hay alguna solución al problema demográfico en El Salvador?"

Cuando se habla, o se escribe, de problema demográfico en América Latina, puede uno quedarse escéptico. Es cierto que el problema del aumento de la población es grave, dado el subdesarrollo de estos pueblos, pues casi anula el crecimiento de la producción. Pero si se consideran las cifras absolutas, o la densidad de población, fácilmente se inclina uno a pensar que la solución va por el desarrollo, o por los cambios radicales, y no precisamente por una disminución del incremento de población.

He estado una temporada larga en América del Sur, y me dolía ver esas enormes extensiones de terreno, casi deshabitadas, mientras en El Salvador casi no cabemos. He asistido a un curso de demografía en Uru-

guay. El problema se enfocaba muy bien, y se dieron soluciones dignas, pero que no se aplican en este país, que es diferente de los demás en este aspecto. Salí del curso sin una solución. Pedía insistentemente una luz para ayudar a resolver nuestro problema. Esta idea me ha obsesionado durante dos meses. He leído. He consultado. He reflexionado. He examinado las diversas posibilidades. Creo que, al fin, he encontrado una solución

Después de una introducción, de planteamiento del problema, voy a examinar las diversas soluciones que se presentan. Terminaré exponiendo la que creo que es viable.

El planteamiento de este problema no es a nivel individual, de cada matrimonio. Es cierto que cada pareja ha de planteárselo responsablemente, es decir, tiene que planificar su familia, y buscar los medios que estén de acuerdo a su conciencia y a las directrices de sus creencias. Pero la trascendencia del problema demográfico es de índole nacional, y no se agota con soluciones individuales. Menos aún por darse el hecho de que es una minoría la que tiene un hogar constituido, y la que enfrenta con responsabilidad la paternidad. Y las mayorías son las que incrementan la población. Se impone, pues, y con urgencia, una política de población a nivel nacional.

El Salvador actualmente tiene una densidad de población de alrededor de 170 habitantes por kilómetro cuadrado, según las estadísticas y datos de extensión territorial y de población global oficiales. Con un incremento anual de casi 3.5, nos encontraremos, de seguir así, con una densidad de población de cerca de 400 habitantes por kilómetro cuadrado para dentro de unos 25 años. Actualmente tenemos la densidad de población mayor en el continente.

Si esta población es hoy causa de muchos problemas, ¿qué pasará dentro de muy poco tiempo, de no encontrarse una solución eficaz a la vez que respetuosa de la dignidad de la persona humana? El desempleo irá aumentando. La criminalidad será cada vez más aguda. La inquietud social y política irá in crescendo. La construcción de escuelas y hospitales no dará abasto, por mucho que se las multiplique. La invasión de territorios será incontenible, de no organizar emigraciones planificadas, lo cual se convierte en una posibilidad cada vez más remota. La lucha por la supervivencia, y por escapar de la muerte, o por conseguir un pedazo de terreno donde construir una casa, puede ser enconada. La especulación será una tentación cada día mayor. La tecnificación de las empresas dejará cada día más gente sin trabajo. Los esfuerzos por el progreso quedarán eclipsados.

Se me podrá acusar de apocalíptico, tal vez. Sólo quiero formar una conciencia que ayude a buscar soluciones. Es responsabilidad del Gobierno, y de toda persona que tenga verdadero patriotismo e inquietud por el bien de los demás, el preocuparse seriamente por el problema, y el darle una eficaz y urgente solución. Ya hemos llegado tarde para una solución eficaz. Pero cada día que pase, el problema se hace más difícil. No podemos esperar; no lo podemos diferir, alegando que no está suficientemente estudiado, que hay cosas más urgentes. Cada día que pasa es más tarde, más difícil para el remedio, y más ardua la salida.

"La educación: solución ideal, pero..."

La educación es un largo proceso —tan largo que abarca la vida entera del individuo—, que trata de formar al hombre, de hacerle hombre. Un hombre lo es cuando es responsable. En esta cualidad pongo la meta

del ser humano, pues creo que encierra todas las otras características de la persona. Llegar a tenerla es el ideal de la civilización, y es una lucha constante del individuo consigo mismo. La formación de la persona, hasta llegar a la responsabilidad, tiene que comprender todos los aspectos y relaciones que la vinculan consigo misma, con sus semejantes, con el mundo, con la sociedad, y con Dios. Uno de los aspectos, del que no puede desvincularse, es su sexualidad, como parte integrante de su ser, de la que no puede prescindir, a la que tiene que formar e integrar, ya que tiene repercusiones hondas en su vida y en las relaciones antes citadas.

Para educar y formar la responsabilidad, habrá que formar y educar los elementos que la integran, como componentes y presupuestos, en un proceso ascendente, como he expuesto ya en otra parte de este libro.

El camino de la educación, en toda su amplitud y complejidad, no hay duda de que es el más digno, el más humano. Sería la solución al problema demográfico, como a cualquier otro, pues tendríamos verdaderamente "hombres" en toda la plenitud de la palabra, conscientes de sus obligaciones y responsabilidades, en todas las dimensiones. Tendríamos verdaderamente una sociedad. Sin embargo, la educación, como solución a nuestro problema demográfico, ya no es solución eficaz.

Cualquier proceso educativo, para que sea eficaz, tiene que iniciarse desde la infancia, antes de que se hayan creado hábitos o costumbres que lo entorpezcan. Además, en este caso, la educación a los adultos ya es tardía, después de que han contribuido de hecho al aumento demográfico. Por otro lado, el proceso educativo empieza a dar sus frutos después de muchos años; en el fenómeno que nos ocupa, cuando esos niños lleguen a la madurez y a la capacidad de procrear. Es decir, se notará si el proceso ha sido eficiente, al cabo de unos 20 años. Para ese entonces el problema será tan agudo, si no se han aplicado otras soluciones, que será inútil por tardío.

Pero examinemos más a fondo esta solución educativa. De hecho en el país hay más del 50% de analfabetos, a quienes no llega ningún influjo de la educación más elemental, menos aún de la educación sexual responsable. Y del casi 50% restante, que recibe alguna educación escolar, un porcentaje elevado sólo acude a la escuela los dos primeros años, lo cual imposibilita una verdadera educación que contrarreste notablemente el influjo ambiental y de ancestro. Es cierto que el Gobierno se esfuerza por abrir nuevas aulas, y extender la educación a todos los ciudadanos, lo mismo que algunas instituciones privadas. Pero la urgencia de una solución eficaz, me hace descartar la educación como solución del problema.

La educación es el camino más noble, más digno, más humano, y a la larga el más eficaz. Pero ya hemos llegado tarde. Hay que seguirlo, hay que apoyarlo e impulsarlo. Más aún, debe acompañar a todo otro sistema necesariamente. Pero hay que buscar uno de acción más rápida.

"El control de la natalidad???"

Ante un problema de tan difícil solución, tan urgente, es fuerte la tentación de una imposición coercitiva estricta, que obligue a los ciudadanos a una limitación forzosa, querida o no, del número de sus hijos. Se puede llevar a cabo esta política de población, o por medios directos, como en algunos países en los que se prohíbe tener más de un determinado número de hijos, después de los cuales se esteriliza a la mujer, o al marido; o por métodos indirectos, como pueden ser dificultades para conseguir empleo, restricciones en créditos, reducción del espacio de las viviendas, o algún tipo de impuestos, presión social, propagandas, etc.

Frente a tales métodos o soluciones, es lógico que se rebelen las personas, por juzgarlas un atropello a su dignidad, o a su libertad. Unos acusarán de ingerencias políticas o económicas foráneas, con razón o sin ella —no es el caso el juzgarlas aquí—. Otros, que serán todos los que piensen, y que sean verdaderamente hombres, se opondrán enérgicamente a semejante violación a la libertad y a la libertad de la persona humana. Ni como sacerdote, ni como cristiano, ni como hombre, puedo aceptar semejante solución, que considera al hombre como un objeto, o como un animal.

Pero examinemos fríamente la solución, para ver si sería eficaz. ¿Cómo se realizaría ese control de la natalidad? ¿En los matrimonios? De la población mayor de 15 años solamente el 28.1% están casados. Y los restantes, que son la mayoría, son los que verdaderamente incrementan la población.

Los médicos serían, junto con el personal sanitario y de enfermería, los que podrían llevarlo a la práctica. Pero no hay en el país personal adiestrado en número suficiente como para que la aplicación sea general. Ni tampoco todos se iban a prestar gregariamente a un tratamiento masivo.

Una gran parte de las madres no visita las clínicas o consultorios, ni llama a un médico para dar a luz. Esas escaparían al control. ¿No serán una cantidad tan grande que anule la eficacia del método a nivel nacional? ¿O se van a ir los técnicos en busca —y a la caza— de toda mujer que esté en edad fértil, para someterla a tratamientos de esterilidad?

Por último, la mayor parte de las mujeres, a quienes se les podría aplicar el control, llegan precisamente a los hospitales, o a los médicos, cuando van a tener el hijo, o cuando lo han tenido. Aunque entonces se las esterilice, el hijo ya nació, y de momento no disminuirá la población, a no ser que se recurra al vandalismo del aborto.

En resumen, el control de la natalidad, podría ser una solución, pero tenemos que rechazarla por inhumana, por indigna, y también por no creérla eficaz de hecho, dada la estructura social y cultural de nuestro pueblo, aun prescindiendo del rechazo popular grande por razones religiosas.

"Otras soluciones ineficientes"

Se podría, en teoría, hacer una campaña para retrasar la edad nupcial, e incluso apoyarla con una inteligente legislación indirecta. Sin embargo, la eficacia de esta solución es muy aleatoria. Y mucho más, dada la mentalidad machista. De hecho, lo que se conseguiría sería un aumento de hijos ilegítimos, abandonados, de abortos, o del negocio de los anti-conceptivos.

Lo mismo podríamos decir de una propugnación de la castidad y del celibato.

Ambos métodos, como factores de disminución de la población, sólo serían posibles si fueran acompañados de una educación profunda, y de una concientización y motivación eficaces, que son más difíciles de lograr, en nuestro ambiente, que cualquier otro método de responsabilización.

El horizonte se ve negro. Se van tapando todas las salidas, que creíamos valederas. El problema se hace cada vez más difícil y urgente. Pero...

"¿Tiene que haber una solución!"

De acuerdo con las estadísticas oficiales, en El Salvador casi el 66% de los hijos que nacen son ilegítimos. Este dato está muy de acuerdo con el otro de que el porcentaje de matrimonios en la población mayor de 15 años es de 28.1%. Es decir, el incremento de la población viene principalmente, de ese elevado número de hijos ilegítimos, que forman la mayoría del 3.5 de incremento anual.

No podemos ser tan ingenuos de pensar que todos esos niños son hijos de padres, abandonados a su suerte. Si bien es cierto que en todos los países de Latinoamérica —con raras excepciones tal vez— existe un régimen social matriarcal, es decir, la madre es la que sustenta a los hijos, y ve por ellos principalmente. Sin embargo, muchos de esos que en las estadísticas se consideran como hijos ilegítimos, lo son por el hecho de que sus padres no han formalizado legalmente su matrimonio. Pero de hecho viven en un hogar estable, en que hay amor, protección, educación; y si no se han casado sus padres ha sido por ignorancia, o por falta de recursos económicos, o por el fenómeno muy frecuente de que sienten más seguridad en la fidelidad conyugal mientras no estén "amarrados" legalmente.

No tenemos estadísticas que nos garanticen cifras exactas, ni siquiera aproximativas, sobre cuántos, de ese porcentaje de ilegitimidad, son hijos de hogares estables, y cuántos "de aventura", "de pasada", abandonados por el padre. Pero por el conocimiento que tenemos, por el contacto con la gente, sobre todo de los trabajadores sociales y de las personas que tienen algún contacto con el pueblo, sabemos que el número de hijos ilegítimos, en el sentido estricto de la palabra, es decir, sin padre, son muchos, y tal vez son más de la mitad de la cifra del 66% arriba citado.

Si logramos eliminar esa cantidad —o al menos disminuirla notablemente—, automáticamente bajaría el incremento de población de un 3.5 a un 2.2, o más bajo aún, lo cual sería ya un incremento bastante aceptable. Pero ¿cómo?

En la CONSTITUCION POLITICA DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR, de 1962, que es la vigente, hay dos artículos que constituyen la base legal para la acción. Ya he hablado antes acerca de ellos, pero ahora los quiero citar textualmente:

Artículo 179: "La familia, como base fundamental de la sociedad, debe ser protegida especialmente por el Estado, el cual dictará leyes y disposiciones necesarias para su mejoramiento, para fomentar el matrimonio y para la protección y asistencia de la maternidad y de la infancia. El matrimonio es el fundamento legal de la familia y descansa en la igualdad jurídica de los cónyuges.

El Estado protegerá la salud física, mental y moral de los menores, y garantizará el derecho de éstos a la educación y a la asistencia. La delincuencia de los menores estará sujeta a un régimen especial".

Artículo 180: "Los hijos nacidos dentro o fuera del matrimonio, y los adoptivos, tienen iguales derechos en cuanto a la educación, a la asistencia y a la protección del padre.

No se consignará en las actas del registro civil ninguna calificación sobre la naturaleza de la filiación, ni se expresará en las partidas de nacimiento el estado civil de los padres.

La ley determinará la forma de investigar la paternidad".

Con estos dos artículos de la Constitución, llevados a la práctica, tenemos medios más que suficientes para solucionar el problema demográfico, de una manera eficaz y urgente.

He pensado mucho, lo he discutido con diversas personas. ¿Por qué se ha de poner todo el remedio, todas las exigencias, exclusivamente en la mujer? ¿Por qué se les va a gravar siempre a ellas? ¿Se las va a considerar siempre diferentes del hombre: superior en unas cosas, inferiores en otras; con más obligaciones y más responsabilidades? ¿No es hora de que el hombre se responsabilice y afronte la solución del problema? Se instruye a la mujer, pero ¿qué se hace con el hombre? La Constitución, en sus obligaciones más apremiantes y trascendentales.

El problema tiene solución, tal vez, por el lado femenino: instruyéndola y dándole remedios para disminuir la natalidad; pero tiene otra solución: por el lado masculino: instruyéndole y responsabilizándolo.

Esta solución tiene base jurídica, si bien quizás no especificada en leyes positivas, pero sí sugeridas en el artículo 179 de la Constitución.

En el artículo 180 es al padre a quien se le responsabiliza de la educación, asistencia y protección, por igual, a hijos legítimos e ilegítimos. Si una persona mata a otra u otras, tiene pena, que puede llegar hasta la pena capital. Si una persona hiere, lesiona, roba, causa daños a otra, tiene penas sancionadas por la ley. ¿Cuántos son los niños que mueren, padecen, enferman, sufren, tienen hambre y necesidad, etc., porque su padre no ve por ellos, porque su padre no cumple con su fundamental deber que le es exigido por la Constitución? Esos padres son reos de esos crímenes y males, con el agravante de que es en sus propios hijos. Se les puede sancionar quizás incluso con la pena máxima, la pena capital.

Un hombre, ante la ley, será libre de procrear los hijos que quiera, pues el Estado no podrá intervenir en su conciencia; pero sólo a condición de que proporcione a todos sus hijos, por igual, la asistencia, educación y protección propias de su posición económica y social, y mínimas para un ser humano digno. Y, si no lo cumple, el Estado puede y debe exigirselo, aun coactivamente, o recluirlo y obligarle a trabajar, para cumplir con esas obligaciones para con sus hijos y para con la Patria.

Será precisa una campaña nacional, bien organizada, con técnicas modernas, para concientizar a todos los ciudadanos, en especial a las mujeres —que son las más oprimidas—, sobre sus derechos, obligaciones y responsabilidades. Algo, y muy eficiente, está realizando en este sentido la Asociación Demográfica Salvadoreña, con su propaganda de paternidad responsable y de fomento de la familia. Una campaña semejante, pero emprendida por el Gobierno, —que dispone de medios mayores y de mayor alcance—, y total, sería la primera medida. Tiene que ir acompañada de una adecuada legislación, que haga cumplir, por las buenas o por las malas, las obligaciones y responsabilidades de la paternidad. Sólo así será eficiente la solución. Pero apurémonos, no hay tiempo que perder!

CAPITULO NOVENO: EDUCACION CIVICA Y POLITICA

“La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos y religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz”.

(“Declaración Universal de los Derechos Humanos”, art. 26, 2).

Aunque a lo largo de todo este libro he tratado de la educación integral del hombre, y el hombre es un ser social, un ciudadano y un político, y los principios expuestos le tienen que orientar en su actuación en estos campos; sin embargo, no puedo omitir el destacar de una manera especial este aspecto fundamental de la formación del hombre integral que buscamos.

En diversas ocasiones y circunstancias me he visto obligado a comentar sucesos de trascendencia cívica y política. Esos comentarios, de actualidad en su momento, serán la base para este capítulo, que de ninguna manera trata de ser exhaustivo en la materia.

“LA CIVILIZACION”

La civilización no es una posesión ni una herencia; es un quehacer. Es un quehacer perpetuo, siempre inconcluso. El proceso evolutivo de la civilización de la humanidad y de los pueblos se está repitiendo cada día en multitud de elementos que cada día se integran a la sociedad, por el mero hecho de nacer, y que tienen que ir asimilando día a día las conquistas de la civilización, hasta poder integrarse plenamente en ella, para pasar a ser educadores de los nuevos individuos. Las naciones jóvenes, que no tienen una herencia tan rica en civismo, y las naciones en que la edad media de sus ciudadanos es muy joven, de tal modo que los jóvenes tienen un influjo decisivo en su historia, y que tienen que asumir puestos de responsabilidad antes de haber alcanzado su madurez cívica, son las que tienen que estar más atentas a las consecuencias de una civilización bien o mal orientada.

Como decía Vernón: “Hay una cosa peor que la falsa barbarie: la falsa civilización”. La finalidad de toda sociedad humana es apartarse de la barbarie, pero sin incurrir en algo que sería peor, menos humano: una falsa civilización, que despersonalice.

La línea divisoria es muy sutil, por eso el camino es muy difícil de seguir, y las desviaciones son muy corrientes. La historia de la humanidad está reflejada en esa línea de zigzag que va de la anarquía al estatismo o tiranía. O se exalta la libertad humana más allá de los justos límites condicionados dentro de la sociedad, basados en la falsa creencia de que el hombre es esencialmente bueno, y se llega así a la antítesis de Rousseau: “homo homini lupus” (“el hombre es un lobo para el hombre”), desembocando en una anarquía manifiesta, o en un liberalismo exagerado, en

el que impera la ley del más fuerte, tanto entre individuos, como entre sociedades y entre naciones, o entre la sociedad y el individuo. O se pasa al otro extremo: de considerar al individuo en función de la sociedad, que le es superior y anterior, y a quien el individuo está sometido, para desembocar en la tiranía o en el estatismo, ya sea racista o comunista. La historia de cada uno de los pueblos, lo mismo que la de la humanidad, es un continuo ir y venir de uno a otro extremo. El solo hecho de declinar a un extremo obliga a esos virajes bruscos y sucesivos. La anarquía engendra una reacción antitética: la tiranía —del individuo o del partido—. Y la tiranía da a luz, como reacción, a una nueva anarquía.

La base de toda civilización es el respeto a la dignidad de la persona humana. La civilización no es sino el camino para que el hombre se realice más plenamente. La herencia de toda civilización son las conquistas que el hombre ha obtenido frente a la barbarie individual y social, allanándole el camino para mejor realizarse, para mejor convivir. Todo paso que se aparte del respeto a la dignidad humana es un retroceso, es un retorno a una nueva barbarie, peor aún, a una falsa civilización.

Es un atropello a la dignidad humana, y una falsa civilización, todo lo que despersonalice al hombre, y lo convierta en un número más, en un objeto de experimentación, en un instrumento de la sociedad. Es una falsa civilización el crear una burocracia asfixiante, que obstaculice o imposibilite la realización de las necesidades más básicas de la vida.

La misión del Estado es velar por la civilización, es decir, por la realización del hombre como hombre. Así como es nocivo para la civilización una intervención desmedida del Estado, que suplanta al individuo; así también es nociva una abstención del Estado, invocando un principio exagerado de libertad, basado en una supervaloración de la bondad humana, que llevará al abuso del fuerte sobre el débil, tanto del fuerte como individuo, como el fuerte como sociedad.

La civilización tiene que ser humanista. Y el hombre es un compuesto de espíritu y materia. Es un atentado contra la civilización el considerar al hombre sólo como espíritu; este hombre no existe. Pero no es menor atentado el considerar al hombre sólo como materia, y el negar sus relaciones con Dios; ese hombre tampoco existe.

“EL SENTIDO DE LA VIDA”

En estos momentos de crisis y desorientación, tanto individual como nacional e internacional, creo que es conveniente reflexionar sobre el sentido de la vida. Y sobre el sentido de la muerte. ¿Vale la pena el perder la vida? ¿Vale la pena el conservarla? ¿Es la vida un valor supremo?

Albert Camus, en su drama “Calígula”, pone en boca de Cherea, ministro de Calígula, y sentenciado a muerte por el tirano, las siguientes palabras: “Perder la vida es poco, y tendré el valor de perderla cuando sea necesario. Pero ver disiparse el sentido de esta vida, ver desaparecer la razón de nuestra existencia, esto es lo insoportable. No se puede vivir sin una razón”.

Para Cherea, lo mismo que para los hombres nobles de todos los tiempos, la vida es, sí, un valor, pero no un valor supremo, que haya que subordinarlo y sacrificarlo a cualquier otro valor. Para ellos, la vida vale cuando le ven un sentido, una razón, en vivir. Pero es un valor positivo. Y hay que tener también una razón positiva y válida para perderla.

Vivir la vida sin una razón, no tiene sentido. Pero perderla, también sin una razón, sin un sentido, sin una misión en este mundo, sin un ideal, no es propio de hombres, es degradarse hasta la materia, hasta lo animal. Perder la vida sin motivo, por una razón baladí, que no compensa el valor que se pierde, tampoco es de hombres. Es no juzgar dignamente los valores, o es una cobardía en afrontar los problemas, y no ser lo suficiente hombre para solucionarlos. Se los huye, pero no se les pone remedio.

Estos principios valen, tanto para los individuos en particular, como para una sociedad o una nación. Tanto el individuo como la sociedad tienen que tener una razón para vivir, una razón para morir. Una razón, un sentido, que compense los bienes que se tratan de adquirir, y que compense los bienes adquiridos que se pierden o se arriesgan. Solamente así tendremos individuos y sociedades verdaderamente humanas.

Un individuo, un pueblo, que superestima la vida, como supremo valor; que prefiere llevar una vida indigna de un hombre, o de una sociedad, que teme arriesgar las adquisiciones que tiene, aun a costa del ideal humano o social, es un envejecido, muerto al espíritu, materializado, anquilosado, deshumanizado, pues el hombre es a la vez materia y espíritu.

Un individuo, un pueblo, que no valora la vida, que la arriesga y la pierde, sin apreciarla, por un motivo desproporcionado; o es un cobarde, o es un primitivo, que no ha alcanzado la madurez social y humana. Habrá que ayudarle, a veces incluso con la coacción, a llegar a esa maduración que exige la convivencia con los demás.

El momento histórico que vivimos es paradójico. Por un lado, el resurgimiento económico de la postguerra ha materializado a los individuos y las sociedades hasta tal punto que están satisfechos con su vida, a veces sin razón, y hay pocos que estén dispuestos a dar su vida si es necesario, y se contentan con vivir sin una razón, sin un sentido. Por otro lado, la vida se aprecia menos, y se pierde también sin una razón, sin un sentido; y no por algo que valga la pena. Se es hoy en día más cobarde, o más primitivo. El mundo, la sociedad, se han deshumanizado.

Tenemos la vida, que es un valor positivo. Mientras no tengamos una razón para perderla, tal que compense el bien que se pierde, tenemos que buscar una razón para vivirla, para vivirla con sentido.

“EL ABORTO LEGAL”

Estamos celebrando el “DIA DE LA MADRE”. Una de las fiestas más bellas. Es el canto al amor desinteresado. Un pequeño reconocimiento de lo mucho que de nuestra madre hemos recibido.

Este año la fiesta se ha empañado con una noticia aparecida en los diarios hace unos días: en un país de Europa —poco importa para el caso el país que sea— se ha legalizado el aborto. En los próximos años habrá muchas mujeres que ya no podrán celebrar el “día de la Madre”, al menos con la cabeza en alto, con sano orgullo. Habrán perdido su máximo galardón, lo que más las realiza en la vida. No podrán besar a sus hijos, ni recibir de ellos el cariño y el agradecimiento. No oirán decir: “¡felicidades, madre, y gracias!”. Pero dejemos a un lado los romanticismos, a pesar de que en ningún caso como en el presente se justifican, y adentrémonos en el problema.

¿Cómo es posible que un cuerpo legislativo legalice el aborto? El está constituido para definir, legalizar, y hacer cumplir, la justicia. Si

es verdaderamente democrático, y expresa la voluntad del pueblo, es que ese pueblo que lo pida está corrompido, y los legisladores tienen la misión de orientar al pueblo, y de enseñarle la verdadera justicia. Si es autócrata, aparte de ser injusto, ese acto es el mayor atropello que han podido cometer contra la dignidad del pueblo, y la mayor traición a su misión.

¿Con qué derecho legalizan el aborto? ¿Quién tiene autoridad, o poder de decisión, sobre la vida de otra persona? Se duda, se discute, si el Estado tiene derecho sobre la vida de sus súbditos, cuando atentan gravemente contra el bien común. Por eso son muchos los pueblos que han abolido la pena de muerte.

Si se acepta que el Estado tiene derecho a quitar la vida al culpable, cuando sus delitos o actos positivos atentan gravemente contra el bien común, habrá que castigar al verdadero culpable, en pena del delito cometido. ¿Qué culpabilidad tiene el niño sin nacer? ¿Qué delito puede haber cometido? ¿Contra qué bien común habrá atentado? Está ahí sin culpa suya, sin habersele consultado. Si hay que castigar a alguien, más bien habrá que castigar a los padres, que son los culpables, o los responsables, de su existencia, y de un posible —aunque inconsciente e involuntario— atentado contra el bien común, o contra el bien particular de una persona.

En el derecho actual, a no ser que no sea ni derecho ni justicia, no se condena a nadie sin hacerle antes un juicio. ¿Sólo cuando se trata de un inocente se suprime esta "formalidad"? No se condena a nadie sin darle oportunidad de defenderse al acusado —mejor dicho, al inocente—. ¿No es éste el mayor atropello, la mayor burla, a la ley, a la justicia, y realizado precisamente por los que tienen como profesión el defender la justicia?

Y ¿quién es el juez de esta parodia? Una persona que será muy experta en su ramo, pero que no sabe, o no es especialista, en leyes y en derecho: el médico. Esos tales legisladores delegan su autoridad en un cuerpo ajeno a esa profesión, incapacitados para cumplirla. Si los médicos aceptan ese cometido, traicionan a su juramento hipocrático, que les obliga a salvar y defender la vida, y no a destruirla. Si se les impone, se les obliga a traicionar a su profesión, y tienen que clamar por sus derechos y obligaciones, y salir en defensa de la vida, y de los seres indefensos.

Aún se escucha el clamor y la indignación por los atropellos a la persona humana, cometidos durante la dominación nacional-socialista. La sangre vertida en los campos de exterminio, la eliminación sistemática de los individuos, la experimentación con seres humanos, aún nos aterra. Y ¿qué diferencia esencial hay entre aquellas aberraciones y la presente? Los motivos son los mismos, o semejantes: eugenesia, superioridad de raza o de generación, estética, eliminación de los débiles...

¿Es esto un progreso, un signo de avance, una manifestación de la cultura y de la civilización? Si eso es cultura y civilización, volvamos a la selva y a las cavernas, donde dominan los instintos, la ley del más fuerte, pero con más sinceridad, con menos cinismo e hipocresía.

“EUTHANASIA”

Es una palabra griega, que significa practicar una muerte buena. Enmascarada de compasión unas veces, de barbarismo, otras, se ha practicado desde los comienzos de la humanidad. En las guerras se remataba a los heridos. En la paz se exterminaba a los viejos y a los enfermos.

A medida que iba avanzando la cultura y la civilización, ha ido desapareciendo, por la reflexión sobre la dignidad de la persona, los derechos humanos, y la conciencia de que el hombre no tiene derecho sobre la vida y la muerte de nadie.

Parece ser que la "civilización" es regresiva, y que los pueblos que se cree eran los más cultos están regresando al troglodismo, aunque afirman lo contrario en huecas declaraciones de principios humanos, aunque defiendan ridículamente los derechos de los animales, prohíben sus muertes y sufrimientos, creando sociedades protectoras.

El sábado apareció en los periódicos la noticia de que en algún país se va a legalizar la "euthanasia". Muchas personas protestarán y se rasgarán las vestiduras. No es esto nada nuevo, ni históricamente, ni lógicamente. Era un paso que se veía venir. Si se legaliza el aborto, si se mata impunemente a un ser humano indefenso aún, ¿por qué no también a los enfermos, a los tarados, a los ancianos, etc.? Basados en qué principio moral, en qué principio lógico, lo pueden impedir? Lo único que nos cabe preguntar es cuál será el siguiente paso, la siguiente víctima, la siguiente degradación de la humanidad?

Las condiciones legales, las apariencias de justificación, son lo de menos. ¿A qué anciano, a qué enfermo, no se le puede influir para que desee "voluntariamente" la muerte, conservando las apariencias de sinceridad? ¡Y se invocará el progreso, la ciencia, la civilización, la compasión, ...! ¡Tonterías!

Romano Guardini tiene en uno de sus libros la siguiente frase: "Dios castiga a un pueblo a veces con la prosperidad, y es peor castigo que la guerra".

Se ha condenado acerbamente al nazismo y sus excesos y sus métodos: la experimentación con seres humanos, la coacción física y moral, el genocidio, el exterminio, la euthanasia; y con mucha razón. Esos abusos fueron causa, al menos parcial, o justificaron, de la segunda guerra mundial, y de toda la propaganda posterior, como condenación del régimen político caído, y como justificación del conflicto y de sus consecuencias destructoras. Y hoy, en esos mismos países que combatieron el nazismo, se experimenta con seres humanos engendrados en tubos de ensayo; estorban posibles competidores, y se descubre y aplica la píldora y los anti-conceptivos; estorban seres humanos ya concebidos, y se los elimina con una pseudo-justificación legal; estorban los enfermos y ancianos, los débiles, los que degeneren la raza, y se los puede eliminar compasivamente, por el bien de la sociedad y de ellos mismos. ¿Quiénes serán los siguientes en la línea de estorbos?

Por otro lado, es una solución lógica, tanto desde el punto de vista social, como desde el punto de vista económico, el planteamiento del problema de la explosión demográfica: no alcanzan los alimentos para los futuros habitantes del planeta, pues, o se producen más alimentos, o se impide que nazcan más hombres, o se elimina a los que ya existen, y los primeros que deben desaparecer son los improductivos.

¿Habrá sido el nazismo un engendro de esquizofrenia? Creo que habría que sicoanalizar a la generación adulta actual, para tratar de encontrar una explicación adecuada a sus desviaciones, para ver por qué nos estorba tanta gente; por qué tratamos de eliminarla sistemáticamente; por qué estamos regresando a etapas superadas en la evolución humana del hombre, en su avance de civilización y de cultura; por qué proclamamos unos principios solemnes, y actuamos de una manera distinta.

La juventud se rebela contra los adultos, por pensar que han sido incapaces de construir un mundo justo, humano, pacífico; por no haber sabido solucionar los problemas fundamentales. El mundo está en constante evolución, y cada generación tiene que aportar algo al humanismo. Cada generación será culpable de no haber aportado todo lo que podía y debía. Eso será lo único que se le podrá echar en cara, lo mismo que los retrocesos en la humanización. Y la juventud actual, lo mismo que la futura, tendrán un motivo muy fuerte, con la aprobación de la "euthanasia", para rebelarse contra la generación adulta, por cruel, por inauténtica, por insincera.

"NO MATARAS"

(Leyes de tránsito)

Me imagino que más de una persona se habrá quedado aterrada, o indignada, tal vez —no sé—, al ver esta mañana La Prensa Gráfica. Basta con ver la fotografía de la portada, leer el pie de la fotografía, volver la página, y contemplar la otra fotografía, con su respectivo pie. Un accidente de tránsito escalofriante. Y eso que el periódico no dice nada respecto de la cuarta persona, también herida, que se encontraba en el asiento de atrás, y que cayó desmayada sobre el suelo del carro, entre los dos asientos; se trataba de la niñera o criada.

A mí me tocó casi presenciar el accidente. Pasaba casualmente por el Paseo Escalón, instantes después del choque, unos metros más atrás del lugar del suceso. No vi el choque, tal vez porque me lo impidió el carro que llevaba delante del mío. Detuve mi carro junto al accidente, y me bajé para prestar la ayuda necesaria. Soy sacerdote. En seguida me acerqué para dar la absolución a los heridos. En esos momentos, un grupo de personas, que acudió también inmediatamente, iba a tratar de abrir las puertas de los carros, para sacar a los heridos, y tratar de darles auxilio. La puerta del chofer no se podía abrir; y él agonizaba, prensado entre el volante del carro y su asiento. Cuando terminé de dar la absolución a los heridos del carro del Sr. José Orlando Quan, me dirigí al otro carro, abandonado en la mitad de la calle. Estaba ya vacío. Al herido se lo habían llevado inmediatamente. Me fui directo al Seguro Social, para pedir ayuda y ambulancias.

Alguien dijo que el carro P.-18988 iba a más de 120 Km/h. No lo sé. No fui testigo del choque. Aunque lo hubiera sido, no soy quién para juzgar los motivos, tal vez justificados, para que ese carro fuera a esas velocidades. Luego supe que unos jóvenes, en dos carros distintos iban haciendo carreras por esa calle a altas velocidades, y que, al tocarse ligeramente, uno de ellos salió descontrolado, hasta caer sobre ese carro que estaba tranquilamente parqueado junto a la acera, mientras comían pupusas—. No pretendo ni defender ni atacar ese caso. Sólo quiero hacer notar que es un caso más; uno de tantos. E invito a reflexionar sobre esos hechos.

Los cristianos tenemos un mandamiento, dado por Dios: "No matarás". Pero no hace falta ser cristiano. Toda religión, y toda legislación, prohíben el homicidio. El "no matarás" prohíbe también el poner en grave peligro la vida de los demás, sin una seria causa que lo justifique; tanto mayor cuanto ellos son más inocentes. Comprendemos muy bien el que nadie se puede poner a cazar, o a disparar, en cualquier sitio, sin tener una seguridad moral de que ahí no hay nadie a quien se le pueda herir.

Comprendemos muy bien que no se puede manejar un carro por una calle, en sentido contrario, a altas velocidades. Pero nos resulta más difícil de comprender el que uno esté obligado a observar las leyes de tránsito.

Las leyes de tránsito no son puras leyes penales, que nos obligan solamente a cumplir la sanción, si nos descubre la policía. Las leyes de tránsito obligan en conciencia a todos. Leamos las alocuciones de los últimos Papas, que tratan de este tema. Pero no hacía falta que los Papas aclararan estos puntos, porque es un precepto de ley natural. Al infringir las leyes de tránsito se pone en peligro la vida de terceras personas, inocentes; sus bienes, su felicidad.

Cuando va uno por las calles, por las carreteras, más de una vez se queda pensando cómo es posible que haya tan pocos accidentes de tránsito, en comparación con los abusos que se cometen.

¡Cuántos jóvenes irreflexivos, que manejan alocadamente, haciendo demostraciones, compitiendo con otros, probando carros!

Para mí son mucho más culpables los padres de esos jóvenes. Los jóvenes, al fin y al cabo, son jóvenes, no se les puede pedir mucha prudencia ni reflexión. A quienes sí se les ha de exigir es a sus padres, cuando no tienen aún ni edad ni licencia; excusan, y aun defienden u ocultan, a sus hijos que hacen imprudencias. Colaboran con ellos para que obtengan ilícitamente una licencia de manejar, a la que no tienen derecho, por no tener la edad. O les dan otro carro, en vez del chocado, para que no se les formen "complejos".

¡Cuántas personas adultas, que se atreven a manejar con buena cantidad de alcohol en la sangre, poniendo en peligro su vida, y las vidas de personas inocentes! Son responsables de los actos que cometen en ese estado de irresponsabilidad!!!

¡Las leyes de tránsito obligan en conciencia! La policía no pone las leyes, ni las exige, por molestar simplemente, o por sacar dinero. Si así lo hiciera, obraría mal—. Su misión es velar por la seguridad de los ciudadanos, contra los abusos y amenazas de los malintencionados, y de los irresponsables.

Nos parece natural, y lo exigimos, que la policía intervenga, para impedir que una persona esté disparando tiros, pues pone en peligro la vida de los demás. Creemos justa la intervención de la autoridad en esos casos, ya sea que la persona lo haga por malicia, ya sea que lo haga por irresponsabilidad —por estar demente, o en estado de embriaguez—. Una persona que maneja su carro irresponsablemente, poniendo en peligro vidas humanas, inocentes, es un grave peligro para la sociedad, y hay que encerrarla, ya que sea que lo haga por estar loco, por estar borracho, o por ser un irresponsable, o un criminal. Eso no importa.

Invito a todos los lectores a reflexionar seriamente sobre un punto tan importante en lo que respecta a la seguridad de los ciudadanos, y a examinar su proceder.

Pero no basta con cumplir las leyes. Hay que hacerlas cumplir, hay que exigir su cumplimiento. Puede ser que uno cumpla las leyes, pero sea víctima inocente de un irresponsable. Hay que hacer una seria campaña de responsabilidad. Hay que crear un clima, un ambiente, una conciencia. Eso es hacer Patria, eso es ser cristiano. Sólo así podremos librar nuestra conciencia de la responsabilidad de la sangre de nuestros hermanos, que clama desde la tierra, como la sangre de Abel, muerto por su hermano Caín. "Luego dijo Yahveh a Caín: '¿dónde está tu hermano

Abel? Y contestó: 'No sé ¿acaso soy el guardián de mi hermano?' Exclamó Yahveh: '¿qué has hecho?', la voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo. Rechazado como maldito serás de este suelo que ha abierto su boca para recibir por mano tuya la sangre de tu hermano. Cuanto trabajes el suelo no volverá a darte frutos. Errante y vagabundo vivirás por la tierra'. Y dijo Caín a Yahveh: '¡Sobrado grave de soportar es para mí mi delito! He aquí que tú me arrojas hoy de la haz de este suelo, y de tu presencia habré de esconderme; andaré vagabundo y errante por la tierra, y ocurrirá que cualquiera que me encuentre me asesinará.'" (Génesis, 4, 9 - 15).

"LA HUMANIDAD ESTA DE LUTO"

Los periódicos nos han mostrado, durante toda esta semana pasada, las fotografías de una familia de luto. Podían haberlas presentado en tinta roja, de sangre, pero han preferido grabarlas en negro, en luto. La familia del conde Karl von Sprei está de luto. Guatemala está de luto. Alemania está de luto. La civilización, la humanidad, están de luto. Ha muerto un inocente, y con él ha muerto algo de la humanidad. Se ha ido su cadáver de América, y con él se ha ido una esperanza. Han enterrado su cuerpo, y con él una fe en la humanidad. Digamos una oración a Dios por el asesinado embajador, y por Guatemala, y por la humanidad.

Cuando uno toma una posición en la vida, cuando se hace una opción política, cuando se participa en una contienda, se asumen todos los riesgos, incluso el de la vida. Aun siendo totalmente ajeno a la lucha, puede uno verse envuelto en su vorágine, por la complejidad de la sociedad humana. Yo no tenía nada que ver con los problemas de Brasil, y ni lo había visitado siquiera, pero me vi envuelto en un suceso de política interna, cuando unos brasileños secuestraron un avión brasileño en vuelo internacional sobre Argentina, en el que yo viajaba, y me llevaron a Cuba, pero sin mayores perjuicios que una pérdida de tres días. Más aún, puede una tercera persona, extraña por completo al conflicto, caer muerta en la calle, por una bala equivocada o extraviada. Vivimos en un mundo intrínsecamente interconexiónado, y nadie es totalmente ajeno o extraño a los sucesos humanos.

Pero ser asesinado a sangre fría, sin tener nada que ver con la contienda. Ser secuestrado alguien extraño, como chantaje o rehén, y sacrificado. Violar lo más sagrado de todo derecho humano. Quebrantar la fidelidad y respeto a un diplomático. Atropellar los fueros internacionales. Traicionar a una nación amiga, matando a su representante. Esto es algo que excede los límites comprensibles de toda contienda, de toda violencia más o menos explicable dentro de su dialéctica.

La humanidad está de luto. Si somos hombres tenemos que estar de luto. Ha muerto un hombre un inocente.

Ha muerto otro inocente. Su muerte se suma a la de tantos inocentes que están muriendo hoy en el mundo. En América mueren inocentes. En África mueren inocentes. En el Cercano Oriente mueren inocentes. En el Sudeste de Asia mueren inocentes. En toda la humanidad están muriendo continuamente inocentes. ¿Qué pasa con los hombres, con la humanidad, de fines del siglo XX?

Lo trágico no es tanto el que mueran esos inocentes, sino el que sea posible hoy que mueran esos inocentes. Lo trágico es que haya unas condiciones tales que puedan morir inocentes a manos de los hombres. Que hay un desprecio de la persona, y de la vida, tal, que eso no sea sólo una

posibilidad, sino algo corriente. Que haya unas situaciones de injusticia y de violencia tales, que salten por encima de todo derecho y convivencia. Que haya un desfase tan radical entre los progresos de la técnica y el raquitismo anémico de los más fundamentales valores morales.

¿Es que el mito de la justicia es inalcanzable para los hombres? ¿Es que la justicia se ha escapado, ha remontado su vuelo, a un olimpo inaccesible? ¿Es que los hombres no podemos vivir en paz? Mientras no haya verdadera justicia, decía el Papa, no podrá haber paz, pues el nombre actual de la paz es "justicia". Mientras tanto, la humanidad tiene que estar de luto.

"COMENTARIO A DOS MUERTES"

Todos los días los periódicos nos informan de suicidios, asesinatos y muertes, ocurridos en el país. Todos los días nos informan de muertes en Vietnam o en el Cercano Oriente. Parecería que nos íbamos acostumbrando a estas noticias, y que alguna muerte más no nos llamaría la atención. Pero en el mes de abril, ocurrieron dos muertes que han sacudido la sensibilidad, la conciencia, y la indignación, de la mayoría de la gente.

En Guatemala era secuestrado el embajador de Alemania Occidental. En El Salvador aparecía muerto, junto a una carretera, un profesor universitario extranjero, el Lic. Quezada, aparentemente por efecto de un accidente automovilístico, pero la autopsia parecía revelar que había sido asesinado.

De ninguna manera pretendo comparar, ni equiparar, estos dos casos, sino detectar la reacción que ambos produjeron en el público —al menos entre los que piensan—, para comentarlos.

El Embajador alemán fue secuestrado. Nadie creía que de verdad sería asesinado, o porque se cumplirían las condiciones exigidas para su liberación, o porque no se atreverían a sacrificar a un diplomático, ajeno a la lucha política del país en que desempeñaba su representación, inocente en los problemas internos que tienen sumergida a Guatemala en una especie de guerra civil. Probablemente ni los mismos secuestradores creerían que se verían compelidos a matarlo. Pero lo hicieron.

Podríamos discutir qué utilidad para su causa obtuvieron con esa muerte. Pero me parece más importante reflexionar sobre las circunstancias que hicieron posible esa muerte. La indignación mundial ha sido unánime. ¿Será suficiente esa indignación para impedir que semejantes casos se repitan?

No sería exacto decir que Guatemala se encuentra al borde de la guerra civil. Está en verdadera guerra civil, aunque sea de otro tipo del de las clásicas. Varios grupos organizados luchan permanentemente entre sí, se toman la justicia y la venganza por su mano, y pretenden tomar el control pleno de la nación. ¿Cuáles son sus causas? Si no se las descubre, si no se afrontan y solucionan los problemas desde la base, desde la raíz, la violencia o la represión no lograrán más que ahondar la contienda, y agudizar el caos que se cierne sobre el país. ¿Por qué la FAR se ha lanzado a las armas y a los secuestros, y no lucha democráticamente? ¿qué fines pretenden? ¿qué cambios reclaman? ¿qué derechos se arrogan? ¿qué justicia piden? Es preciso estudiar sus exigencias, y tratar de salvar a la nación por la justicia y la paz. Y el orden, y la ley, la justicia ¿son incapaces de impedir la anarquía? ¿ceden su puesto, impotentes, resignados, a la venganza y represión individual y colectiva? ¿Será capaz el próximo gobierno de hacer renacer la esperanza, estableciendo una verdadera justicia para todos los ciudadanos?

La Universidad Nacional de El Salvador había contratado a un catedrático extranjero, el Lic. Quezada. Un día apareció muerto, y parece ser que fue asesinado. ¿Por quién? ¿dónde? ¿cómo? Nada se ha esclarecido. Todo ha quedado en la duda de las sospechas, aunque algún mani-fiesto, al que muy pocos dieron credulidad, se inculpó a sí mismo de su muerte por motivos políticos.

Su personalidad pudo ser discutible. Pero se trata de la vida —o mejor de la muerte— de un hombre, de un extranjero, de un profesor universitario. De todos modos, de un hombre. Y la vida de un hombre es sagrada, y sus derechos no pueden ser violados impunemente, y no se le puede castigar sin ser juzgado y condenado como culpable por un tribunal competente. Es imprescindible que la justicia aclare esa muerte, y los culpables sean descubiertos y castigados según la ley. Estamos en peligro de caer en la barbarie. Estamos jugando con fuego. Si no hay justicia, cada uno se la tomará, para convertirla en venganza. Y de ahí al caos, no hay más que un paso. Guatemala está muy cerca, y su ejemplo es muy presente.

"FE Y ALEGRIA"

A veces es necesaria una tragedia para caer en la cuenta de las cosas; una crisis, para que se dé un adelanto, para que se encuentren soluciones.

Todos sabíamos que la base de la dignificación y de la libertad de la persona, del progreso de la persona y de la sociedad, está en la cultura. Pero quizás no éramos muy conscientes de ello. La crisis por la que estamos pasando, nos está evidenciando la necesidad apremiante de una estructura básica: la cultura.

Ante la saturación y estabilización de precios para los productos básicos en los mercados internacionales, ante el aislacionismo económico en que nos encontramos, es cuestión de vida o muerte el hallar soluciones nuevas. Es preciso abrir nuevos mercados, es preciso encontrar nuevas fuentes de riquezas, es preciso industrializar el país, es preciso aumentar la productividad. ¡Es preciso! Pero ¿es posible?

Es un esfuerzo titánico, que tiene que hacerlo todo el pueblo, unido. Y nos encontramos con una triste realidad: el 51% de nuestra población es oficialmente analfabeta. Es decir, más de la mitad de la población está incapacitada para esta tarea. Es muy difícil —si no imposible— el instruir y capacitar a los analfabetas, para un nuevo trabajo, para una nueva técnica. La mayoría de la población será, pues, un peso muerto en materia de productividad, abocados a ser simples peones, sin mayor rendimiento. Una persona analfabeta, inculta, por lo general, carece de estímulos creadores y de superación; y se resigna con su situación, limitándose a una lucha por su simple subsistencia. Será, pues, un peso muerto en momentos en que impera la necesidad de superación, de iniciativa, de empuje, de abrir nuevas rutas. ¡Y es más de la mitad de la población!

Los países progresistas, conscientes del problema, y de su solución, han dedicado su principal atención, y sus recursos, a la educación, para poder construir después sobre esa base. Nuestro actual Gobierno también ha sido consciente de ello, aun antes de la crisis en que nos encontramos, y ha destinado los máximos rubros del presupuesto a la educación. Pero el Gobierno se ve desbordado por la magnitud y la urgencia del problema. El Salvador es un país pobre, con un presupuesto muy reducido, que tiene que enfrentar una situación que viene de muy atrás, y que se agudiza por el incremento demográfico. Solamente el esfuerzo mancomunado de un

pueblo unido, puede solucionar el problema que nos afecta a todos. Cualquiera iniciativa tiene que ser secundada con alegría y con generosidad.

En estos momentos cruciales sale a luz en nuestro país una iniciativa y una organización providenciales: el movimiento denominado "FE Y ALEGRIA". Un grupo de personas, poseídas de un alto sentido patriótico y cristiano, trata de llegar a esos niños pobres, que por una u otra razón no reciben educación, para darles la fe en el futuro, la alegría de vivir, la esperanza de un mañana más prometedor; trata de dar a la Patria una aportación, un servicio, al capacitar a esos hombres del futuro, y al integrarlos en la sociedad como elementos activos que dinamicen su progreso.

Si somos cristianos, debemos secundar el movimiento de redención de esos nuestros hermanos pequeñuelos, que representan a Cristo. Si somos patriotas, nos tiene que doler el que muchos conciudadanos no disfruten de nuestros privilegios, a los que también tienen derecho, y tenemos que tratar de ayudarlos. Si lo miramos con egoísmo frío, y con interés, debemos saber que la mejor inversión es la que se hace en la educación, pues al capacitarlos, podrán producir más, y consumir más. Si nos guiamos por política aparte de tener que buscar como finalidad el bien común de todos, eliminaremos un peligro latente de intranquilidad, de criminalidad y de vicio.

Cualquiera que sea nuestra actitud frente a la Patria, y a los semejantes, nos veremos obligados a mirar con simpatía, a apoyar, a ayudar, a toda iniciativa que trate de dignificar al hombre, como es el movimiento de "FE Y ALEGRIA".

"SEMANA CIVICA"

La crisis que hemos vivido últimamente, y de la que no acabamos de salir, como toda crisis, presenta una situación límite, un planteamiento, una problemática, de aspectos negativos y positivos. Por estar en el límite, se puede declinar hacia la catástrofe, o se puede renacer a una nueva vida, a una nueva visión del hombre, a una nueva orientación de la sociedad.

Frente al aspecto negativo de muerte, heridas, enfermedades, persecuciones, desintegración de las familias, pérdidas materiales; han surgido una serie de valores positivos: heroísmo, revalorización del espíritu, de la dignidad de la persona, de los derechos humanos, del patriotismo, de la solidaridad nacional.

Ha llegado el momento de que nos detengamos a reflexionar sobre el verdadero patriotismo, para no degenerar en un patriotismo hueco, estéril, sentimental, que nada tenga de positivo, de constructivo, ni de patriótico.

Patriotismo es amor a la Patria. Pero no a una Patria que no existe, a una Patria idealista, ficticia, irreal; a una Patria que se reduzca al estrecho círculo familiar o de amigos. Patriotismo es amar a la Patria entera, tal como es, con sus grandezas y sus pequeñeces, con sus luces y sus sombras, con sus virtudes y sus defectos. Y tratar de engrandecer de hecho esa Patria, tratar de que todos sus ciudadanos, tus hermanos, alcancen el desarrollo cultural, social, espiritual y humano a que tienen derecho, al que tú, quizás, ya has llegado. Para amarla hay que conocerla, tal cual es, en su realidad concreta y compleja, no sólo en su geografía e historia, sino en su realidad vital, más amplia que tu ghetto o clase social en que se desarrolla tu vida; en los hombres que la integran. Echemos una mirada a esta nuestra Patria, no para avergonzarnos de ella, sino para ver qué podemos hacer para engrandecerla.

En un país de mayoría analfabeta, en el que más del 90% de la población no cursa el bachillerato, es un privilegio que obliga, el ser estudiante de secundaria, el aspirar a los estudios universitarios; es un superdotado intelectual el bachiller o el profesional.

En un país subdesarrollado económicamente, en el que la mayor parte de las familias cuentan con un ingreso diario ínfimo, es un privilegio que obliga, el poseer los recursos económicos de los que gozan ustedes; son unos superdotados económicos en relación a la mayoría de los ciudadanos.

En un país en que escasea la vivienda, es un privilegio que obliga, el disponer de una casa más o menos cómoda; son ustedes unos superdotados respecto a la mayoría de los salvadoreños.

En un país que tiene un elevado índice de desempleo, es un privilegio que obliga el tener un presente y un futuro desahogados, más o menos asegurados; son unos superdotados también en este aspecto.

En un país de escasa integración familiar, es un privilegio que obliga, el tener un hogar a que acogerse, un nido de cariño y de unión; son unos superdotados con relación a muchos conciudadanos.

Son superdotados, al disponer de una vida y relaciones sociales más amplias que la mayor parte de los salvadoreños. Y es un privilegio que les obliga.

Son superdotados, por el hecho de poseer una mayor participación activa y pasiva en la vida política del país, que la mayor parte de sus conciudadanos. Y es un privilegio que les obliga.

Son superdotados del espíritu, por haber recibido una mayor formación en los valores supramateriales, por haber gozado de una instrucción y formación religiosa, en el hogar y en el centro de estudios, superiores al analfabetismo religioso que impera en la mayor parte de los elementos de la sociedad compleja de nuestra nación; por disponer de muchos más medios de acercarse a Dios y a las fuentes espirituales, que el resto de los ciudadanos. Es un privilegio que obliga.

Un privilegio que obliga ¿a qué? Si son superdotados, si son privilegiados, si han recibido mucho más que la mayor parte de sus conciudadanos, no será un goce narcisista, ni para un disfrute clasista. Todo don, todo privilegio, encierra una obligación, una mayor **responsabilidad**, un deber de productividad y multiplicación extensivas. Si han recibido más, es para dar más.

El verdadero patriotismo consiste en amar a la Patria entera. Lo contrario será clasismo, partidismo, egoísmo, en una palabra; antipatriotismo. Y ese amor a la Patria ha de ser un amor dinámico, no un huerdo sentimentalismo, que se compadece estérilmente de la miseria y del dolor ajenos; sino que se esfuerza positivamente en hacer llegar a todos los conciudadanos todos los beneficios de que gozan esas personas privilegiadas.

El panorama de la Patria es pobre y triste. Hay que hacer grandes cambios. Hay que dignificar a todos los salvadoreños. Hay que hacer que todos se sientan verdaderamente hombres e hijos de Dios, con posibilidades de desarrollar su personalidad, y la riqueza inherente a ellos. Hay que lograr que alcancen el nivel integral que los haga dignos de llamarse hombres. Hay que hacernos dignos del nombre que llevamos, y ser salvadores, en primer lugar, de nuestro pueblo.

Esos cambios, ese progreso, esa culturización, esa accesibilidad a los medios económicos, sociales, políticos, religiosos, familiares, no los podrán hacer ellos, por sí solos. Será la élite de superdotados y de privile-

giados, la que tiene que impulsar esos cambios, la que tiene que aportar su formación, su cultura, su técnica, su progreso, su capacidad, su cristianismo, para dar ese salto hacia adelante y hacia el futuro, para constituir verdaderamente una nación, en la que valga la pena vivir, porque se respeta la libertad, porque hay realmente unión, porque reina Dios.

Este ha de ser el nuevo aspecto que presente al mundo nuestra Patria, para llenar su destino como "EL SALVADOR". Esta es la misión de todo ciudadano, si tiene verdadero patriotismo. Esta es la vocación de todo cristiano, si conoce la esencia del cristianismo.

"DEMOCRACIA"

Me dispongo a escribir unas reflexiones en el momento en que los ciudadanos están emitiendo sus votos, para elegir los alcaldes y los diputados. Ante un hecho trascendental para la vida del país, no puedo dejar de pensar, ni de exteriorizar, mis criterios.

Durante la campaña electoral cada partido, cada candidato, convencido de que tiene la fórmula mejor para servir a la comunidad, ha hecho su propaganda, ha expuesto su programa de acción, ha buscado la manera de convencer a los electores de la ventaja de su fórmula.

Este criterio es fundamental en la democracia: buscar el bien común de todos los ciudadanos. Cualquier otra posición no es política; es partidista, ventajística, personalística, o como se la quiera llamar. La verdadera política es el arte de buscar y promover el bien común de todos.

Estoy seguro de que todos los partidos, todos los candidatos, se han propuesto como meta de trabajo el bien común, el servir a la comunidad. Para lograr ese objetivo hay muchos caminos, muchos programas, muchos métodos. De ahí el que haya varios candidatos, varios partidos, varias ideologías.

En estos momentos los electores están escogiendo entre los partidos y los candidatos que más les simpatizan, que más garantías les ofrecen de luchar y lograr ese bien común que ayude a vivir más humanamente, es decir, en mayor libertad, respeto y responsabilidad, como miembros hermanados de un pueblo unido, de una gran familia que trabaja por superarse en cada momento, y por ofrecer a sus hijos un horizonte más despejado, una Patria más esperanzadora, un nombre y un legado que les enorgullezca de ser sus hijos, y poder asumir a su tiempo las riendas de la responsabilidad patria.

El hecho de emitir un voto, puede parecer un acto tan sencillo, sin mayor relieve, rutinario, encierra, pues, un contenido trascendental, tanto de parte del votante, que tiene la obligación de proceder con plena reflexión, después de haberse formado un juicio consciente y sincero; como de parte de los elegibles, que han debido proceder con entera rectitud en sus campañas. El hombre es creador de su destino, y del de sus conciudadanos y semejantes; de su patria y del mundo, por las interrelaciones que hoy existen entre las naciones. Ante una elección no se es neutral, nadie se abstiene. El mero hecho de no emitir su voto es dárselo al que obtiene la mayoría, o influir en que esa mayoría sea precaria, y de hecho ineficiente. Ante una votación no se puede dejar de tomar una opción; el no tomarla es ya optar, y repercute en la decisión definitiva.

Para cuando salga en los periódicos este artículo ya sabremos quiénes han ganado las elecciones, quiénes han obtenido la mayoría, qué orientación van a tomar las municipios y la Asamblea. Unos se sentirán triunfantes, otros, decepcionados. Todos tienen que sentir la responsabilidad de construir el futuro.

Si es democrático el exponer cada uno libremente sus ideas y sus planos, también es democrático —y esencial en ese sistema— el aceptar los resultados de las votaciones, y tomar la corresponsabilidad en el destino de la Patria.

Hay diversos partidos, diversas opciones, diversos caminos. Pero todos tienen algo en común: el buscar y procurar el bien de todos. La mayoría ha decidido con qué fórmula lo quiere lograr. Todos los partidos, todos los individuos, si de verdad son políticos, tienen que unirse, tienen que colaborar, para lograr, por el camino escogido, ese bien de todos los ciudadanos. Lo cual no implica unanimidad de criterios, renuncia a sus programas, sino renuncia a lo que no es político: a los partidismos. Una oposición constructiva es incentivo y ayuda para lograr las metas programadas, para clarificar y sanear los errores. Incluso los que se han abstenido, lo habrán hecho por política verdadera, por no estar de acuerdo con ninguno de los programas ofrecidos, pero tendrán que buscar la manera de lograr el mejor bien común por los medios de que se dispone. Esto es política. Esto es democracia.

"EL SECRETO DEL BUEN GOBERNAR"

La empresa y la sociedad actuales han alcanzado, por un lado, una complejidad tal, que es imposible a un solo hombre el poder dirigir las, y abarcar adecuadamente una visión plena e integral de los diversos problemas que en ellas se presentan.

Por otro lado, el hombre ha tomado conciencia de su propia dignidad, de sus potencialidades, de su responsabilidad e independencia, por lo que se resiste a ser tratado como un engranaje más, como un robot, en la maquinaria de la empresa o de la comunidad. Su mismo trabajo y aportación social no permite que sea tratado como una simple mercancía, o una energía más.

Hoy, más que nunca, es necesario, para un buen gobierno, un verdadero equipo de "hombres". Hombres que sepan entender las directrices que se les dan, tomar sus propias responsabilidades, interpretar las normas recibidas, conforme al fin propuesto. Hombres, no máquinas, ni ordenanzas que retransmiten las órdenes sin adaptarlas a las situaciones concretas. Una dictadura o una tiranía, aparte de la ofensa que representa para la dignidad humana, es cada día más incapaz para dirigir los destinos de una empresa o de una sociedad.

El distintivo para conocer si un hombre es capaz de tomar sobre sí la responsabilidad de un cargo de gobierno, será si ese individuo conoce, respeta, y practica, el secreto de un buen Gobierno: "el saber delegar". Y ese principio, o ese secreto, hay que aplicarlo, no sólo al jefe supremo, sino a todos los jefes subordinados, mandos intermedios, subalternos con autoridad, a lo largo de todo el organismo gubernativo, hasta las últimas ramificaciones del mismo.

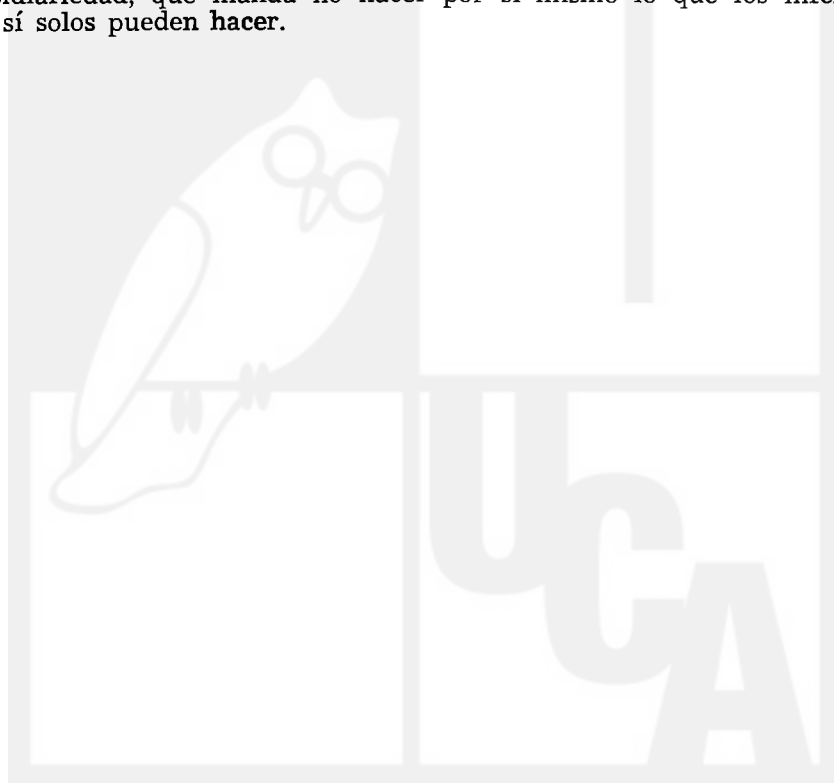
El gobernante, aparte, y supuesto, el tener una visión clara, el saber oír y dejarse aconsejar, y el buscar el consejo, tiene como misión el dar una orientación, unas directivas para seguir, y el controlar el que esas directivas se cumplan. El gobernante, pues, es un orientador, un coordinador. De ningún modo, y en ningún momento, tiene que ser él mismo el ejecutor por sí mismo.

El gobernante tiene que saber delegar. No debe hacer por sí mismo lo que los subalternos pueden hacer. No debe interferir en las ejecuciones de las directrices, sino hacer que se cumplan. No sólo no debe tomar

decisiones que pueden y deben tomar los subalternos, sino que tampoco ha de permitir que éstos eludan su responsabilidad y acudan a él para cosas que ellos pueden y deben resolver. En ese momento deja de ser el jefe, para actuar como subalterno, descuidando su misión. Pero ha de cuidar de que sus directrices se cumplan, y que sus inferiores se responsabilicen. Para ello dispone de múltiples medios, respetando siempre la dignidad de la persona. Entre ellos, quizás el más eficaz, es el estar atento a la opinión pública, el saber oír, aunque sea indirectamente, la voz de sus súbditos, para tener un juicio completo de las dos partes.

Pero muchas veces no dispondrá del equipo necesario para gobernar. Por eso el gobernante es un educador. El gobernante tiene que educar, tiene que formar a sus subalternos, exigiéndoles ser hombres, tomar su responsabilidad, afrontar los problemas y resolverlos humanamente aunque a veces se equivoquen, o tengan una visión distinta. En esos casos tal vez sea él quien tiene que rectificar. Si no, tendrá que corregir, orientar, aconsejar; pero nunca suplir. Así estará preparando futuros gobernantes, y en su ausencia seguirá en marcha perfecta la máquina administrativa.

Este secreto de saber delegar no es más que el viejo principio de subsidiariedad, que manda no hacer por sí mismo lo que los inferiores por sí solos pueden hacer.



EPILOGO: "LA ESPERANZA"

"...Nunca puede, mientras se es, perderse la esperanza, esencia misma del ser. Porque la esperanza es la flor del esfuerzo del pasado por hacerse porvenir, y ese esfuerzo constituye el ser mismo".

(Miguel de Unamuno: "Vida de Don Quijote y Sancho")

La educación es el proceso de formación de una persona. Formar a un hombre es difícil. Los problemas actuales hacen quizás más difícil aún la formación del hombre. Pero los recursos del hombre también son increíblemente fecundos. Por eso tengo fe en el hombre y en la humanidad. Una fe que se transforma en esperanza de un futuro más humano, más rico, más pleno, más hacia la meta.

Para concluir, pues, este libro, creo que nada mejor que algunos artículos que escribí acerca de la esperanza, aunque no fueron pensados para ningún libro, sino como reflexiones del momento, como orientaciones educativas.

"LA ESPERANZA"

Hace ya algún tiempo encendí casualmente el radio cuando "Radio El Mundo" enviaba al espacio la siguiente frase: "Se puede vivir sin dinero, sin crédito, sin honor; no se puede vivir sin esperanza". Otro día emitía la misma emisora una frase semejante: "Propio de espíritus elevados es no perder la esperanza en medio de infortunios".

Inmediatamente escribí esas frases, que me hicieron meditar en el profundo contenido que encierran. La esperanza es la razón de nuestra existencia.

¿Qué sería del hombre sin esperanza? El hombre es el ser de la esperanza. Las otras criaturas no tienen esperanza, o porque no piensan, o porque ya lo poseen todo, y no tienen qué esperar. Los animales, las plantas, los seres inanimados, no poseen esperanza, porque no piensan; viven su existencia, su presente, sin mayores alcances, sin perspectivas. Los ángeles no tienen esperanza, porque ya poseen el objeto de sus anhelos. El hombre es el único que vive de esperanza, pero solamente durante esta vida. Dice San Pablo que hay tres virtudes principales: la fe, la esperanza y la caridad; de estas tres, la principal es la caridad, y la única que permanece en la otra vida. La fe no tendrá después razón de ser, cuando veamos el objeto de ella; ni la esperanza, cuando poseamos lo que esperamos. Solamente la caridad permanece.

El hombre es un ser de esperanza, porque es un ser en cambio, en camino, en perfeccionamiento consciente, el único que puede construir su porvenir, por medio de su libertad. Es, como diría Bergson, un ser en continuo devenir. Consciente de ello, planea y realiza su porvenir. Se propone metas, sueña ideales, y espera alcanzarlos. Aspira a subir, o por lo menos a continuar viviendo. Anhela y espera su inmortalidad, porque tiene impresa en su alma una esperanza innata de inmortalidad. Quitadle toda esperanza, y le habréis quitado toda la razón de su existir.

Se puede vivir sin dinero, pues se tiene la esperanza de obtenerlo. Se puede vivir sin crédito, con la esperanza de alcanzarlo. Se puede vivir sin honor, por la esperanza de recuperarlo. Lo que no se puede es vivir sin esperanza. Cuando falta toda la esperanza en este mundo, en medio de todos los infortunios, entonces es cuando se revelan los espíritus más elevados, los más humanos, y los más cristianos, al poner su esperanza en Dios, que es su Padre.

Pero no se puede vivir sin esperanza. No se vive sin esperanza. Todo ser humano espera. Espera el niño en sus sueños. Espera el joven en sus ideales. Esperan los novios en su amor. Esperan los padres en sus hijos. Esperan los ciudadanos en sus gobernantes. Esperan los trabajadores en el día de la paga, y en el día en que se les haga más justicia. Esperan en su casa la vuelta del padre. Espera el negociante en el éxito de sus empresas. Espera el médico en las medicinas. Espera el enfermo en la pericia del médico. Espera el moribundo en el milagro. Y espera la familia en el último diagnóstico. Espera el mundo en la ONU y en la paz. Y se vive por la esperanza.

Espera el científico en el nuevo descubrimiento, en un paso más en la conquista del mundo. Espera el preso en el día de su liberación, de la justicia, o de la indulgencia. Espera el ingeniero en la realización de sus planes, en la exactitud de sus cálculos, en el día de la última piedra.

Quitemos esas esperanzas, y suprimiremos la razón de ser de nuestras vidas. Se detendrá el progreso, se desencadenarán los suicidios. Se deshará el mundo. La vida no tendrá sentido.

Hay dos clases de euthanasias. Nuestra civilización actual, más depurada, y más cristiana, reprueba la supresión de la vida de los inútiles. Pero hay también otra clase de euthanasia, fomentada por las filosofías actuales: la que mata la esperanza. Quitadle a un enfermo, a un anciano, la esperanza, la voluntad de luchar y de vivir, el sentido de su existencia y precipitaréis su viaje hacia la tumba.

“¿NO HAY LUGAR PARA LA ESPERANZA?”

Todos esperamos, todos soñamos, todos ambicionamos llegar a ser algo que aún no hemos alcanzado. ¿Estaremos equivocados? ¿Será que no hemos avanzado y evolucionado lo suficiente, al compás de las nuevas corrientes de la filosofía y del pensamiento más avanzado? ¿No será la realidad muy otra, y estaremos anclados en un presente fatalístico e inamovible? ¿Podrá el hombre seguir construyendo o modificando su porvenir libremente?

Hegel afirma:

“La actualidad es lo supremo. La actualidad, por horrenda que sea, es siempre la verdad. **Veritas filia temporis** (la verdad es hija del tiempo). El pasado es siempre un cadáver”.

¿Se puede aceptar sin más, así como suena, este dicho de Hegel? Es cierto que el pasado es un cadáver, que no se puede revivir sino en el recuerdo, un cadáver irresucitable. Pero es un cadáver que hiede, un cadáver cuyo fantasma se nos aparece constantemente, para influir en nuestro presente. Un cadáver, en cierto sentido, que vive, puesto que influye y actúa en nuestras decisiones y en nuestros actos. Por eso dijo otro filósofo que “el hombre es hijo de la historia”. Si el presente, la actualidad, es lo supremo, es siempre la verdad, el pasado fue presente en su tiempo, por eso fue también realidad y verdad y, por eso, con su fuerza vitalista, influye aún en el presente, que es la realidad y la verdad actuales.

Pero dejemos el cadáver del pasado, aunque hieda, aunque viva en el presente. ¿No hay cabida en este pensamiento de Hegel para el futuro, para el porvenir? ¿Qué es el futuro, sino el presente que espera a las puertas? Un día va a llegar, a ser presente, a ser verdad y actualidad. Si el pasado influye en el presente, por haber sido verdad y actualidad en su tiempo, también el presente va a actuar en un presente posterior, en un futuro, y esa separación, que para cuando la queremos detectar ya se nos casi sin pensarlo. Apenas se puede poner separación entre el pasado y el futuro, y esa separación, que para cuando la queremos detectar ya se nos ha ido, eso es el presente. El presente es verdad y es actualidad, pero es una verdad y una actualidad que fluyen, que pasan inevitablemente, con resabios del pasado, y con proyecciones hacia el futuro. ¿Se puede analizar en tal forma el presente, como para decir que es la única realidad, la única actualidad y verdad, mientras el pasado es un simple cadáver, y el futuro una quimera?

El presente no es más que el dintel. Fuera queda el pasado, dentro, el futuro. Viviendo el presente, realizando el presente, estamos construyendo el futuro. Haciendo verdad el presente, estamos actualizando el porvenir.

Por eso creemos que hay lugar a la esperanza en nuestro presente, en nuestra vida. Por eso creemos que podemos construir nuestro futuro, viviendo la verdad del presente. El presente no va a ser un simple cadáver en el futuro, como tampoco lo es el pasado. Es un cadáver que en cierto modo vive, pues actúa. Por eso sigue teniendo sentido la esperanza.

No somos seres anclados en un presente efímero. Somos peregrinos que viajan su camino con la vista fija en una meta, en una estrella. Muy bien lo expresa un poeta moderno:

“Peregrino
una limosna te pido
de silencio
para seguir mi camino.

Báñate en la sombra
y dime quién te espera
en la cumbre
del camino.

¡Peregrino,
no caminos solitario,
sin sentido”.

(Santiago Montes “A Orillas del gran Silencio”)

“¿QUIEN HA MATADO LA ESPERANZA?”

En los artículos anteriores he intentado interpretar el sentimiento universal de la humanidad y su afán de progreso, proyectando su ilusión hacia el futuro, en la esperanza. Pero no todo ser inteligente eleva su mirada hacia adelante, sino que hay quien se afinca en el presente, ahondando en él, sin perspectivas liberadoras.

Es Hegel quien guía a esta generación, al proclamar como única verdad, y única realidad, el presente, mirando el pasado como un cadáver, pero sin volver la vista hacia el futuro, hacia la esperanza.

Pero el hombre es un ser pensante. No se queda en una frase. Tiene de inmediatamente a examinarla, y a sacar consecuencias, relaciones. El presente es, para Hegel, la única verdad, la única realidad. Si es así, examinemos el presente. Ya comenzamos a hacerlo en el artículo anterior. Ese presente es tan efímero que se nos escapa de las manos; casi no es objeto de nuestra experiencia y reflexión. Cuando queremos detectarlo ya se nos ha ido, de un modo parecido a lo que ocurre en el microcosmos por el efecto Compton. Se nos ha ido, se nos ha escapado lo único que era realidad, lo único que era verdad. Se nos ha escapado la verdad, antes de poder detectarla. Y ¿qué nos ha quedado? La nada, o la espera.

En este momento surge una crisis trascendental para el pensador. Si verdaderamente no se quiere quedar vacío, con esa nada, sino que reflexiona, hace filosofía, tiene que hacer una opción vital. Al quedarse con las manos vacías, con la nada, o busca agarrarse, o se empecina en su nada.

Aquí es donde se dividen los pensadores en dos únicos campos, sin posibilidad de una tercera solución, sin poder navegar entre dos aguas. O surge el teísmo, o el ateísmo. O, con Gabriel Marcel, partiendo de esa nada en que se ha quedado, al escaparse su presente, su existencia misma, busca un punto fijo a donde tender: el Eterno Presente, la Verdad Infinita, la Existencia Absoluta; y busca en El la razón de su existir, la razón de su nada, la esperanza de su quehacer. O se anega en sí mismo, en su nihilismo, desesperado; y tendrá que clamar con Soren Kierkegaard: "La nada produce angustia"; o con Jean Paul Sartre: "La nada produce náusea".

Estamos en un momento crucial de la historia del pensamiento y de la humanidad. Nunca como ahora se ha profundizado tanto en la realidad de la existencia. Nunca como ahora se ha caído en la cuenta de la contingencia y de la nada, y de la verdad. Por eso va pasando el tiempo de las mediocridades, de las vidas incoloras. El hombre, si es hombre, tiene que ejercer sus funciones vitales, espirituales, tiene que pensar, tiene que decidirse. Y al encontrarse con las manos vacías, con la nada entre sus dedos, no tiene más remedio que escoger: o Dios, o la desesperación.

Por eso se ve surgir un espiritualismo vigorizado, como nunca hasta ahora. Y se ve surgir un materialismo desesperado, que se agita en extertores de agonía por apresar ese presente material, nada, que se le escapa. Esas son las dos corrientes que se están apoderando del mundo, y que se reflejan en las expresiones más humanas: literatura, arte, filosofía. Espiritualismo —materialismo, esperanza— desesperación. Esas son las dos ideas que viven en el ambiente, y las que están educando a la juventud y niñez de hoy.

Decimos que la juventud de hoy está vacía, no tiene sentido, sólo busca el placer, el divertirse, se aferra a lo efímero. Es que la juventud está bebiendo en esas aguas. Es ese el alimento que se les da. Y el alimento no lo preparan ellos; se lo damos los mayores. Sus obras son el reflejo de su pensamiento, pero el pensamiento se lo hemos dado, o se lo hemos quitado, los mayores. Y ese alimento está saturado de existencia efímera, fugaz, de desesperación. Enseñémosles a buscar lo absoluto, a llenar su vacío con esperanza.

"LA ESPERANZA CRISTIANA"

Después de haber hablado de la esperanza, como realización de las aspiraciones de la humanidad, y como concretización de lo que da sentido a nuestra vida, voy a tratar de presentar el cristianismo como la religión optimista por antonomasia, por ser la religión de la esperanza, pero

procurando evitar el caer en un idealismo inconsistente y etéreo, que está reñido con el semblante auténtico del cristianismo.

El cristianismo no es ni un misticismo estático, ni un idealismo irreal. El cristianismo, basándose en la revelación de Dios, transmitida por la Sagrada Escritura, y perfeccionada por el mismo Hijo de Dios, es consciente de la misión que Dios le ha encomendado en este mundo: "creced, multiplicaos, y dominad la tierra". Sabe que su misión en este mundo es transformar las fuerzas y energías de la naturaleza, sojuzgar el mundo, deducir sus leyes, perfeccionarlo, para lograr una vida más agradable, más humana, para todos los hombres, pues todos han sido enaltecidos con una misma vocación: reyes del universo, hijos de Dios. Un cristiano no puede quedar impasible, inerte, ante el continuo progreso de la humanidad y de la ciencia; está obligado, más que nadie, a aportar sus talentos, sus cualidades, su trabajo, en este quehacer común, para llegar a transformar el universo en un inmenso palacio para el hombre, y en un templo para Dios. Tiene que cooperar en el perfeccionamiento y en la evolución del mismo hombre, para llegar a lograr del mismo hombre el verdadero superhombre cristiano. Tiene que conspirar con la naturaleza y con los demás hombres, hasta llegar a alcanzar el punto omega, del que habla Teilhard de Chardin. Por eso es una religión enteramente realista.

Pero tampoco es el cristianismo un fatalismo vacío. No nos guiamos por un hado secreto, que nos empuja inconsciente e inexorablemente hacia una evolución y un destino ciego, desconocido. El cristianismo parte de la base, y del fundamento insustituible de la libertad humana. Y no puede haber libertad si no hay conocimiento de la meta y de los caminos que a ella conducen. No caminamos ciegamente. Sabemos a dónde nos dirigimos. Conocemos el camino. No vamos solos. Por eso es la religión de la esperanza. A veces tendremos que tentar nuevos senderos. Tendremos que retroceder, que retractarnos. Pero conocemos la meta, avanzamos, confiamos alcanzarla, esperamos.

Esperamos en medio de nuestros mayores fracasos, materiales y espirituales. El cristianismo no es la religión de la Pasión solamente, sino de la Resurrección. La cruz es el camino. El sacrificio es un medio, necesario, inevitable, pero que se abre esperanzador hacia el futuro, hacia la resurrección, hacia el triunfo. No hay triunfo sin dolor, sin sacrificio. Pero para el cristiano no hay dolor, no hay cruz, no hay sacrificio, sin triunfo, sin esperanza, sin sentido.

La Semana Santa no termina en el Viernes Santo, en el fracaso, en la ignominia, en la cruz, en la muerte. La Semana Santa termina en la Pascua, en la Resurrección, en el triunfo total y definitivo. La vida del cristiano es una Semana Santa prolongada, un camino de dolor y de sacrificio, endulzada a ratos por el éxtasis del Jueves Santo. Pero una Semana Santa que sabemos que terminará con la Resurrección. Una semana de esperanza, como la de María. Porque sabemos que si Cristo resucitó, también nosotros resucitaremos, como dice San Pablo. Sabemos que nuestros sacrificios, nuestro trabajo, no son estériles, sin sentido. Sabemos que son un camino. Conocemos su sentido redentor, expiatorio, merecedor.

En nuestros mismos fracasos espirituales, en nuestras derrotas, en nuestras traiciones al ideal humano y cristiano, esperamos. Al decirle a Dios, como el Buen Ladrón: "Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino", estamos seguros de oír también: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Y en el momento decisivo, cuando la prueba y el camino termina, decimos confiados con Cristo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Sabemos que Dios es nuestro Padre. Confiamos en El. Esperamos. Por eso el cristianismo es la religión de la esperanza y del optimismo.

BIBLIOGRAFIA

1.—TEMAS EDUCATIVOS

- Archambault, Paul: "Formación moral de la juventud", Ed. Luis Miracle,
" Barcelona, 1969
- Foerster, Friedrich W.: "Temas capitales de la educación", " Herder, Barcelona,
1963
- Freire, Paulo: "La educación como práctica de la libertad", " Icirá, Santiago,
Chile, 1969
- " " " " " "
- Isambert, André: "La pedagogía del oprimido" " Luis Miracle,
Barcelona, 1959
- Jäger, Werner: "Paideia", " Fondo de Cultura
Económica, México,
1967
- Rassekh-Ardjomand,
Mehry: "El niño problema y su reeducación" " Rialp, Madrid, 1965
- Robin, Gilbert: "L'éducation des enfants difficiles", " Presses Universitaires
de France,
París, 1967.
- (Centre d'études
Laennec): "El niño malformado", " Razón y Fe, Madrid,
1965

2.—HUMANISMO

- Aranguren, José Luis,
y otros: "Los derechos humanos", " Ciencia Nueva,
Madrid, 1968
- Carrel, Alexis: "La incógnita del hombre", " Iberia, Barcelona,
1953.
- Chardin, Teilhard de: "Obras editadas", " Taurus, Madrid.
- Guardini, Romano: "Obras editadas", " Guadarrama,
Madrid.
- Heidegger, Martin: "Carta sobre el humanismo" " Taurus, Madrid,
1966
- Laín Entralgo, Pedro: "La espera y la esperanza", " Revista de Occidente,
Madrid, 1962
- Marcuse, Herbert: "Un ensayo sobre la liberación", " Joaquín Mortiz,
México, 1969
- Montes, Santiago, Dr.: "Los derechos humanos a la luz de la antropología", " Universidad José
Simeón Cañas, San
Salvador, 1970
- " " "A orillas del gran silencio", " Aldecoa, Burgos,
1962
- " " "Como una sombra nueva", " Minerva,
Valladolid, 1965
- Mounier, Emmanuel: "Manifiesto al servicio del personalismo", " Taurus, Madrid,
1965
- Murray, John C., y cols.: "La libertad y el hombre", " Paidós, B. Aires,
1969
- Sartre, Jean Paul: "L'existencialisme c'est-il un humanisme?", " Gallimard, París,
- Soras, Alfred de: "Moral internacional", " Casal I Vall,
Andorra, 1964.
- Constitución Política de la República de El Salvador, 1962.

3.—SOCIOLOGIA

- Dirección General de
Estadística y Censos
de la República de
El Salvador: "Anuarios estadísticos",
- Survey de la Compañía
de Jesús en Centro-
américa: "Datos estadísticos" San Salvador,
1969-70

Chile:	"Ley de reforma agraria",	" Icira, Santiago, 1967
Perú:	"Ley de reforma agraria, y reglamentos",	" Carpesa, Lima, 1969
"	"Iglesia, Población y Familia",	" DESAL-CELAP, Santiago, Chile 1967
Barón Castro, Rodolfo:	"La Población de El Salvador",	" Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1942.
Bosc, Robert:	"La sociedad internacional y la Iglesia",	" Estela, Barcelona, 1969
Chaigne, Hervé, y otros:	"Crítica al Capitalismo",	" Nova Terra, Barcelona, 1962
D'Arcy, Martin:	"Comunismo y Cristianismo",	" Herder, Barcelona, 1961
Decouflé, André:	"Sociología de las revoluciones",	" Proteo, B. Aires, 1968
de Vries, Josef:	"Teoría del conocimiento del materialismo dialéctico",	" El Mensajero, Bilbao, 1960
Durkheim, Emile:	"Sociología",	" Assandri, Córdoba, Argentina, 1961
Gallegos R., J. M ^o :	"La visión cristiana del mundo económico",	" Taurus, Madrid, 1959
Giner, C. y Aranzadi, D.:	"En la escuela de lo social",	" El Mensajero, Bilbao, 1959
"	"Lo social y yo",	" " " "
Girardi, Julio:	"Marxismo y Cristianismo",	" Taurus, Madrid, 1968
Lewis, Oscar:	"Antropología de la pobreza",	" Fondo de Cultura Económica, México, 1961
"	"Los hijos de Sánchez",	" Joaquín Mortiz, México, 1966
Mc. Faden, Charles J.:	"La filosofía del comunismo",	" Sever - Cuesta, Valladolid, 1961
Mehnert, Klaus:	"Pekín y Moscú",	" Noguera, Barcel., 1965
Poblete T., Moisés:	"La explosión demográfica en América Latina",	" Schapire, B. Aires, 1967
Rodríguez A., Lino: (selector)	"La democracia cristiana y América Latina",	" Universitaria, Lima, 1961
Ruszkowski, Andrés:	"El comunismo",	" Herder, Barcelona, 1962
Sabater, Antonio:	"Gamberros, homosexuales, vagos y maleantes",	" Hispano Europea, Barcelona, 1962
Salleron, Louis:	"Los católicos y el Capitalismo",	" Fomento de Cultura, Valencia, 1953
Sánchez Albornoz, Nicolás:	"La Población de Am. Lat.",	" Paidós, B. Aires, 1968
y Moreno, José Luis:		
Setien, José M ^o :	"La Iglesia y lo social",	" Guadarrama, Madrid, 1963
Silva, Julio, y Chonchol Jacques:	"El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina",	" Universitaria, Santiago-Chile, 1969
Stycos, J. Mayone:	"Fecundidad en América Latina",	" Antares, Bogotá, 1968
van Gestel, C.:	"La doctrina social de la Iglesia",	" Herder, Barcelona, 1963
Vela M., Carlos, Dr.:	"Doctrina social post-conciliar",	" Selecciones Gráficas, Madrid, 1968
Vélez C., Jaime:	"El comunismo",	" Voluntad, Bogotá, 1962
Wetter, Gustav A.:	"Sowet Ideologie heute (I, II)",	" Fischer Bü., Frankfurt am Main, 1963
Wrong, D. H.:	"La población",	" Paidós, B. Aires, 1968

4.—EDUCACION SEXUAL

Ansübel, D. P., y Pressey, S. L.: Baén, A.:	"Familia y sexualidad", "Educación sexual colegial",	" Paidos, B. Aires Herder, Barcel., 1963
Bender, Erich F.:	"Helga",	" ELESA, Barcel., 1969
Chartier, M., Dr. y cols.:	"Regulación de los nacimientos",	" Morata, Madrid, 1962
Choisy, Maryse:	"Psicoanálisis de la prostitución",	" Paidos, B. Aires, 1967
Davis, Maxime: Delfgaauw, B.:	"La sexualidad en la adolescencia", "Sexualidad, autoridad papal, conciencia",	" " " Carlos Lohlé, M. Aires, 1969
Dupré, Louis:	"Los católicos y la anticoncepción",	" Paidos, Buenos Aires, 1966
Foerster, Friedrich W.:	"Ética y pedagogía sexual",	" Marfil, Valencia, 1965
Freud, Sigmund:	"Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de la neurosis",	" Alianza, Madrid, 1967
" "	"Psicopatología de la vida cotidiana",	" " " 1966
" "	"Psicología de las masas y análisis del yo",	" Iztaccihuatl, Méxi- co, 1966
" "	"Trois essais sur la théorie de la sexualité",	" Gallimard, Paris, 1962
Fromm, Erich:	"El arte de amar",	" Paidos, B. Aires, 1966
Gruber, Alois:	"La pubertad, desarrollo y crisis",	" Herder, Barcel., 1963
Holt, J.G.H.:	"Fecundidad periódica",	" " " 1964
Issaev, B.:	"La masculinización de la mujer",	" Nova, Buenos Aires, 1961
Lawrence D.H., y Miller, Henry:	"Pornografía y obscenidad",	" Nueva Visión, Buenos Aires, 1967
Lestapis, Stanislas de:	"La limitación de los nacimientos",	" Herder, Barcel., 1962
Montes, Segundo y Valero, Luis F.:	"Sexo y juventud",	" Universitaria, San Salvador, 1970
Montreuil - Straus, Ger- maine, Dra.:	"Educación y sexualidad",	" Víctor Lerú, Buenos Aires, 1968
Prohaska, Leopold:	"Pedagogía sexual",	" Herder, Barcel., 1963
Rado, y otros:	"Homosexualidad en el hombre y en la mujer",	" Paidos, Buenos Aires, 1967
Rock, John, Dr.:	"Control de natalidad",	" Seix Barral, Barcel. 1964
Scherer, Georg:	"Nueva concepción de la sexualidad",	" Sígueme, Salaman- ca, 1968
STycos, J. Mayone:	"Fecundidad en América Latina",	" Antares, Bogotá, 1968
Tilmann, Klemens:	"Educación de la sexualidad",	" Herder, Barcel., 1963
Trimbos, C., Overing, y otros:	"Homosexualidad",	" Carlos Lohlé, B. Aires, 1968
van der Marck, W., Dr.:	"Amor y fertilidad",	" " " B. Aires, 1965
Walter Baruch, Dorothy:	"Nuevos métodos de educación sexual",	" Paidos, B. Aires
—	"La iniciación de los niños en la vida",	" Desclée de Brower, Bilbao, 1966
—	"Guía para la educación sexual", (Child Study Association of America)	" Paidos, B. Aires, 1967
—	"Control y regulación de los naci- mientos", (el "dossier" de Roma),	" Nova Terra, Barcel. 1967

Life en español: "Control de la natalidad", Sept. 1967

5.—TEMATICA JUVENIL

- Albert-Lambert, Jacqueline: "El papel del padre", " Nova Terra, Barcel. 1968
- Bagot, J.P., y otros: "Una edad crucial (los 12-14 años)", " " " 1966
- Buck, Juan M^a de: "Diagnósticos de la vida juvenil", " Desclée de Bronwer, Bilbao, 1965
- Canal, André: "La crisis de la adolescencia", " Nova Terra, Barcel. 1967
- Chauchard, Paul, Dr.: "El dominio de sí mismo", " Guadarrama, Madrid, 1966
- Dubois, Marguerite: "Generaciones en conflicto", " Studium, Madrid, 1967
- Godin, Henri: "Primeros pasos hacia el amor", " Nova Terra, Barcel. 1964
- Guiochet, H.: "Sicología comparada", " Paulinas, Bogotá, 1965
- Iribarren, Jesús: "Ateísmo, laicismo y anticlericalismo", " P.P.C., Madrid, 1960
- Juan el Presbítero: "En la encrucijada de la vida", " Desclée de Bronwer, Bilbao, 1967
- Lacroix, Jean: "El fracaso", " Nova Terra, Barcel. 1967
- Lemaitre, Gilles y Janine: "El amor ¿es un placer?", " Studium, Madrid, 1962
- López Ibor, Juan José: "Rebeldes", " Rialp, Madrid, 1966
- Maldonado, Luis: "Aproximación cristiana al trabajo universitario", " Taurus, Madrid, 1962
- Neira, Enrique: "Yo vencí al mundo", " Norma, Bogotá, 1965
- Xandró, Mauricio: "Pasiones y carácter", " Studium, Madrid, 1962
- "Juventud inadaptada, una queja, una acusación" (un documento auténtico), " Nova Terra, Barcel., 1966
- Colección "Ángel del hogar", " Desclée de Bronwer, Bilbao
- Colección "educación y familia", " " " "

6.—DROGAS

- Cashman, John: "El fenómeno LSD", " Plaza y Janes, Barcel., 1968
- Laurie, Peter: "Las drogas", " Alianza Madrid, 1969
- Masters R.E.L., Houston Jean: "LSD", " Bruguera, Barcel., 1968
- Taylos, Norman: "Narcotics", " Laurel, N. York, 1966

7.—DOCUMENTOS ECLESIASTICOS

- Biblia de Jerusalem
Concilio Vaticano II
Juan XXIII:
Paulo VI:
Encíclica "Pacem in terris",
"Populorum Progressio",
" BAC, Madrid
(comentario de
ILADES), Herder,
Barcel., 1968
- Segunda Conferencia
General del Episcopado
Latinoamericano,
Medellín, 1968
Martín D., José L.:
"Lexikon für Theologie und Kirche", " Herder, Freiburg i. Br. (3 vols.)
"Un periodista en el concilio", " PPC, Madrid
"Signos de Renovación", " Universitaria, Lima, 1969

I N D I C E

	Pág.
Introducción	3
Prólogo:	4
Madurez humana	5
CAPITULO I: Visión sociológica de la realidad educativa salvadoreña	7
Primera Parte: Datos estadísticos	7
Segunda Parte: Causas	12
Tercera Parte: Sugerencias	17
CAPITULO II: El Hombre	21
¿Es posible conocer al hombre?	21
¿Qué es el hombre?	22
¿Es posible ser hombre?	23
Homo sapiens	24
La mirada del hombre	25
CAPITULO III: Valores Morales	27
Aclaración de conceptos	27
Exposición de la situación en El Salvador	29
Análisis de los hechos y sus causas	34
Hacia una sana pedagogía: 1) realidad actual, 2) objetivos claros, 3) elementos esenciales de la educación, 4) el verdadero concepto de "hombre", 5) pedago- gía juvenil, 6) realismo, 7) autoridad y libertad, 8) la alegría como factor educativo, 9) el educador y el espíritu de la época	36
Conclusión	46
CAPITULO IV: La Generación Joven	49
Es un elemento nuevo	49
Es renovadora	50
Es idealista	51
Está enferma	52
CAPITULO V: Problema de Generaciones	54
¿Juventud Rebelde ..., o Conflicto de generaciones?	54
Diálogo entre generaciones	55
¿Hacia dónde camina la juventud?	56
Cómo juzgar a la juventud	57
Crisis de autoridad	59
La responsabilidad de ser padres	60
Padres	61
¡Hogar! ¡Dulce Hogar!	62

CAPITULO VI: La Educación	64
¿Es más difícil educar hoy?	64
¿Cuánto tiempo dedican los padres a sus hijos?	65
¿Dónde está realmente la dificultad de educar?	66
Objetivos de la educación: 1) libertad, 2) ser social, 3) reflexión, 4) confianza, 5) Pastor del ser, 6) responsabilidad	67
Algo que no entiendo	74
La libertad: ¿elección o renuncia?	75
La libertad, ¿una quimera?	76
CAPITULO VII: Los Medios de Comunicación Social	78
Los medios de comunicación social y su repercusión en la pedagogía: 1) a nivel mundial, 2) en El Salvador, 3) ¿reforma, o revolución, en pedagogía?	78
Comentario a varias películas: 1) El niño y el muro, 2) Muy joven para pecar, 3) El Incidente, 4) Un Fausto moderno, 5) El Extranjero, o la existencia como negación, 6) Un dulce paseo, 7) El poder de la juventud, por qué "La rebelión de los Hippies?", 9) Romeo y Julieta, 10) Al maestro con cariño, 11) Primavera de una solterona	83
CAPITULO VIII: La Educación Sexual	97
Educación Sexual: 1) La edad de la curiosidad, 2) La desmitificación del padre, 3) El papel del amigo, 4) Comparemos, 5) El repudio del amigo, 6) Una ayuda y un complemento	97
Desnudez de cuerpo — Desnudez de espíritu	104
La explosión demográfica: 1) Un dato olvidado, 2) En torno a la Encíclica	105
¿Hay alguna solución al problema demográfico en El Salvador?: 1) La educa- ción: solución ideal, pero..., 2) El control de la natalidad???, 3) Otras solu- ciones ineficientes, 4) Tiene que haber una solución!	107
CAPITULO IX: Educación Cívica y Política	113
a civilización	113
" sentido de la vida	114
to legal	115
.....	116
..... (tránsito)	118
humanidad está ue ruto	120
nentario a dos muertes	121
y Alegría	122
nana Cívica	123
nocracia	125
El secreto del buen gobernar	126
EPILOGO: La Esperanza: 1) La esperanza, 2) ¿No hay lugar para la esperanza?, 3) ¿Quién ha matado la esperanza?, 4) La esperanza cristiana	128
Bibliografía	133



Segundo Montes, S.I. nace en Valladolid, España, el 15 de mayo de 1933. Terminados los estudios de bachillerato, ingresa al noviciado de los jesuitas en 1950. Un año después es destinado a El Salvador (Centroamérica), donde ha residido y trabajado hasta el presente, fuera de 5 años de estudios en Quito (Ecuador), para obtener la Licenciatura en Humanidades y en Filosofía en la Universidad Católica de esa ciudad, y de otros 4 años de estudios en la Universidad de Innsbruck (Austria), donde obtiene la Licenciatura en Teología.

Adquiere la nacionalidad salvadoreña, y dedica todo su trabajo a la juventud de ese país, como profesor y orientador de alumnos de secundaria principalmente, a la vez que realiza una serie de investigaciones sociológicas, escribe en periódicos y revistas nacionales y extranjeros. Participa como ponente en una serie de congresos dentro y fuera de El Salvador.

En 1968 la Corte Suprema de Justicia de El Salvador le encomienda hacer y cursar una serie de encuestas sobre Delincuencia, en todo el territorio nacional. Ese mismo año pasa encuestas sobre Sexualidad entre los estudiantes de educación media de toda la República, como base científica para el libro "SEXO Y JUVENTUD" que publica en 1970, junto con el Lic. Luis Fernando Valero Iglesias, y que se convierte en un auténtico "best-seller", al agotarse la edición de 3.000 ejemplares en un mes.

Actualmente, y desde enero de 1970, es Decano de la Facultad de Ciencias del Hombre y de la Naturaleza, en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", de San Salvador.